Matar a November

ADRIANA MATHER



RBA



ADRIANA MATHER

Traducción de Patricia Mora

RBA

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es totalmente casual.

Título original inglés: *Killing November*.

Publicado por acuerdo con Alfred A. Knopf,
un sello de Random House Children's Books,
una división de Penguin Random House LLC, Nueva York.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Primera edición: junio de 2019.

RBA MOLINO
REF.: ODBO531
ISBN: 978-84-272-1884-0

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S.L.

A mi hijo, Haxtun Wolf Mather,
al que apodo mi pequeñín,
pero que ilumina todo mi mundo.

UNO

Me llamo November Adley y nací en agosto. Según cuenta mi padre, las noches en Connecticut fueron excepcionalmente frías ese verano y, el día que nací, nuestro arce lucía con colores reminiscentes de un otoño tardío, y de ahí mi nombre. Dice que las hojas brillaban tanto a la luz del sol por la mañana que parecía que nuestro jardín delantero estaba en llamas. Mi padre también dice que, en parte, por eso estoy obsesionada con los bosques. No estoy segura de si tiene alguna relación, pero esa historia me resulta reconfortante, me recuerda a una época en la que el mundo era seguro y mi familia estaba a salvo.

Lo más confuso sobre la seguridad, la mía en particular, es que nunca me la había cuestionado. Mi padre, antiguo agente de la CIA y ahora gestor financiero, suele decir que soy demasiado confiada, mientras sacude la cabeza como si le sorprendiera que fuésemos familia. Y, por supuesto, le recuerdo que eso es cien por cien culpa suya, ya que he vivido toda la vida en el mismo pueblecito, con la misma gente amable, que suponen tanta amenaza como una cesta de gatitos dormidos. Mi padre afirma que yo quiero creer que la gente es buena y que, aunque es admirable, no es realista. A lo que yo le pregunto en qué ayuda a nadie pensar que la gente es mala. Él sostiene que tener una noción sana de desconfianza te prepara para cualquier peligro posible. Pero, hasta ahora, todo eso no eran más que teorías. Y, si soy sincera, incluso ayer, cuando mi padre insistía en que una amenaza inminente se cernía sobre nuestra familia, yo seguía sin estar convencida. No, no había absolutamente ningún indicativo de peligro en mi vida hasta hacía unos minutos, cuando me he levantado en el vestíbulo de... ¿Un castillo medieval?

Frunzo el ceño. Un hombre, que supongo que es un guardia, está de pie junto a la pared que hay a mi lado. Mira hacia delante,

ignorándome descaradamente, mientras me centro en la puerta. Intento levantar con todas mis fuerzas el pestillo de hierro forjado e incluso empujo con el hombro la oscura madera, pero esta no cede. Dejo escapar un resoplido por el esfuerzo e inspecciono la habitación. Hay un fuego crepitando en la chimenea y muebles de terciopelo bermellón que probablemente cuesten más que mi casa entera. Pero no hay ventanas y la puerta que tengo delante es la única salida.

—Sé que puedes oírme —le digo al guardia, que hasta el momento no ha contestado a ni una sola de mis preguntas.

Va vestido completamente de negro, con un cinturón y unos brazaletes de cuero que avergonzarían al disfraz de gladiador romano que llevé el año pasado por Halloween. Se me pasa por la cabeza chascar los dedos en su cara, pero mide treinta centímetros más que yo y tiene los brazos más musculosos que mis piernas.

Permanece en silencio. Empleo otra táctica.

—Sabes que soy menor, ¿verdad? No me puedes encerrar en este... Bueno, supongo que este es mi nuevo internado. Pero ¿qué clase de colegio encierra a sus alumnos?

Mi padre me dijo que este lugar sería diferente, pero me cuesta pensar que se refiriera a dejarme atrapada en una habitación sin ventanas.

Justo en ese momento escucho una llave introduciéndose en la puerta, que se abre hacia fuera. Bajo los hombros y relajo las manos. Otro guardia, vestido exactamente igual que el primero, me hace gestos para que le siga. No pierdo ni un segundo. Por desgracia, el guardia del vestíbulo también viene y, mientras camino entre los dos, me siento tan atrapada como antes.

El guardia que va de delante coge una antorcha de la pared de piedra gris y hago inventario de cuanto me rodea: no hay electricidad, el techo es abovedado, hay puertas recias de madera con pestillos en vez de pomos. Ni de coña estoy en Estados Unidos. Este lugar parece sacado de un documental que vi una vez sobre castillos medievales en Irlanda. Sin embargo, me parece casi imposible creer que mi padre me mande nada menos que hasta Europa, aparte de que no puede permitírselo. Casi nunca salimos de Pembrook, mucho menos del estado de Connecticut.

Mientras seguimos andando, observo unos tapices impresionantes colgados en las paredes en los que aparecen caballeros, cortes reales y batallas sangrientas. Además, está todo en silencio, no se oye a nadie hablando ni coches que pasen cerca.

En el pasillo hace más frío, así que me bajo las mangas de la sudadera hasta los dedos para calentarme. No tengo ni idea de dónde han ido a parar el abrigo, los guantes y la bufanda que llevaba en el avión; no estaban conmigo en el vestíbulo cuando me desperté. Pasamos bajo un pasaje abovedado y subo por unas escaleras con escalones de piedra desgastados y desiguales. Recuerdo dos aterrizajes y tres vuelos antes de detenernos frente a una puerta adornada con remaches de hierro. El guardia que nos guía levanta el pestillo y sale un soplo de aire caliente.

El anticuado despacho me recuerda a una sombría escena de la película *María, reina de Escocia*. La única luz de la habitación proviene de un montón de velas colocadas en un candelabro de plata y de los apliques que hay en la pared de piedra. Las ventanas están tapadas con unas cortinas pesadas y un fuego resplandece en la chimenea, por lo que el aire huele a humo de leña.

Una mujer alta y delgada está detrás de lo que parece un escritorio antiguo. Tiene el pelo castaño recogido en un moño alto tan apretado que me da dolor de cabeza solo con verlo. Probablemente tenga la edad de mi padre, pero su seriedad la hace parecer mayor. Hace una pobre imitación de una sonrisa.

—Bienvenida a la Academia Absconditi. Soy la directora Blackwood. Espero que el viaje haya sido agradable —su voz y semblante exige obediencia.

—No recuerdo el viaje —digo, y me siento intranquila bajo su mirada mientras me quito una pelusa de los vaqueros. La bronca que había preparado en la planta de abajo me parece inapropiada en este contexto formal—. Me desmayé en el avión y me he levantado en el sofá de... La verdad, no tengo claro qué...

—La sala de los profesores —dice ella, y me hace señas para que me siente en un sillón que hay frente a su escritorio. Los volantes de una blusa blanca sobresalen por los bordes de su chaqueta negra. La contradicción me hace preguntarme quién de las dos es ella: la estirada que intenta parecer cercana o la amable que intenta parecer dura—. Has estado inconsciente un buen rato.

—Me han encerrado ahí abajo —digo, esperando que se sorprenda, pero no lo hace.

Me vuelvo y miro a mis espaldas. Los dos guardias están todavía con nosotras, uno a cada lado de la puerta, que ahora está cerrada. No tengo claro si la están protegiendo a ella o impidiendo que yo me vaya. Quizá las dos cosas.

Blackwood asiente como si supiera la respuesta de la pregunta que no he formulado.

—Los guardias tienen prohibido hablar con los alumnos; solo hablan con el profesorado y el personal. Veamos, teniendo en cuenta lo tarde que es, creo que deberíamos ahorrarnos la cháchara, ¿no crees?

Le echa un vistazo al reloj de metal oscuro que hay en la pared y que imita a una pequeña torre gótica con el engranaje a la vista. Marca la 1:30 y, a juzgar por su comentario de «lo tarde que es» y los pasillos vacíos, supongo que es la una y media de la madrugada y no de la tarde.

—Espera… Ese reloj no funciona. —La miro a ella y al reloj, como si me estuviera gastando una broma. Era pasada la medianoche cuando mi padre me dejó en el aeropuerto. Y pasaron unas dos horas hasta que me quedé dormida—. ¿He estado inconsciente un día entero? ¿Cómo es posible? ¿Y por qué no me desperté cuando me traían aquí? ¿O cuando aterrizó el avión?

—Entiendo que estés desorientada. Por desgracia, es uno de los efectos secundarios de traerte aquí sin problemas…

—¿Efectos secundarios? —Se me forma un nudo en el estómago mientras limito las posibilidades de por qué he permanecido dormida veinticuatro horas—. ¿Me han… me han drogado? —Levanto un poco la voz y combato la sensación de pánico.

Pienso en la secuencia de acontecimientos antes de quedarme inconsciente. Lo último que recuerdo con claridad es haber pedido una limonada en el avión. Mi padre me habrá dicho un millón de veces que no coma ni beba nada que no me haya ofrecido alguien en quien confíe, pero negarle una bebida a un auxiliar de vuelo es como rechazar algo que he pedido en un restaurante.

Miro a Blackwood en busca de algún indicio que me haga saber qué es lo que está pasando, pero su rostro carece de expresión. Sin duda no reacciona como si el indicio de que posiblemente me hayan drogado sea indignante.

Me pongo en pie. Mi instinto me dice que huya. Excepto porque no tengo ni idea de dónde estoy, salvo por una vaga idea de que se trata de alguna zona rural, a juzgar por la ausencia de ruido.

—Señora Blackwood, ¿puedo usar el teléfono? No estoy segura de… Solo voy a usarlo un minuto —observo su escritorio, pero no parecer tener ninguno.

—Por desgracia, no, no puedes.

—Estoy segura de que es un colegio estupendo, pero...

Levanta la mano para hacerme callar, como si me entendiera perfectamente, pero no estuviera dispuesta a consentir mis preocupaciones ahora mismo.

—Antes de que salgas de este despacho o te pongas en contacto con alguien, tienes que entender y aceptar las reglas. —Hace una pausa—. Además, me he presentado como la directora Blackwood. Estamos orgullosos de mantener las tradiciones en este lugar.

Me quedo mirándola sin saber qué decir, algo que mi mejor amiga, Emily, podrá testificar que solo ha pasado una vez en la vida.

Blackwood me indica que me siente.

—Ahora, te aconsejo que te relajes y me prestes mucha atención. Algunas de las cosas que quieres saber te las voy a explicar ahora.

Me siento a regañadientes. Mi padre me dijo que este colegio me pondría a prueba de un modo extraño y, aunque me pareció de lo más sospechoso, confío en él. Él nunca me pondría en peligro. De hecho, ese es el principal motivo por el que estoy aquí, para mantenerme a salvo. Me reclino sobre el sillón de cuero desgastado y meto un pie debajo de mí.

Blackwood levanta una ceja al darse cuenta de mi postura descuidada. Me mira desde arriba y levanta la barbilla casi como si quisiera levantarme si pudiera hacerlo con sus pensamientos.

—Tu repentina llegada no estaba prevista. No entra en nuestra política admitir nuevos alumnos a mitad del curso, y menos a mitad de semestre.

Me mira a la espera.

—Gracias por hacer una excepción... —digo apelando a mis modales, aunque las palabras suenan rígidas de mi parte.

No me gusta la forma en la que dice «admitir», como si fuera algo a largo plazo. Mi padre me dijo que solo sería durante unas semanas, hasta que pudiera arreglar el robo en casa de la tía Jo. Luego volvería a casa, en el tranquilo Pembrook, y todo volvería a ser como antes.

Blackwood abre una agenda de tela negra con una cinta de raso y ojea la página.

—Antes de que te cuente más cosas sobre la Academia Absconditi y su alumnado, hay tres normas que son totalmente innegociables. Deben cumplirse en todo momento y no solo atañen a los alumnos, sino también al profesorado. —Junta las manos sobre sus documentos —. La primera es que no se habla, escribe o se comunica de cualquier otra forma sobre tu vida fuera de estos muros. Ni la ciudad en la que

vives, ni quién es tu familia. Ni tu apellido ni los nombres de las personas que conoces. Entiendo que eres especialmente sociable, y quiero dejarte claro como el agua que, si rompes esta norma, no solo te pones en peligro, sino a toda tu familia.

La miro con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo voy a poner en peligro a mi familia aquí? Se supone que este sitio es lo contrario al peligro...

—También tengo entendido que has estado bastante protegida —dice Blackwood ignorando por completo mi pregunta y mirándome con desaprobación—. Algo que se corregirá con el tiempo.

No le respondo porque no estoy segura de a qué se refiere y no sé si quiero saberlo. Quizá tenga razón sobre la desorientación, o quizá sea esta conversación la que me hace sentir como si todo estuviera patas arriba.

—La segunda norma te prohíbe que abandones el campus —sigue Blackwood—. Esta institución está situada en las profundidades de un bosque rodeado de trampas. Cruzar los muros del perímetro no solo es imprudente, sino también arriesgado.

Me incorporo. Bueno, esto ya sí es una de las ventajas que mi padre me contó sobre el colegio: pista de obstáculos en árboles, puzles complejos, trucos de lanzamiento de cuchillos. Si este lugar resulta ser aventurero a lo Robin Hood en la misma medida que es escalofriante, supongo que le puedo perdonar a mi padre el largo viaje y a ella que posiblemente me hayan drogado.

—¿Qué tipo de trampas? ¿Alguien las ha superado alguna vez?

—No. Nunca —responde como si hubiera respondido a esa pregunta innumerables veces y nunca dejara de cansarla.

Mi vista se centra momentáneamente sobre su cabeza, en un emblema bermellón y plata con una frase en latín al pie: *Historia Est Magistra Vitae*. Antes de que pueda averiguar el significado, Blackwood vuelve a hablar otra vez.

—La tercera norma es que, si haces daño a otro alumno, nos ceñiremos a un sistema de castigo ojo por ojo. Los enfrentamientos se realizarán en el aula bajo supervisión del profesorado.

La emoción momentánea que sentía por las trampas de pega en el bosque desaparece y siento cómo mi expresión se reduce a fruncir el ceño. Mi padre me dijo que solo me mandaba aquí por precaución, que necesitaba estar con la tía Jo unas semanas, que no podía cuidar de las dos al mismo tiempo. Me pidió que confiara en él. Yo pensé que solo estaba siendo sobreprotector, como siempre. Pero si hay peligros

en este sitio, entonces toda la historia se desmorona. Se me forma un pequeño nudo en el estómago, no el típico que agobia en el momento, sino de esos que te acechan y van creciendo en la oscuridad, en los momentos tranquilos cuando estás a solas.

Mi mirada vuelve pasar de las ventanas cerradas al guardia de la puerta.

—¿No debería darse por sentado... eso de no hacerle daño a la gente?

—Ha habido un repunte de incidentes mortales en los últimos años. Así que no, no se da por sentado —lo dice como si no fuera más importante que los martes mexicanos en la cafetería.

De repente, se me queda la boca seca.

—¿Qué quiere decir con incidentes mortales? ¿Cómo de intensas son las clases aquí? ¿Cómo se mueren esos alumnos?

Blackwood me mira como si fuera un cachorro abandonado al que no tiene intención de acariciar.

—No ofrecemos estudios básicos como los de otros colegios; lo que ofrecemos es de una índole más importante. La academia refuerza tus habilidades y tus puntos fuertes. Por ejemplo, el lanzamiento de cuchillos no es solo precisión. Es una habilidad que se practica en movimiento y bajo estrés. El engaño se perfecciona para que puedas percibirlo en los demás y usarlo como una segunda piel. En lugar de idiomas, tenemos clases de acentos y una optativa de normas culturales que te permitirá moverte entre países sin que te delate tu lugar de origen. Es un privilegio estudiar en este colegio, no un derecho. Los profesores están sumamente capacitados y elegimos a los alumnos uno a uno de todas las partes del mundo. Contamos con dieciocho profesores residentes y, tú, November, eres nuestra alumna número cien. El colegio tiene vigilados todos los rincones de este lugar y los alumnos lo saben. —Su tono de voz suena a advertencia, como si fuera a volverme loca y hacer algo que no debiera—. Tendrás que pasar un examen físico y psicológico antes de decidir qué clases son las que mejor encajan contigo.

Se reclina en su silla. Las velas del candelabro que hay en el escritorio arrojan sombras sobre su rostro.

«Academia Absconditi, sin duda es latín». Mi cerebro se pone en marcha. «*Absconditi* viene de *absconditum*, que significa “escondido” o “secreto”. Así que o bien es “academia escondida” o “academia de los que se esconden”». Puedo sentir cómo se me arruga la frente a medida que intento asimilarlo todo. No estoy segura de si estoy emocionada o

asustada de estar en un colegio secreto con un montón de expertos del engaño y del lanzamiento de cuchillos que dominan acentos.

Las velas del despacho parpadean, como si quisieran darle énfasis a la larga pausa de Blackwood y, cuando vuelve a hablar, tengo el extraño presentimiento de que puede leerme el pensamiento.

—La academia hace honor a su nombre. En lo que al mundo se refiere, no existimos. Ni siquiera tus padres, que puede que hayan estudiado aquí, saben dónde está.

Bueno, al menos mi padre decía la verdad cuando me comentó que no sabía exactamente a dónde iba. ¿Podría ser que mi padre, hombre de montaña, asistiera a este colegio? Me parece sospechoso que no lo mencionara, pero nunca habla de su infancia, así que no es del todo descabellado.

—Como habrás podido notar, no hay electricidad. Tampoco hay conexión a internet y, por lo tanto, no es posible la comunicación con el exterior —continúa Blackwood—. Las visitas parentales se conciertan con el colegio y se aprueban según nuestro criterio. ¿Entendido?

Me quedo mirándola. Eso explicaría que no haya teléfono y que se negara a que hiciera una llamada. Pero este aislamiento extremo me hace pensar que está sucediendo una de dos: o este va a ser el entrenamiento de supervivencia más intenso de mi vida, o la amenaza sobre mi familia es considerablemente mayor que el robo que mi padre decía que era y ha querido mandarme lejos mientras se encarga de lo que ha pasado en realidad. Mi corazón late más rápido solo de pensarlo; no quiero pensar que me está ocultando algo tan importante.

—Entendido —digo con cautela.

—¿Y aceptas las normas?

—¿Acaso tengo elección...? —Me aclaro la garganta—. Sí.

—De acuerdo —dice Blackwood y suelta una exhalación, como si estuviera encantada de pasar al siguiente tema—. Como he dicho, has llegado aquí con diecisiete años ya cumplidos. La mayoría de nuestros alumnos empiezan a los quince, con ciertas admisiones puntuales a los dieciséis. Tendrás que hacer un esfuerzo mayor para aclimatarte rápidamente, aunque me han asegurado que tus habilidades no solo igualan a las del resto de alumnos, sino que puedes destacar entre ellos. —Su mirada me dice que no está segura de creérselo—. Aun así, no llames la atención. Observa y aprende de otros alumnos. Mantén la socialización al mínimo. Sé puntual y educada. Y, sobre todo, no interrumpas.

Me reiría, pero no es divertido. Acaba de describir a una persona totalmente diferente a mí.

—Te reunirás con nuestro analista, el doctor Conner —continúa—, que te ayudará a incorporarte. Ahora creo que lo mejor es que te retires a pasar la noche. El doctor Conner te evaluará por la mañana. —Me señala a los dos guardias—. Estos caballeros te escoltarán hasta tu habitación. Layla, tu compañera de habitación, será tu guía durante la primera semana. Se le ha pedido que te muestre lo básico y tengo plena confianza en que será rigurosa. Es una de nuestras mejores alumnas.

—¿Cómo se deletrea Layla? —pregunto mientras trato de sacar información sin tener que preguntar directamente.

Blackwood duda y me mira con una expresión extraña. Le diría que su propio nombre significa «madera negra» en inglés antiguo, pero no serviría de nada.

—L-A-Y-L-A —dice Blackwood, cierra la agenda y se levanta.

Yo también me levanto. Tengo más preguntas, pero por la expresión de su rostro es obvio que no tiene ningún interés en seguir con esta conversación.

—Gracias, directora Blackwood. Que descanse.

Asiente con indiferencia y me dirijo hacia la puerta. El guardia con la antorcha levanta el pestillo y le sigo por el pasillo. Me sobrepasa en altura y yo mido casi 1,80. Y, de nuevo, los guardias se las arreglan para que vaya andando entre ellos.

El único sonido es el de mis botas al caminar. Sus pisadas son notablemente silenciosas mientras bajamos un tramo de escaleras hasta un pasillo flanqueado por puertas abovedadas de madera decoradas con apliques de hierro forjado. No hay números ni nombres para distinguirlas. El guardia de delante se detiene y llama a la tercera puerta de la izquierda. Apenas un segundo después, se escucha el sonido amortiguado de un pestillo de metal y la puerta se abre.

La chica tras la puerta tiene el pelo negro y largo hasta la cintura, tan liso y brillante que refleja la llama de la antorcha. Tiene los ojos de color castaño oscuro y los labios rojos. Me examina de pies a cabeza y frunce el ceño, en un gesto parecido al fruncimiento amargo de Blackwood.

A pesar de que no lleva nada más que un camisón blanco, mis botas, desgastadas y llenas de barro de hacer el tonto por ahí, y mi sudadera gigante de punto trenzado hacen que me sienta de repente como si fuera vestida inapropiadamente.

—Layla, ¿verdad? —digo dando un paso adelante y rompiendo el silencio con una sonrisa—. Me han dicho que somos compañeras de habitación. Soy November.

Extiendo la mano para estrechar la suya, pero no lo hace. En su lugar, hace una pequeña reverencia. Se me escapa una risa de sorpresa sin pararme a pensarlo. Su mirada se endurece y cierra el pestillo de la puerta detrás de mí con un sonoro clic.

—Lo siento. No pretendía reírme. De verdad. Es que tu reverencia me ha pillado desprevenida. ¿Empezamos de nuevo?

Puedo oír a mi mejor amiga, Emily, regañándome por mis risas fuera de lugar.

—Está olvidado —dice ella, como si estuviera obligada a ser educada conmigo.

La pareja de habitaciones que me enseña solo reafirma mi impresión inicial de que estamos en un castillo antiguo en algún lugar de Europa. Y ahora que no estoy encerrada, puedo apreciar mejor la decoración medieval. La pared de piedra tiene apliques que parece que tengan miles de años. Hay una chimenea enorme, un sofá y un sillón de terciopelo gris claro y una mesa delante de una ventana abovedada que está tapada con cortinas pesadas de color bermellón. Los colores grises y bermellón me recuerdan a los colores del emblema en el despacho de Blackwood.

—Ostras —susurro.

—Tu dormitorio está por aquí —dice Layla monótonamente, señalando hacia mi derecha.

En su cara no hay rastro de emoción alguna.

Sigo su línea de visión hacia una puerta que es igual que por la que he venido, pero más estrecha.

«Layla —pienso—. Un nombre que se hizo popular en la época medieval y que tiene algo que ver con un poema del siglo VII. Estoy bastante segura de que sus orígenes son árabes y, si Blackwood lo ha deletreado bien, seguramente sea egipcio. Lo complicado es que cualquier variación en el nombre puede cambiar el significado ligeramente...».

—Oye, eh... ¿Sabías que tu nombre significa «nacida en la noche»?

Me giro hacia ella, pero ya no está. Me quedo mirando a la puerta cerrada frente a la mía. Un pestillo se cierra al otro lado de la madera. Ni siquiera he oído que se alejara. No es como Emily, eso seguro. Seguramente que ahora mismo está en mi casa, exigiendo ver a su mejor amiga y preguntándose por qué no he respondido a sus

mensajes. Ojalá mi padre me hubiera dado tiempo para explicarle las cosas.

Empujo la puerta de mi habitación. De mi habitación temporal. Tengo una vela encendida en la mesita de noche, junto a una jarra y un vaso de agua, y hay una palangana con agua en el armario que imagino que será para asearse. A los pies de la cama hay un camisón blanco idéntico al que llevaba Layla. La cama tiene un dosel de madera y un cabezal esculpido al detalle. Por desgracia, mi equipaje no aparece por ningún lado y estoy demasiado cansada para buscarlo. Me quito las botas y los vaqueros, los dejo en el suelo apilados y me siento en la cama. Es como si me hundiera en una almohada gigante.

Cojo la sudadera por un extremo para quitármela por encima de la cabeza, pero cambio de opinión y meto las piernas bajo las sábanas. Apago la vela junto a la cama de un soplo y me reclino sobre el colchón blando. Y es entonces cuando la morriña me atenaza el pecho.

Dejo escapar el aire y miro el dosel de madera que tengo sobre mí. «Puedo sobrevivir un par de semanas en cualquier sitio —me digo a mí misma—. Conseguí sobrevivir al campamento de fútbol el verano pasado en un campo que apestaba a repollo podrido. Podré con esto».

DOS

Me meto una camisa blanca de lino por dentro de un par de *leggins* negros que he encontrado misteriosamente cuando he vuelto del baño. Me quedo mirándome a mí misma en el tocador. Lo único que reconozco es mi larga trenza. El resto de mí parece que se ha vestido como un pirata para la feria renacentista. Si Emily me viera, se reiría eternamente. Ojalá tuviera el móvil para hacerme una foto.

Alguien llama a la puerta de mi habitación.

—¡Pasa! —exclamo, y la puerta se abre.

Layla va vestida con la misma ropa que yo, pero el aspecto de pirata no reduce su porte. Lleva el pelo en una coleta alta y lisa que le recorre casi toda la espalda. Parece hasta más regia que anoche, si es que eso es posible.

—Llegaremos tarde si no salimos pronto. Y yo nunca llego tarde.

—Yo suelo llegar tarde —digo en un tono amistoso—. Quizá seas una buena influencia para mí.

Frunce el ceño.

—¿Sabes de dónde ha salido esta ropa? —señalo las botas negras con cordones—. Cuando volví del baño, estaban en el baúl a los pies de la cama.

Frunce el ceño aún más.

—La criada.

—¿Criada? —Hago una pausa—. ¿Estás de broma?

¿Mi padre nunca quiso ni tener asistenta y ahora tengo una criada? Este colegio le ha tenido que costar todos sus ahorros. El nudo del estómago de anoche se intensifica. Hay algo que no encaja en la decisión de mi padre y toda esta situación.

Layla se pone más recta aún, algo que no pensaba que fuera posible con la postura tan perfecta que tiene.

—En absoluto.

Dios. Es más estirada que mi profesora de física de noventa años.

—Bueno, ¿por casualidad sabes qué le ha pasado a mi ropa? —pregunto—. O sea, las cosas que me traje de... —Recuerdo la regla número uno—. Casa. No encuentro mi equipaje por ningún lado.

—Los objetos personales están prohibidos en el campus. La directora Blackwood los mantiene bajo llave.

—¿Incluso mi neceser y mis...?

—Todo.

Gruño. Ya echo de menos mi funda de almohada con detalles de pino que forma parte de un conjunto de ropa de cama que busqué durante meses. Y la bufanda que me tejió Emily el invierno pasado y que se ha convertido en un básico de mi armario, incluso cuando no me pega. Todos esos trocitos de mi familia y de mi vida están bajo llave en algún lugar y no puedo tenerlos.

—Sobre eso, sobre lo que está prohibido. ¿A qué viene tanto secretismo? —pregunto.

Layla me mira con desconfianza.

—¿Por qué me preguntas eso?

Teniendo en cuenta la dureza de las reglas de Blackwood, no es que esperara que se pusiera a cotillear sobre las políticas internas de este sitio, pero tampoco me esperaba una respuesta tan a la defensiva. Ahora ha despertado mi interés. Uso la sonrisa encantadora que suele funcionarme tan bien.

—Esperaba que tú pudieras explicármelo.

—No seas ridícula.

Levanta la barbilla y se da la vuelta en un único movimiento. No me sorprendería que hubiera practicado esa salida dramática, a la espera de que alguien la frustrara y poder usarla.

La sigo al salón común. Abre un armario de gran altura y saca dos abrigos negros largos con capucha y me pasa uno.

Observo con interés el abrigo de terciopelo y lana. Tiene un par de guantes en los bolsillos.

—¿Es un manto?

—Es una capa —me corrige—, y de una calidad inmejorable.

Justo a la altura del pecho, en la parte izquierda de la capa, está el emblema que vi en el despacho de Blackwood. Está bordado con hilo plateado y bermellón.

—*Historia Est Magistra Vitae* —leo en voz alta—. Se me dan genial las palabras de origen latino. Es una de las cosas que aprendí cuando

empezaron a llamarme la atención los orígenes de los nombres. Aunque se me da fatal la gramática. ¿Significa «historia, enseñanza, vida»?

—«La historia es la maestra de la vida». Es el lema de la Academia Absconditi —dice Layla, y suspira como quien se resigna a hacer algo tedioso—. El bermellón significa paciencia en batalla. El plateado significa paz. El roble representa la antigüedad y la fuerza. La antorcha representa la honestidad y la inteligencia. Y la esfinge simboliza omnisciencia y discreción.

Layla abre nuestra puerta abovedada antes de que la última palabra salga de su boca y sale del salón común sin detenerse.

La sigo y cierro la puerta al salir, aún pensando en el emblema mientras me pongo la capa. El pasillo de piedra está más iluminado que anoche, pero el aire sigue siendo frío, lo que le da a todo un aspecto sombrío.

Menudo repaso de símbolos me acaba de dar Layla, no es solo un lema universal para un colegio. Me muerdo el labio. Es curioso que alguien elija para un mismo emblema los colores que significan «paciencia en batalla» y «paz», ya que me resultan contradictorios. Además, no sé mucho sobre emblemas, pero sé que la esfinge suele asociarse a las culturas egipcias y griegas.

—Oye, volviendo a lo del secretismo…

—No.

Observo detenidamente a Layla. Me pregunto qué pasaría si conociera a mi padre. Seguro que se quedan los dos mirándose fijamente, sin decirse nada más que un par de palabras el uno al otro. Me juego el cuello a que es la típica tía a la que le gusta fingir que nunca se tira pedos y, si a alguien se le escapa uno, se desmayaría del susto. Me echo a reír. Layla me mira con fiereza.

—¿Qué?

Durante un segundo, me planteo decírselo.

—Oye, estamos juntas en esto, ¿no? En este, en fin, en este castillo, supongo, por lo menos unas cuantas semanas hasta que volvamos a casa por vacaciones.

«Y a casa para siempre».

Resopla.

—Yo no me voy a casa por vacaciones.

Busco en su cara algún indicio de emoción, pero no encuentro ninguno. Yo estaría desolada si no pasara las vacaciones con mi familia.

—Lo mismo da. Igualmente deberíamos aprovecharlo, ¿no crees?

Layla se aleja de mí y baja por un pasillo de piedra con una hilera de ventanas abovedadas excavadas en la piedra. Es tan gruesa que se podrían usar los alféizares como sillones. Me imagino a los arqueros de hace mucho tiempo apostados sobre ellas, disparando flechas a los enemigos invasores.

—Se tarda un tiempo en hacerse con este edificio —dice Layla, que ignora por completo mi comentario—. Va en zigzag, pero lo importante es recordar que por fuera es un rectángulo. Por lo tanto, si sigues la pared exterior, siempre volverás a encontrar el camino.

Es como si estuviera hablando con la cajera del supermercado, Agnes, que murmulla incesantemente y apenas escucha a nadie. En vez de responder a lo que has preguntado, ella te suelta cualquier cosa que se le pase por la cabeza. Emily y yo la consideramos como una galleta de la fortuna. Si nos dice que las alcachofas se están vendiendo como nunca o que las raíces de las patatas parecen dedos de zombi, es que se nos viene encima una buena, pero si empieza a parlotear sobre una nueva remesa de helados, va a ser un buen día.

—Y si estás en el exterior en un patio o en un jardín, estás en algún punto del centro del rectángulo —continúa Layla con un tono de voz monótono, como si estuviera leyendo un folleto—. El edificio en sí tiene tres plantas, exceptuando la torre, que tiene cuatro.

—El despacho de Blackwood —digo yo, contenta de acordarme de algún dato de este lugar.

—Sí —responde, y me mira rápidamente de forma inquisitiva—. Puedes orientarte a partir de esa torre. Considérala como el norte y los dormitorios femeninos como el este. Justo al otro lado de nosotras, en la parte oeste del edificio, están los dormitorios masculinos.

Voy contando las puertas y los giros conforme vamos andando, una fisura en la piedra, un escalón que es más alto que los otros, intentando recordarlos. Yo era la niña a la que todos seguían en los carnavales, porque solo me hacía falta dar una vuelta para saber dónde estaba todo. Mi padre dice que es por haberme aprendido de forma obsesiva cada centímetro del bosque que hay cerca de casa, que es un millón de veces más difícil de mapear que un edificio o una feria.

Layla llega al final del pasillo, baja tres escalones y gira a la izquierda.

—Supongo que las clases aquí serán diferentes a lo que estás acostumbrada. Aunque algunas clases son normales, la mayoría no lo

son, porque muchas exigen un esfuerzo físico. Los días más fuertes son de lunes a viernes, con algunas clases más ligeras durante el fin de semana. Pero los profesores pueden convocar un reto espontáneo cuando quieran. —Se coloca un pelo suelto en su sitio—. Ahora estamos entrando en la parte norte del edificio, donde están las clases y los despachos de los profesores. —Señala a la pared—. Y en la parte sur están las zonas comunes: el comedor, la biblioteca, la armería y demás.

Me paro en seco.

—Espera. ¿De qué armería estamos hablando?

Ella también se detiene.

—Tenemos una extensa colección de espadas. También tenemos algunos de los mejores arcos y cuchillos.

Noto cómo aflora mi sonrisa. Nunca he usado una espada de verdad. Mi padre siempre me obligaba a usar una espada de madera y la usé tantas veces que la partí en más de una ocasión. ¿Y una sala llena de cuchillos? Me apunto.

—Pero los venenos no son tan buenos —continúa Layla casi para sí misma—. Aunque tampoco tiene sentido que hablemos de ello ahora, porque no iremos a esa parte del edificio hasta después de comer.

Mi sonrisa se desvanece.

—¿Venenos?

—He oído que van a aumentar el catálogo para el próximo semestre, así que puede que mejore —dice como si tal cosa.

En mi opinión, la única razón para enseñar sobre venenos es porque piensan usarlos o porque piensas que alguien puede usarlos contigo, y ninguna de las dos opciones me convence.

—¿Por qué exactamente tenemos que aprender sobre venenos?

Me mira como si estuviera de broma.

—¿Te emocionas por los cuchillos, pero te preguntas por qué tenemos una clase de venenos? Si estás fingiendo ser despreocupada e inocente, lo puedes hacer mejor.

Me quedo mirándola.

—Saber usar un cuchillo, flechas y espadas es una habilidad. Los venenos solo sirven para hacer daño a la gente.

—Ya. Y los cuchillos son para dar abracitos —responde ella inexpresivamente, y empieza a andar de nuevo—. Tienes una cita con el jefe de evaluaciones. Su despacho está al final de este pasillo.

Le cojo la muñeca, pero ella se deshace de mi mano suavemente antes de que pueda agarrarla bien. Me mira detenidamente; es el

primer signo de vida que percibo en ella.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Tocarte el brazo? Lo siento. Pero para el *tour* un momento. Hablo en serio. ¿A qué viene lo de los venenos y esa arcaica política del ojo por ojo? —El sentimiento de que algo va mal se intensifica y empiezo a pensar que hay algo de este sitio que debería saber y que no sé—. ¿Y qué me dices de las muertes de alumnos que mencionó Blackwood? Ya sé que no puedo preguntar quiénes eran los alumnos y demás, pero ¿podrías explicármelo? ¿Debería sentirme nerviosa?

Por un momento, Layla parece confusa.

—No sé qué quieres que diga.

—La verdad. ¿Por qué nuestros padres nos han mandado a un colegio aislado donde todas las reglas están relacionadas con algún peligro inminente?

No me gusta la desorientación de no saber dónde estoy, pero no tanto como soportar la idea de que mi padre me ha ocultado información.

—Aquí hay menos peligro que en ningún otro sitio —dice Layla como si la hubiera ofendido.

—No tal y como yo lo veo.

Se inclina hacia mí y baja el tono de voz.

—Te he dicho que dejes de jugar a hacerte la inocente.

—No es ningún juego —dudo. Mi instinto recula—. Siento molestarte, pero como mi padre no está aquí para preguntárselo...

—Baja la voz. —Su tono es dominante y fiero. Mira detrás de ella hacia el pasillo vacío y me empuja con una fuerza sorprendente hacia las escaleras por las que hemos venido—. Quizá no estés fingiendo. Quizá no sepas nada de verdad. Pero la estupidez no es la solución. —Su voz apenas es un susurro y su tono es acusador.

—¿Por qué ibas a pensar que mis preguntas son una farsa? ¿Qué leches voy a ganar con eso?

—Mi respuesta sigue siendo un no rotundo —dice entre dientes—. Al nombrar a tu padre y solo a tu padre, acabas de decirme que es probable que tu madre esté muerta. Ahora sé algo sobre ti, además del hecho que claramente te has criado en Estados Unidos, teniendo en cuenta tu acento. La ropa con la que llegaste anoche sugiere que vives en un clima del norte y, basándome en el estilo, diría que es una zona rural más que urbana. Por tus rasgos diría que eres originalmente de Europa oeste, seguramente del sur de Italia por tu pelo y tus ojos. Con eso ya puedo deducir un par de familias con las que podrías estar

relacionada. ¿Sigo?

La miro detenidamente. ¿Quién o qué es esta chica?

—¿Familias? ¿Qué familias?

Abre mucho los ojos y tensa las manos.

—Hablas muy alto y eres una insensata. De ninguna forma vas a conseguir sonsacarme información. Bien jugado, pero has perdido. —Sus palabras son cortantes.

—Espera...

—Se acabó la conversación —dice—. No me puedo creer que la directora Blackwood nos pusiera como compañeras.

Se aleja de mí a toda velocidad.

Joder. No sé qué hacer. Ser simpática no funciona; ser agresiva no funciona. Levanto las manos como señal de derrota.

—Mira, no estoy intentando molestarte. De verdad. Mi mejor amiga siempre dice que soy tan pesada que a veces pongo a la gente entre la espada y la pared. Entiendo que no confíes en mí. Trataré de relajarme como pueda y dejaré de abordarte con preguntas. Pero no estoy fingiendo nada y no sé qué me he perdido.

Antes de que pueda responder, las puertas que nos rodean se abren con un crujido. Los alumnos salen al pasillo, vestidos con la misma ropa y las mismas capas que nosotras. ¿Acaba de terminar una clase? No he escuchado la campana. Estoy acostumbrada a gritos y risas y empujones entre clases, pero aquí solo hay conversaciones en susurros y movimientos calculados.

Layla saluda a algún que otro de esos alumnos extrañamente silenciosos. Las miradas que recibo son tan sutiles que, si no estuviera pendiente, pensaría que el resto de los alumnos ni siquiera me han visto. Nada de quedarse mirando a la nueva con la boca abierta como pasaría en mi instituto.

Me da un escalofrío. Hay algo perturbador en este sitio que hace que me cuestione aún más la decisión de mi padre de mandarme aquí. Parece una prueba, una forma de demostrarme que siempre tuvo razón cuando decía que era demasiado confiada. Casi que puedo escucharlo diciendo: «Observa, mira este sitio y dime que no tengo razón: la gente siempre tiene algo que esconder». Lo más extraño es que, aunque teníamos nuestras discrepancias sobre confiar en la gente, siempre tuve la sensación de que, debajo de todo eso, estaba secretamente orgulloso de mí por ver siempre lo mejor en los demás. Quizás estaba equivocada.

—Layla —dice un chico caminando hacia nosotras, lo que me hace

que me abstraiga de mis pensamientos. Se parece notablemente a ella, excepto por la altura. Layla es unos diez centímetros más baja que yo; él es unos diez centímetros más alto. Pero los dos tienen la misma presencia regia y la misma mirada penetrante—. Qué sorpresa —continúa—. Pensaba que ya estarías en la oficina de evaluación. —Le guiña un ojo.

Por lo que deduzco del comentario, supongo que ella le habría contado esta mañana temprano que estoy aquí. O eso, o ya sabían que iba a llegar, lo que me preocupa más todavía. Aquí no hay teléfonos ni internet para comunicarse, así que la única forma de que lo supieran es que estuviera planeado días atrás, antes de que yo misma lo supiera.

—Circunstancias atenuantes. —Layla me mira como si fuera una comida sin identificar de la cafetería—. Ash, esta es November, mi nueva compañera. November, Ash.

—Layla con una compañera. ¿Quién hubiera pensado que llegaría el día?

Me mira directamente y de forma involuntaria doy un paso atrás. Hay algo en su mirada que me hace sentir expuesta en el acto, como si proyectara una desafortunada luz sobre el grano que esperaba que nadie notara. Al contrario que Layla y su frialdad, él parece cercano, pero su bienvenida no tiene nada de afectuosa.

—¿Nunca habías tenido una compañera? —le pregunto.

Blackwood dijo que solo había cien alumnos y el colegio es enorme, así que no me extraña que haya alumnos sin compañero. Pero me parece una elección solitaria en este lugar tan gris.

—No todos somos aptos para ello —dice Layla, y me suena más a una advertencia que a una explicación.

—Supongo que Layla está cuidando bien de ti, ¿no? —pregunta Ash antes de que pueda responder.

Cuanto más habla, más me doy cuenta del parecido que tiene con Layla: cómo mueven las cejas, los pómulos fuertes, e incluso la redondez en el nacimiento del pelo.

—Es una guía excelente —digo—. Pero yo soy una alumna terrible. Prácticamente no hago más que hacerle preguntas. —Hago una pausa, intentando reunir todo lo poco que sé sobre él—. ¿Ash es la abreviatura de Ashai?

Sonríe abiertamente, pero su sonrisa parece forzada.

—Exacto. Me sorprende que Layla haya hablado de mí. No es su estilo.

«Y que lo digas».

—No lo ha hecho. Es solo que Ash de por sí no es un nombre egipcio. Y como Layla sí que lo es, he supuesto que el tuyo también lo sería. O sea, sois hermanos, ¿no?

No siento la misma emoción que cuando lo hago normalmente. En su lugar, empiezo a sentir que he metido mucho la pata. Ash mira a Layla en vez de a mí.

—¿Le has contado que somos egipcios?

Layla levanta el mentón.

—Por supuesto que no.

Se miran el uno al otro durante unos largos segundos. No dicen ni una palabra, pero entiendo que se están comunicando de alguna forma solo por la intensidad con la que se miran. Ash se gira para mirarme.

—Tengo un hueco esta tarde. Puedo acompañaros en el *tour* o incluso sustituir a Layla si necesita descansar.

Mi instinto me dice que no, que le pida perdón a Layla y le prometa que dejaré de hablar si no me deja a solas con él. Por suerte, Layla niega con la cabeza.

—Sabes que es mi responsabilidad —dice, y se lo agradezco, a pesar de que ser la responsabilidad de alguien no es un cumplido.

—Bueno, pues supongo que os veo a las dos en la comida. Ah, y Layla... —Tiene en la mano una pequeña trenza hecha de agujas de pino.

Layla rebusca en los bolsillos de su capa, que ahora están vacíos, mientras Ash sonríe victorioso.

—Cinco a cuatro —dice ella con una pizca de fastidio—. Tú ganas.

Ash se inclina un poco ante nosotras y se mezcla entre la corriente de alumnos, que se comportan más como espías que como estudiantes. De cerca, su intensidad es casi insoportable, pero conforme se aleja, me resulta igualmente imposible no mirarlo. No sé si estoy intrigada o intimidada.

TRES

Me siento en uno de los sofás de color bermellón que hay en el despacho de evaluaciones, que está iluminado en gran parte por el resplandor de las llamas de una gran chimenea. Las paredes están llenas de retratos de hombres y mujeres mayores con caras de pocos amigos y unas vigas de madera cruzan el techo. Arrastro la bota por una alfombra descolorida y miro por la ventana alta y estrecha, que solo deja entrever gruesas ramas de árboles.

El doctor Conner pone sobre la mesa enfrente de mí una bandeja de plata con pan caliente, mantequilla y jamón. Mi estómago ruge como respuesta. Hay pocas cosas en este mundo mejores que el pan recién hecho. Y, a causa de las drogas, ni siquiera sé cuánto tiempo hace desde la última vez que comí.

—A ver, November, te voy a hacer una serie de preguntas —dice el doctor Conner mientras se sienta al otro lado del sofá.

El acento parece británico y lleva una chaqueta negra parecida a la de Blackwood, solo que con un pañuelo de bolsillo de color bermellón. Si tuviera que adivinarlo, diría que tiene la edad de mi padre o incluso unos años menos.

—Lo más importante es que respondas con total sinceridad —dice el doctor Conner mientras cruza las piernas y abre una carpeta de cuero—. Así aumentaremos considerablemente las posibilidades de ofrecerte las clases adecuadas. Como es inusual que aceptemos un alumno a mitad de curso, sobre todo a alguien tan mayor, no tenemos tiempo para examinar sin prisas tus puntos fuertes y débiles, que es lo que haríamos normalmente.

—Por supuesto. Dispare —digo mientras mi cerebro se acelera con su propia evaluación. «Conner, que proviene de *cunnere,* que significa “inspector” y *cun*, que significa “examinar”»—. ¿Han recibido las notas

de mi instituto?

Levanta una ceja.

—Por supuesto que no. Puedo asegurarte de que aquí no encontrarás nada de esa índole. Y todo lo que digas en este despacho es confidencial y solo se usará para fines educativos. Nadie tiene acceso a tu ficha salvo la directora Blackwood y yo mismo.

Las advertencias de Layla y Blackwood resuenan en mi cabeza. ¿Acaso pensaba que lo estaba poniendo a prueba para ver si hay registros de mis datos personales?

—Ah, bien. Entonces vamos a darle caña a esas preguntas —digo con menos vitalidad.

Se pasa la mano por su barba rasurada y arruga el entrecejo.

—¿Eres introvertida o extrovertida?

—Extrovertida. Sin lugar a duda —respondo.

—¿Tienes actualmente alguna lesión que te limite los movimientos?

—No. Ninguna.

—¿Qué nivel de equilibrio te describe de forma más precisa: la habilidad de caminar sobre un saliente, sobre una rama o sobre una cuerda floja?

Siento cómo arrugo la frente mientras pienso la respuesta. «¿Adónde quiere ir a parar con esto?». Parece más una evaluación para jugar a deportes extremos que para un colegio.

—Sobre una rama. ¿De verdad hay gente en este colegio que camina sobre una cuerda floja?

—¿Habilidades de escalada? —pregunta Conner ignorando mi pregunta.

—Excelentes.

Levanta la vista un segundo.

—¿Cómo de excelentes?

Empieza a parecer evidente que ninguna de estas preguntas va a ser sobre mis habilidades académicas.

—Los árboles son mi mejor elemento, pero también puedo escalar rocas, trepar un mástil... Básicamente, si tiene algo de textura y algún punto de agarre, puedo escalarlo. Es una especie de... —Guardo silencio antes de contarle que mis amigos en Pembrook tienen una apuesta para ver qué puedo escalar y cómo de rápido. «Regla número uno», me recuerdo a mí misma.

Alza las cejas.

—¿Horario nocturno o diurno?

—Cualquiera.

—¿Horario nocturno o diurno?

—Los dos me vienen bien, de verdad.

—Me alegro de que lo creas así —me dice en un tono que denota que no está tan alegre—, pero si te doy dos opciones, lo que quiero es que elijas.

Cambio de postura en el sofá, aunque no tengo necesidad.

—Nocturno.

—¿Por qué? —pregunta, y levanta la cabeza para mirarme.

—Bueno —digo, y hago una pausa—, la oscuridad no me molesta y a veces puede ser verdaderamente útil.

Él asiente y apunta algo, que, en este punto de la extraña conversación que estamos teniendo, me encantaría ver.

—¿Cuál dirías que es el mejor de tus sentidos?

—Mm, vale, déjeme pensar.

Cuando era pequeña, mi padre y yo empezamos a jugar a ese juego en el que una persona va con los ojos tapados y tiene que seguir a la otra por el bosque y lejos de casa durante cinco minutos. El cabecilla va en zigzag y en círculos para intentar confundir todo lo posible al que va con la venda. Pero si el que va con la venda encontraba el camino de vuelta a casa, ganaba. Yo siempre lo hacía basándome en el oído y tocando los árboles. Mi padre juraba que llegaba principalmente por el olfato, lo que todavía sigo pensado que es increíble. Empezó a crear juegos de estrategia al aire libre como ese después de que mi madre muriera cuando yo tenía seis años. Nos íbamos de camping los puentes y me enseñaba todo tipo de trucos. Supongo que eran más bien técnicas de supervivencia, aunque por aquel entonces a mí parecían más bien puzles o juegos. Él nunca lo admitió, pero yo creo que estaba buscando formas de cansarme física y mentalmente para que no preguntara por mi madre. Conner se aclara la garganta.

—Siguiente pregunta.

—Espere, ya sé la respuesta.

Me mira intencionadamente.

—He dicho siguiente pregunta, November.

—Una combinación entre el sentido del tacto y del oído —digo rápidamente antes de que vuelva a hablar de nuevo. No porque no quiera dejar la pregunta sin responder, sino porque no me gusta que me hagan callar. Él no reacciona.

—¿Preferirías trepar por un árbol, ir al mar o no padecer dolor?

Dudo. Mi padre solía hacerme este tipo de exámenes de personalidad como si fueran adivinanzas. Yo siempre me metía con él diciéndole que era un vestigio de su antigua vida en la CIA. Pero lo que yo quisiera saber ahora es con qué guarda relación ir al mar, mi sentido más potente o si prefiero el día o la noche.

—No es una pregunta difícil —dice Conner, y mi cerebro se pone en marcha.

Trepar por un árbol seguramente significa que solo quieres pasártelo bien o vivir el momento. ¿Ir al mar? Eso significa irte de donde estás, que te sientes insatisfecho con tu situación actual. No padecer dolor... no tiene más significado que el obvio. La verdad es que no estoy segura de esta última.

Conner se rasca la barba y su mirada pasa de mí a su carpeta mientras va anotando cosas.

—No padecer dolor —digo, aunque subirse a un árbol sea, sin duda, la respuesta más apropiada en mi caso.

Sin embargo, si hay algo que percibo que este colegio no valora, es divertirse sin sufrimiento.

Él gruñe.

—¿Y tu capacidad de relaciones espaciales?

—Buenas.

—¿Resistencia atlética?

—Siempre he practicado mucho deporte... Yo diría que alta.

—¿Reglas?

—¿En cuanto a romperlas?

Dios, este tipo no gasta una palabra de más si no es necesario.

—Romperlas o crearlas.

Me encojo de hombros.

—Sin experiencia.

Alza la vista para mirarme un segundo y tengo la sensación de que no me cree.

—Vale, de acuerdo. Esto nos da una base para, al menos, asignarte las clases.

Asignarme clases. Ahora entiendo que las clases que describieron Blackwood y Layla no eran optativas, es el plan de estudios. No es que me deprima dejar las mates y la lengua, pero también me resulta sorprendente que un instituto no se centre más en lo académico.

Conner deja la carpeta de cuero en la mesa. Mira la bandeja de comida que no he tocado.

—¿No vas a comer un poco de pan con jamón?

—Gracias, pero no tengo hambre. No dude en comer sin mí —contesto intentando no establecer contacto visual con el irresistible pan.

—Debes tener hambre. No has desayunado todavía —dice, y sonríe.

Después del más que probable hecho de que me drogaran en el avión, no voy a comerme eso de ninguna manera. Le miro directamente.

—Este es el despacho de evaluaciones y me estás evaluando, ¿no? Lo único que se me viene a la cabeza es que la comida sea parte de la prueba y no sé si quiero saber lo que lleva.

Su expresión cambia, como si hubiera encontrado algo que estaba buscando.

—Eres desconfiada. O quizá sea en mí en quien no confíes.

Por un momento, me deja atónita. Es la primera vez que alguien me dice que soy desconfiada. Y, de alguna forma, este comentario lo dice de forma distinta, como si estuviera desafiando a mi mente en vez de recabar información sin más.

—No me gusta cometer el mismo error dos veces —digo con cuidado.

Él se detiene un segundo y prácticamente veo cómo se mueven los engranajes de su cerebro, tomando decisiones sobre mí. Es extrañamente incómodo que te evalúen cuando no sabes qué buscan o a qué tipo de conclusiones están llegando.

Conner se reclina en el sofá, y se coloca de una forma tan informal que casi parece que me da la bienvenida, como si estuviera hablando con uno de los amigos de mi padre en lugar de un orientador estirado. Mi padre. Una punzada de nostalgia me atenaza el estómago vacío.

—¿Cuánto sabes sobre la academia, November? —me pregunta Conner.

—Muy poco —digo, y entiendo por su mirada que me cree.

—La directora Blackwood me pidió que te hablara un poco sobre nuestra historia y lo que esperamos de ti —dice, y me inclino hacia delante.

—Sí, por favor.

Llegados a este punto, agradeceré cualquier información que me llegue. Él cruza las manos sobre su regazo.

—Sin embargo —dice con énfasis—, esta breve introducción no compensará la inmensa cantidad de información que te has perdido en los dos primeros años.

Tengo la sensación de que me está advirtiendo, lo cual es desconcertante. ¿Por qué me han admitido si tan preocupados están por todo lo que me he perdido?

—Pero, antes de empezar, la directora Blackwood te ha dejado clara la primera regla, ¿verdad?

—Nunca reveles información personal sobre ti mismo o sobre tu familia —contesto.

Conner asiente.

—También pedimos que seáis precavidos con los alumnos que reconozcas. Somos conscientes de que es inevitable que algunos os conozcáis. Pero son esos momentos en los que te sientes más segura los que te hacen más vulnerable —dice, y de nuevo me da la sensación de que está buscando algo.

—Sin problema —le digo—. No conozco a nadie.

Me mira durante un buen rato y se aclara la garganta.

—Bueno, vamos a ver... La academia fue concebida y construida por el consejo original de familias como una institución de élite para sus descendientes más aventajados y brillantes. Fue la primera vez que todas las familias trabajaron juntas en pos de un mismo objetivo. En aquel entonces se acordó, y así sigue siendo hoy, que la excelencia estratégica y la seguridad de los niños tendrían prioridad sobre la política.

Ahora sí que me he perdido. Quiero preguntarle «¿Qué política?», pero vuelve a hablar antes de que abra la boca.

—No puedo decirte la fecha exacta en la que se fundó esta escuela, ya que la discreción ha hecho que parte de esa información no se haya registrado, pero muchos estiman que fue aproximadamente hace unos 1.500 años, unos 3.000 años después de que se formaran las tres familias originales. Lo que sí puedo decirte es que la Academia Absconditi ha tenido su sede en este edificio en concreto desde el año 1013. —Levanta un poco más la barbilla, como si fuera motivo de orgullo.

«Familias», otra vez esa palabra. Cuando le pregunté a Layla sobre el tema, reaccionó como si la estuviera molestando adrede. Conner también da por hecho que sé lo que significa y no estoy segura de si quiero que sepa que no es así. Asiento como si lo entendiera.

—Todos los alumnos tienen las mismas asignaturas obligatorias —dice Conner—. Y un abanico de optativas especiales como acentos, artes marciales, códigos, boxeo, tiro con arco y horticultura. Aunque los niveles de especialización varían dentro de cada curso, hay una

división clara entre los alumnos de nivel básico durante sus primeros dos años y los alumnos avanzados. Si un alumno de nivel básico no progresa adecuadamente hasta cumplir las expectativas del nivel avanzado, no puede quedarse.

Conner hace una pausa como para hacerme entender la gravedad de sus palabras.

—Y como tengo diecisiete años, ¿supongo que estoy en mi tercer año y, por lo tanto, soy alumna de nivel avanzado? —pregunto.

—Así es. Bien, nos han asegurado de que tus habilidades físicas son suficientes. Pero la asignatura obligatoria que une todo lo que hacemos aquí es la historia. Por desgracia, te has perdido dos años y medio de clase en las que no solo se aprenden las historias de las familias originales, sino que se analizan los hechos históricos más importantes en los que participaron. Lo que moldeará tu educación en este sitio es la estrategia que se debate dentro del contexto de estos hechos históricos. La directora Blackwood espera que tus tutores hayan sido lo suficientemente buenos como para que no retrases al resto del alumnado. Como he dicho, la excelencia es obligatoria.

«La historia es la maestra de la vida» ahora tiene todo el sentido del mundo como lema de la escuela. Además, estoy segura de que mi padre me mataría si se hubiera gastado una buena pasta en ponerme a salvo en un internado privado y a mí me mandaran a casa por suspender una clase de historia enigmática. Me froto las manos.

—¿Y si quisiera estudiar un poco por mi cuenta por si acaso? ¿Hay algún libro que pueda leer o algo parecido?

Conner frunce el ceño durante tanto tiempo que toso con la esperanza de que deje de mirarme.

—Me temo que, si no te das cuenta de que no existen registros escritos de esa historia, puede que sea imposible que logres sobrevivir aquí con el resto de alumnos.

La palabra «sobrevivir» hace que me recorra un escalofrío. Así que me río. Me río porque se me da bien, porque siempre ha sido mi forma de solucionar las cosas para que la gente se quede tranquila y porque tengo la clara impresión de que acabo de mostrar todas mis cartas y tengo que recoger cable rápidamente.

—No me refería a un libro sobre la historia de las familias. Me refería a un libro que me ayude con cosas más sutiles, ya sabe.

Resopla como si no estuviera seguro, pero la amenaza ha desaparecido de sus ojos.

—O cualquier cosa que se le ocurra —digo—. Soy toda oídos.

Se relaja sobre los cojines que tiene tras él.

—Bueno, eso es algo que tendrás que averiguar por ti misma.

Abro la boca para responder, pero me contengo. Menudo gilipollas. El doctor Conner se pone en pie.

—Ahora, sígueme, tengo una última cosa que hacer contigo hoy.

Me levanto del sofá aterciopelado y me coloco la trenza sobre el hombro. Conner separa dos sillas de la pared y las coloca una enfrente de la otra. Espero a que se siente, pero no lo hace. En su lugar, se arregla el chaleco y se coloca detrás de la silla de la derecha.

—Siéntate en la silla que quieras, por favor.

La silla en la que no está él detrás me dejaría de espaldas a la puerta. No sé si será por el *feng shui* o qué, pero siempre me ha molestado sentarme de espaldas a la salida. Sin embargo, de ninguna manera me voy a sentar en una silla en la que le tengo a él a cinco centímetros. Miro a mi alrededor y, en vez de elegir, me siento en el suelo con la espalda contra la pared donde antes estaban las sillas.

No me molesto en explicarle mis acciones ni él me pregunta. Tampoco me suelta esta vez lo de «te he dado a elegir». Se limita a anotar más cosas.

Después de un rato, Conner me da un papel con ocho cuadrados de colores.

—Marca cada color con un número, siendo el uno tu favorito y el ocho el que más detestes. No hace falta que lo pienses mucho. Simplemente elige los colores que más te gusten.

Me quedo mirándole. Primero todas esas preguntas raras ¿y ahora me da una prueba con colores?

Conner me ofrece un bolígrafo y un lápiz.

Cojo el lápiz y escribo un uno junto al amarillo y un dos al lado del verde. Me recuerdan al sol y a los árboles y son justamente lo contrario a estar en este edificio gris y deprimente. Escribo un tres junto al rojo y el lápiz se me rompe; se le ha salido la punta. Alzo la vista hacia Conner, que me mira atentamente y no muestra sorpresa alguna. Ni se molesta en ofrecerme el bolígrafo u otro lápiz.

¿Está esperando a ver si le pido ayuda? Y una mierda. Me meto el lápiz en la boca y muerdo la madera. Luego le voy quitando cachitos con las uñas hasta que la mina que queda a la vista hace las veces de punta en bruto y sigo marcando los colores. Conner observa cada uno de mis movimientos.

Cuando termino, me levanto y se lo entrego. Él asiente al folio, como si le estuviera diciendo algo que ya sabía.

—Ya puedes marcharte —dice por encima del hombro mientras vuelve a su escritorio.

—¿Puedo preguntarle algo? —le digo—. ¿La comida que me ofreció se podía comer?

Conner se da la vuelta y se saca de la chaqueta un pequeño vial con algo dentro.

—El antídoto —dice sonriendo.

Lo miro aterrorizada. Me imaginaba que la comida era parte de la prueba, pero no me podía imaginar que el tipo que se encarga de que nos adaptemos a este sitio iba a envenenarme.

Se sienta detrás de su escritorio.

—Y ahora ya puedes irte —dice—. Tienes un horario que cumplir.

Levanto el pestillo de la puerta; estoy deseando salir de este despacho.

CUATRO

Paso la punta de los dedos por las paredes de piedra, frías y desiguales, y sigo a Layla mientras bajamos las escaleras en silencio. Le he preguntado por lo de elegir la silla y lo del lápiz, pero ella solo me ha preguntado cómo he reaccionado. Lo que ha hecho que me pregunte qué información estaría revelando si se lo dijera. Así que me he callado.

Layla me lleva por el vestíbulo lleno de tapices por el que fui anoche de camino al despacho de Blackwood. Se detiene delante de una puerta de madera enorme y una guardia joven la abre. Va vestida con los mismos brazaletes y cinturón negros que los que me escoltaron a mi habitación anoche.

—Gracias —digo al pasar junto a la guardia, pero no me responde.

Refunfuño entre dientes.

Sin embargo, mi enfado desaparece en el momento en el que mis botas pisan el suave césped del patio rectangular. La temperatura baja de forma instantánea, pero no tan abruptamente como cabría esperar para diciembre. Claro que la temperatura interior es más baja de la que estoy acostumbrada, así que puede que no note la diferencia como haría de manera habitual. La humedad es parecida a la de casa, lo que no me dice mucho de dónde estoy, teniendo en cuenta que muchos lugares de Europa tienen climas invernales similares al que hay en Pembrook. Y el aire es denso, con un olor a tierra, humedad y musgo que me recuerda a las profundidades de un bosque.

El perímetro está rodeado de robles viejos de troncos enormes, lo cual no me da ninguna pista, ya que los robles son comunes en toda Europa y Norteamérica. Pero, a pesar de la falta de información que deduzco de ellos, son imponentes. Las copas se han podado con esmero para crear un denso dosel arbóreo que cubre todo el lugar y

solo deja pasar estrechos rayos de luz hacia el suelo. De las ramas cuelgan fuertes vides a diferentes alturas, haciendo que el patio parezca un gimnasio a lo Peter Pan en medio de la jungla.

Paso la mano por una de las vides y le doy un tirón.

—Supongo que este sitio no está tan mal —digo con los labios resecos.

Me doy cuenta de que he estado con la boca abierta mientras lo asimilaba todo. Mirando a las musarañas, como diría Emily.

—Este patio se usa como parte de nuestro programa deportivo y está estrictamente prohibido trepar por las vides sin la presencia de un profesor —dice Layla, cargándose de lleno mi deseo de escalar por ellas.

Pero ni siquiera ella puede arruinarme del todo este momento.

—¿Cuándo tenemos esta clase? —pregunto.

—Mañana —responde.

—¿Para todos los de primero o para todo el mundo? —respiro profundamente para disfrutar del olor a césped recién cortado y corteza.

—No usamos los niveles de esa forma. Los de quince y dieciséis años se consideran de nivel básico. Los de diecisiete y dieciocho son alumnos avanzados —dice—. Y no compartimos clase con los alumnos más jóvenes. Suelen tener un horario con menos carga que nosotros para darles más tiempo para practicar.

Asiento. Eso encaja con lo que me dijo Conner.

—Una pregunta: si aquí todo es tan secreto, ¿cómo solicitáis plaza en la universidad? Supongo que no hay expedientes académicos en este sitio.

Layla me mira como si mi pregunta fuera ridícula.

—Si es que vamos a la universidad.

—¿Para qué vas a ir a una academia que se jacta de solo admitir a los mejores si no tienes intención de ir a la universidad? —pregunto.

—¿Y por qué ibas a querer gastar cuatro años estudiando asignaturas inútiles en la universidad cuando puedes decir que has ido y se acabó? —me responde.

Me quedo sorprendida. Entonces este sitio no es una academia con un bachillerato raro que se centra en técnicas de supervivencia como yo pensaba. Es la única educación que estos chicos creen que necesitan. Pero ¿qué carrera piensan tener si sus principales habilidades son las armas, la historia y los engaños? ¿Espías? ¿Asesinos? ¿Servicio secreto? Quiero pensar que me equivoco y que

mi padre no me habría mandado aquí si ese fuera el caso, pero, sinceramente, no entiendo la respuesta de Layla.

—Entonces ¿a qué se dedica todo el mundo si no van a la universidad? —le pregunto precavida.

Me mira de reojo.

—Para lo que sea que nuestra familia necesite —dice, y se da la vuelta—. Intenta seguir el ritmo. Todavía me queda más por enseñarte.

La sigo por un hueco entre la pared de árboles e intento averiguar una forma mejor de preguntar lo que quiero sin que me dé una respuesta enigmática o acabe frustrándola. Lo que más me incomoda de todo lo que he oído y visto hoy es que este lugar no es el típico sitio al que llegas para dos semanas y te vas. Ahora tengo claro que mi padre me ocultó algo importante y no me gusta la preocupación que siento como consecuencia.

Pasamos bajo una entrada abovedada hecha con vides y entramos en un jardín rebosante de color. Al igual que el anterior, aquí también hay un dosel arbóreo de gruesos árboles y copas bien cuidadas. Sin embargo, en lugar de vides que trepar, este patio está decorado con guirnaldas de bayas de color púrpura imperial y flores blancas. *Callicarpas*, si recuerdo bien de los libros de botánica que he ido atesorando y que me negaba que mi padre donara a la biblioteca. Las rocas enormes y llenas de musgo se han esculpido para dar lugar a bancos con complejos diseños de flores azules, moradas y blancas.

—El jardín —dice Layla con orgullo—. Los alumnos tienen permitido pasar aquí su tiempo libre durante el día. La nieve no puede pasar por el dosel arbóreo y, como un manantial termal pasa bajo el colegio, podemos disfrutar de las flores casi todo el año.

Así a bote pronto, sé que Reino Unido, Francia, Islandia, Alemania e Italia tienen manantiales termales y estoy segura de que hay más países que desconozco, así que, de nuevo, el colegio no desvela ningún dato sobre su localización.

—Este lugar es maravilloso —digo respirando el aire dulce con olor a flores.

Pero no puedo disfrutarlo del todo, porque sigo preocupada por el asunto de los espías y asesinos y por mi padre.

—Tenemos un profesor residente horticultor que imparte una optativa de botánica y que también es nuestro profesor de venenos —dice Layla—. Aunque nunca planta nada letal aquí —añade al ver la mirada de preocupación que seguro que ha cruzado mi rostro—. Ese

invernadero está situado fuera del perímetro.

—¿Fuera del perímetro? —pregunto.

—Entre el colegio y la pared exterior —dice Layla—. Solo algunos miembros del profesorado tienen acceso a ese lugar. También es donde se cultivan nuestros alimentos y se guardan las vacas lecheras y las gallinas —señala otro pasaje abovedado visible desde la pared de árboles—. Por allí llegarás a campo abierto. Ahora mismo hay allí una clase de tiro con arco.

—Cuando dices «abierto», ¿te refieres a que no hay dosel arbóreo? —pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—Todos los espacios al aire libre están camuflados. Incluso hay árboles plantados en el techo del colegio y vides en las paredes.

Le echo una mirada y, por primera vez, me doy cuenta de que estoy en un edificio antiguo que nadie sabe dónde está, sin posibilidad de contactar con el mundo exterior de forma sencilla.

—¿Y eso es para… que los de la zona no nos espíen o para escondernos de los aviones?

—En realidad —dice Layla mirando hacia el cielo—, se dice que hay algún tipo de malla de camuflaje de alta tecnología que cubre todo el colegio y que hace de espejo a los radares, lo que hace que todo el edificio sea prácticamente indetectable y no se vea más que una colina.

Ahora sí que estoy convencida que de lo que sea que me estuviera protegiendo mi padre debe ser muy peligroso. Eso solo hace que me preocupe por él y por mi tía Jo. Me estoy arrepintiendo de verdad por no haberle presionado más para que me contara todos los detalles.

Layla se dirige al pasillo abovedado que acaba de indicar y me hace una seña con la mano para que la siga. Y lo hago.

—Pensaba que habías dicho que había una clase ahí.

—Así es —me responde y entra en el siguiente patio conmigo siguiéndole los talones.

Me quedo sin aliento.

A la izquierda, cinco alumnos en la misma posición sujetan arcos y flechas. A sus espaldas, unos diez esperan su turno. Y a la derecha, hay una pared con objetivos de madera. No son dianas, sino una serie de equis del tamaño de una moneda.

—¡Disparad! —exclama una mujer enjuta con unos pómulos marcados.

Lleva el mismo atuendo que nosotras, pero el suyo es de color

negro.

Cinco flechas nos pasan de largo tan rápido que siento el viento en la cara. Todas acaban en las equis de la parte de arriba. Nadie falla.

—Era fácil —dice la profesora.

Trago saliva. No me puedo creer lo buenos que son.

—Ahora lo haremos con movimiento —dice la profesora, y detecto su acento francés.

Uno de los arqueros da unos pasos al frente y su mirada me incomoda exactamente igual que cuando hablé con él antes: Ash. Nos ofrece a mí y a Layla una sonrisa de complicidad y gira dando una patada al aire mientras dispara una flecha. No solo aterriza sobre una equis, sino que lo hace tan bien que parte la equis por la mitad. Me quedo con la boca abierta.

—Eso ha sido increíble —le digo a Layla.

La profesora se gira y me mira.

—Como veo que estás hablando en mi clase, supongo que te gustaría intentar superarlo.

Y antes de que pueda decir nada, una flecha llega silbando y aterriza en el césped a mis pies. Instintivamente, doy un paso atrás. Luego llega un arco.

—Eh, yo no… —empiezo a decir.

Layla coge el arco y, antes de que pueda acabar la frase, lo carga y dispara la flecha. No solo alcanza los objetivos, sino que parte la flecha de su hermano en dos.

—No volverá a ocurrir, profesora Fléchier —dice Layla.

«Fléchier es francés sin lugar a duda, pero también está relacionado con "Fulcher" que en inglés arcaico significa "hacedor de flechas"». Empiezo a darme cuenta de que los nombres de los profesores tienen que ser seudónimos, si tenemos en cuenta sus significados literales.

Oigo el sonido de metal contra metal y miro de nuevo a los objetivos. Otra flecha ha impactado en el mismo orificio que ha dejado la flecha de Ash. El chico que ha disparado es alto, con el pelo blanco decolorado y esa típica postura confiada que hace que sea difícil no verlo. Me guiña un ojo y yo sonrío sin pensar.

Layla prácticamente me empuja de vuelta al pasillo abovedado y hasta el jardín de las flores.

—¡Cómo te atreves a ponerme en evidencia de esa forma!

Me quedo mirándola sorprendida.

—Estoy segura de que me he dejado a mí misma en evidencia.

Pero tú, al contrario, has roto una flecha por la mitad. Y, después de haber visto eso, me arrepiento seriamente de haberte hecho enfadar.

—Hay reglas, alianzas, formas —dice Layla claramente molesta conmigo—. Nunca se interrumpe a un profesor. Y, sobre todo, mucho menos a la profesora Fléchier que es… Vuelve a hacer algo parecido y pido que me cambien de compañera.

Aprieto los labios. Nunca había visto a un alumno enfadarse tanto por hablar en clase. Y tampoco había visto a un profesor reaccionar así. No solo me siento fuera de lugar, sino que mi intuición no deja de fallarme.

—Lo siento, Layla. De verdad. Es que aún no me he acostumbrado a las reglas de este lugar.

Su expresión se relaja un poco y se alisa la capa que ya estaba lisa.

—Es la segunda vez que me pides perdón hoy.

Sonrío a medias.

—Sabrás que la cosa se pone fea cuando empiece a comprarte regalos —le digo—. Mi mejor amiga solía tener una lista de regalos preparada.

Layla me mira con curiosidad.

—Vamos —dice con un tono que me indica que ya no está enfadada de verdad.

Zigzaguea entre los parterres de flores hasta la pared más alejada, donde se distingue un muro gris entre los troncos de los árboles, y empuja una puerta de madera. Dejo el mullido césped a regañadientes, tocando los troncos de los árboles a mi paso. Un guardia cierra la puerta tras nosotras. Tiene una cicatriz extraña en la ceja derecha con forma de equis. Aunque no dice ni una palabra, tampoco intenta esconder el hecho de que me está vigilando.

Layla me señala un vestíbulo de techos altos con escudos decorando las paredes y la estatua de un caballero armado.

—Estamos en la parte sur del edificio. Estos escudos conmemoran algunas de las hazañas más importantes de nuestras familias, excepto por los últimos doscientos años, por supuesto.

Miro con detenimiento los escudos. Rememoro lo que me contó Conner sobre historia. Pero la última vez que le pedí información a Layla sobre las familias se enfadó. Además, el guardia no me ha quitado los ojos de encima y me da escalofríos.

—¿Y sabes a quiénes pertenecieron estos escudos? —pregunto como si dudara de sus conocimientos.

Ella se burla y señala a mi izquierda.

—Ese representa al consejero de confianza de Aśoka; ese, al amante de Alejandro Magno; la tía de Julio César; la mejor amiga de Cleopatra; el primo de Akbar; el consejero de Pedro el Grande; el estratega de Gengis Kan; y ese a la doncella de Isabel I de Inglaterra. ¿Sigo?

Niego con la cabeza para tratar de convencerla a ella y al guardia que no deja de mirarnos que sé de lo que está hablando. Pero lo cierto es que estoy más confusa que antes. ¿Qué tienen que ver las doncellas y las mejores amigas con este colegio?

—Siéntate, Nova —dice mi padre señalando el sofá.

Me tiro en el sofá y me pongo por encima de las piernas mi manta roja y beige a cuadros. Mi padre se sienta junto a mí. Se frota con el pulgar la palma de una de sus manos llenas de callos y se queda callado unos largos segundos.

—No tengo tiempo para explicártelo todo si quieres coger el avión esta noche. Además, no hay nada que necesites saber ahora mismo. Me encargaré de todo por aquí. Mientras tanto, tú ve aprendiendo algunas técnicas nuevas con el cuchillo y habilidades de supervivencia.

Le miro con el ceño fruncido. Es típico de él evitar hablar de ciertas cosas. Pero hay algo en su voz que me preocupa, una fisura en la confianza en sí mismo.

—¿Le ha pasado algo a la tía Jo que no me hayas contado?

Parece cansado.

—No sé todos los detalles. Por eso mismo tengo que ir y ayudarla a resolver algunas cosas y asegurarme de que todo y todos estamos bien.

—Vale —digo lentamente—. Pero me has dicho que ha sido un robo. No es lo peor del mundo, ¿no? O sea, si tiene algo que ver con tu vida pasada como agente de la CIA, ¿de verdad crees que mandarme por ahí a...?

—Nova, tienes que confiar en mí. ¿Puedes hacerlo?

Su expresión no deja entrever nada, pero su tono es más grave.

—Por supuesto —le digo, y quiero preguntar más sobre el tema, pero siempre que me ha dicho que confíe en él ha sido por un motivo. Y siempre ha tenido razón.

Él asiente y parece que la tensión se aleja de sus ojos.

Nos quedamos en silencio unos segundos, con todas las preguntas sin respuesta flotando a nuestro alrededor como bruma espesa. Él me observa.

—Entiendo que todo esto te parezca repentino, pero no tengo muchas más opciones en este momento. Solo sé que no puedo correr riesgos en

cuanto a ti se refiere. Si tu tía está en peligro, entonces puede que nosotros lo estemos también. Quiero esclarecer lo que sea que ha pasado y estar seguro de que no nos salpica a nuestras vidas aquí.

No me molesto en preguntarle qué pasaría si así fuera. Porque lo sé. Haría lo que fuera para protegerme, incluido mudarnos. Me lo dijo una vez cuando era pequeña y no lo he olvidado. Hay pocas cosas que me gusten más que vivir en Pembrook y, si tengo que ir un par de semanas a un internado mientras arregla las cosas para que no tengamos que mudarnos, lo haré sin dudar.

De repente, mi padre se echa a reír y me pilla desprevenida.

—¿Te acuerdas de aquella vez que un hombre le pegó una patada a un perro y la tía Jo le pegó una patada a él? La amenazó con llamar a la policía y ella le dijo: «Hazlo. Espero que me manden a la cárcel. Me dará tiempo de sobra para imaginar cómo te voy a matar cuando salga».

Sonrío.

—Pequeña y despiadada. Créeme, sé perfectamente por qué quieres ir a Providence. Quién sabe lo que haría si dejas que se las apañe ella sola.

Y tal que así, volvemos a estar como siempre. Sin bruma. Tampoco más respuestas. Pero siempre ha sido así con mi padre. Y no me importa. Porque incluso aunque no sepa exactamente qué es lo que pasa, confío en él. Respiro profundamente.

—Supongo que un par de semanas no es el fin del mundo.

Él asiente como si supiera que llegaría a esa conclusión.

—Bien. Estamos de acuerdo. Y Nova, sé que tienes un montón de preguntas. Y sé lo mucho que te estás conteniendo para no pelearte con uñas y dientes por el tema. Pero te prometo que sabes lo suficiente como para mantenerte a salvo. Y que yo me haré cargo de lo que sea que esté pasando.

Miro los escudos con el cejo fruncido. No, no sé qué me puede mantener a salvo. Y, aun así, ¿cómo sabía de la existencia de este colegio? Supongo que es un programa de esos retorcidos y locos que conoció cuando estaba en la CIA. Pero, por lo que veo, los alumnos no son estadounidenses; vienen de todas partes del mundo. Y los personajes que Layla ha nombrado son de periodos muy distintos de la historia. No sé qué relación pueden tener con la inteligencia estadounidense.

Un chico y una chica entran en el vestíbulo hablando en susurros. Pero, en lugar de pasar de largo, se detienen.

—Aarya —dice la chica presentándose y haciendo una reverencia.

Tiene una complexión parecida a Layla y el pelo suelto y rizado. «Aarya es... sánscrito. Estoy bastante segura. Sin embargo, también es un nombre que se usa en muchas culturas de todas partes del mundo»—. Y este es Felix —continúa Aarya, y noto un acento británico. El chico a su lado se inclina. Mientras que ella está relajada, el chico se mantiene firme. Tiene una cicatriz que le cruza la mejilla y le llega hasta la oreja.

—November —le digo con la mano en el pecho—. No me van mucho las reverencias.

Aarya se ríe, aunque lo que he dicho no es gracioso.

—Si no tienes planes para el almuerzo, puedes acompañarnos —dice Felix también con acento británico.

Sin embargo, su expresión facial sigue siendo seria, casi incómoda. Aarya y él se comportan de formas tan diferentes que es difícil imaginárselos como amigos.

—Ah, gracias —respondo. Por fin una bienvenida normal—. Sería genial.

Y con eso, Aarya y Felix inclinan un poco la cabeza y se alejan sin mediar palabra. Bueno, quizá no fuera una bienvenida muy normal, pero está claro que es una de las interacciones más amables que he tenido hasta el momento.

Me vuelvo hacia Layla, pero su expresión es más fría que nunca.

—¿He hecho algo mal? —pregunto, y la cabeza del guardia se mueve ligeramente en nuestra dirección.

Ella sale a toda velocidad de la habitación de techos altos y se dirige al pasillo. A mitad de camino se detiene y mira a ambos lados para ver si estamos solas.

—Aarya es... Es una Chacal —dice en voz baja.

La miro como si no entendiera.

—Pero es británica, ¿no?

Layla niega con la cabeza.

—Nadie sabe dónde se crio. Es una maestra de los acentos. La mejor del colegio.

Me quedo mirando a Layla.

—¿Me acabas de decir algo personal sobre alguien? —no puedo evitar sonreír.

—Solo te he dicho que Aarya es de la familia Chacal y, por tu reacción a mi análisis de antes, ya sé que eres italiana.

—No...

Me detengo antes de decirle que solo tiene razón a medias. Mi

madre es italiana y mi padre es estadounidense. ¿Familia Chacal? Me suena de algo.

—¿A qué te refieres con eso de que es una Chacal?

En su rostro se refleja una expresión de verdadera sorpresa.

—Te dije que dejaras de hacer eso.

Cierro la boca, convencida de que cualquier respuesta que dé va a ser errónea.

—No eres lo demasiado buena como para ir en contra de Aarya —dice Layla—, y acabarás haciéndonos daño a todos con tu estupidez.

Resoplo de forma audible.

—La verdad es que no sé qué decirte. No me dejas hacer preguntas. Y me gritas si te digo que no sé qué es lo que está pasando. Entiendo que puede que Aarya no te caiga bien, pero si quiere que comamos juntas, no sé qué tiene de malo. A menos que hayas cambiado de opinión y quieras explicármelo.

Layla me mira con dureza durante un buen rato. Creo que le gustaría hacerme una pregunta. Después, sin decir una palabra, se da la vuelta y se aleja caminando más rápido que antes.

—¿Layla? —la llamó siguiéndola.

—Tengo que pensar —dice, y prácticamente tengo que correr para alcanzarla.

Durante la siguiente hora, Layla no suelta ni una sola palabra que no sea necesaria.

CINCO

Layla camina un paso por delante de mí hasta la cafetería, que parece inspirada en una sala de banquetes de la realeza. Hay tres mesas. La que se encuentra en la parte delantera de la sala tiene capacidad para veinte personas y está dispuesta sobre una plataforma elevada. Y dos mesas largas, cada una con capacidad para cincuenta personas, están colocadas de forma perpendicular a la anterior. Todas las mesas cuentan con sillas de terciopelo bermellón puestas en fila recta y manteles de un blanco nieve bastante poco prácticos para una manada de adolescentes. Hay centros de mesas hechos de ramitas de pícea y flores blancas y del techo cuelgan candelabros de acero forjado con velas de verdad.

Los profesores toman asiento en la mesa elevada y los alumnos se dirigen a su sitio de forma educada y en silencio. Se oye un murmullo de conversación, pero nada parecido al caos que se monta en mi cafetería.

Sigo a Layla por el pasillo que se forma entre las mesas. Cada asiento cuenta con una vajilla de porcelana y cubiertos de plata que parecen recién pulidos, algo que yo pensaba que solo salía en las películas. Mientras miro embobada la elegante cubertería, alguien dice mi nombre. Alzo la vista y me encuentro con Aarya sonriéndome desde el otro lado de la mesa.

—Siéntate, siéntate —dice Aarya, y Felix saca una silla.

—Layla —digo—, ¿quieres sentarte con...?

—No —responde, y sigue caminando.

Me quedo mirando la espalda de Layla mientras se aleja de mí.

—No te preocupes. Bastante se preocupa Layla por todos nosotros —apostilla Aarya.

Acepto la silla que Felix ha sacado para mí. Aun así, no puedo

evitar sentirme mal por no haber seguido a Layla, aunque estoy segura de que nos vendría bien estar a nuestro aire un rato.

—Gracias —le digo a Felix, que se sienta a mi lado.

—Eres la comidilla de hoy por estos lares. —Aarya empuja los platos de coliflor asada con zanahorias y una bandeja de lasaña en mi dirección, y los acepto de buena gana—. Aunque nadie lo admita.

Una chica con largas rastas de color rojo, trenzadas desde el centro de la cabeza como si fuera un mohicano, se gira y mira a Aarya.

—¿Qué? —dice esta—. ¿Algún problema?

La chica niega con la cabeza y vuelve a mirar a su plato, pero no parece amedrentarse ni lo más mínimo. De hecho, si me preguntaran, diría que son amigas. Es curioso que Aarya, una persona evidentemente atrevida y suelta, tenga una amiga tan reservada y un amigo así de serio.

Felix me pone un vaso de agua y, ahora que lo veo de cerca, me doy cuenta de que su cicatriz es una herida limpia, como si fuera de un cuchillo o una espada, el tipo de herida que uno pensaría que pertenece al caballero o el pirata de un libro infantil. Y encima se está borrando, así que parece que la tiene desde hace mucho tiempo. ¿Es que alguien le hirió en la cara cuando era un niño?

—Es curioso —digo—, casi nadie me ha mirado, ni mucho menos han hablado conmigo.

—No somos las personas más amistosas del mundo —dice Felix, como si lo prefiriese de esa forma.

—Habla por ti —dice Aarya—. Yo soy la leche.

Él levanta una ceja.

—Seguro que el resto de esta sala no está de acuerdo.

—Lo dice el cenizo del año —le contesta ella con la boca llena, lo que me hace pensar que quizá el acento de Felix sí que sea real, aunque no lo sea el de Aarya.

La mira con gesto amenazador.

—Vale, vale —dice ella con un tono dramático como si se rindiera —. No eres un cenizo. Eres la alegría de la huerta. No hay quien deje de reír cuando estás cerca. Lo habrás sacado de tu...

—Aarya —dice con un tono más serio, y estira aún más la espalda.

Ella se ríe.

—Deberías verte la cara, tío.

Me dedico a mirar a ambos lados mientras cojo una rebanada de pan de ajo. El colegio puede que tenga que revisar seriamente algunas cosas, pero la comida está excepcionalmente buena.

—Bueno, November —dice Aarya—. Cuéntanoslo todo sobre ti.

Sonrío.

—Creía que esa era la primera regla de este sitio: no decir nada.

—¿De verdad te has creído por un momento que no compartimos asuntos personales? —pregunta Aarya—. ¿Sabes otra regla que tampoco acata nadie? La de no tener citas.

Casi me ahogo con la sidra y Aarya se ríe, con una carcajada relajada, que hace que algunos de los alumnos más cercanos la miren. Ella se queda mirándolos hasta que apartan la mirada.

—Pues entonces me alegro de volver a casa pronto —digo.

—¿A casa? —pregunta Felix.

—Para las vacaciones —respondo.

Aarya y Felix se miran disimuladamente y tengo la sensación de que acaban de llegar a algún tipo de conclusión. Miro hacia el otro lado de la mesa en busca de Layla y me pregunto si debería dejarles e irme con ella.

—Al principio estar aquí puede resultar un poco duro —dice Aarya —. Todos tuvimos que adaptarnos. Aunque también es verdad que todos llevamos aquí ya un tiempo. Pero tú cuántos años tienes, ¿diecisiete?

Le resto importancia a su pregunta con un encogimiento de hombros.

—Lo que, según parece, eso aquí significa que eres un viejo.

Felix moja un trozo de pan en salsa de tomate y niega con la cabeza.

—No es eso, es que eres la primera alumna que conocemos que entra tan tarde. ¿Cómo lo has conseguido? Te debe haber costado una fortuna.

La entonación con la que lo dice y la postura que adopta me obliga a examinarlo más de cerca. Nunca he conocido a nadie con la torpeza de un friki de los debates, pero con el aspecto físico de un atractivo pirata. Aarya asiente.

—Pues...

Si les digo que nunca hemos tenido mucho dinero, le estaré revelando algo sobre mi familia. Y, si digo que no lo sé, entonces demostraré lo poco que sé sobre la situación en la que me encuentro. Mierda. Conversar en este sitio es como dar un paseo por un campo de minas. Me río para distraerles de mi silencio.

—Un secreto es un secreto —digo. Por el rabillo del ojo alcanzo a ver una sonrisa casi imperceptible de la chica con las rastas—. Pero

dejemos de hablar sobre mí. ¿Qué me cuentas, Felix? Por la forma en que acentúas la e de tu nombre, supongo que eres británico. —Hago una pausa—. ¿Sabías que tu nombre significa «que se considera feliz o afortunado»? Y Aarya, tu nombre en realidad hace referencia a la diosa Durga en sánscrito, pero es un nombre muy común en muchos países. —Tamborileo los dedos en la mesa mientras ventilo todo lo que recuerdo sobre la etimología de su nombre—. Pero el sánscrito es una lengua muerta. Además, el nombre de Aarya se usa tanto para chicos como para chicas. Es curioso que tu nombre sea versátil, casi tanto como tus acentos. ¿Puede que sea un apodo?

Aarya aplaude con una lentitud exagerada y se ríe a carcajada limpia, con lo que se gana más miradas fieras de los alumnos a su lado.

—¡Vamos! ¡Me gusta esta chica!

Le doy un bocado a la lasaña.

—November —dice una voz masculina a mis espaldas.

Me doy la vuelta y descubro que es Ash, quien adopta una postura relajada, aunque clava su mirada en mí. Tiene el pelo bien cuidado y las pestañas más largas que las mías.

—Ay, vete por ahí, Ash —dice Aarya—. Ahora que empezábamos a pasárnoslo bien. —Golpea con las manos el mantel, haciendo que los platos tintineen. La chica con las rastas levanta la vista—. Si te llevas a November, me vas a dejar sola con la empollona —señala con la cabeza a la chica— y con Ígor —añade inclinando la cabeza en dirección a Felix.

—Y por mucho que sienta estropearte el juego... Quiero decir, la diversión —Ash emplea un tono de voz que sería encantador si no fuera por su mirada tan penetrante—, November tiene un montón de cosas por hacer en su *tour* y será mejor que empiece antes de que acabe la hora del almuerzo.

Aarya se mofa, pero ni ella ni Ash parecen tensos. En cambio, Felix y yo tenemos los nervios a flor de piel.

—¿Por qué no le preguntamos a November qué quiere hacer? ¿Eh? —pregunta Aarya y me mira—. ¿Quieres dar un paseo por estos pasillos desiertos con este ladrón con labia, que va a examinar cada paso que des, o prefieres quedarte aquí y comer y reírte con nosotros?

—Ay, Aarya, no seguirás enfurruñada por haber perdido tu cuchillo, ¿no? —pregunta Ash, y un escalofrío me recorre la espalda.

Cuanto más amable se muestra, más intenso es su tono.

Aarya se levanta tan rápido que la silla rechina al moverse hacia

atrás.

—Ay, Ashai —dice con lentitud—, ¿cómo está esa hermana gemela tuya tan estudiosa, tan cuadriculada, tan predecible? Si hay alguien a quien siempre encuentro es a la querida Layla.

Adopta un perfecto acento egipcio y puedo ver la amenaza que traslucen sus ojos. Pongo la servilleta blanca de tela en la mesa.

—¿Y sabes con quién está siempre Layla? Conmigo. Su compañera de habitación. La única que ha entrado en este colegio pasada la edad límite, a mitad del semestre. Me pregunto qué más puedo hacer que ninguno de vosotros puede.

Me muevo para retirar la silla de la mesa, pero Felix la agarra y la saca por mí de un tirón.

—Lo sé —me susurra al oído.

Mi corazón late rápidamente.

—¿Qué has dicho?

Pero Felix hace como que no ha dicho ni una palabra. Hago ademán de alejarme, pero Ash me detiene.

—Comprueba tus bolsillos, November —me dice, y eso hago.

Me saco un tenedor para la ensalada del bolsillo de mi capa. No sé qué significa, pero tengo el presentimiento de que nada bueno. Ash me lo quita de la mano y lo tira a la mesa causando un sonido metálico.

Aarya me lanza un beso.

Les doy la espalda y sigo a Ash fuera de la cafetería, arrepintiéndome con todas mis fuerzas de no haber escuchado a Layla desde el principio. En el momento en que la puerta se cierra detrás de nosotros, empiezo a hablar.

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Va contra las normas llevarse cualquier cosa del comedor, sobre todo, la cubertería de plata, que puede usarse como arma —dice Ash, que me mira de forma penetrante—. El personal de cocina lo cuenta después de cada comida. Si faltara un tenedor, se iniciaría una búsqueda.

—¿Pero cuándo...?

—Cuando Felix te ha retirado la silla —responde Ash antes de que pueda terminar la pregunta.

—Entonces ¿me han tendido una trampa?

Ash me observa mientras proceso la información y, de repente, me doy cuenta de que estoy a solas con él. Miro a ambos lados del pasillo.

—¿Layla no viene?

—No, está terminando de comer.

—¿No deberíamos...? —empiezo a decir—. ¿No debería ser ella la que me enseñe el colegio?

Ash sonríe e, instintivamente, doy un paso atrás en dirección a la cafetería.

—Tú elegiste sentarte con Aarya cuando ella te dijo que no lo hicieras.

—Quizá podemos... —No se me ocurre ninguna excusa para no ir con él.

—Layla es una chica con aptitudes —contesta él, poniendo énfasis en lo de «aptitudes», y no sé si me está diciendo que no me preocupe por la amenaza de Aarya o que no tengo derecho a defender a Layla.

—No lo dudo —digo.

Ash echa a andar por el pasillo sin prisa alguna como quien no tiene ni una preocupación en la vida. Le observo por el rabillo del ojo mientras caminamos. Incluso si piensa que no debería haber defendido a Layla, el hecho de que lo haya hecho debe contar para algo, ¿no?

—Si quieres preguntarme algo, suéltalo —me dice con un tono de voz como la seda.

Frunzo el ceño. Ni siquiera me está mirando y aun así siento que está leyendo todos mis movimientos.

—¿Tengo que preocuparme por Aarya ahora?

—Sí —responde—, pero no solo por esa conversación. Que Aarya te preste atención en general es una mala señal. ¿Qué es lo que te ha dicho? Quizá pueda ayudarte a solucionarlo.

—En realidad, justo cuando nos íbamos, Felix me ha susurrado al oído: «Lo sé».

Ash asiente.

—Puede que sea porque sabe quién eres, sabe algo que no quieres que sepa o simplemente solo quería quedarse contigo para poder meterte el tenedor en el bolsillo.

—Bueno, no puede saber quién soy porque no lo he visto en mi vida —digo.

Ash parece confuso.

—Esa es la lógica más ingenua que he escuchado en mucho tiempo. Puede que te conozca porque conozca a tu familia, o porque de alguna forma supiera que venías a este colegio. Hay un montón de razones por las que podría deducir quién eres y no haberte visto antes no tiene nada que ver.

Me quedo mirándolo un segundo. Quiero decirle que no soy como

el resto de los alumnos y que está muy equivocado si cree que hay alguien aquí que me conozca, pero seguro que así revelaría información sobre quien soy.

—¿Cuándo supiste que iba a venir?

Las comisuras de su boca se elevan ligeramente.

—Layla se enteró la noche en que llegaste, unas pocas horas antes de que aparecieras aquí.

Miro hacia delante por el pasillo, intentando darle sentido a su respuesta. Lo único que puedo deducir es que el colegio sabía que iba a llegar, que por supuesto que lo sabían. Me resulta difícil de creer que me aceptarían si me dejaran en la puerta. Pero no me dice desde cuándo lo supieron y cuánto me ha ocultado mi padre.

—¿Aarya te ha dicho algo más? —pregunta Ash sacándome de mis pensamientos.

—Quería saber cómo he entrado en este colegio tan tarde.

Se detiene delante de una puerta y, por algún motivo, parece divertido.

—¿Siempre dices la verdad?

Genial, a ver qué se responde a eso.

—¿Siempre te quedas mirando a la gente con esos ojos láser?

Se echa a reír, pero no se le ilumina la cara.

Los dos nos quedamos quietos durante un momento. Me acerco al pestillo de la puerta, pero él llega antes. Me sujeta la puerta.

—Es la sala común de los alumnos avanzados —extiende la mano.

Mis hombros se relajan un poco. Es la habitación más acogedora de las que he visto hasta ahora, con su chimenea crepitante, un piano y un ventanal que deja pasar la luz. Hay cómodos sofás junto a la chimenea y grandes sillones con reposapiés junto a las mesas de lectura. Es tan lujosa como el resto del edificio, pero también parece que se le da uso.

Voy directa al ventanal, que es el más grande de todos los que he visto en este castillo y pongo la mano sobre el cristal frío. Abajo, un puñado de vacas pastan o duermen perezosamente bajo la luz moteada que deja pasar el dosel de roble. Me recuerdan a las vacas que el novio de Emily, Ben, tiene con su familia.

Emily y yo entramos en la plaza del pueblo de Pembrook, que es básicamente la postal típica de Connecticut, con sus casas victorianas y los letreros pintados a mano. Es sábado al mediodía y la gente está paseando a sus perros, de compras en el mercadillo que hay en medio de la plaza y

rebuscando entre los tesoros de la tienda de antigüedades.

—¿Qué es lo que vais a hacer hoy Ben y tú que es tan importante que no puedes venir al cine? —le pregunto a Emily.

Se encoge de hombros sin mirarme.

—Nada especial. Estaremos en su casa.

Me detengo delante de Lucille's, que presume de ser el mejor restaurante de Pembrook. También es el único restaurante de Pembrook.

—¿Nada especial? ¿Y eso me lo dice la misma chica que se ha pasado las dos últimas semanas acosándome con todos y cada uno de los detalles relacionados con Ben?

—Creo que quiere enseñarme algo.

—¿El qué?

Las mejillas de Emily se tiñen de rosa.

—Nada.

Esbozo una leve sonrisa.

—¿Su habilidad para desabrocharte el sujetador?

Las mejillas de Emily pasan de rosa a carmesí y no puedo evitar sonreír.

—No, idiota. Si ya sabes que ni siquiera me ha besado aún.

Levanto las cejas.

—Puedo seguir adivinando.

Echa un vistazo a todas las personas que hay a nuestro alrededor, a las que conocemos, y se pone furiosa.

—Más te vale que no.

Pongo mi cara de pensar.

—Mmm. Vamos a ver. Puede que Ben Edwards quiera que...

—Quiere que ordeñemos vacas juntos, ¿vale? —me grita.

Me quedo mirándola sorprendida.

—Espera. A ver si lo he entendido bien. Emily Banks, cuya peor pesadilla es ensuciarse y que el año pasado llevó tacones a la hoguera de graduación en medio del bosque, ¿va a hacer de ganadera?

—Calla —me dice—. No tiene gracia.

Pero está sonriendo.

—No estoy de acuerdo —digo, con el comienzo de una carcajada vapuleando mis palabras.

Ella intenta mantener la compostura, pero se rinde y, sin más, nos echamos a reír con todas nuestras ganas.

—¿Vais a seguir haciendo el tonto delante de mi puerta, interceptando el paso a los clientes que pagan, o vais a entrar y comeros un pastel con fresas? —pregunta Lucille abriendo la puerta del restaurante.

Tiene el pelo plateado en una trenza suelta que le cae sobre el hombro.

—¡Pastel con fresas! —exclama Emily y pega un chillido.

Lucille oculta su sonrisa. Es la madrina de Emily y sabe mejor que nadie que el pastel con fresas es su postre favorito.

—Venga, para dentro antes de que se vaya todo el calor —nos alienta junto a la puerta.

—¿Nos has echado de menos? —le pregunto, y le doy un beso en la mejilla.

—Casi tanto como a mis hemorroides —dice acompañándonos a nuestra mesa favorita junto a la ventana y quitando el cartel de RESERVADO.

Siento que Ash me está observando mientras miro las vacas.

—Layla me ha dicho que no te han preparado para venir a este colegio.

Mi sonrisa desaparece e inmediatamente examino la habitación. La única puerta existente es por la que hemos entrado.

—Y Layla pensó que estaba de broma.

—¿Es así? —me pregunta mientras su mirada penetrante se intensifica.

Me encojo de hombros y vuelvo a mirar por la ventana, intentando parecer informal, pero el corazón me late a mil por segundo.

—Interesante —dice.

—¿Interesante el qué? —pregunto con demasiado énfasis en el «qué».

—No te han preparado —dice.

Establezco contacto visual con él.

—Yo no he dicho eso.

—Claro que sí —responde—. Si te hubieran preparado y tu estrategia fuera fingir que no, nunca llamarías la atención sobre ese detalle. Seguirías con el juego. Además, tu pulso se ha acelerado cuando te he preguntado y has apartado la mirada.

Arrugo el entrecejo.

—¿Cómo vas a saber si se me ha acelerado el pulso?

—Por la vena que tienes en el cuello.

—Aléjate de mi cuello —respondo canalizando a la Emily que llevo dentro.

Él esboza una sonrisita.

—También has negado sutilmente con la cabeza, que me da a

entender que tu respuesta es que no. Y has respirado rápidamente por la boca en vez de por la nariz, lo cual demuestra estrés. —Hace una pausa, esperando que cierre la boca que se me ha caído al suelo—. Eso que haces con los nombres, descifrarlos e identificar a la gente, lo hago yo con el lenguaje corporal.

—Vale —contesto sin querer usar ni una sola palabra más después de ese análisis.

—Eres la compañera de mi hermana —dice sin cambiar un ápice su expresión de aparente felicidad—. No me mientas o lo sabré.

—¿Es una amenaza?

—No, a menos que sea necesario.

Me paso una mano por la cara.

—¿Sabes qué? Creo que voy a volver a la cafetería.

—Comedor —me corrige.

Mi pecho se eleva más de lo normal cuando respiro, y estoy segura de que se da cuenta. Me alejo de la ventana.

—No quieres estar aquí —dice, y me detengo. Su habilidad para leerme es más molesta que la hostia—. Si no enseñases siempre tus cartas, seguramente te gustaría algo más.

—Me gustaría más si la gente de este colegio fuera menos espeluznante —digo con frustración, y eso hace que se ensanche su sonrisa—. Y deja de sonreír así. Si alguien tiene que dejar de hacer algo menos obvio, eres tú y tu regodeo.

Se echa a reír, lo que parece sorprenderle a él tanto como a mí. Se detiene.

—No ha sido inteligente lo que has hecho con Aarya.

Resoplo.

—Estaba defendiendo a tu hermana.

—¿Eso es lo que crees que estabas haciendo? —Niega con la cabeza y su expresión se vuelve seria—. Le has demostrado a Aarya que eres leal sin pensártelo dos veces. Que te has aliado con tu compañera de habitación en menos de un día. Que eres emocional y que, si amenaza a la gente de tu círculo, sabes reaccionar. Que puede hacerte daño. No has defendido a Layla, la has convertido en un objetivo.

Mi mandíbula se tensa.

—Todo es un juego mental para vosotros. Engaños. ¿Por qué alguien iba a querer hacerme daño? Llevo aquí un día. Este colegio es una mierda. Estoy deseando que pasen las dos semanas.

Pierde la compostura ligeramente, como si le hubiera sorprendido.

—¿Dos semanas?

—Sí, hasta las vacaciones.

—Vacaciones —repite con una mirada que vuelve a decirme que he revelado alguna información.

¿Seguro que quiero preguntar?

—¿Sabes qué? Aarya me miró exactamente igual que tú cuando se lo dije.

Ash deja escapar un silbido de «madre mía».

—No volvemos a casa en vacaciones. Ahora Aarya sabe que no tienes ni idea de cómo funciona el colegio ni de la cultura de este lugar.

—Espera. ¿Con «no volvemos» te refieres a ti y a Layla o a todo el mundo?

—Todo el mundo —responde, y parece como si hubieran sacado todo el aire de la habitación—. Las fiestas, cualquiera de ellas, en realidad, con la posible excepción de Año Nuevo, no se celebran. Y el Año Nuevo cae en diferentes días según qué persona, así que aquí no se celebra ninguno.

Esto no puede ser. Mi padre dijo expresamente unas cuantas semanas. Me voy a perder el alumbrado del árbol de la plaza del pueblo, los villancicos de Pembrook, la terrible obra de teatro que estrenan todos los años, y la menorá que enciende Lucille junto a su sidra picante y donuts recién hechos. Me froto la frente y frunzo los labios. Se me forma un nudo en la garganta. Me han admitido cuando nadie lo hace, así que quizá pueda salir. Ash se da cuenta de mi tristeza, pero, por una vez, no me la restriega por la cara.

Me mira como si fuera un cubo de Rubik.

—Nunca había conocido a nadie que no quisiera estar aquí, que no lo considerara un honor.

Suelto un bufido.

—Me resulta muy difícil de creer. No se escucha ni una risa. No hay un ambiente relajado. No hay diversión.

—Anda ya, sí que nos divertimos. Aunque no estoy seguro de que a ti te lo parezca. O que pudieras seguir el ritmo.

Le examino durante un segundo.

—Ponme a prueba.

Se toma un tiempo.

—Vamos a ver. Los viernes y los sábados, el toque de queda se amplía hasta medianoche. Y entre las doce y las doce y diez, los guardias cambian, por lo que los puestos de vigilancia se reducen a un

tercio. Si crees que puedes hacerlo, nos vemos donde las vides mañana por la noche.

Estudio su rostro. ¿Escaparse para trepar árboles? Ni me lo pienso. Layla debe haberle contado cómo reaccioné a los jardines.

—O no lo hagas —dice con una sonrisa.

Intento esconder cuánto me apetece esa idea.

—¿Por qué leches debería confiar en ti?

—No debes.

Gruño.

—Pero intuyo que, si no te han preparado para venir aquí, entonces tendrás algunas preguntas.

Lo miro de reojo. Joder, es bueno.

—¿Estás diciendo que responderás a todas esas preguntas?

La puerta cruje y Layla entra en la habitación caminando sigilosamente sin hacer ruido.

Apenas pestañeo y el comportamiento de Ash cambia. Se ha alejado de mí y se inclina perezosamente contra la ventana como si no hubiésemos tenido esa conversación.

—Ey, Ash —dice Layla con la trenza de agujas de pino en la mano —. Uno a cero.

SEIS

Me tumbo en la cama y agarro la punta de mi trenza. La vela que hay sobre la mesita de noche titila, haciendo que las sombras del techo se muevan como fantasmas dibujados.

—Es que no tiene sentido —digo por segunda vez a nadie.

Mi padre debía conocer este colegio porque, hasta donde yo entiendo, o bien estás al tanto del tema o no tienes ni idea. Consiguió que entrara pasada la edad de admisión. Además, eligió este lugar en vez de cualquier otro mientras ayuda a la tía Jo.

Me dijo: «Te prometo que sabrás todo lo necesario para mantenerte a salvo». ¿Acaso sé algo que creo que no sé? Es posible que esto sea una prueba, la versión extendida de uno de nuestros juegos de estrategia al aire libre, pero no puedo quitarme esa sensación de que debería preocuparme. Preocuparme por mi tía Jo, por mi padre y, posiblemente, por estar aquí en general.

Me giro hacia un lado. Cuando Blackwood lo sugirió en su despacho, no pensé que fuera plausible que mi padre viniera a este colegio, pero ya no estoy segura. Y, si de verdad estudió aquí, entonces ¿todas las historias sobre su infancia en Maine y lo de ser el típico chico de campo han sido una trola? ¿Mi padre lleva mintiéndome toda la vida? Solo de pensar en ello me da un vuelco el estómago. Aunque me tragaré todas las mentiras sobre Maine que haga falta siempre y cuando lo de ayudar a mi tía Jo sea verdad. Puedo soportar muchas cosas, pero que mi familia corra un grave peligro cuando no tengo forma de acudir en su ayuda rápidamente no es una de ellas.

Me levanto de la cama y abro la puerta. Layla está sentada en el sofá de terciopelo gris claro, leyendo un libro con las piernas remetidas debajo de ella. Echo un vistazo al reloj, que marca las 11:50

de la noche y me dirijo hacia la puerta. Si me voy a escabullir de aquí mañana por la noche, debería tener claro qué obstáculos tengo que sortear.

Mi mano toca el pestillo de hierro.

Layla levanta la cabeza del libro, que tiene una cubierta de tela gastada y letras en un color dorado descolorido.

—Ya han dado el toque de queda.

—Solo voy a salir al vestíbulo.

Layla niega con la cabeza y su pelo se desliza como agua oscura.

—Ni hablar, a menos que quieras una amonestación.

—¿Una amonestación?

—Por salir una vez dado el toque de queda, por intentar abrir una cerradura en una zona restringida, por abrir una cortina de noche y dejar pasar la luz, etcétera. Si tienes tres, te caerá un castigo que ellos mismos eligen.

—¿Cómo cuál?

—Depende de la persona. Pero siempre son terribles.

Pienso en decirle que su hermano me ha pedido que nos encontremos en el patio de las vides después del toque de queda, una ofensa que seguramente valga veinte amonestaciones.

—¿Layla?

Marca la página con el dedo.

—¿Sí?

Elijo mis palabras con cuidado.

—Si pregunto algo que no debo, no me contestes. Tenías razón sobre Aarya. He cometido un error. Y no quiero volver a meter la pata.

Su expresión pierde un poco de frialdad. Tomo aire y me tranquilizo.

—Nunca he conocido a nadie de la... familia Chacal y, bueno... No estoy segura de cómo decirlo... ¿Hay algo que sí puedas contarme?

Frunce los labios y me mira de frente como si intentara decidir algo.

—Solo que las historias son en gran parte ciertas. Estamos al noventa por ciento seguros de que la familia Chacal fue la responsable de que el conductor de Franz Ferdinard girara donde no debía en 1914, ese giro que causó su asesinato y el de su mujer y que instigó la Primera Guerra Mundial. Y estamos seguros de que «sin querer» dejaron las puertas de Constantinopla abiertas en 1453, con la consecuente caída de la ciudad y muerte del emperador Constantino.

Sin contar el incendio «accidental» de una pastelería en Londres en 1666, que destruyó más de trece mil casas y causó docenas de incidentes varios. No digo que los Chacales solo causen caos, porque, ya sabes, ninguna de nuestras familias es perfecta. Tenemos una larga lista de errores. Pero sí te puedo decir que los Chacales suelen seguir más sus propias motivaciones que la del Consejo de Familias. Y como se han extendido por infinidad de países, es mucho más difícil identificarlos. Hablan todos los idiomas y pasan desapercibidos en cualquier lugar. Son más fieles a sus cualidades que ninguna otra familia. Engañosos. Innovadores. Inteligentes. Te meterán en problemas si pueden.

Me quedo de una pieza. Y no porque Layla acaba de decir que Aarya puede estar emparentada con los que ayudaron a instigar la Primera Guerra Mundial, sino porque la descripción que acaba de dar me suena de algo. «Engañosos. Innovadores. Inteligentes». Y ahora recuerdo exactamente a quién he oído hablar de la familia Chacal. A mi madre.

El pestillo se mueve bajo mi mano y doy un salto atrás. La puerta se abre y, al otro lado, aparece el guardia con la cicatriz en forma de equis sobre la ceja. Entrecierra los ojos ligeramente cuando me ve. Durante un segundo, nos quedamos mirándonos el uno al otro y, justo cuando estoy a punto de abrir la boca para preguntarle qué pasa, se aleja sin mediar palabra.

Miro a Layla de manera inquisitiva, pero ella ya se ha levantado del sofá y se pone en marcha.

—Vístete. ¡Rápido!

Corro a mi habitación y recojo la ropa del suelo. Tardo un minuto en ponérmela, pero aun así, Layla ya está junto a la puerta cuando termino, como si llevara esperándome durante horas.

Me sacude la capa y la sigo a toda velocidad por el pasillo, que está iluminado por las puertas abiertas de las alumnas que van saliendo de sus habitaciones. Quiero preguntarle a Layla qué está pasando, pero no quiero ventilar mi ignorancia delante de todo el mundo.

Seguimos al resto de chicas por el pasillo, bajamos tres tramos de escaleras y llegamos al vestíbulo que nos lleva al patio de las vides. Es exactamente igual que el vestíbulo con los escudos y la estatua del caballero en la parte sur del edificio, aunque este no tiene más que dos antorchas y un par de tapices desteñidos sobre las paredes.

Las chicas están sentadas con las piernas cruzadas formando una U

y Layla y yo somos de las últimas en llegar. Hago un cálculo rápido y cuento unas veinticinco chicas incluyéndome a mí. ¿Quizá sea solo para las alumnas avanzadas?

Aarya está sentada en la parte contraria de la U, sonriéndome, mientras que su amiga silenciosa de las rastas rojas juguetea con el dobladillo de su capa. Le devuelvo la mirada a Aarya y me pregunto qué tendrá que ver su familia con el juego inventado que tenía con mi madre cuando era pequeña. O, al menos, que yo pensaba que era inventado.

—Bienvenidas —saluda Blackwood al bajar por las escaleras.

Viste la misma blusa con volantes y chaqueta y pantalones negros que anoche. Es inquietante que nadie cambie de ropa en este sitio. Incluso el pelo lo sigue llevando con ese moño tan apretado.

—Confío en que cuando registremos vuestras habitaciones esta noche, esté todo en orden —dice Blackwood y nos examina a todas.

Todo el mundo asiente. Yo trago saliva, recordando el tenedor, y me apunto mentalmente preguntarle a Layla si Felix pudo haber sabido que iban a hacer una inspección esta noche.

—Como todas sabéis, tenemos una nueva alumna —informa Blackwood y me mira—. Así que he pensado que podríamos hacer un juego de estrategia. —Cambia de postura y esboza una sonrisa forzada —. A menudo hablamos de los mejores alumnos de este colegio, de sus logros y de sus impresionantes proezas. Pero casi nunca hablamos de sus fracasos. —Hace una pausa—. Hace veinticinco años, hubo una chica en este colegio que ganó todos y cada uno de los retos estratégicos de medianoche durante su cuarto año. Todos y cada uno de ellos. Sin embargo, lo más curioso es que perdió tantas veces durante sus tres primeros años, que la gente ponía los ojos en blanco cuando tenía que enfrentarse a ella. ¿Cómo se explica eso?

—Se pasó tres años identificando de forma estratégica los fallos en las tácticas de los demás —responde Aarya, que ahora habla con acento italiano—. Y cuando acumuló toda la información necesaria, creó un esquema con las fortalezas y debilidades de los demás que le permitió manejarlos a su voluntad. Además, contaba con el elemento sorpresa porque todos asumieron que perdería.

—Así es —dice Blackwood—. Observar con atención es una ventaja inconmensurable. Mirad a Inés, por ejemplo. Ella capta detalles que a la mayoría de vosotros se os escapan.

Mira a la amiga silenciosa de Aarya, que se revuelve ligeramente por el cumplido.

Hay una chica menuda al otro lado de Aarya que le dirige una mirada a Inés que solo puedo interpretar como algo parecido a celos y rabia. Aarya la mira y la chica aparta la mirada, pero está claro que ahí pasa algo.

—Todos tenéis formación en lenguaje verbal y corporal —continúa Blackwood—. Sabéis analizar de forma brillante, pero también sois orgullosos. Y si permitís que las ganas de ganar pongan en riesgo la habilidad de observar con atención, entonces habréis perdido una gran oportunidad. Esta chica no cometió ese error.

Blackwood se coge las manos por detrás de la espalda.

—Tened también en cuenta este ejemplo: a mediados del siglo XVIII, a los doce años de edad, Margaret Knight presenció una avería en una de las máquinas de una fábrica de algodón y esta causó lesiones en un trabajador. Por esta razón, inventó una funda protectora para esa misma máquina que acabó siendo inmensamente conocida. Por desgracia, nunca obtuvo reconocimiento, porque era demasiado joven para pedir una patente. Pero la patente no era lo que le preocupaba a la hora de inventar la funda, sino el problema que la atañía. Si queréis ser buenos de verdad, tenéis que encontrar soluciones incluso cuando no van en vuestro beneficio. ¿Qué más podemos suponer sobre nuestra antigua alumna?

Layla se mueve sutilmente junto a mí.

—Para ganar todos los retos durante todo un año tuvo que hacer algo más que acumular información del resto de alumnos —dice—. Tuvo que aprender la forma en la que pensaban los otros alumnos y después actuar de forma distinta. Siempre esperamos que la gente reaccione de la misma forma que nosotros, que si les atacamos, nos devolverán el golpe, o que si les ayudamos, se mostrarán agradecidos y, cuando no se comportan como nosotros pensamos que harán, nos sorprendemos.

Blackwood mira a Layla con aprobación.

—Leonardo da Vinci no se limitó a estudiar un solo campo. Tenía curiosidad por el arte, la anatomía, la ingeniería, entre otras cosas. No veía el mundo tal y como era sino cómo podría llegar a ser. Y combinaba esos intereses para abordar ciertas ideas, como hacer que el hombre volara. Sabía que había muchas formas de resolver el mismo problema si tenías el valor suficiente como para soñarlas. Así que sí, Layla, esta chica hizo eso. Hizo lo que nadie esperaba una y otra vez y justo cuando pensabas que sabías cuál iba a ser su próximo movimiento, lo volvía a cambiar. Fue la estratega más impresionante y

valiente que ha dado este colegio.

A juzgar por sus expresiones, las chicas parecen tomarse la lección muy en serio. Hay una mezcla de lo que creo que es admiración junto con ambición de mejorar. No puedo evitar preguntarme si saben quién era la chica a la que se refiere Blackwood.

—Ahora vamos a empezar con este reto —dice Blackwood y sus ojos se dirigen a mí directamente—. November, levántate.

El corazón me late tan rápido que estoy segura de que la vena que Ash me vio en el cuello se está volviendo loca. Blackwood me indica que me acerque a la parte abierta de la U.

—Date la vuelta.

Me pongo de cara al resto de alumnas, que me miran de forma inexpresiva, a excepción de Aarya, que parece divertirse. Las chicas proceden de todas partes del mundo, aunque el único idioma que he escuchado es el inglés. Y de repente me siento agradecida. Lo único que podría hacer que este lugar fuera más incomprensible es que no entendiera a nadie.

—Las reglas son las siguientes —dice Blackwood desatándome la capa. Cae al suelo delicadamente y el aire frío de la noche se cuela entre mi ropa al instante—. Luces apagadas y sin salir de esta habitación.

Echo un vistazo rápido a mi alrededor. Hay un guardia en la puerta del patio, uno justamente enfrente de ella al pie de las escaleras y uno en cada una de las salidas al pasillo. Detrás de los guardias del corredor, se apagan las antorchas.

—Cada participante tendrá uno de estos trapos. —Blackwood tiene en la mano dos trozos de tela gris—. Los tendréis en el bolsillo de vuestros pantalones y ahí es donde deben quedarse. La idea es robar el trapo de otra chica. La primera que lo haga gana.

«Ay, mi madre». Vuelvo a mirar a mi alrededor y me hago un mapa mental de la habitación rápidamente. Las escaleras están justo detrás de mí. Hay un tapiz a la derecha y está el pasillo con un guardia. Otro tapiz, una muesca en la pared a la altura de mi cintura, una antorcha sobre la muesca, tapiz, puerta. Y lo mismo en la pared de enfrente, menos la muesca.

—Necesitamos una chica más —dice Blackwood, y la mano de Aarya se alza en el aire—. Las demás os quedaréis sentadas en el mismo sitio donde estáis. November, tu contrincante será… —sus ojos examinan todo el grupo y se detienen en la chica menuda junto a Aarya que lanzó a Inés con una mirada celosa— Nyx.

«Nyx —traduzco en mi cabeza—, la diosa griega de la noche, madre del sueño y, ah, sí, de la muerte». Y por los susurros ahogados y la risilla de alguien, supongo que su nombre es acertado. Me echa una mirada y estoy segura de que ya ha decidido que no supongo un reto. Bueno, eso ya lo veremos.

Nyx es tan bajita que apenas me llega al hombro y, ahora que la veo de cerca, me doy cuenta de que lleva una raya negra sobre las pestañas que se curvan en la punta, dándole el aspecto de un gato. Y teniendo en cuenta que Blackwood no nos deja tener objetos personales, solo queda la opción de que Nyx se hace su propio maquillaje o que lleva una raya tatuada. No es que suela mirar el maquillaje de alguien para discernir sobre mi oponente, pero en este caso en concreto eso me dice que es ingeniosa y cabezota, que no se doblega ante la voluntad de los demás.

Blackwood nos mete el trapo en el bolsillo de los *leggins*. Vuelvo a mirar la muesca de la pared. Supongo que está a la altura del trapo gris de Nyx.

Blackwood nos coge de las manos, dejándome a mí a la derecha y a Nyx a la izquierda. Asiente y los dos guardias que tenemos a las espaldas se dirigen a las antorchas que hay a cada lado del vestíbulo. El guardia que tengo más cerca es el de la cicatriz con forma de equis. Tío, me persigue a todas partes.

Los guardias alzan una vara con un cono metálico en la parte de arriba y apagan las antorchas. La habitación se queda a oscuras, tanto como si llevara una venda en los ojos. Y estoy segura de que no va a disminuir cuando mis ojos se adapten a la oscuridad, porque no hay ventanas.

Oigo unos golpes desde el pasillo, que supongo que significan que los guardias han vuelto a sus puestos. El silencio en la habitación es perturbador. Ni siquiera se oye la respiración de las demás.

—Comenzad —dice Blackwood, y me suelta la mano.

El corazón se me sube a la garganta. No hay nada como la certeza de la oscuridad absoluta y que te persiga una ninja griega para que te entre más miedo que en una pesadilla. Y si no demuestro mis capacidades en este ejercicio, todo el colegio pensará que soy como una mosca en un mar de arañas.

Con cuidado, doy unos pasos hasta que salgo de la U. He debido pasar extremadamente cerca de la última chica, porque siento su calor corporal al pasar. Mis botas no hacen ruido al caminar sobre la piedra. El problema es que los pasos de Nyx también son silenciosos. «Si

consigo llegar a la antorcha…».

Doy la vuelta a la U, siguiendo las espaldas de las chicas, hasta que creo que estoy frente adonde se supone que está la antorcha. Extiendo las manos lentamente, intentando detectar el calor corporal de Nyx, pero solo noto aire frío. «Menos da una piedra». Doy un paso hacia la pared y algo me agarra el tobillo, con lo que tropiezo y hago un montón de ruido. Alguien se ríe, me apuesto lo que sea a que es Aarya. Esa chica me está sacando de quicio, de verdad.

—Vaya tramposa, Aarya —digo.

Normalmente habría seguido sin despeinarme, pero no quiero que Blackwood y estas chicas piensen que soy tan mala que me he tropezado con mis propios pies al caminar en la oscuridad.

—¿Quién es la tramposa? No es culpa mía que seas una torpe de cuidado —responde Aarya con un acento estadounidense que es una imitación perfecta del mío.

Se oye el sonido de una cerilla al prenderse y la habitación se ilumina. Blackwood sujeta una vela frente a su rostro.

—Basta, Aarya, no tienes cabida en este reto. Dije expresamente que os quedarais donde estabais. Y, November, las sorpresas ocurren. La gente no sigue las reglas. ¿Acaso pensabas que este reto se basaba en ser justa?

Todos la miramos, incluida Nyx, que está a mi lado con mi trapo en la mano y una sonrisa que parece decir: «Sabía que te daría una paliza». No tanto como un regocijo, sino como una exposición obvia de los hechos.

Me cago en todo. No solo he perdido, sino que encima he quedado como una tonta.

—Déjeme que lo intente de nuevo —digo.

—Has perdido, November —sentencia Blackwood.

—Lo sé. Pero nos acaba de contar una historia de una chica que perdió para poder ganar —replico, y sonrío—. Vamos a ver si Nyx es capaz de vencerme sin la ayuda de Aarya.

—Nadie necesita a Aarya para vencerte —dice Nyx, y me doy cuenta de que mi insinuación le ha ofendido. Por su acento, diría que es griega.

La sala se queda en silencio mientras todo el mundo nos mira a mí y a Blackwood. Blackwood mueve los labios como si estuviera considerando la idea con la lengua y luego asiente ligeramente. De inmediato, vuelvo a mi posición inicial antes de que cambie de opinión.

Blackwood vuelve a colocar nuestros trapos y miro a Nyx, que me fulmina con la mirada de una forma que hace preguntarme si he tomado una mala decisión. Después de todo, fue directa a por mí, solo que no intentó rodear el círculo por el otro lado.

Blackwood apaga la vela de un soplo y trae la oscuridad a la habitación. Mi corazón late tres veces y me suelta la mano.

Salgo corriendo hacia la pared, sin ni siquiera intentar silenciar mis pasos. Golpeo la piedra con las manos y se oyen risitas de las chicas. Tanteo la piedra en círculos rápidos, intentando encontrar la muesca. «Te tengo». Me subo a la pared, saco la antorcha apagada del soporte y la tiro con todas mis fuerzas al otro lado de la sala y lejos de las chicas sentadas en forma de U.

Se oyen susurros sorprendidos mientras derrapo por el suelo y tiro del borde del pesado tapiz hacia mí. Luego lo suelto con fuerza causando un silbido en dirección a lo que espero que sea el guardia de la equis en el pasillo. Se oye el sonido rechinante del cuero de lo que creo que es el guardia intentando recomponer su postura y agradezco haber llegado adonde quería. En medio de todo el ruido, agarro con las dos manos el soporte de la antorcha que está sobre mi cabeza.

Escucho cómo las chicas cuchichean y levanto las piernas hasta donde tengo las manos en el soporte de la antorcha. Coloco firmemente mis botas entre los anillos de acero forjado para equilibrarme y para liberar algo de peso de las manos. El acero es sorprendentemente fuerte y puedo agarrarme fácilmente, pero aun así no conseguiré mantenerme en esta postura invertida mucho tiempo. Blackwood hace callar a las chicas y tengo que sonreír: mi padre siempre decía que, si no puedes hacer algo sin que te descubran, crea confusión.

Me coloco con cuidado la trenza entre los dientes y dejo que el brazo derecho se quede colgando sobre la pared hasta que encuentro la muesca en la pared. Y espero.

Apenas dos segundos después, el aire que pasa por mis manos se calienta. Aguanto la respiración. Nyx ha vuelto a venir directa a por mí. Joder, esta chica no se anda con chiquitas. Si va a por ti, va a por ti, tan simple como eso. Teniendo en cuenta que no puedo escuchar su respiración y que nuestras cabezas están bastante juntas, supongo que está de espaldas. Extiendo la mano hacia delante, no calculo bien su altura y le agarro la camisa justo por debajo de la cadera. Por suerte, también toco la punta del trapo y lo agarro entre mis dedos. Tiro.

Ella deja escapar un aullido sorprendido.

Blackwood enciende una vela y toda la sala se queda mirándonos bajo el parpadeo de la tenue luz. La sorpresa de sus rostros es obvia. Desengancho los pies del soporte de la antorcha y salto al suelo.

Nyx entrecierra los ojos.

—Ganar la segunda vez sigue siendo perder —dice conteniendo la respiración.

Le sonrío.

—¿Pero no acabamos de aprender que la victoria más reciente es la que todos recuerdan?

—Bien hecho.

Blackwood asiente mirando el trapo que tengo en la mano extendida. Por el tono de voz, diría que algo en ella se ha relajado, como si hubiera decidido que no tiene que echarme.

—No puedes ganar por segunda vez si ya estás muerta —dice Nyx en un tono de voz tan bajo que apenas lo escucho.

Dejo de sonreír. Es decidida, centrada y directa y está claro que no le caigo bien. Tengo el presentimiento que haber ganado esta noche me va a costar perder algo en un futuro cercano.

SIETE

Abro las cortinas y la luz entra en el cuarto, dándole un resplandor cálido. Pero el suelo está frío y en cuanto lo toco con los pies descalzos pego un bote, cojo los calcetines que me quité anoche y casi me caigo intentando ponérmelos de nuevo.

El frío me espabila y lo que sucedió anoche cruza rápidamente mis pensamientos: el reto, la amenaza de Nyx y la conversación sobre los Chacales que tuve con Aarya. No puede ser una coincidencia que usara las palabras «engañoso, innovador e inteligente» para describir a Aarya; las mismas que mi madre usaba para describir a una familia de peluches en un juego que teníamos cuando era pequeña. Era un juego estúpido, o al menos eso pensaba yo. Mi madre decía que solía jugarlo con la tía Jo cuando vivían en Italia. Todas las familias de los peluches tenían tres palabras que los describían, y todas están bordadas en mi mente como si fueran canciones infantiles.

Me quedo de piedra y mi estómago da un vuelco instantáneo. No lo recordé hasta anoche, pero cuando mi padre vino a mi habitación a decirme que iba a venir a este colegio, cogió uno de los peluches viejos que tengo y dijo: «¿Te acuerdas de ese juego al que jugabas con mamá? No sabía qué hacer para que dejarais de jugar». Luego sonrió por el recuerdo, de esa forma que suele hacer cuando mi madre sale en una conversación. No pensé nada en ese momento, pero ahora...

Abro la puerta de mi habitación, sumida en mis pensamientos, y casi se me caen los calcetines que me acabo de poner. Al otro lado, con la mano levantada para llamar, hay una mujer joven que parece tener unos veinte años y que lleva ropa recién planchada. Lleva un vestido de lana de color bermellón y un gorro blanco inmaculado... ¿Eso es una cofia? Las mejillas tienen un rubor rosado natural que me recuerda a las rosas.

—No quería molestarla, señorita November —se disculpa—. Solo venía a decirle que he traído té y pan con jamón, tal y como la señorita Layla pidió.

Me mira como si quisiera registrar cada detalle, pero no de la forma amenazadora en la que suelen hacerlo los alumnos y profesores de este colegio. Tiene una mirada cálida y curiosa.

Me pongo la mano sobre el corazón, como si eso me ayudara a calmar el pulso.

—No, no. No es por ti. Lo siento. Es que no esperaba ver a nadie cuando he abierto la puerta.

Hace una rápida reverencia y me ofrece una sonrisa de oreja a oreja.

—Me llamo Pippa y soy su doncella y la de la señorita Layla. Si necesita alguna cosa, no dude en decírmelo —dice, y noto un acento italiano.

Pasa junto a mí hacia mi habitación y deja la ropa que lleva sobre el baúl que hay a los pies de mi cama.

«Pippa —pienso—. ¿Puede ser el apodo de Filippa, la forma femenina de Philip, que significa… "amiga de los caballos"?». Lo que supongo que le viene bien. Su comportamiento desenfadado me recuerda a estar al aire libre bajo el sol.

—Gracias —le digo mientras empieza a estirar las sábanas—. Pero no tienes por qué… Yo misma puedo… Gracias.

—De nada —dice, y vuelve a la sala común conmigo pisándole los talones.

Layla ya está sentada a la mesa junto a la ventada abovedada y solo con ver el pan recién hecho me entran ganas de abrazar a todo el mundo.

—Ay, qué bien, Pippa, me has alegrado la mañana —agradezco con los ojos muy abiertos.

Me deslizo en la silla y me pongo una servilleta en el regazo con entusiasmo.

—Te he traído la hogaza más fresca de todas —me informa Pippa con orgullo—. La he cogido en cuanto el cocinero la ha sacado del horno.

Parto un trozo de pan y el vapor se mezcla con el frío aire de la mañana.

—Puede que seas mi nueva persona favorita.

—Gracias —dice Layla fríamente antes de que Pippa pueda responder y de una forma que me indica que es una invitación para

que Pippa se vaya.

—Sí, ¡gracias! —añado mientras me sirvo un poco de mantequilla dorada con el cuchillo.

La puerta hace clic al cerrarse y Layla frunce el ceño.

—¿Qué? —pregunto mientras mastico.

Layla le da un sorbo a su té.

—¿Siempre eres tan amable con la gente que no conoces?

—Pues... Sí —respondo.

Le diría que suena igual que mi padre cuando me dice que soy demasiado confiada, pero estaría violando la regla número uno.

—Pues deja de serlo —dice.

Me limpio la boca con la servilleta y la miro detenidamente.

—Pippa parece buena persona. ¿Y no crees que es una mierda tener que cuidar a un montón de gente misteriosa en medio de la nada en un castillo sin electricidad? Estoy segura de que aprecia que seamos amables.

Layla hace una pausa como si no supiera a qué atenerse conmigo.

—Todos los estrategia sirven a sus familias de una forma u otra, November. Nadie se libra. Y, además, Pippa no estará aquí más de un par de años a no ser que ella quiera.

Me detengo con el pan a medio camino de la boca y empieza a picarme la piel. Estoy más que segura de que he oído esa palabra antes.

—¿Entonces Pippa es una estrategia? —pregunto intentando que la palabra suene informal y natural.

—Sí, todo el mundo en la academia es de Estrategia: los profesores, el personal de cocina, los guardias, los que se ocupan de los animales. No pensarás que vamos a dejar que los que no son estrategia estén aquí, de entre todos los sitios, ¿no? —me mira con incredulidad.

—No, supongo que no —digo. No solo se piensa que sé quiénes son los estrategia, sino que está afirmando que todo el mundo en este colegio lo son, ¿y eso dónde me deja a mí? Me sirvo un poco de té, intentando descubrir una forma de pedirle que los describa sin dejarme en evidencia—. No se enseña tecnología en este colegio —«Los asesinos y los espías usan la tecnología»—. ¿Por qué?

Layla se encoge de hombros.

—Es una pérdida de tiempo. Solo estamos aquí cuatro años. Podemos aprender sobre tecnología en casa. Y tampoco es una prioridad, porque todos tenemos especialistas en tecnología en cada familia.

Especialistas en tecnología, trabajo obligatorio en las familias, el Consejo de Familias que Layla mencionó anoche y lo que sea que hagan estos alumnos... Suena a que estas familias son independientes, autosuficientes y poderosas.

Layla me mira con una expresión extraña.

—Venga, date prisa y bébete el té. Tenemos que ir al comedor; hemos quedado con Ash.

—¿Necesitamos libros de texto o algún tipo de material para las clases? —le pregunto mientras bajamos las escaleras.

Ayer pasamos todo el día haciendo *tours*, la evaluación y visitando algunas clases. Pero nunca participamos en ninguna de verdad.

Layla niega con la cabeza.

—A excepción de la clase de venenos, la mayoría de los alumnos avanzados no usamos libros de texto ni tomamos notas; simplemente aprendemos.

La sigo por el vestíbulo y salimos al patio de las vides.

—¿Qué significa eso?

—¿Por qué no dejas de preguntarme qué significa todo? —me dice; todavía me mira con la misma mirada sospechosa que me dedicó en el desayuno—. Yo no lo haría delante de otra gente si fuera tú.

Mantengo el ritmo de los pasos acelerados de Layla. La frialdad que se instaló en su comportamiento ayer cuando me senté con Aarya a la hora de comer sigue latente.

Abro la boca para responder mientras entramos en el jardín y casi tropezamos con dos chicos que están discutiendo en voz baja. Uno es el arquero seguro de sí mismo de pelo plateado que me guiñó un ojo ayer. Su amigo es igual de alto y guapo y tiene el tatuaje de una hiedra que se asoma por los puños remangados de su camisa. Aun así, no tiene la misma presencia autoritaria que su amigo. Solo con verlos hablando ya se nota que hay un desequilibrio de poder entre ambos.

—Pero si es la chica nueva —dice el arquero seguro de sí mismo desplazando el centro de su atención y sonriéndome. Tiene acento británico.

Su amigo el del tatuaje se cruza de brazos.

—¿No nos vas a presentar, Layla? ¿Qué modales son esos?

Parece francés y tiene un tono rítmico. No me sorprendería si cantara en un grupo.

—Brendan —Layla señala al arquero, y luego al chico con acento francés— y Charles. Esta es November.

Layla habla con un tono de voz monótono, como si estuviera

leyendo la lista de la compra, o simplemente cumpliendo la tarea que se le ha encomendado. Genial. Soy la lista de la compra.

—Un placer, sin duda —dice Brendan, y hace una reverencia, aunque hay algo de hipócrita en su gesto amable. No se parece a Ash, que siempre parece que te está evaluando; la actitud positiva de Brendan parece un cebo—. ¿Has disfrutado de tus primeros dos días en el instituto Fantasma?

—¿El instituto Fantasma? —digo con una sonrisilla—. Qué gracioso. Bueno, solo puedo decir que la comida es fabulosa... Cuando no está envenenada.

Charles se echa a reír, pero no es una risa desenfadada y no puedo evitar sentir que estoy en medio de un elaborado baile del que no me sé los pasos. Miro a Layla en busca de pistas sobre quiénes son estos chicos, pero mantiene una expresión neutral. Sin embargo, por la tensión en su postura noto que quiere salir de allí echando leches. Y, si no lo hace, supongo que es porque no se siente cómoda dándoles puerta.

—Ah, genial, los reyes y los frikis hablando juntos —dice Aarya con acento estadounidense caminando junto a Inés—. ¿Qué le pasa a este mundo?

—Es un mundo en el que eres irrelevante, Aarya —responde Brendan y, una vez más, noto la crueldad bajo ese tono de voz alegre.

—Ay, venga ya —dice Aarya mientras se aleja.

Inés le toca el brazo, lo que parece una señal para que Aarya lo deje estar.

Vuelvo a mirar a Brendan y a Charles. Está claro que hay alguna dinámica aquí que no estoy pillando. Layla se pone tensa cuando están ellos e Inés parece que no quiere que Aarya entre en conflicto con ellos.

Pero, por supuesto, Aarya se da la vuelta justo antes de entrar en el edificio.

—¿Acaso no te importo, Brendan? ¿Cómo seguiré viviendo?

—Quizá no lo hagas —responde Charles y, al contrario que Brendan, hay una amenaza clara en su tono de voz.

Aarya pone los ojos en blanco y entra en el edificio como si no pasara nada, pero Inés frunce el ceño.

Layla aprovecha la distracción para alejarse de ellos y la sigo.

—Todas huyen de nosotros —dice Charles y los dos se echan a reír.

Echo un vistazo rápido por encima del hombro antes de entrar en el edificio al otro lado del patio y se me pone el vello de punta

instantáneamente. Brendan y Charles me miran fijamente. Si recibir atención de Aarya es malo, mi instinto me asegura que esto es mucho peor.

Veo a Layla con una nueva luz. Puede que sea una estirada y una cerrada, pero al menos no transmite ese rollo amenazador como los otros alumnos.

—Layla, lo que dije anoche... sobre que tenías razón sobre Aarya —digo en voz baja.

Layla examina el vestíbulo de los escudos, pero no hay nadie cerca. Sigo hablando en voz baja.

—Solo quiero decirte que todavía no me he hecho con este sitio. Y sí, definitivamente hago demasiadas preguntas. Pero voy a hacer lo posible para seguir el ritmo. Ahora entiendo por qué pensabas que era una imprudente. Y... tienes mi lealtad. Por completo.

Mi mente hace una mueca de dolor, recordando lo que Ash dijo sobre ser incondicionalmente leal. Pero soy así. No traiciono a mis amigos, ni siquiera a los nuevos.

Layla me mira y juraría que percibo un atisbo de vulnerabilidad tras su expresión insensible.

—Solo quiero decirte que te escucho —digo—. Y que te agradezco que te tomes todo este tiempo en explicármelo todo detalladamente.

Ella asiente y noto que parte de la dureza en su comportamiento se ha desvanecido.

Caminamos en silencio hasta el comedor. Entonces, sin venir a cuento, dice:

—Ash me dijo lo que pasó con Felix y el tenedor —asegura, y me mira de reojo.

Sonrío. Reconozco la aceptación de una disculpa en cuanto la escucho. Camino un paso más cerca de ella, hablando en voz baja.

—¿Qué probabilidades hay de que Felix supiera lo del registro de anoche?

—Quiero decir que lo sabía —responde—, porque sería mucha casualidad y, si hay algo en lo que no creemos, es en el azar. Pero la única forma de saber que había un registro es que un profesor se lo dijera y eso está prohibido. A menos que estuviera escuchando algo que no debía. No lo sé, la verdad.

Asiento.

—¿Qué me dices de Inés? ¿Cómo encaja ella con Aarya y Felix?

—Inés es la compañera de habitación de Aarya —dice Layla, y se detiene delante de la puerta del comedor—. También es una de las

mejores alumnas en cuanto a tácticas, pero no habla con nadie que no sea Aarya y Felix, sobre todo con Aarya. Y seguramente haga lo correcto.

Quiero preguntarle qué significa eso, pero empuja la puerta y la sigo al interior. El comedor durante el desayuno no tiene nada que ver con el almuerzo o la cena. Casi parece animado. Los alumnos se concentran en grupos e incluso se oye alguna que otra risa, lo que supongo que se debe a que la mesa del profesorado está vacía.

Al desplazarme entre las mesas, veo un chico con hombros anchos y otro con el pelo largo que nos observan mientras nos acercamos. Intercambian unas palabras y está claro que soy el tema de conversación.

Justo cuando pasamos junto al chico de hombros anchos, mueve la silla hacia atrás y me golpea en la pierna. Al otro lado de la mesa, su amigo con el pelo largo sonríe.

—Au. Ten cuidado —le digo mientras me froto la pierna.

El chico de hombros anchos se levanta; mide unos buenos quince centímetros más que yo.

—No es problema mío que tengas malos reflejos —dice.

Tiene un acento italiano parecido al de mi tía Jo, y su tono de voz es amenazador.

Layla también ha debido oírlo, porque pasa la mirada de mí a él como si intentara resolver algo.

—Y no es su problema que seas demasiado grande para estas sillas, Matteo —dice ella con calma.

Me quedo con la boca abierta. Layla no le dijo nada a Aarya o a Brendan y Charles, pero ¿se mete con este tiarrón? «Matteo —pienso —. Significa "regalo de Dios" en italiano o, casualmente, "recaudador de impuestos"».

Matteo levanta una ceja con expresión bromista a Layla, pero cuando me devuelve la mirada, no es amable. Tengo la sensación de que sabe algo que yo no sé y que no le gusta demasiado. De regalo nada. Este tío es recaudador de impuestos.

—Tienes suerte de ir con Layla.

—Ya lo sé —digo jovialmente, y vislumbro la aprobación en la expresión de Layla.

Pasa junto a mí y me da tan fuerte con el hombro que me tambaleo hacia atrás.

—Es todo fachada —dice Layla.

—Claro —respondo fingiendo que no me molesta mientras observo

cómo se aleja Matteo—. Pero ¿a qué viene esa hostilidad?

Me giro hacia Layla, que sigue caminando y tengo que acelerar el paso para alcanzarla.

—Todos te ponen a prueba —dice Layla—. Dale un par de meses.

Se detiene en una silla enfrente de su hermano, cuya mirada sigue siendo tan dura de confrontar como siempre. Dejo escapar la respiración escandalosamente. «¿Meses? Ni de coña». La conversación que tuve con Ash sobre que nadie se va en vacaciones resuena en mi mente y el sentimiento de intranquilidad aumenta ligeramente. De repente, siento la necesidad de aire libre y un lugar para pensar a solas.

—¿Hay algún baño por aquí? —le pregunto a Layla.

—Por esa puerta a la derecha.

Camino entre las mesas, con cuidado de no establecer contacto visual con nadie y así no provocar más agresiones. Nunca me he sentido así. Mi ciudad es amable. Mi colegio es amable. Seguramente no haya ni una sola persona en Pembrook a la que no conozca por su nombre, dirección y por cómo le gusta la pizza.

Abro la puerta y me cuelo en un pasillo tranquilo, alejándome un poco del guardia apostado al salir del comedor. Es la primera vez en mi vida que no estoy emocionada por conocer gente, que quiero alejarme de la multitud en lugar de ser el centro de atención. Podría salir, sentarme en el jardín aquel. Niego con la cabeza. Tardaría demasiado y seguro que Layla se vuelve loca porque le trastoco el horario.

Se oye el crujido de una puerta al abrirse y abro los ojos.

—Mierda —digo sin respirar.

Matteo sale de lo que supongo que es el baño. Entrecierra los ojos cuando me ve. Seguramente piense que le he seguido, pero negarlo solo haría que pareciera lo contrario.

—Te pareces a ella —dice como si estuviera molesto, pero en un tono de voz lo suficientemente bajo como para que no le oiga el guardia del comedor.

Mi corazón se detiene. No tengo ni idea de a quién me parezco de sus conocidos. La única persona con la que me han comparado es con mi madre, porque mi padre dice que somos iguales. Pero ¿cómo leches sabe eso Matteo?

—No sé qué quieres decir con eso —mantengo mi tono de voz firme y neutral, imitando a Layla, y me repito mentalmente sus palabras: «Te está poniendo a prueba».

Matteo observa mi rostro en busca de algo. ¿Que lo niegue quizás?

—Eres una estúpida por venir aquí —dice—. Y todavía más por haberme seguido por este pasillo.

Aprieto las manos.

—No te he...

Pero no llego a refutar lo que dice, porque un puño del tamaño de un pomelo se dirige de repente hacia mi cara. El impacto con la mejilla hace que me tiemble el cráneo y choco contra la pared, deslizándome hasta el suelo.

Me toco rápidamente la cara, la parte izquierda ya se está hinchando. Oigo el sonido de las botas del guardia sobre la piedra mientras se acerca corriendo. La nariz no me sangra, lo que al menos me hace pensar que no está rota, pero el dolor es surrealista y las lágrimas me resbalan por la mejilla izquierda.

Miro a Matteo con el ojo que no tengo hinchado. El guardia lo retiene con los brazos detrás de la espalda, y una multitud se ha agolpado en el pasillo al salir del comedor. El guardia aleja a Matteo de mí y no se resiste.

Layla me ayuda a levantarme cogiéndome del brazo. Veo que me pregunta con los ojos si estoy bien, pero no dice ni una palabra. Me apoyo en la pared que tengo detrás. La cabeza me retumba como si alguien tocara la batería. Quiero gritarle a Matteo, pero tengo un nudo en la garganta y tengo miedo de que, si abro la boca, acabaré llorando de rabia.

La multitud se divide para dejar paso a la directora Blackwood. Nos mira a Matteo y a mí, como si sacara información de nuestro lenguaje corporal.

—Abajo —dice Blackwood, y el guardia obliga a Matteo a ponerse de rodillas. Se vuelve hacia mí—. Adelante.

Nada de «¿Estás bien?», ni un «Veo que te ha pegado un tío el doble que tú, debería verte un médico». Me quedo mirándola horrorizada.

—¿Adelante qué? —pregunto.

—Ojo por ojo, como te dije —dice Blackwood mirándome expectante—. Aunque no esperaba que fuera tan literal en tan poco tiempo.

Esto no es un colegio raro con reglas escalofriantes. Esta gente es verdaderamente violenta, incluso aquellos que se suponen que velan por la ley y el orden.

—¿Quiere que le pegue en la cara? —Mi voz se rompe incrédula.

—¡Hazlo! —grita Aarya desde algún punto entre la multitud, y vislumbro un mechón de pelo blanco de Brendan. Charles y él observan con interés.

El estómago me da un vuelco. Blackwood levanta la mano y Aarya se calla. Miro a Matteo. Parece tranquilo, como si hubiera hecho lo que tenía que hacer.

—Eh, mm —tartamudeo, todavía en *shock*.

—Venga, termina con esto de una vez —dice Blackwood, y no puedo creer lo despreocupada que se muestra con este asunto.

—No… No le voy a pegar —contesto.

Puedo sentir la sorpresa que se cierne sobre los espectadores. Nunca le he pegado a nadie en la cara en mi vida y tengo claro que no voy a empezar a hacerlo con un tipo que seguramente me haga más daño en la mano que al revés.

—¿Crees que las reglas no se aplican a ti? —pregunta Blackwood.

—No he dicho eso. Simplemente… ¿Qué voy a demostrar pegándole un puñetazo? —En cuanto lo pienso, se me ocurre la respuesta—. El problema es que él me ha pegado a mí, no que yo no le devuelva el golpe.

Quiero decirle todo lo que pienso de estos alumnos con sus pruebas y su arcaico sistema de castigo, pero tengo las emociones a flor de piel y no puedo pensar con claridad sin parecer que estoy asustada.

Blackwood levanta la barbilla y eleva la voz.

—Al parecer, November cree que la venganza está por debajo de ella. Así que, si alguno quiere liberar estrés, es un objetivo fácil. No os devolverá el golpe.

Abro la boca y por un momento creo que escucho alucinaciones. ¿De verdad acaba de decirle a los alumnos que pueden pegarme? La frustración se me acumula en el pecho y se me forma un nudo en la garganta. Ahora sé exactamente a qué se refería Conner cuando me advirtió de que quizá no sobreviviría aquí. Veo por el rabillo del ojo a Layla entre la multitud y frunce el ceño.

Matteo no me ha quitado los ojos de encima y ahora murmura:

—Como he dicho, eres una estúpida.

La rabia empieza a arremolinarse en mi pecho, que ya está en tensión. Rabia porque me han pegado, porque no entiendo nada desde que puse un pie en este campus y porque estoy aquí. Este es el colegio más horrendo del mundo.

—Esta es tu única oportunidad, November —dice Blackwood como si no supiera lo que me está ofreciendo.

Doy un paso al frente. No puedo dejar que la gente piense que puede pegarme cuando les venga en gana. Estoy segura de que hay al menos seis espectadores que aprovecharían la oportunidad. Pero tampoco puedo creer que esté en una situación en la que se me aliente a pegar a otro alumno en un colegio y por la directora. Lo único que quiero es alejarme y salir pitando a Pembrook.

Echo el brazo hacia atrás y muevo el puño.

Matteo se ríe y el sonido me molesta en el alma. Lo único peor de que te peguen sin motivo es que se rían de ti delante de todo el mundo.

«A tomar por culo». Doy un paso adelante con la pierna izquierda, echo la derecha hacia atrás y le pego una patada en los huevos con todas mis fuerzas.

Matteo abre mucho los ojos, gruñe y se derrumba en el suelo. Blackwood levanta una ceja.

—Me he resbalado —digo con voz aguda.

—Bueno, estáis empatados —dice—. No habrá, repito, no habrá ningún acto de venganza posterior. Se acabó. Ahora estáis igualados.

—Entendido —digo, aunque la verdad es que no lo entiendo.

Y como si le hubieran dado a un interruptor, la gente empieza a dispersarse.

—Esta era tu tercera amonestación, Matteo. Ven a mi despacho después de clase —dice Blackwood.

Matteo se levanta e instintivamente da un paso atrás.

—Vamos —dice Layla—. Te llevo a la enfermería.

Matteo pasa junto a mí y Ash le dice algo, aunque no oigo el qué.

OCHO

Más tarde esa misma noche, me siento delante de la chimenea de nuestra habitación sobre una alfombra de aspecto antiguo y con un diseño de árboles. Observo cómo crepita y danza el fuego sobre los troncos y levanto la mano para palparme el ojo morado. La cataplasma que me ha dejado la enfermera en la cara durante todo el día tiene un olor fuerte y me ha bajado la hinchazón, pero estoy segura de que tendré el moratón durante unas dos semanas. Si la gente no cotilleaba antes sobre mí, ahora sí que lo harán.

He decidido hablar con Blackwood mañana. Puede que no tengan teléfono en este sitio, pero debe de haber una forma de ponerme en contacto con mi padre. Ni de broma él querría que me quedara en un colegio donde los alumnos me atacan en medio del pasillo y los profesores esperan que les devuelva el golpe.

Alzo la vista en busca del reloj de madera oscura que hay sobre la repisa de la chimenea, que parece un reloj de cuco, pero sin el cuco: las 11:54. Estoy segura de que escabullirse ahora mismo es una mala idea. Pero también tengo claro que me han pegado gratuitamente por una razón que desconozco y que, si no me encuentro con Ash, quizá nunca sepa la verdad sobre este lugar.

La puerta del dormitorio de Layla se abre por primera vez en toda la noche. Por lo que he deducido, me evita y solo espero que no haya decidido que soy una carga demasiado grande.

—No sé por qué te hizo algo así —dice en voz baja.

—¿A qué te refieres? —contesto girándome hacia ella.

Se queda con la puerta abierta, pero no llega a pasar a la sala común.

—Cuando te dije que Matteo era todo fachada, quiero que sepas que no tenía ni idea de que iba a pegarte.

Frunzo el ceño y, al hacerlo, se me estira la piel de mi dolorida cara.

—No pensaba que lo supieras.

—Bueno, pues no lo sabía —dice resolutivamente, y exhala.

—¿Sabes por qué lo hizo? —preguntó con cuidado.

Ella niega con la cabeza y la luz de la chimenea se refleja en su pelo.

—En fin… Buenas noches —dice, y desaparece de nuevo en su dormitorio antes de que pueda contestarle.

Me quedo mirando su puerta durante unos segundos después de que la cierre. Conozco a Layla desde hace poco, pero sé que esa es toda la información que va a proporcionarme, quizá la única información de la que dispone.

Son las 11:59. Tamborileo los dedos sobre la alfombra, dudo y me pongo de pie de un salto. No pienso quedarme sentada esperando que alguien más me ataque. Voy a buscar respuestas.

Me pongo las botas y me ato la capa sobre los hombros. Es voluminosa, pero también es oscura y me ayudará a camuflarme en la oscuridad. Levanto el pestillo de la puerta lo más suavemente posible y la abro. El pasillo está vacío y todo está en silencio. Salgo, cierro la puerta detrás de mí y avanzo por el pasillo. Me detengo junto a la escalera y echo un vistazo hacia abajo. Está prácticamente a oscuras y no hay signos de movimiento. Aunque me gustaría que mi corazón se callara para poder oír mejor.

Bajo los escalones rápidamente, parándome cada poco para escuchar a los guardias, y camino junto a la pared hacia la entrada del primer piso. Me agarro a la fría piedra y miro al otro lado del pasaje abovedado, inquieta. Hay un guardia delante de la puerta que lleva al patio de las vides. ¿Es que ya han cambiado el turno?

Cuando empiezo a alejarme del pasaje, mis hombros chocan con algo. Abro la boca, pero alguien me la tapa con la mano antes de que pueda hacer algún ruido y me da la vuelta. Durante una milésima de segundo, el pánico más absoluto me recorre el cuerpo, hasta que descubro a Ash mirándome entre la negrura. Está tan cerca que puedo oler el aroma a chimenea de su capa. Se pone el dedo sobre los labios y luego señala hacia el vestíbulo de entrada. Cuando miramos hacia allí el guardia abre la puerta y entra en el mismo patio en el que se supone que habíamos quedado nosotros.

Ash levanta la mano, doblando los dedos uno por uno. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. Camina directo hacia la puerta, en silencio y a

toda velocidad. Dios, pero qué idea más horrenda. No me puedo creer que esté haciendo esto. Ash se detiene en mitad del vestíbulo y me mira expectante. Alguien se aclara la garganta en el piso de arriba.

«Mierda: ¡otro guardia!».

Termino de bajar los escalones y me dirijo hacia la puerta tan rápido que parece que estoy en llamas. Ash levanta con cuidado el pestillo y nos colamos en el patio. La puerta se cierra en el mismo instante en el que el otro guardia baja por las escaleras en las que acabamos de estar.

Ash me coge de los hombros y me detiene antes de que dé un paso más. No veo nada, ni lo más mínimo, y no me atrevo a moverme.

Ash me toma la mano y la levanta. Con los dedos, palpo una tela que tiene un tacto parecido a las cortinas oscuras que cuelgan delante de las ventanas de este sitio. Deben ponerlas en las entradas por las noches para evitar que la luz se deje ver cuando los guardias salen o entran.

Nos quedamos ahí durante unos largos segundos, hasta que finalmente Ash aparta la tela. El tenue brillo de la luna atraviesa las ramas de los árboles y mis tensos hombros se relajan un poco. El aíre es frío, pero el olor a árbol me resulta reconfortante y familiar.

Tengo que acelerar el paso para seguirle el ritmo a Ash mientras él serpentea por las vides que cuelgan desde lo alto. Se detiene delante de un tronco increíblemente grande, al otro lado del patio, y empieza a trepar por una de las vides. Observo cómo sube por una rama a unos seis metros por encima de mí y no puedo más que impresionarme. Le sigo y me ofrece la mano, pero yo niego con la cabeza y me agarro a la rama que tiene al lado. Mira con atención a los árboles que nos rodean, luego vuelve a mirarme a mí, y seguimos trepando más y más arriba.

Ash se para junto a dos ramas que han crecido tan cerca una de la otra que parecen haberse unido en una especie de banco. La rama de abajo es lo suficientemente ancha como para que pueda sentarme de piernas cruzadas, con la espalda apoyada en el tronco. Ash deja las piernas colgando por un lado y las balancea, como si nunca hubiera estado así de cómodo. Si hubiera conocido algún chico en Pembrook que pudiera trepar por los árboles y disparar flechas como él, aparte de esas maneras rebosantes de belleza y elegancia que tiene, le habría propuesto matrimonio en ese mismo instante. ¿Por qué todos los buenos tienen que tener esa aura de asesino de la Edad Media espeluznante y analítica? Es uno de los misterios que puede que el

mundo nunca resuelva.

Entonces empieza a hablar en voz baja.

—La acústica es muy buena aquí. Estamos en medio de los tres patios, no queda cerca ninguna habitación y estamos lo suficientemente lejos del suelo como para que no nos escuchen a menos que levantes la voz. A veces creo sinceramente que este es el único sitio privado de todo el campus.

Sonrío, con el corazón aún latiendo a mil por hora después de trepar.

—Tenías razón. Es divertido.

Mis pulmones se vuelven a llenar de aire y me doy cuenta de lo mucho que necesitaba un poco de aventura en este momento. Él me observa un segundo.

—¿Creciste cerca de un bosque?

Dudo. El brillo de la luna aporta luz suficiente como para que seguramente se dé cuenta de que miento. Y, además, contarle que hay un bosque cerca de mi casa tampoco le diría mucho. Hay un montón de bosques por el mundo.

—Así es. Está justo al lado del jardín trasero.

Ash asiente.

—Layla me dijo que lo único en lo que mostraste interés durante el *tour* fue en estos patios.

Me imaginaba que se lo contaría.

—Sí, pero por haber crecido cerca de un bosque no se aprende a trepar así. ¿Por qué lo has pensado?

Levanta una ceja y ladea la cabeza como si la respuesta fuera obvia.

—Primero, porque si estás en este colegio, se da por hecho que tienes capacidad física. Y porque escuché cómo habías aventajado a Nyx.

Está claro que Layla se lo cuenta todo.

—De acuerdo —digo—. Ya que sabes tanto sobre mí, ¿por qué no me cuentas tú algunas cosas?

Se apoya en la rama con pereza y se vuelve hacia mí.

—¿Qué quieres saber?

Me doy cuenta de que estoy sonriendo y sopeso cómo abordar todas las preguntas que tengo sin revelar lo mucho que desconozco. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que no tener ni idea en la Academia es lo mismo que ser vulnerable.

—Háblame de las familias.

Él parece divertirse y me alivia saber que al menos la pregunta tiene sentido.

—Bueno, eso es un tema muy amplio.

—Entonces cuéntame cómo se formaron las familias hace 2.500 años —digo, acordándome de algunos de los detalles que pesqué en la entrevista con Conner.

Se ríe.

—¿Te has escaqueado hasta aquí en plena noche, arriesgándote a una amonestación, para preguntarme por los orígenes? ¿No crees que deberías usar tu tiempo de una forma más inteligente?

Me encojo de hombros, como si no tuviera importancia.

—Mira, sé que... Tengo un montón de preguntas. Muchas. Pero cuando estaba en el despacho de Conner me hizo sentir como si no supiera la historia igual de bien que el resto de los chicos de aquí. Y quiero poder seguir el ritmo en las clases. Así que sígueme el rollo —digo con el tono de voz persuasivo que utilizo con Emily para que haga cosas que no quiere hacer.

Ash me mira por un segundo y sus ojos parecen preguntarme algo.

—Supongo que un trato es un trato —dice. Luego suspira y se echa hacia atrás con las manos detrás de la cabeza—. Las tres familias originales se crearon en la era en la que el poder y la conquista eran lo más importante. Las familias empezaron como simples consejeros y amigos que contaban con la confianza del rey persa —se toca el pecho—, el emperador romano —me señala a mí—, o el rey griego. Y estos consejeros influían en las decisiones de los gobernantes. Pero la existencia de estos inestimables consejeros acabó por conocerse y los líderes de otras civilizaciones los convirtieron en objetivos. ¿Qué mejor forma de debilitar el emperador que eliminando a su mejor consejero? —Ash sonríe para sí, como si los asesinatos de la Antigüedad fueran algo bueno—. Y así, los dirigentes de los imperios griego, romano y aqueménida persa empezaron a esconder a estos hombres y mujeres. Y, al poco tiempo, el secretismo del que se valían estos consejeros pasó a ser su mejor baza.

Ash hace una pausa y me mira.

—Sigue —le digo, sin estar segura de cómo encajar que, si lo que dice Ash es cierto, entonces los alumnos de este colegio podrían localizar sus linajes hasta la época de la antigua Grecia.

—Durante los siguientes siglos, estos consejeros secretos aumentaron en número y perfeccionaron sus habilidades. Ya no solo aconsejaban, también recogían información, envenenaban a los

adversarios de los dirigentes y los ayudaban a infiltrarse en otros imperios. Como muestra de gratitud, se les concedieron propiedades, riquezas y sus propios emblemas, con animales en el centro, por supuesto. Lo único que no poseían los consejeros eran títulos, pero a puerta cerrada se les denominaba comúnmente la familia de los dirigentes.

«Familias con emblemas animales. Si tengo que sacar algo de esta conversación, al menos podré empezar a entender de dónde vienen los Chacales».

—Con el tiempo, las familias dejaron de ser tan dependientes de los antiguos líderes y empezaron a servir a sus propios intereses —continúa Ash—. Construyeron sus casas en sitios secretos, crearon su propio consejo de gobierno e incluso trabajaron codo con codo con familias de otros imperios para modificar la historia a su voluntad —conforme Ash habla, no puedo evitar notar el entusiasmo en su tono de voz, como si llevara contando historias toda su vida.

Me doy cuenta de que estoy inclinada sobre él y me pongo derecha.

—¿Entonces es que ya no dependían tanto de los líderes o que decidieron que eran estratégicamente superiores a ellos? —pregunto.

Ash sonríe.

—Bueno, puede que un poco de ambas cosas. Es posible que los dirigentes pensaran que estaban al mando en ese momento, pero seamos realistas. *Vincit qui se vincit.*

—*La Bella y la Bestia* —digo.

—¿Cómo? —pregunta Ash quitándose las manos de detrás de la cabeza.

—*Vincit qui se vincit* significa «conquista el que se gana a sí mismo». Es lo que aparece grabado en la vidriera del castillo de la Bestia —respondo.

—¿En serio? —pregunta—. ¿Me estás citando un cuento de hadas?

—Una película de dibujos —le corrijo, y me mira desconcertado, como si fuera de otro planeta—. Pero no quería interrumpir —digo rápidamente—. Termina la historia, por favor.

Ash se yergue un poco y noto que intenta descifrar algo sobre mí. Se queda callado un par de segundos y luego se aclara la garganta.

—Bueno, como sabes, las antiguas civilizaciones acabaron siendo demasiado grandes y con políticas muy complejas. Todas sucumbieron. Pero, para entonces, Estrategia había evolucionado y, cuando las grandes civilizaciones cayeron, Estrategia vio la

oportunidad de independizarse para siempre. Con el tiempo, Europa se dividió en pequeños reinos y los estrategia griegos, persas y romanos se separaron: Bretaña pasó a ser de los Leones, lo que hoy sería Reino Unido; los francos se convirtieron en el Ciervo en Francia y en Alemania, y los españoles se volvieron los Zorros en España y Portugal. Por supuesto, en la actualidad hay miembros de esas familias en todos los países del mundo. Volvemos a ser tan globales como éramos —sonríe.

Me concentro tanto en lo que me está contando que estoy segura de que mi rostro está tenso. Entonces había tres familias originales que luego formaron tres familias nuevas, pero no ha mencionado el emblema animal de Aarya.

—¿Y los Chacales? —suelto.

Me levanta una ceja.

—Pensabas que iba a olvidarme de ese detalle, ¿no? —Su mirada se torna traviesa—. Nadie está seguro de cuándo o dónde se formaron los Chacales. Son los rebeldes de Estrategia. No se originaron en un solo territorio, sino que se piensa que llegaron de todas partes y formaron su propia coalición sin tener en cuenta el linaje. Y, al igual que el animal que eligieron para su emblema, prefieren vivir en pequeños grupos. Se enorgullecen de la falta de organización que el resto de familias alaba. Aunque, claro, a los estrategia les costó siglos crear sus propias Naciones Unidas, por así decirlo, conocido como el Consejo de Familias, que establece un sistema central. Alrededor del año 500 d.C. fue la primera vez que miembros de todas las familias se reunieron. El consejo no tardó mucho en coincidir que la enseñanza del conocimiento adquirido durante cientos de años no podía hacerse de la forma habitual. Y eso nos lleva a la gloriosa academia en la que te has metido —dice, y abre los brazos, abarcando el patio.

Me muerdo el interior de la mejilla, fascinada. Entonces con lo de «asesinos» y «espías» no estaba equivocada, aunque no acerté del todo. Sea lo que sean estas familias son verdaderamente complejas: es simple y llanamente una antigua sociedad secreta que tira con discreción de los hilos que mueven los sucesos en todo el mundo. Pero la parte que no entiendo es por qué mi familia me ha metido aquí con todos estos chicos de la sociedad secreta. Yo soy de Pembrook, Connecticut. Voy con una camioneta vieja que tiene una pegatina desgastada donde se lee: «Estoy acelerando porque me estoy cagando». Y lo más misterioso de mi persona es si voy a llevarme el almuerzo al instituto o si voy a ir a la pizzería, leñe.

—¿Y bien? —pregunta Ash, y me doy cuenta de que estoy frunciéndole el ceño a las ramas en la oscuridad.

—Bien… Gracias. Es una ayuda. Es solo que… Estúpido Conner, ha hecho que dude de mí misma —respondo, y me obligo a relajar el rostro.

Presiono el pulgar contra la palma de mi mano.

—¿Algo más que quieras preguntar? —dice Ash mientras me observa las manos.

Dejo de hacer lo que estoy haciendo y me froto las manos como si nada.

—Dime lo que crees que debo hacer para que no vuelvan a pegarme.

Su expresión se vuelve seria y asiente, como si por fin estuviera preguntando lo correcto.

—Es que esa es la cuestión. Layla y yo no estamos seguros de por qué ha pasado. Los italianos siempre hacéis piña entre vosotros. Tengo que decir que a veces os ponéis dramáticos, pero últimamente todos os preocupáis por los demás. Lo único que puedo pensar es que era algo personal e importante.

—¡Pero nunca he cruzado una palabra con él! —exclamo frustrada.

Otra vez con las reglas no escritas de este sitio. ¿Cómo va a tener Matteo algo personal contra mí si no lo conozco de nada?

—Ya, pero eso no importa demasiado. Todos los miembros de una familia están enlazados tanto si lo quieren como si no —dice Ash—. Sobre todo, los Osos.

Cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que habla en serio. He pillado que los romanos son los Osos, pero no sé por qué da por hecho que yo soy parte de esa familia. O sea, los osos eran los preferidos en el juego de peluches que jugábamos juntas, pero eso no es una prueba muy sostenible de que tengan algo que ver conmigo. ¿No? Mi corazón empieza a acelerarse.

Como no respondo, Ash empieza a hablar de nuevo.

—Lo único que sé es que Matteo irradiaba frustración. Tenía los puños engarrotados mientras Blackwood le hablaba. —Ash hace una pausa y mira hacia los árboles por un momento—. Aunque lo más interesante es que creo que te respeta.

Tomo aire e intento calmarme.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque levantó la barbilla —responde Ash—. Es una señal típica de deferencia hacia un adversario en batalla.

Escojo mis próximas palabras con sumo cuidado. Si Ash piensa que estoy nerviosa, puede que empiece a preguntarme cosas a mí y no al revés.

—Entonces, aparte de Matteo, ¿hay alguna otra familia que tenga que evitar?

Ash levanta una ceja, como si hubiera preguntado algo raro.

—Tienes que elegir tus aliados por ti misma. Pero como te ha dicho Layla, normalmente no es sabio confiar en un Chacal, sobre todo si vienes de una familia influyente como los Osos. No hay muchos Chacales aquí, pero siempre se hacen notar. Y sus aliados son impredecibles.

Mido mi tono de voz para esconder el torrente de preocupaciones. Lo único peor de sentirme como si el mundo estuviera patas arriba y ser un miembro potencial de una sociedad secreta letal de la que no tengo ni idea es que estos chicos que han sido entrenados para ser asesinos conozcan mi grado de ignorancia.

—¿Qué me dices de Felix?

—Ah, León. Su familia más cercana era bastante poderosa por lo que he oído, pero han perdido prestigio en los últimos años. Por eso tiene esa alianza con Aarya y esa chica de los Zorros.

—¿Inés?

Ash se estira y posa los brazos por encima de su cabeza.

—Exacto. Lo de esos tres no es lo usual. Nadie tiene muy claro cuál es el objetivo a largo plazo de su alianza. Pero, si me preguntas a mí, Felix lleva enamorado de Aarya desde hace años, aunque eso nunca va a llegar a nada. E Inés usa a Aarya como portavoz para no tener que lidiar con los demás.

—Tiene sentido —digo, aunque lo que menos hay en esta conversación es sentido. Necesito tiempo para recordar el juego que hacía con mi madre, averiguar qué más sé de lo que no me he dado cuenta. Recuerdo las descripciones de cada familia a la perfección, pero no la complejidad de sus relaciones.

—¿Y tu familia? —pregunto.

Me echa un vistazo rápido, como si estuviera preguntando algo obvio.

—Sabes que soy un Lobo. Pero, mira, creo que podemos simplificar el tema. En lugar de repasar los cien alumnos uno por uno, ¿por qué no me dices de qué parte estás? —pregunta como si nada, pero tengo el presentimiento de que es algo importante.

—¿De qué parte?

—¿A favor, en contra o neutral? —pregunta enfatizando cada palabra de una forma que estoy segura de que me está preguntando algo importante, algo que debería saber.

—Vas a tener que explicarte mejor —le digo con cautela, consciente de que observa todos mis movimientos.

Aunque no sé por qué me sorprendo de que Ash tuviera segundas intenciones al invitarme aquí. Todo él grita estrategia y lo peor es que lo supe desde el primer momento en el que lo vi. Soy una idiota por pensar otra cosa.

—¿Me estás queriendo decir que no estás involucrada en la política entre familias? —pregunta apoltronado, aunque con los ojos fijos.

—Pues sí. O sea, que yo sepa —digo lo más neutral posible y me pregunto si me voy a arrepentir de la respuesta, aunque no veo una alternativa más segura.

Habla con voz calmada y firme.

—Eso no tiene sentido. Has llegado tarde, a mitad de trimestre. Aarya ha ido en tu busca. Brenda te ha retado. Matteo te ha pegado.

—¿Lo ves? Estás exactamente igual que yo —contesta.

Se queda en silencio un momento, estudiándome.

—O de repente te has convertido en una mentirosa ejemplar o me estás diciendo la verdad. No sé cuál de las dos es más inverosímil.

Para él tiene que ser mejor pensar que no sé nada sobre las políticas entre familias que pillarme mintiendo sobre de qué parte estoy, a pesar de que no sé de qué partes está hablando. Relajo el tono.

—Cree lo que quieras.

Él niega con la cabeza.

—Aquí pasa algo más. Algo que no quieres que sepa. Y no creas que no me he dado cuenta de que hay algo en la historia de los orígenes que no te cuadra.

Examina cada detalle, tomándose su tiempo para leerme, lo que hace que desee esconderme en algún sitio.

—¿Cuáles son los atributos de la familia de los Osos? —pregunta de repente.

Intento relajar los hombros.

—¿Cuáles son los de los Lobos? —le devuelvo la pregunta.

—Intuitivos. Leales. Diligentes —responde sin detenerse, unas palabras que identifico al instante y que recuerdo que eran las mismas que usábamos en el juego al que jugaba con mi madre.

Sonrío para que el ambiente no se vuelva demasiado tenso.

—¿Leales a quién?

—Ah, la eterna pregunta —pone una mirada traviesa, como si yo me hubiera convertido en su juego preferido—. Ahora... ¿Cuáles son los atributos de la familia de los Osos?

Mantengo el contacto visual con él, aunque el corazón me lata con fuerza.

—Ingeniosos. Protectores. Valientes.

—Mm —murmura.

Por cómo me mira, parece que ha encontrado algo sobre mí que le resulta sospechoso, pero a raíz de cómo se ha desarrollado la conversación, también asume que sé más de lo que realmente sé, por lo que le costará más adivinar la verdad.

—Te diré la verdad —digo tan despreocupadamente como puedo —. Lo de la historia de los orígenes solo era una prueba para ver cómo se te daba la historia. Lo cierto es que he llegado tarde y me he perdido dos años y medio de clases de historia. Solo quería asegurarme de que puedo seguir las clases.

En este caso, menos es más.

Ash cambia de postura en la rama.

—Entonces la cosa se acaba de poner interesante. ¿Me estás pidiendo que te dé clases particulares de historia de las familias?

—Tienes buena capacidad de análisis y sabes narrar historias — digo con sinceridad.

Él sonríe.

—El peloteo te abrirá muchas puertas. Pero ¿qué me ofreces a cambio?

Algo en su expresión se relaja y un poco de amabilidad se cuela entre su habitual intensidad.

Yo dudo, no solo porque no tengo claro qué contestar, sino porque me resulta difícil no devolverle la sonrisa.

—¿Qué es lo que quieres?

—Información —responde—. ¿Acaso hay algo más?

Mierda. No tengo ni idea de qué podría decirle que tenga valor. Y si supiera algo que valiera la pena, ¿sería seguro contárselo?

—Como, por ejemplo, cómo entraste en este colegio tan tarde — dice Ash, y ladea la cabeza expectante.

Me quedo quieta con la esperanza de que crea que mi expresión es por indecisión en lugar de ignorancia. Sonríe.

—Mira, eres la compañera de habitación de mi hermana. No ha sido una coincidencia, porque nada en este colegio es fortuito. Es

probable que tengamos algo en común.

No me extraña que todo el mundo me aconsejara que me quedara callada. De pronto, Inés me parece la persona más inteligente de todo el colegio.

Tras unos segundos de silencio, empieza a hablar de nuevo con entusiasmo.

—Seguramente te preguntes dónde está situada la academia, ¿no? —Vuelve a cambiar de posición para mirarme directamente—. Todos los que estamos aquí nos preguntamos lo mismo. Da igual cuánto nos hayan entrenado para no mencionar este lugar. La curiosidad es un instinto típico de los humanos, sobre todo de los estrategia. El Consejo de Familias lo sabe y, después de algún que otro fracaso en el que el secreto salió a la luz, se decidieron por este lugar. Además, inventaron un complejo sistema de camuflaje que ha mantenido a la academia escondida durante más de doscientos años. ¿Te lo puedes creer? —Ash niega con la cabeza—. A ver, las suposiciones más comunes apuntan a Inglaterra, si solo tenemos en cuenta las estaciones y el follaje. Pero, si prestas un poco más de atención, las estaciones y el follaje cuadran con tantos sitios que es una locura. Es bastante probable que el colegio se construyera así para que diera la impresión de estar en Inglaterra porque no está ahí. Todos hablamos inglés, pero no siempre fue así. Te das cuenta de que los alumnos dejan de preguntar esas cosas cuando terminan el primer curso, porque es un callejón sin salida. Si algunas de las mentes más capaces de los últimos siglos no han averiguado dónde estamos, tú tampoco lo harás. Además, tampoco ganarías nada sabiendo dónde estás. Solo te pondrías a ti misma y a los demás en peligro.

Hace una pausa para asegurarse de que cuenta con mi atención, que la tiene sin duda alguna.

—La capacidad analítica y la ambición que nos hace preguntarnos por la situación del colegio también nos hace ver la historia de otra forma. En las clases de historia no solo aprendemos fechas y sucesos. Nos enseñan las victorias más alabadas de nuestras familias y nuestras derrotas más catastróficas. Y no de la forma en que aprendemos los orígenes de las familias cuando somos niños. Desmenuzamos las lecciones para centrarnos en estrategias concretas y en los detalles de las acciones y, cuanto más lo estudias, más patrones ves. Al principio no les prestas mucha atención, pero entonces, de repente —Ash chasquea los dedos—, te das cuenta. Empiezas a ver la naturaleza cíclica de los sucesos históricos, la causa y el efecto, de una forma que

jamás la habías analizado, porque nunca has dejado de pensar que un miembro de tu familia no solo era responsable de esos sucesos, sino que los había ideado estratégicamente.

Ash gesticula con las manos y su expresión es más alegre que nunca.

—Por ejemplo, piensa en el papa Gregorio IX. Una vez que decidió que los gatos estaban relacionados con la adoración al demonio, los mandó sacrificar en tropel por toda Europa, ¿verdad?

Asiento, recordando vagamente la clase de historia internacional.

—Pero, al eliminar el depredador natural de las ratas, la Europa del medievo convivió con una sobrepoblación de ratas que acabó resultando en nada más y nada menos que en la peste bubónica que mató a veinte millones de personas. —Ash niega con la cabeza, como si fuera increíble—. Ahora vemos esta equivocación como algo obvio si miramos atrás. Pero lo especial de estudiar historia aquí es que te das cuenta de que nuestras familias lo vieron obvio en aquella época e intentaron detenerlo. Si te fijas, la historia no es una línea, es una red de sucesos relacionados entre sí, como fichas de dominó cayendo sobre la siguiente. Aprendemos a predecir en lugar de a reaccionar. Es el pilar de todo lo que hacemos en este colegio. Si puedes predecir lo que otra persona va a hacer, no solo en un momento en concreto, sino adelantándote cinco pasos, entonces serás eficaz.

Su entusiasmo es contagioso y me descubro asintiendo. ¿Cómo podían ser unos gemelos tan completamente diferentes? A él le gusta hablar. A Layla no. Ella sigue las reglas al pie de la letra. Ash parece que busca romperlas cada vez que puede.

—En cuanto a mi parte del trato, te contaré los sucesos más importantes para que te sea más fácil no acabar poniéndote en ridículo —dice con una sonrisa.

—Me lo pensaré —digo, aunque sé que seguramente no conseguiré una oferta mejor.

Simplemente no tengo ni idea de qué puedo darle a cambio o cómo encajar todo lo que he escuchado esta noche con lo que sé sobre mi propia familia, que está claro que no son quienes yo pensaba.

—Oye, mira, podría ser peor. Podrían haberte emparejado con otra compañera y no habrías tenido la suerte de hablar conmigo —dice con una sonrisa.

De nuevo, me resulta más que imposible no devolverle la sonrisa.

—No me digas.

Se inclina hacia mí.

—¿Quién más de este colegio te habría contado secretos?

—¿Y quién más me habría animado a saltarme todas las reglas? —respondo con el mismo tono de broma.

—Hablando del tema, tenemos que irnos —dice Ash deslizándose de la rama hasta una más pequeña de abajo.

—No se te da mal —le digo bajando hasta donde está él—. A mí se me da mejor, pero tú no lo haces nada mal.

Ash asiente con aprobación.

—Haz eso. Haz justamente eso y lograrás sobrevivir aquí.

Luego, agarra la rama que tiene delante y se balancea hasta una más baja. Imito sus movimientos, pero solo uso una mano en lugar de dos. Él se ríe y yo también.

—¿Una carrera al suelo? —dice, y antes de que termine la frase, ya estoy en movimiento.

En un momento estamos en las vides y he llegado medio segundo antes que él. Lo miro regodeándome, ya que hablar tan cerca del suelo está descartado.

Coge la vid a la que estoy agarrada y la atrae hacia él. Uso la mano para evitar que nos choquemos y acabo con la palma sobre su pecho, que no puedo evitar notar que está musculado. Siento cómo late su corazón bajo la camisa blanca.

Me susurra al oído, con su cálida respiración sobre mi piel fría, que hace que se me erice el vello de la nuca.

—Los guardias están a punto de volver a hacer la ronda. Y antes de que lo hagan, estaremos cada uno al lado de la puerta, escondidos detrás de la cortina. Luego, cuando el guardia aparte la cortina para salir, nos colamos a sus espaldas, siguiendo la pared y cruzando la puerta. Mientras que no hagas ruido o empujes la tela, no nos descubrirán.

Todos mis pensamientos sobre lo cerca que estábamos, su respiración y su pecho bajo mis dedos desaparecen y dejo caer la mano.

—Qué plan más terrible —le susurro como respuesta—. ¿Por qué no esperamos que el guardia salga del patio y entonces nos colamos detrás de la cortina?

—Si hacemos eso, no tendremos tiempo suficiente hasta que el próximo guardia aparezca en el puesto de la puerta.

—Creía que me habías dicho que el número de guardias es menor a medianoche.

—Nunca disminuye el número de guardias —susurra—. Solo pasa

cuando rotan. Los puestos son menos porque se están moviendo, no porque no estén de servicio.

Me retiro y lo miro para que vea que pienso que es un gilipollas por engañarme. Me guiña un ojo y se desliza hacia el suelo en silencio, mano tras mano. Baja por la vid y salta los últimos centímetros sobre el césped. Hago lo mismo y le sigo a regañadientes hasta la pesada tela que cubre la puerta del patio.

Él se queda a un lado y yo al otro. Imito sus movimientos y me escondo detrás de la cortina, apoyando la espalda recta contra la pared de piedra irregular e intentando mantenerme tan lejos de la puerta abovedada como me es posible.

Pasa un minuto y mi respiración se calma, pero el estómago no para de dar vuelcos. Entonces me llega el sonido del pestillo al abrirse y, de inmediato, todo el vello de mi cuerpo se pone en alerta. La puerta suena al cerrarse y la tela se mueve. Me escabullo hacia la puerta y mantengo la respiración en la oscuridad, temerosa de que un simple pestañeo haga que el guardia me oiga y me ensarte con una espada. No es que los haya visto con espadas, pero por si acaso.

Pasan cinco horribles segundos hasta que Ash abre la puerta. Casi me tropiezo conmigo misma por tal de entrar. En el momento en que la puerta se cierra, empiezo a correr hacia las escaleras, pero Ash me detiene. Me recoge el pelo y coloca las manos alrededor de su boca y mi oreja.

—Te van a pillar si vas por ahí. Ve por el pasillo de la derecha hasta el final y luego sube por las escaleras que hay allí. Mantente contra la pared de la izquierda.

Me pone la capucha sobre la cabeza y me suelta.

Me pongo en marcha sin detenerme y mis botas resuenan con un amortiguado eco contra la piedra. El pasillo que me ha dicho Ash está prácticamente a oscuras y es difícil ver algo. Por mucho que me gustaría seguir corriendo, tengo que detenerme un poco para que no se escuchen mis pasos. Mi padre siempre decía que, si corres haciendo ruido, te pierdes todo lo que pasa a tu alrededor. Me pego contra la pared izquierda como me ha dicho Ash. Y, aunque hace frío, tengo las manos sudando del subidón de adrenalina.

A mitad del largo pasillo, las sombras que tengo delante parecen más oscuras, diferentes. Me detengo y echo un vistazo por encima del hombro. No hay nadie y todo está en silencio. Examino las sombras de delante e intento darle forma a la parte más oscura. No parece que se esté moviendo ni da la sensación de que esté vivo, pero tampoco

debería haber nada en el suelo de este pasillo. Layla me ha llevado por aquí esta mañana y estaba completamente vacío: sin muebles, sin alfombras, sin tapices. Me inclino hacia delante dando pasos en completo silencio.

En los últimos centímetros aguanto la respiración. Vacilante, empujo la larga sombra con el pie y se mueve un poco, pero no hace ningún ruido. Me acerco y fuerzo la vista en la oscuridad. Entonces es cuando me doy cuenta de lo que estoy viendo. «Pies». Mi bota ha tocado el pie de alguien. «Oh, no. No». Me froto los ojos. «No puede ser».

Me inclino hacia el cuerpo, con el pulso latiendo furiosamente en las sienes. Por lo que deduzco de su ropa, parece un chico tendido sobre su espalda. Y hay algo... «Ay, Dios —pienso—. Es un cuchillo. Tiene un cuchillo clavado en el pecho». Mientras sigo mirando, me doy cuenta de que tiene todo el pecho de color oscuro, pero las camisas del uniforme de los alumnos son blancas... «Sangre», respiro casi sin emitir ruido. Tengo la garganta completamente seca.

Me arrodillo junto a él, con las rodillas a punto de ceder, y me obligo a acercar la mano a su cuello. La mano me tiembla cuando lo encuentro. Piel fría, sin pulso. El pelo largo pegado a las mejillas. «Pelo largo... Ay, Dios, es el amigo de Matteo con el que estaba en el comedor». Miro a mi alrededor en busca de una respuesta, de ayuda. No hay nada ni nadie. Muerto. Está muerto. Mi mente repite la sentencia una y otra vez y se me nubla la visión. Durante un momento creo que me voy a desmayar.

Abro la boca para pedir ayuda, pero me detengo antes de que ningún sonido salga de mis labios. No hay nadie a quien llamar. Si voy en busca de un guardia, tengo todas las posibilidades de que pensarán que lo hice yo. Sin mencionar el castigo de ojo por ojo de este sitio. Miro de nuevo a mi alrededor desesperada, como si fuera a aparecer una respuesta entre las sombras.

Niego con la cabeza, intentando recomponerme. No puedo quedarme aquí. Que me pillen junto al cadáver es mil veces peor que llamar a un guardia. Sin mencionar que podría dar conmigo el asesino. No tengo garantías de que quienquiera que haya hecho esto no esté en los alrededores.

De repente, tengo la inquietante sensación de que algo peligroso me acecha, la misma sensación que hacía que saliera corriendo del sótano cuando era pequeña. Me levanto, con ganas de vomitar al pensar que lo voy a dejar en la oscuridad, empapado en su propia

sangre, pero igualmente aterrorizada por quedarme. «¿A quién podría...?».

«Layla». Layla sabrá qué hacer.

Corro apoyada en la pared. El miedo me hace ir más rápido de lo que sería prudente, y llego hasta las escaleras. Todo a mi alrededor se perfila al mínimo detalle: el tercer escalón desgastado, la piedra extrañamente irregular del techo, el silencio. Voy subiendo los escalones de forma sistemática, prestando atención a cualquier ruido y examinando cada sombra.

Echo un vistazo en la esquina de la entrada al tercer piso y veo que el pasillo está vacío. Por desgracia, no podría estar más lejos de mi habitación. Y ahora que estoy tan cerca, tengo que intentarlo. Correr. Tengo que correr. Cierro los ojos un segundo, tomo aire y echo a correr por el pasillo. Termino frente a mi puerta y la abro a ciegas. Me meto dentro, con el corazón retumbando en mi pecho y, justo cuando estoy cerrando la puerta, vislumbro al guardia con la cicatriz en forma de equis subiendo por las otras escaleras. Mantiene contacto visual conmigo mientras la puerta se cierra por completo. «¡Mierda!».

Apoyo la espalda contra la pared, respiro rápido y pesadamente y me quedo mirando la puerta de Layla. Abro la boca para llamarla, pero no encuentro las palabras para describir lo que acaba de pasar. Quiero gritarme a mí misma por no haberle dicho que iba a quedar con Ash desde el principio. Y ahora que hay un cadáver, ¿qué pasaría si Ash niega que nos hemos visto? Está claro que le creería antes a él que a mí. Espera. Fue Ash el que me dijo que fuera por ese pasillo. Fue el que me dijo que me mantuviera a la izquierda.

¿Puede que Ash me haya tendido una trampa al mandarme por el camino más largo intencionadamente? El guardia me habría pillado de lleno si no hubiera corrido los últimos metros. Ash se conoce sus turnos al dedillo.

Me tiro al suelo y pongo la cabeza entre las manos. Estoy bien jodida.

NUEVE

Se oye el crujir de la madera y levanto la cabeza de entre mis rodillas. Layla sale de su habitación, sin parpadear ni adormilada como uno esperaría, sino despejada y concentrada.

Se fija en cómo estoy agachada y en la tensión de mi rostro.

—Has salido —dice con tono acusador.

—Sí —digo con voz insegura y demasiado rápido.

Layla me observa y juraría que casi puedo oírla pensando: «Has salido y te advertí de que no lo hicieras».

—Quedé con Ash en el patio de las vides.

Abre mucho los ojos y frunce los labios por un momento antes de decir:

—Te han pillado.

Me paso las manos por la cara y me presiono las sienes.

—No. Bueno, un poco. Con Ash no. —Me levanto tan rápido que veo lucecitas. Miro a Layla durante un largo segundo y me fuerzo a concentrarme—. Fuimos a esas ramas que conforman un banco en el dosel y estuvimos hablando del colegio, nada especial. Luego, de camino a la habitación, me dijo que rodeara por el camino más largo para evitar a los guardias. Y yo… —Se me rompe la voz.

Layla mira a la puerta y de nuevo a mí.

—November —hay un toque de ansiedad en su tono de voz.

—Algo chocó con mi bota en las sombras. Un cuerpo. Mi bota dio con un cuerpo. —Me cubro la boca con la mano—. Creo que era el amigo de Matteo, el del pelo largo. —Se me traban las palabras.

Durante un segundo, Layla se queda completamente quieta. Me acerco a ella hablando de forma atropellada.

—Estaba muerto, Layla. Frío. No sabía qué hacer. No quería dejarlo allí. Pero me entró el pánico y corrí hacia nuestra habitación.

Creo que uno de los guardias me ha visto mientras cerraba la puerta.

—¿Cómo murió? —Su tono de voz es un susurro leve.

—Un cuchillo en el pecho. Y sangre. Había muchísima…

—Calla. —Cierra los ojos y respira hondo.

Y lo hago.

—Ya sabes nuestras reglas —dice con voz firme.

Asiento, frotándome las manos hasta que duelen.

—Si un guardia te ha visto, te van a interrogar. Y luego me van a interrogar a mí. Tenemos que volver a los dormitorios. Ya.

—Por Dios, lo acabo de dejar en el suelo, Layla.

Miro hacia la puerta que da al pasillo.

—Vete a dormir, November —dice con dureza—. Si nos encuentran charlando sobre un cadáver, te aseguro que nos meterán en las mazmorras.

—¿Mazmorras? —Mi tono de voz se eleva bruscamente y lo bajo de inmediato—. ¿No deberíamos al menos…?

—No podemos hacer absolutamente nada ahora mismo que no complique aún más la situación —me espeta. Sus ojos se vuelven fieros y sus dedos ágiles se aprietan como puños—. Tú saliste de la habitación, tú te has arriesgado y ahora me has arrastrado al desastre contigo.

Doy un paso atrás. Su explosión de emociones me espabila.

—Ash…

—Ash nada. No quiero ni oír ese nombre ahora mismo. Y tampoco necesito tus lloriqueos. ¡Ni siquiera conocías a Stefano!

Se da la vuelta y desaparece en su dormitorio antes de que pueda reaccionar.

Me quedo mirando donde estaba hasta hacía poco, el corazón me late con fuerza, tengo los pulgares agarrotados y las palmas sudorosas. La imagen del pecho lleno de sangre de Stefano cruza mi mente. El pelo pegado a la cara, la piel sin vida. El estómago me da un vuelco y corro hacia el baño.

DIEZ

Abro los ojos cuando oigo el crujido de la puerta de mi dormitorio al abrirse. Me incorporo tan rápido que Pippa se sobresalta al entrar en la habitación. Tiene el pelo recogido bajo su cofia y lleva ropa planchada en perchas.

—Buenos días —dice alegremente.

—Hola —respondo con la voz tan rasposa de llorar que hace que una palabra tan simple parezca errónea y extraña.

Estoy sudando a pesar de que hace frío y no estoy segura de haber dormido más de unos minutos trastocados seguidos.

Layla entra en mi habitación y, cuando me ve, se ríe.

—¿Otra vez con problemas para dormir? Pero qué mala cara tienes. No te preocupes, ya mismo te acostumbrarás a la cama.

Parpadeo mirándola. ¿Quién es esta criatura amistosa en el cuerpo de Layla?

—Deja la ropa donde quieras, Pippa —dice Layla con el mensaje de «y luego te vas» subyacente.

Pippa deja la ropa limpia sobre el baúl y me mira como si fuera un puzle que tuviera que resolver. Apenas tiene en cuenta a Layla.

—El desayuno está servido en la sala. Dicen que están limpiando el comedor. Pero si quieres mi opinión…

—Estupendo. Gracias —dice Layla sin dejarla continuar.

La cara de Pippa muestra decepción cuando Layla no le sigue la corriente. Normalmente le diría «gracias» mil veces y le diría lo mucho que aprecio todo lo que hace, pero no tengo entusiasmo que ofrecer esta mañana. Lo único en lo que puedo pensar es en el cuello frío de Stefano bajo mis dedos y su pecho cubierto de sangre. Pippa hace una leve reverencia y se marcha.

En el momento en el que la puerta de la habitación se cierra, la

expresión amistosa se borra del rostro de Layla.

—También podrías ir por ahí con un cartel de «culpable» en la espalda si vas a estar así de sensible. ¿Crees que no van a interrogar a las doncellas por nuestros comportamientos?

La indignación cruza por sus ojos y sale de mi dormitorio.

Tiro las mantas y la sigo hasta la mesa junto a la ventana de la sala común, que está dispuesta con servilletas de tela y una vajilla con pinta de ser frágil.

—No esperaba que...

—Me da igual lo que esperaras —dice, se sienta y se coloca una servilleta en el regazo—. Ya tenemos colgada la diana en la espalda.

Me siento yo también, intentando conciliar la horrible realidad de que encontré un cadáver anoche con las expectativas de Layla para que actúe como si no hubiera pasado nada.

—Si tenemos que actuar con normalidad, ¿por qué has dicho que tenía mala cara delante de Pippa?

Layla levanta la vista de sus huevos con queso y frunce el ceño.

—Porque al decirlo en voz alta, lo he normalizado al instante. He conseguido que interprete tu comportamiento como nada más que una mala noche en un colchón lleno de bultos. Y al sonreír le he dado la impresión de que te apruebo. Pippa sabe que soy exigente y que no te aceptaría si no fueras de confianza. —Hace una pausa y me mira a los ojos—. En serio, ¿qué te pasa? Esto es de primero de engaño. —Ha sustituido la tristeza y la rabia de anoche por su comportamiento frío de siempre.

Le echo un vistazo a las patatas que tengo en el plato e intento invocar a mi apetito. No tengo ni idea de cómo procesar lo que ha sucedido en los últimos días. Decir que estoy asustada no es más que la punta del iceberg.

Durante toda la noche no he dejado de pensar en el momento en el que Ash me dijo que fuera por ese pasillo. Y no puedo ignorar el hecho de que Stefano tenía un cuchillo clavado en el pecho cuando Aarya y Ash habían estado hablando durante el almuerzo de un cuchillo que faltaba. Ella incluso lo acusó de haberlo robado. No me extrañaría nada que Aarya mintiera sobre el cuchillo por esta misma razón.

—Están limpiando el comedor... —empiezo a decir.

—No quieren darnos la oportunidad de que hablemos en grupo. Seguramente están intentando descubrir quién busca a quién —dice Layla, y pincha una patata asada.

El estómago me da un vuelco.

—¿Por eso no nos interrogaron anoche después de que el guardia me viera?

—No lo sé —responde, y puedo percibir el estrés en su expresión—. Están usando una táctica, pero todavía no sé cuál.

Planto el tenedor. Ojalá pudiera borrar todo el suceso de mi mente.

—Vale, dime. ¿Qué hago si me interrogan? No he ido a clases de engaño durante años como tú. No sé lo que tú sabes.

Layla establece contacto visual conmigo y se detiene.

—Exacto.

—¿Qué?

—Haz lo de «no sé qué está pasando aquí». Te ha salido bien hasta ahora. Al menos será coherente. —No me dice nada más.

Si no puedo mentir a Layla ni a Ash, entonces tampoco podré mentirle a Blackwood o a quien quiera que haga el interrogatorio. Me pillarían al momento. Pero no puedo decirles que me he encontrado un cadáver.

—¿Digo algo de lo que vi?

—Si estás de broma, no tiene gracia —contesta con un tono de voz enfadado.

No tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir al día de hoy o al posible interrogatorio sin parecer culpable. Quiero llorar cada vez que pienso en Stefano tirado en la oscuridad. Alejo el plato. Layla me observa.

—Te aconsejo que comas. Vas a necesitar energía para lo que se te viene encima.

Camino detrás de Layla siguiendo la fila de alumnos callados bajo sus capas negras que van uno detrás de otro bajo la puerta hacia el patio de las vides, donde tuvo lugar la clase de arquería. No puedo evitar pensar que parece que vamos a un funeral.

—Profesora Messer —me susurra Layla como advertencia.

De inmediato, traduzco *messer* del alemán, que significa «cuchillo», lo que hace que se cruce por mi mente la imagen del pecho ensangrentado de Stefano. Cierro los ojos con fuerza y, cuando los abro, la profesora me está mirando.

La profesora Messer es una mujer bajita y musculosa con las manos llenas de pequeñas cicatrices.

—Me han dicho que tienes habilidad con los cuchillos y que serías

capaz de seguirnos el ritmo —dice Messer y me observa con detenimiento. Tiene acento alemán—. No tengo intención de desperdiciar parte de mi clase en recordar cosas que ya han aprendido hasta los alumnos principiantes.

Todo el mundo me mira y, por el desdén de sus rostros, entiendo que no seguir el ritmo aquí es algo humillante.

—Lo haré —digo, pero mi voz suena débil.

Layla me mira con desaprobación.

Dejo caer un cuchillo pequeño hacia mi pie e intento que vuelva arriba pegándole una patada, pero se desvía y se aleja de mí antes de que pueda cogerlo. Mi padre me mira desde el porche y se ríe.

—¿Qué leches estás haciendo?

Sujeto el cuchillo en el aire sobre mi pie.

—Hoy he aprendido una cosa en fútbol y pensaba que quizá podía hacerlo con el cuchillo.

Mi padre niega con la cabeza y sonríe.

—Bueno, nadie puede acusarte de no tener imaginación.

Consigo pegarle una patada al cuchillo y lanzarlo arriba, pero acaba demasiado lejos como para poder cogerlo.

—A la porra con la imaginación —digo—. Esto va a ser muy guay.

Cuelgo mi capa junto a la de Layla en la pared cubierta de vides. Se inclina.

—A menos que quieras explicar por qué no informaste de un cadáver anoche y acabar en las mazmorras, tienes que dejar de mostrar tus emociones. —Su tono de voz es fiero incluso en susurros.

Tomo aire profundamente y me uno a los otros nueve alumnos. Por supuesto que el primer día que esperan que demuestre algo en clase es la mañana siguiente después de haberme encontrado un cadáver. Y para hacer la cosa más interesante, Nyx, Brendan y Charles están aquí, al igual que Aarya e Inés. Me resulta extraño que ninguno de ellos haya hecho un comentario sarcástico ni me hayan mirado mal, que es lo que han estado haciendo estos últimos días. El cambio en sus comportamientos me hace preguntarme si ya saben lo de Stefano. Miro de reojo a la puerta abovedada; estoy esperando a que uno de los guardias me saque de clase y me ponga los grilletes.

Messer sostiene un rollo de cuero en la mano y lo golpea contra la otra.

—En Persia, en el año 522 a. C., un farsante se hizo con el trono.

El gobernante legítimo, el rey Cambises II, reunió a su ejército para marchar en su contra. Pero nunca lo consiguió. ¿A qué se debió? —Hace una pausa—. Porque se apuñaló a sí mismo sin querer con su propio cuchillo y murió por la herida que se causó.

Se oyen un par de burlas. Messer sonríe.

—A pesar de que esta historia parece absurda, muestra de una forma elegante la naturaleza diabólica de los cuchillos. Pueden ser tu mejor amigo, porque son fáciles de esconder y manejar. Pero si cometes un pequeño error, puede ser tu muerte. Se trata de un arma que requiere una confianza plena y una sincronización perfecta. No se puede fallar. ¿Qué quiero decir con eso?

Brendan se cruje los nudillos y da un paso al frente, aunque no sea necesario. Solo lo he visto un par de veces y ya es obvio que le gusta llamar la atención.

—Si tiras un cuchillo en el momento oportuno, puedes causar una muerte instantánea o incapacitar a tu contrincante sin tener que participar en una pelea. Pero si no calculas bien el momento o fallas en el tiro, aunque sea por un centímetro, habrás perdido tu arma —dice.

—Así es —dice Messer—. Y aunque mejorar la precisión en un ambiente relajado es cómodo, no te prepara para una situación bajo presión. Tenéis que aprender a concentraros tanto para que, incluso aunque las paredes se vengan abajo, acertéis el tiro. —Messer inclina la cabeza hacia Brendan—. Da un paso al frente y haz el primer tiro.

Brendan se acerca a Messer y estira los hombros tonificados hacia atrás. En el campo de tiro veo tres objetivos escalonados parecidos a los objetivos de la clase de tiro con arco, con una serie de equis diminutas en lugar de la tradicional diana. El primer objetivo está a una distancia asequible, pero el último es un reto importante a una distancia que calculo de unos diez metros.

—Charles, tú también —dice Messer, y está claro que ellos dos son sus favoritos a la hora de dejar algo claro.

Charles sonríe; entiendo que le gusta que lo comparen con Brendan. Incluso mira hacia atrás rápidamente para asegurarse de que todos lo vemos. Charles se arremanga, dejando ver el tatuaje de enredadera, que parece que se mueve al flexionar los músculos.

Messer le da a cada uno tres cuchillos.

Sin perder un segundo, Brendan se echa hacia atrás y, sin dudarlo, tira el primer cuchillo, que aterriza perfectamente sobre la equis del primer objetivo. Sonríe y estira los brazos sobre la cabeza. Conforme

los baja, los echa hacia atrás y tira de nuevo, tan rápido que oigo cómo el cuchillo silba en el aire. Alcanza la equis del segundo objetivo de una forma tan limpia como el primero.

Recreándose en el momento, se lame el dedo y comprueba el viento. Tira al objetivo más alejado, pero el cuchillo se desvía unos centímetros. Tiene talento, pero siendo el favorito de Messer, me esperaba más.

Charles da un paso al frente y acierta en los dos primeros objetivos tan limpiamente como Brendan. Su técnica es buena, demasiado buena, como si necesitara que fuese perfecta. Me pregunto si podría hacerlo así de bien colgando boca abajo desde la rama de un árbol.

Charles mira a su alrededor y sonríe a Nyx antes de reajustar su postura para tirar el tercer cuchillo, y ella le devuelve la sonrisa con los ojos de una forma tan sutil que, si no estuviera prestando especial atención, no lo habría notado. Emily mira de la misma forma a Ben siempre que quiere intentar no sonreír delante de un profesor. Lo que me hace preguntarme si Charles y Nyx son pareja. Entonces, Charles suelta el cuchillo y cruza el aire con un zumbido enérgico, como si fuera una mosca ruidosa. Aterriza en el objetivo más alejado a un par de centímetros de la equis.

Cuando vuelvo a mirar a Messer, me quedo sorprendida al ver que me está observando.

—Por la mirada que has puesto, crees que puedes hacerlo mejor —dice como si fuera un hecho y no una pregunta.

Abro mucho los ojos durante un momento. Prácticamente noto la tensión de Layla junto a mí por no saber actuar con normalidad.

—¿Y bien? —pregunta Messer.

Me aclaro la garganta.

—¿Mejor que esos tres tiros? Sí, por supuesto —digo, y toda la clase se vuelve hacia mí.

Aarya sonríe.

—Me encantaría verlo —dice, y esconde el comentario bajo una tos cuando Messer la mira con dureza.

Charles no deja de mirarme.

—Bienvenido sea el reto —dice.

Me recuerda a un modernito con el que salí medio segundo el año pasado antes de darme cuenta de que nunca le iba a gustar tanto como su pelo.

Por cómo me miran Charles y Brendan, entiendo que no le dan la bienvenida ni por asomo.

Messer tiene los tres cuchillos en la mano, pero Brendan no se aparta, así que tengo que sortearlo torpemente para cogerlos.

Quizás haya una fina línea entre la tristeza y el enfado, o quizás es que no me gustan los matones, pero, de repente, todas las emociones de las últimas veinticuatro horas las centro en ganarle a estos dos.

Establezco contacto visual con Brendan.

—Bueno, iba a ser buena contigo para que no te sintieras mal. Pero ahora creo que no —digo.

Miro de reojo a Layla, que parece que no se decide entre sentirse horrorizada por mi comentario o aliviada de que no esté llorando.

Charles se mofa y me coloco frente al objetivo. Sujeto el cuchillo arriba, me echo hacia atrás y lo lanzo. Deja caer el cuchillo de Brendan que estaba en el objetivo.

—Ups —suelto—. Vamos a probar de nuevo. Quizá estoy algo oxidada.

Me balanceo con los pies y agito el cuerpo. Echo el brazo para atrás y lanzo el siguiente cuchillo. Este hace que el cuchillo de Charles salga volando del objetivo. Oigo algunos susurros detrás de mí, pero no consigo discernir las palabras.

—No sé por qué estoy fallando tanto hoy. Debe ser porque... Espera, acabo de darme cuenta de una cosa. Ya sé lo que es. —Niego con la cabeza y le dedico a Brendan y a Charles una sonrisa arrepentida—. Es que no soy zurda.

Un par de alumnos se ríen disimuladamente con cierta incomodidad, pero dejan de hacerlo cuando Messer los mira.

Cojo el último cuchillo con la mano derecha y lo lanzo con un movimiento rápido y fluido hacia el objetivo más alejado. Mi cuchillo no solo rompe la equis por la mitad, sino que rompe esa misma equis que los otros dos habían fallado.

Brendan aprieta el puño junto a su pierna y Charles tensa la mandíbula; los dos parecen extremadamente molestos. Aarya, por otra parte, se ríe y, cuando me da por mirar, hay incluso una pizca de diversión en el rostro de Layla.

La expresión de Messer se mantiene rígida y sin sorpresa.

—Bueno, bueno. Vamos a ver cómo se te da cuando la cosa se pone seria. —Pasa la mirada por los alumnos—. Inés, ponte delante del objetivo más alejado.

Trago saliva y Aarya deja de reír de inmediato. Charles y Brendan son los que parecen que se divierten ahora. Messer espera a que Inés cruce el campo.

—Acierta en la equis que está a un par de centímetros de la cabeza de Inés —dice—. Por cómo te has lucido antes, no debería ser problema para ti.

Toda la bravuconería que tenía hace quince segundos desaparece y la sustituye un pánico que me encoge el estómago. Miro de reojo a Inés, que está de pie y calmada delante del objetivo, y no puedo mirarla a los ojos. Esto está mal en muchos sentidos. Dios no quiera que falle. Aparte del terror que me recorre, estoy bastante segura de que Aarya me despellejaría viva aquí y ahora.

—Parece que te vas a desmayar —dice Charles, y esboza una sonrisa triste exagerada.

—Quizás es que solo se siente cómoda luchando con objetos inanimados —dice Brendan riéndose entre dientes.

Los miro.

—¿Creéis que es gracioso? Si mi tiro falla unos centímetros como lo hicieron los vuestros, podría matarla.

—Y aun así tienen razón —dice Messer, y coge un cuchillo—. No sabes actuar bajo presión. ¿Te niegas a lanzarlo?

Mierda. Me he acorralado contra la pared yo misma.

—No voy a lanzarlo —respondo.

—Muy bien. ¿Brendan? —dice Messer, y abro mucho los ojos.

¿Le va a pedir a Brendan que tire? Él es aún peor que Charles.

—Por supuesto —dice, y me mira con su sonrisa confiada.

Le quito el cuchillo a Messer de la mano y oigo un par de gritos ahogados por la sorpresa a mis espaldas. Lo lanzo rápidamente sobre la cabeza de Inés. Ella ni siquiera se encoge.

—Has fallado —dice Messer, y por su tono de voz, me doy cuenta de que la clase a la que más ganas le tenía se ha convertido en una pesadilla.

ONCE

Después de una larga mañana con temor a que los guardias me sacaran de todas las clases, me siento junto a Layla en el comedor. Han quitado todas las mesas, excepto la que hay en una plataforma elevada, donde comen los profesores, y han dispuesto en filas las sillas de madera con respaldo alto. Entre los candeleros enormes totalmente prendidos sobre nuestras cabezas, los techos abovedados y ornamentados y la mampostería decorativa de las paredes, parece que vamos a reunirnos con un alto dignatario. Pero por lo que veo, han hecho llamar a todo el colegio y me apuesto lo que sea a que no estamos aquí para divertirnos.

Tres filas delante de nosotras, Brendan me mira como si supiera algo que yo no sé y se sienta junto a Nyx y Charles.

—En cuanto a lo que hice con los cuchillos... —le susurro a Layla.

—Ahora no, November —dice con tono severo.

No mira en mi dirección.

La directora Blackwood está sobre la plataforma, delante de la mesa de los profesores, observándonos como un pájaro a su presa. Se aclara la garganta, a pesar de que la sala está en silencio, y no se parece ni de lejos al batiburrillo que se monta en mi instituto cuando nos convocan en el auditorio. El estómago me da un vuelco.

—Algunos os preguntaréis por qué os han sacado de clase esta mañana. Y otros, no —dice Blackwood revisando la sala. Algunos profesores están de pie con la espalda en la pared entre los sombríos retratos y las ventanas abovedadas. Nos miran a nosotros y no a Blackwood. Conner es uno de ellos y tiene la misma mirada evaluadora que cuando me hizo la entrevista. Quiero hundirme en la silla, pero estoy segura de que alguno de los profesores se daría cuenta y lo interpretaría como una admisión de culpa—. Anoche asesinaron a

un alumno —dice Blackwood sin fanfarria y la sorpresa se extiende entre la multitud—. Stefano —añade.

Los alumnos se miran perplejos los unos a los otros, moviéndose en sus sillas, y parece que todos empiezan a susurrar a la vez.

Layla me mira sorprendida y hago lo que puedo para imitarla. Joder, es buena.

Blackwood se aclara la garganta una vez más y la sala vuelve a caer de inmediato en un incómodo silencio.

—Estoy enormemente decepcionada de que volvamos a estar en esta disyuntiva. —Parece más molesta que triste—. Os habéis relajado demasiado en este colegio, pensáis que sois intocables. Os aseguro que no. Las tácticas que seguiremos durante el curso de esta investigación no serán las usuales, así que no os confiéis. El o los culpables creen que han evitado que los descubran. Pero, al final, los encontraremos y servirán de ejemplo.

Durante un segundo, posa su mirada sobre mí y siento cómo la sangre desaparece de mis mejillas.

Cuando Blackwood mencionó el día que llegué en su despacho las muertes de alumnos, no se me pasó por la cabeza que significara «asesinato». Mi estómago se agita incómodo y lucho con la necesidad de volverme, frotarme la cara con las manos o hacer cualquier cosa que muestre lo mucho que me repulsa esta situación.

—Se anula vuestra privacidad y seréis sujetos a pruebas y observación cuando y donde el doctor Conner y yo elijamos. Y solo porque no veáis a los guardias no significa que no os estén siguiendo. —Blackwood se alisa una arruga de la chaqueta—. Por ahora, todas las comidas se os servirán en vuestros salones comunes en lugar de en el comedor. Eso es todo lo que necesitáis saber. Retiraos.

Miro a Layla con la esperanza de que me explique la brevedad del discurso y la fría crueldad de la actitud de Blackwood. No ha mostrado sensibilidad por el hecho de que los alumnos han perdido un compañero de clase, ni confirmación de que estaremos a salvo. De hecho, ha parecido lo contrario: no solo nos ha asegurado que estamos en peligro, sino que somos sospechosos. Sin embargo, Layla se levanta sin más y se dirige a la puerta como todos los alumnos. Nadie dice nada. Nadie mire a nadie.

Alguien me toca el hombro y casi se me sale el corazón por la boca. El corazón se me para cuando al darme la vuelta me encuentro con Conner detrás de mí.

—Sígueme, November —dice, y vislumbro a Ash observándome

desde el otro lado del comedor.

Conner me lleva hasta el despacho de la directora. Me siento en el sillón que hay delante del escritorio de Blackwood mientras Conner se sienta en una silla junto a la pared con su carpeta y bolígrafo preparados. La chimenea está encendida y la madera cruje y se quiebra, algo que me resulta familiar y que normalmente sería reconfortante. Pero las expresiones frías de Blackwood y Conner y el notable silencio elimina cualquier signo de comodidad de la habitación.

Todos nos quedamos sentados en silencio durante tanto tiempo que me pregunto si nos hemos detenido en el tiempo.

—Bien… —dice Blackwood al fin—. Anoche saliste de tu habitación pasado el toque de queda, November.

El pulso me retumba en las sienes y el estómago se retuerce con incomodidad. Siempre se me han dado bien las charlas con los directores y decanos. Y me he metido en líos las suficientes veces como para saber cómo tratarlos. Pero eso era entonces, cuando lo peor que me podía pasar era que me expulsaran, no un sistema de castigo ojo por ojo.

—Sí, lo hice.

Blackwood junta las manos sobre su escritorio.

—Y un alumno está muerto.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

Dudo.

—Nos lo acaba de decir en la reunión.

—Mm —responde, y Conner toma nota.

Me arrepiento de mi respuesta de inmediato. Me siento como si estuviera sudando a mares y, además, como si me pudiera leer cada uno de mis pensamientos. La única táctica que puedo seguir es el consejo de Layla.

—Un momento. No pensará que tengo algo que ver con lo que ha pasado, ¿no?

—Ah, ¿no? —dice Blackwood y me mira como aviso.

—Leen a la gente o la analizan. Los dos lo hacen. —Gesticulo con la mano para incluir a Conner—. Y sé que soy nueva. Pero si pueden leer algo de mi personalidad, sabrán sin lugar a duda que yo no lo hice.

—No te atrevas a suponer lo que sé o lo que no —dice Blackwood.

—¿No se acuerda de lo que pasó con Matteo? Ni siquiera quería pegarle en la cara. Prácticamente tuvo que amenazarme para que me vengara. Si me resulta incómodo pegarle un puñetazo a alguien, es imposible que pueda matar a una persona.

Blackwood frunce los labios y se vuelve a sentar en la silla.

—En realidad, si tenías planeado atacar a Stefano, lo primero que habrías hecho es crear una situación para mostrarnos lo poco agresiva que eres.

Pruebo a cambiar mi postura, pero no tengo espacio para hacerlo y simplemente acabo pareciendo más nerviosa de lo que parecía hace unos segundos.

—No sería capaz de elaborar algo así, mucho menos...

—Se acabó —sentencia Blackwood, y sus palabras resuenan como un tortazo, lo que al menos interpreto como que mi inocencia la ha convencido lo suficiente como para frustrarla—. ¿Qué hacías fuera de tu habitación anoche?

Mi pulso se dispara. No hay forma de ocultarlo.

—Había quedado con Ash —respondo.

—¿Dónde?

—En el patio de las vides.

Hace una pausa durante un momento.

—¿Por qué?

Me encojo sin pensar. Estoy en la cuerda floja.

—Para saber más sobre el colegio.

—Te dijimos que cualquier cosa que quisieras saber sobre el colegio debías preguntársela a Layla.

—Yo... Verá...

—A menos que te refieras a saber más sobre los alumnos, en cuyo caso ya te dije que está estrictamente prohibido. —Su tono de voz se endurece y se inclina hacia delante.

—Yo solo... Quería saber más sobre cómo es el colegio en realidad. —Allá vamos.

—Rompiendo las reglas.

—No —digo cautelosamente—. No estoy diciendo que esté bien romper las reglas. Pero si voy a vivir aquí con esta gente que se conoce desde hace años y entender cómo funciona este sitio, tengo que ponerme las pilas. Y soy la única alumna nueva del curso avanzado. El cincuenta por ciento de mí tenía curiosidad.

—¿Y el otro cincuenta por ciento?

—No lo decía literalmente.

—Pero quieres decir que hay otra razón.

Estupendo. Voy de mal en peor.

—Ash es interesante... Yo, bueno... Es guapo —cierto, pero sin relevancia alguna. Y me sitúa dentro del espectro de no tener ni idea.

Blackwood se reclina en la silla como si debatiera hasta dónde voy a ser capaz de llegar. Yo también me lo pregunto.

—No está permitido tener citas —dice sin expresión alguna en su rostro.

—Pero mirar sí, ¿no?

Sé que estoy cruzando la línea con esto, pero si no se cree esta razón, va a ir en busca de otra.

Durante un segundo, se queda inmóvil. Luego dice:

—Te voy a dejar esto tan claro como me sea posible, November, porque si no, me temo que seguirás soltando todo tipo de chorradas y no tengo tiempo para tonterías. Anoche estuviste fuera de tu habitación. Anoche asesinaron a uno de nuestros estudiantes. Si hay alguna prueba o razón por la que no debería sospechar de ti, dila ahora.

—Yo... —Me quedo sin palabras—. Siento haber salido de mi habitación y haber roto las reglas. No debería haberlo hecho. Pero está claro que no he matado a nadie. Yo no haría algo así. No podría.

—¿Layla sabía que habías salido?

Me resisto a la necesidad de frotarme la frente, porque no quiero mostrar la inquietud que siento. Esto va mal. Muy mal.

—No. Pero me escuchó cuando volví.

—¿Hablasteis? —pregunta Blackwood.

Asiento.

—Le dije que había quedado con Ash y se enfadó.

—¿Te delató?

—Le dije que no hacía falta porque ya me había visto un guardia.

—¿Por qué pasillo fuiste anoche?

Necesito toda mi voluntad para mantenerme quieta.

—Por las escaleras que están más cerca de mi habitación. —«¿Sabe que estoy mintiendo? ¿Cómo lo sabe?».

—¿Y Ashai?

Hago una pausa.

—No lo sé.

—Pero estabas con él.

—Estaba demasiado pendiente de que no me pillaran a mí, así que,

sinceramente, no sabría decirle por dónde fue él.

—¿Pero llegó y se fue a la misma vez que tú?

—Supongo.

—Pero no lo sabes.

Quiero decir algo que evite que Ash parezca sospechoso. Lo último que quiero en este peligroso momento es que se convierta en un enemigo. Pero por más que lo pienso, no se me ocurre nada.

—No, no lo sé.

—¿De quién fue la idea de ir al patio de las vides?

Me pongo en tensión.

—De Ash. Bueno, de los dos en realidad. Es mi sitio favorito del campus.

—¿Y Ash fue tan generoso como para saltarse las normas y enseñártelo?

Hay cierta insistencia en su tono de voz y sé que, de alguna forma, he empeorado la situación en vez de mejorarla.

—Pensamos que sería divertido.

—¿Y qué sacaba Ash de este trato?

Está claro que lo conoce. Me encojo de hombros tan relajada como una puede estar en esta habitación hasta arriba de tensión.

—No estoy segura, pero supongo que quería ser el primero en descubrir a la chica nueva.

Blackwood mira de reojo a Conner, pero su expresión no releva nada de lo que está pensando. Conner alza la vista para mirarme.

—¿Te dijo Ashai en qué dirección tenías que ir?

La imagen del cadáver de Stefano tirado en el frío suelo del pasillo me cruza la mente. «¿Qué está buscando Conner con esa pregunta?».

—Como he dicho, los dos íbamos con prisa para volver a nuestras habitaciones cuando entramos. No hablamos mucho.

Por cómo me mira Conner, estoy segura de que sabe que he evadido la pregunta. También sé que no va a dejarlo pasar a menos que le devuelva la pelota a su tejado. Vuelvo a dirigirme a Blackwood.

—La pregunta más relevante que nadie parece estar haciéndose es por qué ha muerto un alumno. Porque teniendo en cuenta lo que me dijo el día que llegué, esta no es la primera muerte. Sé que le resulto una ingenua. No me cabe la menor duda. Y, en cuanto limpie mi nombre, quiero ponerme en contacto con mi padre. No pienso quedarme en un castillo remoto donde los alumnos se atacan y se matan entre ellos.

No me había dado cuenta de las ganas que tenía de decirlo hasta

que las palabras han salido de forma atropellada de mi boca.

Conner mira a Blackwood. La dureza en su mirada no se relaja.

—Esa decisión no es tuya —dice.

Alzo la voz.

—Cómo que no...

—No. —Su tono de voz es imperativo—. Tu familia, como todas las demás, firmó un permiso cuando te admitimos que le da a la academia la potestad final sobre lo que hacemos contigo mientras estés aquí. Yo decidiré quién es el culpable. Igual que decidiré cuánta libertad vas a tener durante la investigación. Y, sin lugar a duda, decidiré cuándo te puedes marchar. Así, si yo fuera tú, me lo pensaría antes de que decida que también eres una irrespetuosa y que te vas a pasar una noche en las mazmorras para espabilarte.

Trago saliva. El hecho de que estoy atrapada aquí a voluntad de Blackwood junto con chicos de una sociedad secreta letal y sin manera de escapar hace que me cueste respirar.

Blackwood sigue mirándome con firmeza.

—Puedes volver a tus clases, November. Pero esta conversación está lejos de acabar. Además, tendrás que apañártelas sin que Layla te lleve a las clases por el momento.

Me quedo quieta. Empiezo a preocuparme por Layla y lo que sea que Blackwood está planeando. Quiero preguntar, pero estoy segura de que no me contestará.

—Y felicidades —continúa Blackwood—, eres la primera estudiante en la historia moderna en conseguir tres amonestaciones en su primera semana. Queda pendiente el castigo.

Se me cae el mundo a los pies y me levanto rápidamente. Estoy deseando salir de este despacho. Blackwood retoma su discurso.

—A menos que seas culpable de la muerte de Stefano; en cuyo caso, el castigo ya está decidido.

DOCE

Layla no ha dado señales de vida y ya es bien entrada la noche. Y cada hora que no aparece, mi ansiedad aumenta. Le doy vueltas a lo que queda de la cena en mi plato mientras no paro de moverme en la silla junto a la mesa redonda de nuestra sala. Fuera donde fuera por la tarde, los guardias no han dejado de observarme como halcones. Y para empeorarlo, he estado tan tensa que apenas he tenido un momento para asimilar lo que vi anoche o lo que está pasando.

La puerta de nuestra habitación se abre y alzo la vista enseguida del plato. Pero no se trata de Layla, sino de Ash. Me levanto tan rápido que casi tiro la silla.

—¿Estás loco? —le suelto—. ¿No te parece que venir aquí es la peor idea del mundo, sobre todo solo, sin Layla, cuando están interrogando a todo el mundo? —pregunto con evidente sorpresa.

—Lo sería, si yo fuera de los que se dejan pillar. Pero, afortunadamente, no soy de esos —dice Ash aparentemente tan tranquilo como yo nerviosa—. O al menos lo era, hasta que alguien ha hablado con la directora y me han puesto tres amonestaciones.

Camina junto al sofá hasta la chimenea y se detiene a unos metros de mí.

Me froto la frente. Durante un segundo, recuerdo cómo Conner me ha preguntado si Ash me dijo qué camino seguir y si Ash ha tenido algo que ver con el asesinato. ¿Puede que Ash me haya tendido una trampa?

—Sabes que no puedo mentir sin que se me note.

—Entonces ¿no has mentido durante la entrevista?

—Bueno...

Me mira como si fuera un libro abierto.

—¿Has mentido por ti, pero no por mí?

Me inquieto.

—Tampoco ha sido así exactamente.

Ash se acerca un poco más y, de repente, soy consciente de que tengo una mesa y una ventana a mis espaldas y no podría moverme aunque quisiera.

—Tal y como lo he entendido, no me has hecho el favor de decirle a Blackwood que me dirigía al dormitorio de los chicos. Y que de ninguna manera había ido en dirección al pasillo donde encontraste el cadáver de Stefano.

Noto cómo el color se desvanece de mi cara.

—Ay, Dios, ¿no le habrás dicho a ella...?

Se oye un ligero golpe en la puerta y los dos nos damos la vuelta.

—¿Puedo pasar, señorita? —pregunta Pippa.

Mientras el pestillo se levanta, no dejo de pensar: «Por favor, que no haya escuchado que Ash ha dicho que vi el cadáver».

Ash se mete en mi habitación y me vuelvo a sentar junto a la mesa, intentando parecer lo más convincente posible mientras remuevo la comida del plato de la misma forma en la que lo hacía antes de que Ash apareciera.

—Ah, no has terminado —dice Pippa—. Te voy a preparar la cama y a cambiarte el agua...

—No, he terminado —contesto rápidamente, y me levanto. Sonrío para calmar los nervios patentes de mi acelerada respuesta—. Puedes llevarte los platos si quieres. No hace falta que prepares la cama. Ya lo hago yo.

Pippa duda mientras va recogiendo lo que queda de mi cena y lo pone en una bandeja de plata.

—No me llevará más de un minuto.

—En serio, de verdad —digo, y mantengo la sonrisa hasta que cierra la puerta al salir.

Corro a mi habitación, con el corazón latiendo a mil por hora, y me encuentro a Ash tirado en la cama con el brazo detrás de la cabeza.

Extiende la mano y señala el vaso de agua que tengo que la mesita de noche.

—Deberías haber dejado que te trajera más agua. Se te está acabando.

Abro la boca.

—¿Qué estás... qué estás haciendo?

Él parece divertirse.

—Hablar contigo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Es que no sabes lo grave que es la situación?

Las palabras que salen de mi boca me pillan por sorpresa. Normalmente es Emily la que me suelta algo parecido a mí.

Ash se incorpora apoyado sobre su propio codo: la descripción de la tranquilidad.

—Lo sé mejor que tú. Pero tirarse de los pelos por los nervios no es que vaya a mejorar nada.

—Ah, y dejar que Pippa entre y te vea tirado en mi cama es una idea fantástica. Podrías habernos metido en problemas otra vez —digo con frustración.

Se levanta.

—Qué curioso. No pensaba que fueras de las que evitan los riesgos.

Me muerdo el labio.

—¿Peligro normal? Cuenta conmigo. ¿Peligro de muerte? Ni de lejos.

Ash pasa junto a mí y cierra la puerta de la habitación. Me doy cuenta del error de inmediato. He echado a Pippa por voluntad propia, lo que significa que estoy a solas con él cuando tengo más de una razón para sospechar de él.

Levanta una ceja y supongo que los nervios por estar encerrada en esta habitación se me deben notar en la cara.

—Entonces ¿qué haces en este colegio? Todas nuestras vidas corren peligro de muerte.

Ash está tan cerca que podría contar todas y cada una de sus largas pestañas si quisiera. Y cuando aguanto la respiración un segundo más de lo normal, estoy segura de que se da cuenta.

—Ya sabes a qué me refiero —digo con la voz más firme que logro reunir.

—La verdad es que no.

Paso la mirada entre él y la puerta cerrada y de nuevo a él.

—¿Por qué has venido, Ash?

—Layla me dejó claro que tenía que responsabilizarme por haberte pedido que nos viéramos anoche.

Lo cierto es que su expresión parece sincera durante un momento, en lugar de intentar seducirme o analizarme.

Siento una inmadura punzada de alivio por que Layla también esté enfadada con él y no solo conmigo.

Nos quedamos mirándonos unos segundos.

—¿Te ha contado que encontré a Stefano? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí.

—Por favor, dime que no se lo has dicho a Blackwood.

Puedo notar el miedo en mi tono de voz y estoy segura de que él también.

Duda un poco antes de contestar.

—Lo único que le dije a Blackwood es que los dos íbamos con tanta prisa que no sé por dónde fuiste.

Exhalo.

—Yo dije básicamente lo mismo.

—Lo sé. Lo noté en su expresión —dice.

Niego con la cabeza.

—Me das un poco de envidia ahora mismo. Tú conoces a esta gente. Sabes cómo idear una estrategia en estas situaciones. Y yo me quedo ahí soltando medias verdades y balbuceando confusa para salir al paso.

Me rasco la frente junto a la ceja.

Él sopesa mis palabras.

—Estoy bastante seguro de que sé casi todo lo que dijiste y no lo hiciste tan mal como piensas.

—¿Cómo sabes que creo que lo hice mal?

—¿Crees que me equivoco?

—No, creo que tienes razón y me molesta.

—Por cómo te has tocado la frente.

Dejo de moverme.

—¿Qué?

Él imita mi gesto.

—Esto. Lo has hecho con los dedos extendidos, tapándote los ojos. Suele estar relacionado con la vergüenza o la mentira. Metafóricamente, estás intentando esconderte para que no te miren.

Abro mucho los ojos.

—¿No te aburres de saber siempre lo que piensa la gente? ¿No te gustaría que te sorprendieran de vez en cuando?

Ash examina mi rostro.

—La tercera amonestación la he recibido por haber tenido una cita con otra alumna. Eso sí que me ha sorprendido.

—Ay, Dios —digo, y me río, aunque esta situación no tiene nada de graciosa—. Sí, ya, pensaba que si les decía que estaba rompiendo las reglas porque eras atractivo, no causaría tanto nerviosismo que si

les decía que quería saber todo lo posible sobre otros alumnos.

Ash parece más que encantado.

—¿Así que le dijiste a Blackwood que te sentías atraída por mí? Tengo que admitir que no es una táctica común. Estoy más que impresionado.

Levanto las manos.

—Sé lo que estás tramando: estás poniendo palabras en mi boca que no he dicho y observas la respuesta. He dicho que eres atractivo, no que me sienta atraída por ti. Hay una gran diferencia.

Por la cara que pone, entiendo que está acostumbrado a que las chicas lo adoren y que toda esta conversación se acaba de poner interesante. Y lo sé, porque yo haría exactamente lo mismo. En algunas cosas, Ash se parece más a mí de lo que querría admitir, y quiero decirle que deje de copiarme la personalidad. Se supone que soy un unicornio.

—Quiero proponerte algo —dice poniéndose serio mientras se sienta en mi cama.

Lo miro precavida.

—La última vez que me propusiste algo acabamos quedando la misma noche que asesinaron a alguien.

—Ahí es donde voy justamente —responde—. Por ahora no sé quién mató a Stefano ni por qué —noto que me está analizando—, pero me preocupa la casualidad. Los estrategia no dejan nada al azar y me apuesto lo que quieras a que estaba planeado que tú encontraras a Stefano.

El estómago me da un vuelco como si estuviera en una atracción de feria.

—¿Crees que me han tendido una trampa?

—O a mí. No lo sé. Solo digo que no podemos ignorar esa posibilidad —parece mucho menos indignado por este asunto de lo que yo me siento.

Me aparto algunos mechones sueltos de la frente. De repente me cuesta respirar.

—No puedo irme —dice apenas en un susurro, al recordar la negativa de Blackwood a contactar con mi padre.

—¿Cómo dices?

Me froto la cara con las manos.

—Nada. ¿Qué me propones?

—Que demos con el asesino de Stefano —responde.

El corazón se me desboca. Siempre me he considerado una persona

aventurera, pero en menos de una semana se ha demostrado lo contrario de todas las maneras posibles.

—¿Quieres buscar activamente a la persona que apuñaló a otra con un cuchillo y que posiblemente tenga motivos para endosarme el muerto? —Camino de un lado a otro—. ¿No puedes, yo qué sé, dejar que Blackwood haga su investigación? Si leer la mente se le da la mitad de bien que a ti, ¿no crees que será capaz de resolverlo? Si no llamamos la atención y no rompemos ninguna norma más, por muy difícil que sea para ti, ¿no crees que acabarán resolviéndolo?

La expresión de Ash se vuelve firme.

—Sé que usas esa actitud abierta y aparentemente confiada para desarmar a los demás, pero si de verdad te crees la mitad de lo que has dicho, está claro que vas a acabar siendo el chivo expiatorio.

No necesito la habilidad de leer la mente que tiene Ash para saber que lo dice con toda la intención. La habitación me da vueltas y me siento a su lado en la cama. En condiciones normales, si estuviera sentada en la cama con un chico con las pintas de Ash, solo pensaría en cómo tirarle los tejos. Pero ahora mismo, lo único que pienso es si me van a ejecutar por un asesinato que no he cometido.

—Nos estamos enfrentando a los expertos mejor entrenados en el engaño y la estrategia, así que te sugiero que te involucres del todo de inmediato. Todos los demás están jugando en el terreno de juego y tú estás sentada en las gradas comiendo palomitas. No pienses ni por asomo que la entrevista que has tenido con Blackwood será la última. Lo peor está por venir.

El encanto y la labia con los que Ash suele hablar han desaparecido.

Asiento, porque por mucho que me gustaría esconderme debajo de la cama hasta que pase el chaparrón, tiene razón.

—Vale. Está claro que voy a hacer lo que haga falta para evitar ser el chivo expiatorio en un asesinato. Pero no pienso participar en este baile que te traes, donde intentas sacarme información disimuladamente de diez maneras diferentes. Primero eres amable, luego te pones serio y luego avasallas. —Hago una pausa—. Si tienes razón y alguien quiere implicarme, entonces ese alguien sabe o piensa que sabe algo sobre mi persona. Y sí, sonsacarme información es prácticamente el noventa por ciento del motivo por el que estás aquí ahora mismo y me ofreces colaborar contigo.

Ash abre la boca, pero levanto la mano antes de que me replique.

—No, déjame terminar. Conoces el colegio y a estas personas

mejor de lo que yo los conoceré nunca. También tienes un entrenamiento que te aporta las herramientas para enfrentarte a algo así. No necesitas mis dotes detectivescas; necesitas información sobre mí. Pero yo también necesito información. Dijiste que me enseñarías cosas de historia si te contaba detalles personales. Pero no te lo voy a poner tan fácil. Si accedo a colaborar contigo, tienes que darme algo a cambio. Y tienes que dejar de manipularme.

Me observa con detenimiento con su expresión de «te veo el alma» que me pone de los nervios.

—Puede.

—Hablo en serio. Se acabaron los juegos. Cuando nos conocimos me dijiste que no debería confiar en ti, pero aquí estás pidiéndome que colabore contigo para encontrar a un asesino —le señalo—. Y no me gusta que me mires como si me estuvieras leyendo la mente. Me siento como si estuviera al borde de un acantilado cada vez que hablo contigo.

Durante medio segundo algo parecido a la sorpresa cruza su expresión.

—Te encanta decir las cosas en voz alta, ¿no?

—Tanto como a ti esconderlas.

Abre las manos y me las enseña como si no tuviera nada que esconder.

—¿Qué quieres saber?

Lo miro intencionadamente.

—Algo de igual valor a lo que sea que te cuente.

—Siempre y cuando yo sea quien decida lo que es igual —dice.

—Qué personaje estás hecho —le digo.

Él sonríe.

—Al menos no soy predecible.

—Y que lo digas.

Me muerdo el interior de la mejilla y dirijo la vista a la titilante vela que hay sobre mi mesilla de noche. Observo cómo proyecta sombras en la cortina bermellón que tiene detrás. Hay una parte de mí que teme que esté cometiendo un grave error. Pero si estoy aquí encerrada sin poder hablar con mi padre y la administración cree que estoy involucrada en un asesinato, no puedo quedarme sentada esperando a que vengan a por mí. Sobre todo, después de lo que Ash me contó anoche: los estrategia han conseguido cambiar sucesos mundiales durante los últimos dos mil años. Si me comparas con la manipulación de los líderes mundiales, yo tengo que ser una presa

fácil. Suspiro y miro a Ash.

—Bueno, ¿quién era el compañero?

—¿Qué?

—El compañero de Stefano. Si vamos a investigar este asunto, ¿no te parece un buen lugar por el que empezar?

Ash me mira de reojo, como si estuviera sorprendido de que se lo pregunte.

—Matteo —responde, y en el momento en el que ese nombre sale de la boca de Ash, estoy segura de que este es el peor trato que he hecho nunca.

TRECE

Layla y yo nos dirigimos a clase y, aunque ya llevo despierta varias horas, me siento atontada por la falta de sueño. Además, me están mirando más de lo normal hoy, lo que me hace preguntarme si la pelea con Brendan y Charles es de dominio público. Y, como si supieran lo que estoy pensando, escucho sus voces a nuestras espaldas.

Layla me obliga a meterme en una clase y suspiro de alivio. Aunque me dura poco, porque, apenas cinco segundos después, Brendan y Charles también entran. Y, para empeorar las cosas, Nyx va con ellos.

Nosotros cinco somos los únicos en clase, donde los pupitres, si es que puede llamarse así a las enormes mesas de madera, se han apilado en los bordes de la sala. Hay dos cuerdas anudadas alrededor de una viga de madera oscura en el techo y, colgando entre ellas, hay una bandera con el escudo del colegio.

—Debo decir que estoy decepcionada, Layla —dice Nyx, y nos mira de forma directa e inquisitiva—. Pensaba que eras la gemela lista. Pero cada vez que me doy la vuelta, descubro que eres menos neutral que el día anterior.

No usa un tono de voz teatral al hablar como sí hacía Brendan cuando se metía conmigo. Y no mira hacia atrás en busca de la aprobación o de solidaridad por parte de sus amigos como suele hacer Charles. Es directa. Se sabe qué es lo que quiere decir y una amenaza es una amenaza.

Paso la mirada de Nyx a Layla y deduzco por la expresión de Layla y su rígida actitud que sea lo que sea de lo que habla Nyx es importante. Y entonces caigo. Neutral. Ash utilizó esa palabra cuando me preguntó por mi postura en cuanto a las políticas familiares de Estrategia. Me preguntó si estaba a favor, en contra o neutral.

Charles está junto a Nyx y le saca unos buenos cuarenta centímetros de altura. También está entre nosotras y la puerta.

—Creo que quizá Layla se ha decidido por la postura errónea en cuanto a política, y solo hemos necesitado que su torpe amiga nos lo muestre.

La contraposición entre su voz sedosa y sus palabras me pilla por sorpresa. Es como un niño pequeño soltando tacos con una sonrisa.

Con solo mirar a Layla, tengo claro que desearía desaparecer.

—¿Torpe? —respondo en voz lo suficientemente alta como para romper toda nube de amenaza—. Puf. Si estás intentando insultarme, vas a tener que ser más creativo. —Todos me miran con ojos amenazantes, pero me da igual. Estoy contenta de que Layla deje de ser el centro de atención durante un momento. Al menos, le debo eso —. Hace unas semanas me encontré con un niño de ocho años que me llamó pedorra de arcoíris. Eso sí que es creatividad.

—Cada vez que abres la boca —dice Brendan abriendo las manos como si tuviera una audiencia de cuatrocientas personas en lugar de cuatro— confirmas el hecho de que no deberías estar aquí.

—Solo porque tú… —empiezo a decir, pero se abre la puerta y una mujer de mediana edad que supongo que es la profesora entra con tres estudiantes detrás de ella.

Me callo y los cinco nos separamos, como si nunca hubiéramos estado conversando.

Sabía que esos tres me traerían problemas, pero nunca pensé que se encararían con Layla por mi culpa. Observo a Layla, que parece tan incómoda como yo y me gustaría disculparme. Pero sé que, llegados a este punto, la situación se ha ido tanto de las manos que un «Lo siento» no arreglaría mucho.

—Estáis todos aquí, pero todavía lleváis puestas las capas —dice la profesora—. No tendría que estar recordándoos que siempre estéis preparados.

La clase se queda en silencio y nos ponemos a colgar las capas en la pared del fondo con rapidez. Todo el mundo se vuelve y forma una fila delante de la profesora, que me mira directamente.

—Soy la profesora Liu, November. Bienvenida a tu primera clase de guerra psicológica o, como la llamamos con cariño, juegos mentales.

Afirmo asintiendo con la cabeza, con cuidado de no hablar de más como hice en la clase de Fléchier. «Liu, el apellido de los emperadores chinos de la dinastía Han… Significa “destrucción”».

La profesora Liu empieza a arremangarse las mangas de la blusa negra en dobleces igualadas y lisas.

—En nuestra última clase, hablamos sobre la percepción, cómo la realidad puede ser inmaterial, porque lo que importa es lo que tu adversario cree que es real. Por ejemplo, si convences a alguien de que eres más poderoso de lo que eres realmente, puedes llegar a espantarlo en batalla. ¿Algún ejemplo?

Brendan responde antes que los demás, lo que parece ser un hábito suyo.

—Por las noches, Gengis Kan les pedía a sus soldados que encendieran tres antorchas cada uno para dar la impresión de que eran un ejército enorme e intimidar a sus enemigos. También ataba cosas a las colas de los caballos para que cuando cabalgaran sobre suelos secos, levantaran nubes de polvo y mantuvieran ese engaño en cuanto al número de soldados.

Suelta su respuesta con voz clara y una sonrisa. Cuando los conocí por primera vez, pensaba que Brendan, Charles y Nyx eran el equivalente a los chicos populares de Pembrook, pero, ahora que lo pienso, la seguridad de Brendan viene de estar bien entrenado y preparado.

—Cierto —dice Liu—. Si modificas la percepción, tendrás la oportunidad de cambiar el resultado sin luchar. —Junta las manos por detrás de la espalda y mira al techo—. Hoy vamos a hacer algo diferente y empezaremos la clase con un reto físico. Como podéis ver, he colgado una bandera en la viga del techo. Hay dos cuerdas y sois ocho. —Abre una caja llena de lo que parece magnesio para escalada y camina siguiendo la línea que hemos formado. Observo a los alumnos que meten las manos en la caja y dan palmadas—. Tenéis que ser rápidos y estar atentos. No hay ninguna regla a seguir en cuanto a las tácticas que podéis usar unos contra otros. La única regla es que el primero que llegue al escritorio que está justo detrás de vosotros gana.

Quiero pensar que lo he escuchado mal, pero no es así. Lo que no puedo entender es cómo es posible que Liu nos esté animando a pelearnos mientras subimos dos cuerdas atadas a una viga que está al menos a cuatro metros del suelo. No hay red de seguridad ni reglas. De hecho, nos ha dado permiso para pelearnos como nos venga mejor, que, conociendo a esta gente, seguramente significa un montón de movimientos de artes marciales para los que no estoy preparada. Robar un trapo en la oscuridad era una cosa, pero esto no tiene nada que ver. Y, después de anoche y la conversación que acabamos de

tener con Brendan, Charles y Nyx, esto es lo peor que podía pasar.

—Boxeo —digo, y pego un puñetazo al aire en nuestro porche delantero—. O wushu *—y doy una patada.*

La tía Jo le da sorbos a su limonada con los pies sobre la barandilla del porche.

—Ya conoces movimientos defensivos, Nova —dice su padre mientras va tallando un bastón con su cuchillo favorito. Tiene un mango de plata con la forma de la cabeza de un lobo—. Y ya sabes cómo deshacerte del agarre de alguien si te cogen.

Suelto una queja.

—¿Estás de broma? Eso no se puede comparar ni de lejos con lo que te estoy diciendo. Me has enseñado a usar cuchillos, espadas, a poner trampas y habilidades de supervivencia —voy contando con la mano mientras lo enumero—, pero ¿no quieres enseñarme a boxear? ¿Tú te estás escuchando?

—Seguramente, Christopher tenga miedo a que acabes dándole una paliza en público —dice la tía Jo y me hace gracia—. Que lo avergüences delante de sus amiguitos.

Papá intenta no sonreír, pero la risa se le escapa por la comisura de los ojos.

—Te enseñaré cuando seas mayor.

—¿Con qué edad? —pregunto.

—Dieciocho —responde, y casi me caigo del escalón en el que me estaba balanceando.

—¿Dentro de siete años? ¿Siete? —Miro a mi tía suplicante—. ¿Tía Jo?

—No me pongas esa cara de inocente —me dice—. Sé lo que estás haciendo.

—Nova —interviene mi padre—, no te estoy enseñando a luchar por una razón.

—¿Porque no quieres que me haga daño? —pregunto.

Deja de tallar.

—Porque ya tienes las habilidades necesarias para ser una excelente luchadora. Eres rápida y fuerte. Tienes buenos reflejos. Aprenderás a boxear sin problemas. Pero no quiero que pienses como un luchador. Quiero que pienses de otra forma.

—¿De qué otra forma? —pregunto.

—Quiero que pienses en soluciones poco comunes y creativas. Y quiero que veas el mundo con tu propia y única mirada. Si aprendes a golpear de

una manera concreta con el boxeo o a saltar de una forma determinada con el wushu*, tu cerebro lo utilizará por defecto como respuesta. No quiero que recurras a las mismas respuestas que utilizarán los demás. Quiero que crees una propia. Si aprendes a luchar desde un ángulo inesperado, te convertirás en un arma que tu contrincante no podrá predecir.*

Liu se detiene delante de mí y me ofrece el magnesio.

—Yo… —empiezo a decir, pero no tengo ni idea de cómo decirle que no sé cómo luchar de verdad.

—¿Te da miedo participar? —pregunta, y todo el mundo me mira.

—No, yo solo…

Miro a Layla en busca de ayuda, pero tiene una expresión ilegible. A regañadientes, meto las manos en el magnesio.

—Que todo el mundo se quede donde está —dice Liu—. November, da tres pasos hacia las cuerdas.

Nyx me mira con asco.

Uy, esto se pone peor por momentos.

—No necesito que me des ventaja, de verdad —digo.

—Da tres pasos al frente como te he dicho.

La voz imponente de la profesora me hace avanzar rápido.

Si ahora pierdo, va a ser diez veces más bochornoso. Todo el cuerpo se me tensa mientras Liu se queda en silencio durante unos pocos segundos más.

—¡Ahora! —grita, y todo el mundo sale corriendo hacia las cuerdas.

Apenas he avanzado dos pasos cuando una bota me da en la parte de atrás de la rodilla y me hace caer al suelo. Las botas de Nyx y otros siete estudiantes me sobrepasan a toda velocidad.

Junto a las cuerdas, Charles intenta golpear a Layla. Ella lo esquiva elegantemente, aunque no estoy segura de cómo ha podido anticipar el golpe. Pero justo cuando elude a Charles, Brendan le propina una patada en el estómago. Ella se dobla sobre sí misma y, por cómo jadea, sé que la ha dejado sin respiración.

Me levanto del suelo y empiezo a caminar hacia ella, pero, conforme me acerco, Brendan se gira hacia mí. De alguna forma, lo veo todo al mismo tiempo: Charles ha alcanzado la cuerda y, cuando agarra al chico que está colgado de ella, se lleva una patada rápida en la cara. Layla está en pie y parece que se ha calmado su respiración, pero Brendan me tapa la vista temporalmente, ya que viene corriendo

hacia mí. Por lo poco que he presenciado de sus habilidades de lucha, tengo todas las papeletas de acabar con los huesos rotos si me ataca. Entrecierra los ojos cuando se acerca y ya no puedo pensar, así que echo a correr también hasta las mesas que hay junto a la pared. Llego medio segundo antes que él.

—¡Parad! —dice Liu, y Brendan se detiene justo antes de chocarse conmigo. Mientras los de las cuerdas dejan de pelear, se escuchan un par de gruñidos frustrados de los labios de los luchadores. ¿Liu ha parado el reto porque he salido corriendo? Miro a Brendan y a la profesora. Dudo que Liu lo deje pasar sin informar de mi miedo con todo detalle delante de toda la clase. Y, después de las confrontaciones que ya he tenido con Brendan, este puede ser uno de los momentos más vergonzosos de mi vida. Casi puedo sentir cómo me voy encogiendo.

—La ganadora es November.

«Espera, ¿qué?». Giro la cabeza hacia la profesora Liu tan rápido que no me parto el cuello de milagro. Abro la boca, pero la cierro de inmediato antes de que admita mi más completa confusión entre tartamudeos.

Brendan me mira como si acabara de consolidarme como una rival, y tengo la sensación de que el último lugar en el que quiero estar es entre Brendan y su gloria. Daría un paso atrás, pero la mesa y la pared no me lo permiten.

—«Finge ir hacia el este mientras atacas el oeste», de *Las 36 estratagemas* —dice Liu—. Las estudiaremos en profundidad durante los próximos meses. Estas tácticas psicológicas no son nada nuevo. De hecho, se conformaron alrededor del año 500 a. C. Lo más interesante es que todos habéis caído en los mismos trucos que cayeron otras personas hace 2.500 años. La gente no cambia, solo el decorado. —Sonríe divertida—. Os hablé tanto de la bandera que en lo único que os centrasteis fue en cómo derrotaros los unos a los otros y no en lo que realmente estaba diciendo. Pensadlo bien: nunca dije que tuvierais que atrapar la bandera para ganar. Dije que teníais que tocar la mesa. Sin embargo, tengo que admitir que me sorprende que solo dos de vosotros estuvierais escuchando atentamente.

Quiero echarme a reír de mi suerte de principiante, pero no tiene gracia. Si hubiera participado de verdad como tenía intención, como el resto de los alumnos, estaría ahora mismo inconsciente.

—Y tengo que reconocértelo, November —continúa la profesora—. Te has hecho la inocente, y la forma en que has protestado al darte

ventaja ha sido brillante. Has demostrado tácticas de acuerdo con las lecciones de esta clase. Estoy deseando ver en qué más puedes contribuir.

Las expresiones frustradas del resto de los alumnos se intensifican y ahora mismo me miran abiertamente con desprecio. Desearía poder meterme debajo de la mesa y hacer como si esto no hubiera pasado.

Intento establecer contacto visual con Layla para ver si está bien. Pero no mira en mi dirección. Quien sí lo hace es Brendan y me guiña un ojo. Pero no es un guiño amistoso o para ligar. Acaba de lanzar el guante: es poderoso, es inteligente y va a por mí.

CATORCE

No me imaginaba que pudiera haber algo peor que encontrarse un cadáver en mitad de la noche, pero mientras miro la chimenea desde el sofá en el que estoy tumbada, las conversaciones que tuve con Blackwood y Ash empiezan a arrojar una nueva y amenazadora luz a la situación. La verdad es que no se me ocurre ninguna razón de peso por la que alguien quisiera endosarme la muerte de otro alumno. A menos que ese alguien quisiera matar a Stefano desde hace mucho tiempo y, como yo acabo de llegar y me había peleado con Matteo, supusiera un objetivo fácil. Me toco el ojo amoratado instintivamente.

Por supuesto, siempre queda la posibilidad de que Ash esté metido en todo el asunto. Él fue quien me dijo que me dirigiera hacia ese pasillo. Y si es así, y le doy la información personal que quiere, lo estaré empeorando todo. Esta situación es una auténtica pesadilla.

La puerta se abre de un golpe y me enderezo en el sofá para estar recta. Me encuentro con una enfadada Layla que entra en la habitación.

—Prepárate —ordena—. Por lo visto tenemos que ir a la sala común.

Hay tanta frustración en su tono de voz que noto que es lo último que quiere hacer.

—Estoy lista —digo observándola con precaución.

Soy consciente de las señales que indican que alguien está a punto de estallar. He aprendido la lección con Emily demasiadas veces.

—Bueno, pues ponte la maldita capa si no te importa —gruñe.

—Si no quieres ir a la sala común, no tenemos por qué ir. Aunque imagino que es Ash el que lo ha sugerido —digo con toda la dulzura que puedo recabar.

Sus ojos brillan cuando pronuncio su nombre.

—¿Que no quiero ir? —Se ríe y suena siniestro—. Odio ese lugar. ¿Sabes qué más odio ahora mismo?

Me señala con el dedo.

—A ti y a mi estúpido hermano. ¡Cómo os atrevéis a arrastrarme a esta catástrofe! Sabes que podrías morir, ¿no? ¿O que él podría morir? ¡Quizás os mate a los dos y les ahorramos a todos el disgusto del juicio!

Me quedo completamente quieta y lo más callada posible.

—Ya tengo bastante con tener un gemelo que se mete en problemas cada vez que me doy la vuelta. ¡Pero encima me endosan a una compañera que lo alienta! Yo solo soy una persona; no puedo vigilaros a los dos al mismo tiempo. Y no quiero hacerlo. ¿Me oyes?

Asiento diligentemente.

—Es que tenéis agallas —resopla—. Te das cuenta de que me han retenido toda la tarde, ¿no? Infinitas horas en una habitación sin ventanas para que me asalten con quinientas preguntas sobre vosotros dos. Y para que me digan como si fuera una cría que si os cubro a cualquiera de los dos habrá consecuencias graves. Estuve tentada de hacerlo y dejar que os pudráis en este abominable desastre en el que nos habéis metido. Pero sé que Ash no lo mató y, por mucho que quiera decir lo contrario, sé que tú tampoco has sido. Así que ahí lo tienes, jodida por mi propia conciencia. ¿Y sabes qué es lo que más me molesta?

Niego con la cabeza.

—Stefano era amigo mío. —Su tono de voz se suaviza, y noto que está cansada—. Y en lugar de llorar por él y procesar cómo me siento al respecto, tengo que preocuparme por vosotros dos, que sois idiotas.

Se desploma en el sofá.

Me siento junto a ella con cautela. ¿Quién diría que había una chica con esta fiereza bajo todo ese perfeccionismo estudiado? Por primera vez, no parece que esté a millones de kilómetros a través de un muro de hielo, sino vulnerable. Extiendo la mano y toco la suya y me llevo la grata sorpresa de que no la aparta.

Layla niega con la cabeza y sus ojos brillan levemente.

—Vámonos a la sala común ya. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos y no te dirijas a nadie bajo ningún motivo.

Aparta su mano de la mía, pero haber tolerado, aunque sea por unos cinco segundos, un gesto amistoso me parece un avance enorme.

—Tengo algunas preguntas...

—De eso no me cabe duda —dice, y se levanta—. Pero no tenemos

tiempo para eso.

Un guardia nos abre la puerta y Layla y yo nos adentramos en la sala común. Aunque he decidido que los chicos de este sitio son seriamente cuestionables y a pesar de las circunstancias actuales, prefiero estar con alguien antes que estresarme sola en mi habitación.

La sala está llena, con más de treinta alumnos avanzados tumbados sobre una alfombra delante de la chimenea o echados sobre cojines de terciopelo hablando tranquilamente. Me recuerda a los cócteles que se ven en las películas en las que salen familias europeas de otra época. Hay una persona que se nota que no está: Matteo. Exhalo de alivio. Sin embargo, Layla está más tensa de lo normal.

Charles, Brendan y Nyx están jugando a las cartas en una mesa redonda y se dan cuenta de inmediato cuando entramos.

—Bueno, la noche se pone interesante —dice Brendan, reclinándose sobre la silla y apartándose el pelo plateado de la cara.

Nyx baja sus cartas.

—No es interesante, es fascinante. Como cuando te quedas mirando un accidente de tráfico —dice.

Aunque usa la palabra «fascinante», su tono de voz sugiere que no podría estar menos interesada en nosotras. Como si deseara que desapareciéramos.

—¿A qué se debe la ocasión? —Charles sonríe a Layla—. ¿Me habéis echado de menos, chicas?

Nyx mira a Charles con el ceño fruncido.

Layla no aparta la mirada de ellos. Abro la boca para responder, pero me mira con firmeza y la vuelvo a cerrar. Odio que les deje irse de rositas con tantas chorradas. Como si no tuviéramos mayores problemas ahora mismo.

Los tres nos observan cuando pasamos de largo junto a su mesa. Por el rabillo del ojo veo que Charles y Brendan intercambian unas palabras que no puedo oír, pero se ríen. No me extraña que Layla no quisiera venir aquí.

Layla se sienta a una mesa vacía junto a un gran ventanal que ahora está completamente cubierto con una cortina.

—¿Estás segura de que no quieres que les diga algo? —pregunto suavemente en voz baja. Sé que no quiere estar en la sala común ni en este lío, y también sé que parte de la culpa es mía—. Porque lo haré. Son como deportistas tontos en un vestuario, solo que no son tan

tontos y tienen habilidades horrendas. Pero no me dan miedo alguno.

Una sonrisa aflora levemente en su rostro.

—Más bien como personas arrogantes de la realeza, y sí que deberían darte miedo.

Me reclino para mirarla mejor.

—Aarya también los calificó como de la realeza. ¿Cómo de literal estás siendo cuando dices eso?

Ella suspira y luego explica en un susurro:

—Brendan, Charles y Nyx son todos herederos. Son los primogénitos de los líderes de sus familias y, en algún momento, se harán con el poder cuando sean mayores. Y Brendan es británico. Como viene de la familia más poderosa de toda Estrategia, va por ahí de príncipe intocable.

Recuerdo cuando Ash me dijo que los estrategia que vivían en Reino Unido eran Leones. Y que forme parte de la familia más poderosa explica parte de la seguridad en sí mismo de Brendan y cómo parece que siempre destaca más de lo necesario.

—Sí, pero esto es un colegio. Lo poderosa que sea tu familia no debería importar, solo tus habilidades.

Layla me mira directamente, como si acabara de decir algo importante.

—No. No debería importar. Y antes no era así.

Ahora duda y noto que tiene más que decir al respecto. Aguanto la respiración con la esperanza de que no decida callarse.

—Nyx y Brendan llevan siendo aliados desde que llegaron aquí —continúa—. Sin embargo, Charles empezó a juntarse con ellos este mismo año. Apenas unos meses después estaba más que unido a Nyx.

—¿Nyx y Charles están saliendo? —pregunto.

Me mira con curiosidad.

—Eso piensa mucha gente. ¿Por qué lo preguntas?

—Por la forma en que ella lo mira —respondo—. Y por la forma en que Charles siempre parece que intenta ganarse el favor de Brendan, como si estuviera intentando impresionar al hermano mayor y popular de su novia.

—Nyx y Brendan están todo lo unidos que dos aliados pueden estar. Así que no vas muy desencaminada. Y Charles siempre intenta congraciarse, pero lo más importante, quiere congraciar su familia. Se esfuerza demasiado en mi opinión.

Noto en la voz de Layla que hay algo que no me está diciendo de toda la historia con Charles, pero no estoy segura de si debería

presionarla, ya que es la primera vez que se muestra tan abierta conmigo. No estamos charlando alegremente; solo me cuenta cosas sobre gente que no le cae bien, pero es un buen comienzo.

Me reclino en la silla e intento mirar con disimulo la sala. Solo por hacerlo, establezco contacto visual con Aarya sin querer. Está cerca de nosotras, sentada en el sofá con Felix e Inés. Aarya está demasiado contenta, Felix está haciendo lo que puede para parecer molesto, pero es obvio que cree que es divertido, e Inés está dibujando en un bloc de dibujo.

—Bueno... November —dice Aarya alargando las palabras para darle un efecto dramático—. He oído algo muy interesante. —Hoy está hablando con acento estadounidense. Proyecta la voz de tal forma que la gente a nuestro alrededor no puede evitar escucharla—. ¿Adivinas lo que es?

Layla se pone tensa a mi lado.

—No, pero tengo el presentimiento de que no hay forma de evitar que me lo digas —respondo.

Aarya se echa a reír y se reclina contra el sofá, como si estuviera segura de que todo el mundo le presta atención y estuviera encantada con ello.

—Eres graciosa. Lo tengo que admitir. Mucho más que la mayoría de estos pretenciosos sabelotodo —dice, y mira a una mesa con cuatro chicas que evitan establecer contacto visual con ella—. ¿Por dónde iba? Ah, sí —se da en la rodilla—, lo que he oído sobre ti. —Hace una pausa para prolongar la expectación—. Tú, señorita November, saliste ayer pasado el toque de queda. Muy atrevido en mi opinión.

Toda la sala se gira hacia mí en ese momento. «Mieeerda».

Para mi total sorpresa, Layla se mofa de ella.

—Muy buena, Aarya. Buena actuación. Se ve que te aburres mucho últimamente.

—Bueno, ¿y ahora también la defiendes, Layla? ¿Cómo has dejado que alguien te lleve por el mal camino tan rápido? Te estás confiando.

—O está desesperada por tener amigos, ya que no es capaz de hacer ninguno con relevancia —interviene Brendan, y veo una pizca de rabia en los ojos de Layla.

Sin embargo, los ojos de Aarya brillan sin parar por la conversación. Y yo me pregunto qué querrá decir «con relevancia». Solo se me ocurre que tenga que ver con las alianzas de las familias de las que hablaba Ash, pero no estoy segura.

—Layla se ríe porque estás haciendo el ridículo, Aarya —le digo a

ella, luego me vuelvo hacia Brendan—. Y para el carro, Brendan. No hablemos de desesperación a no ser que quieras hablar sobre tu bochornosa habilidad con los cuchillos. ¿O acaso entraste en el colegio porque eres el primogénito de una familia líder?

Estoy dando palos de ciego con esto, pero ¿cómo se atreve a hablarle a Layla así?

Por la forma en que entrecierra los ojos, sé que he puesto el dedo en la llaga. Pero las miradas llenas de incredulidad y de tensión que recibo de otros estrategia me hace pensar que lo mismo me he pasado.

Aarya aplaude y se echa a reír.

—No me lo pasaba tan bien desde hace meses. Mira qué cara pone Brendan. —Se ríe—. Mira Layla.

Layla se pone en pie como si ya hubiera tenido suficiente por esta noche y yo me levanto junto a ella. Un murmullo generalizado recorre la sala como un enjambre de saltamontes, aunque me doy cuenta de que Inés no ha dejado de dibujar en su bloc en ningún momento, como si no estuviera pasando nada.

—Pero la verdadera pregunta es —Aarya hace una pausa para morderse el labio y levanta las cejas—: ¿Con quién ibas a quedar? Supongo que habrías quedado con alguien, ¿no? Acabas de llegar y no te ha dado tiempo a aprenderte los horarios de los guardias.

—Ah, buena pregunta, Aarya —dice Charles, y baja las cartas, deseando meter baza—. ¿Por qué no nos lo aclaras, November?

Mira de reojo a Brendan.

Yo niego con la cabeza y sonrío, como si sus suposiciones fueran más que absurdas. Solo espero que una sala llena de expertos en engaños no se dé cuenta de que mi mente empieza a dar vueltas con ansiedad. Incluso yo sé que negar algo te convierte automáticamente en culpable.

—Es que me resulta extraño que la misma noche que asesinaron a Stefano estuvieras fuera de tu habitación. Detalles. Detalles —dice Aarya y suspira.

La sala se queda notablemente en silencio con la mención del nombre de Stefano e incluso Inés alza la vista del bloc.

—Hay muchos detalles —digo—. Como, por ejemplo, cuando hace unos días alguien mencionó que habías perdido el cuchillo. ¿Sabemos ya cómo murió Stefano?

Mantengo un tono informal.

Layla me echa una mirada a medio camino entre la admiración y el horror.

—*Touchée, mon amie*. Ahora estás en el ring —dice Aarya, cambiando a un perfecto acento francés.

Luego gruñe y finge un arañazo al aire como si fuera un gato grande.

Brendan no ha dejado de mirarme y ahora le devuelvo la mirada. Noto el peligro en sus ojos, porque no es el carácter juguetón y despiadado de Aarya, sino un poder frío, listo para aplastarme. Pero me niego a doblegarme. No hay nada que odie más que un matón idolatrado.

Justo en ese instante, la puerta de la sala común se abre y Ash entra con una chica y una gran sonrisa.

—Vamos —murmura Layla, y no pierdo ni un segundo.

Siento los ojos de todo el mundo clavados en nosotras mientras vamos hacia la puerta.

Ash abre la boca para decir algo, pero Layla le interrumpe.

—No quiero oírlo.

Layla y yo pasamos de largo a Ash, que no hace el intento de seguirnos. Pasamos junto al guardia y atravesamos la mayor parte del pasillo antes de que Layla vuelva a hablar otra vez.

—Lo ha hecho a posta —dice con algo de urgencia en la voz.

—¿Quién? ¿Ash? ¿Quieres decir lo de llegar tarde?

—Todo. Nos ha mandado allí para ver qué problemas podríamos causar, seguramente sabía que Aarya iba a desafiarte y ha aparecido tarde con esa cara de inocente estúpido. Agh —dice mientras subimos las escaleras.

—¿Nos ha tendido una trampa?

Mi mente empieza a dar vueltas sobre cómo Ash podría haber orquestado una pelea sin ni siquiera estar allí. No sé si estoy impresionada o molesta.

—Sí, está claro. Nos ha puesto en el punto de mira para ver qué información podía sacar de las consecuencias. —Por su tono de voz, estoy segura de que Ash se va a llevar una bronca de su gemela mañana. Se detiene delante de nuestra puerta—. ¿November?

—¿Sí? —digo.

—Lo has hecho bien antes. Has mantenido la compostura y no has dejado que te carguen con la culpa.

Abre la puerta y entra en la habitación. Sonrío.

—Gracias, Layla. Significa mucho.

—Pero también han sacado información de ti y de mí. Y ahora todos se preguntan si has matado a Stefano. Eso nos saldrá caro a la

larga —dice, y hace una pausa—. Y una cosa más, si vuelves a soltar en voz alta alguna información personal que te haya dado, vamos a tener un serio problema.

Echo el pestillo a mi espalda.

—¿Qué información personal? ¿Lo del primogénito? ¿Eso no lo sabe todo el mundo?

Ella frunce el ceño.

—Todo el mundo menos tú, lo que significa que la única forma de saberlo es que yo te lo haya dicho. También has atacado al ego de Brendan. No te creas que no va a contraatacar.

QUINCE

Layla y yo cruzamos unas puertas dobles de madera maciza y entramos en una biblioteca de aspecto antiguo. Las escaleras de caracol se apostan sobre las paredes llenas de estanterías, hay galerías que zigzaguean en el segundo piso que albergan pequeñas zonas con asientos y los techos tienen bóvedas altas, enlucidas con un diseño complejo. La luz que pasa entre las enormes vidrieras ilumina el polvo que sale de los libros de tela y cuero y hace que el aire brille, lo que le da un toque mágico.

Llevo intentando hablar con Layla sobre lo que pasó en la clase de juegos mentales desde ayer, pero cada vez que intento sacar el tema me dice que me espere.

Pasamos junto a una fila de estanterías y subimos por una escalera de caracol al segundo piso. La biblioteca está prácticamente vacía. No es que esperara que la gente viniera corriendo aquí un domingo, pero la verdad, ¿cómo saberlo en un colegio como este? Nos abrimos paso hasta la esquina redondeada de la izquierda al fondo del segundo piso y Layla se detiene.

—Presta atención —dice mientras comprueba que no haya nadie mirando a los alrededores, aunque estamos respaldadas por completo por una estantería.

Empuja dos libros de color azul en el tercer estante, un libro gordo y desgastado de color marrón del cuarto estante y uno rojo descolorido del quinto. Luego presiona una hoja tallada en la moldura de madera oscura y la estantería se abre como si fuera una puerta.

Me quedo con los ojos como platos.

—Eso ha sido una puta pasada —susurro.

Hago nota mental de los libros que ha usado y la hoja que ha presionado. Layla me sujeta la estantería abierta y entro para

descubrir una pequeña y acogedora sala con una alfombra y dos sillones alrededor de una mesa con una pila de libros.

—¿Qué es este sitio? —pregunto asombrada.

¿Una habitación secreta detrás de una estantería? Emily se moriría de la emoción por algo así. No solo es aficionada a los libros, sino también la típica chica que habla de agujeros raros en los árboles convencida de que las hadas se han escondido ahí.

—Sala de estudio privada —dice Layla—. Todos tenemos asignada una. —Coge una caja de cerillas de la mesa—. Están esparcidas por la biblioteca. Por supuesto, nada es del todo secreto aquí. Está claro que no es imposible encontrarla. Pero la mayoría dejamos en paz los espacios de los demás para evitar represalias. —Layla enciende las velas del candelero de la pared, que iluminan la pequeña sala de estudio—. Aparte, así tenemos un sitio en el que pensar sin que nadie nos lea las expresiones faciales cada dos segundos.

—Sin mencionar que las paredes de piedra hacen que esté prácticamente insonorizada —dice Ash metiéndose por la puerta justo antes de que Layla la cierre.

Debe habernos seguido, y el hecho de que no me haya dado cuenta, me hace preguntarme qué más me estoy perdiendo.

Layla lo mira con el ceño fruncido, lo que causa que acabe poniendo una expresión de lo más inocente.

—Ay, no te enfades, Lay —dice Ash suavemente.

—Pues claro que me voy a enfadar. —Su mirada es hielo—. Lo de mandarnos a la sala común fue un truco rastrero y horrible. Podrías haberte inventado otra forma de sonsacar la información que buscabas.

Ash se acerca a ella.

—Nunca habrías estado de acuerdo. Y tienes que admitir que, si hubiera estado allí, las interacciones no habrían sido tan reveladoras.

Layla le aparta la mano del codo.

—Me importa muy poco, Ashai.

—Claro que te importa. También sabes que si hubiéramos mandado a November sola tampoco habría tenido el mismo efecto —dice.

—Y si fuera así, ¿te parecería bien dejarme sola para aguantar el chaparrón? Vaya, gracias —contesto.

—Por lo visto hará lo que sea por tal de beneficiar su estrategia —repone Layla—. Prácticamente se ha convertido en Maquiavelo ahora.

—No seas cruel, Layla. Te he dicho que lo siento. Mira, te lo

compensaré. Lo prometo.

—¿Y cómo piensas compensar el hecho de que Nyx dijera que parezco menos neutral a cada día que pasa? —pregunta Layla y Ash se sorprende.

Todo ese carácter juguetón que usaba antes desaparece.

—Espera. Rebobina.

—Ya me has oído —dice Layla, y quiero desesperadamente preguntar por estas divisiones políticas, pero sé que no es el momento.

—Por suerte, November cambió de tema y lo dejaron estar —asegura Layla, y Ash me mira, no como si estuviera agradecido, sino como si fuera la raíz del problema.

—Bueno, Layla. Lo arreglaremos —dice intentando tranquilizarla—. Pero mientras tanto, déjame que te lo compense. Lo que quieras.

Su expresión terca se relaja un poco.

—¿Cualquier cosa?

—Sí —responde, y con dramática resignación, añade—: Incluso mi truco de la espada.

Parte de la tensión de su rostro se disipa. Se quedan un buen rato mirándose el uno al otro y, al final, Ash acaba sonriendo.

—¡Venga ya! —exclama Layla—. Al menos podrías no presumir de ello.

Entonces me doy cuenta de que han mantenido una conversación solo con sus expresiones faciales, de la cual solo he pillado un indicio.

Ash coge los dos cojines de los sillones y nos da uno a cada una. Layla se sienta en la alfombra cerca de la pared y coloca el cojín detrás de su espalda. Hago lo mismo enfrente de ella y Ash se desploma sin ganas en medio del suelo, apoyado contra una de las cómodas sillas.

Layla alza la vista para encontrar la mía.

—Tenemos que hablar de lo que pasó anoche, pero antes tenemos que dejar claras algunas normas. Lo sé todo sobre el acuerdo que hicisteis sin mí y tengo que decir que no solo eres una imprudente, sino que, sinceramente, no sé cuál de los dos se deja llevar más rápido por las tonterías. Pero da igual, está hecho. Y tanto si me gusta como si no, nos hemos encubierto los unos a los otros de alguna forma, así que estamos juntos en esto. November, tienes derecho a pedir algo a cambio de tu información personal. Los secretos siempre deberían intercambiarse por algo del mismo valor. Lo justo es justo. Pero no te pienses ni por un segundo que el trato es irrompible. Si nos traicionas de alguna forma, te arrepentirás más tú que nosotros.

Miro a Ash y vuelvo a mirar a Layla. No lo he dudado ni por un momento.

—Lo entiendo.

—Y por las clases que pediste —continúa—, yo te ayudaré. Ash y yo tenemos diferentes puntos fuertes en cuanto a análisis y puedes beneficiarte de aprender de los dos. Además, pedir clases cuando se necesita no es algo de lo que avergonzarse; demuestra inteligencia.

Respiro hondo.

—Por favor. Aceptaré toda la ayuda que podáis darme. Lo último que quiero es encontrarme con una pelea y dejarme en evidencia en clase.

—Que te dejes en evidencia puede que sea inevitable —dice Layla, y Ash se ríe entre dientes. Le da un aviso con la mirada—. No hay duda de que tu entrenamiento en según qué materias necesita mejorar. Pero tampoco podemos permitirnos que la gente piense que tienes debilidades. Irán a por ellas. O las explotarán como otras personas.

Ash pone cara de «¿Quién? ¿Yo?» a la que Layla no presta atención.

—Entonces ¿cuándo empezamos? Vosotros sabréis mejor quién podría tener motivos —digo.

—Sí —coincide Layla—. Te diremos lo que sabemos. Pero también tenemos que repasar la secuencia de eventos que rodean el asesinato. Mucha gente podría tener motivos, en principio, pero solo unos pocos encajarían en el contexto.

—El asesinato de Stefano sucedió justo después de que te metieras en esa pelea con Matteo —dice Ash.

Asiento.

—Cierto. Yo también he estado pensando en ello. ¿Creéis que el asesinato está relacionado con Matteo?

—Sí, en cierto modo —responde Layla—. Matteo y Stefano son de la misma familia, son compañeros de habitación y pasaban casi todo el tiempo juntos. El castigo que le impuso Blackwood por la pelea que tuvo contigo le impidió asistir a las clases. Así que es posible que alguien supiera que Matteo iba a estar ocupado y lo vio como una oportunidad para atacar.

—Entiendo —contesto—. Si siempre están juntos, ¿que Stefano estuviera solo era una oportunidad única?

—Exacto —afirma Layla.

—Aunque es interesante que alguien trate de culparte por matar a

otro Oso —dice Ash—. Tu familia suele mantenerse unida en el amor, el odio y las disputas internas. No suelen matarse los unos a los otros a menos que se les haya ordenado y haya sido acordado.

Me mira de forma extraña y me doy cuenta de lo que me está preguntando.

—Por Dios, no. Claro que no. No me han mandado para matar a Stefano

¿Pedirle a alguien que asesine a otro miembro de tu familia es algo que pasa habitualmente? Me reiría, porque me parece ridículo, si no fuera porque, aparentemente, soy parte de una familia que es famosa por comprometerse a matar a gente y me siento asqueada.

—Sabemos que no —dice Layla y le pone los ojos en blanco a Ash —. Si no fuera así, no te estaríamos ayudando.

—Lo que quiero decir —continúa Ash— es que quien quiera que lo hiciera puede que tenga una razón para pensar que podrían hacer creer a Matteo que tú has matado a Stefano.

Me aparto el pelo de la frente, no porque tenga que hacerlo, sino para aclarar mis pensamientos. He pasado de vivir en un pueblo donde conocía a prácticamente todo el mundo a estar en un castillo donde no sé ni quién soy. Es como intentar averiguar las reglas del fútbol una vez estás en el partido con la pelota en la mano y veinte jugadores corriendo a por ti.

—Vale, entiendo lo que dices. Alguien piensa que mi familia y la de Matteo tienen algún tipo de agravio o resentimiento desde hace tiempo y que eso podría explicar por qué me pegó un puñetazo y, a la vez, hacer creíble que quisiera vengarme matando a su amigo. Sin embargo, si hay algún problema entre nuestras familias cercanas, yo no sé nada del asunto.

Layla me mira extrañada, como si no supiera qué pensar.

—Bueno, es probable que quien sea que te esté tendiendo la trampa sepa que hay algún problema. Pero me resulta difícil de creer que no te hayas enterado de algo tan importante.

Empiezo a pensar que no me he enterado de nada importante en toda la vida.

—Entonces ¿empezamos por investigar a los que puede que sepan algo sobre mí? Sinceramente, no sé quién podría saberlo aparte de...

—¿Matteo? —dice Ash terminando mi pensamiento.

Dudo. Si les digo que Matteo piensa que me parezco a alguien y que la única persona a la que me parezco es a mi madre, estaría revelando prácticamente todo lo que sé. Por otro lado, guardarme esta

observación seguramente no me ayude a sobrevivir en esta situación.

—Dijo que me parecía a uno de mis familiares, a alguien que murió.

—Mm —dice Layla.

—¿Qué? —pregunto observando cómo razona interiormente.

—Matteo es el primogénito de los Osos y es el heredero para ser líder algún día —dice lentamente, como si estuviera armando el puzle en su cabeza—. Pero tú, tú no reconoces a ningún otro alumno, lo que, si sumamos tu acento estadounidense, significa que te has criado en gran medida fuera de la sociedad de Estrategia. Me parece raro que el futuro líder de los Osos crea que te conozca lo suficiente como para ir a por ti, mientras que tú no tienes ni idea de quién es.

—Sin embargo —continúa Ash—, si Matteo ha encontrado el parecido con tu familiar, entonces es posible que lo hagan otros alumnos y profesores. Hay más gente que podría conocerte de la que piensas.

Sé que Ash me dijo que formaba parte de los Osos y, por difícil que sea de creer, tengo que admitir que tiene que haber parte de verdad, teniendo en cuenta que me han admitido en este colegio. Pero, hasta este momento, la posibilidad de ser uno de ellos, un estrategia, siempre me ha parecido una idea descabellada que no tiene nada que ver conmigo.

—Vale, entonces, si tenéis razón, y hay alguien más que me ha reconocido, ¿quién podría beneficiarse de enfrentarnos?

—Los Leones. —Ash lo dice como si fuera lo más obvio del mundo —. Incluso aunque hayas vivido en Estados Unidos, sabrás que las familias se odian entre ellas.

—Sí, claro —respondo, a pesar de no tener ni idea de lo que me está hablando. Pero si los Leones y los Osos son enemigos reconocidos, las conversaciones que he tenido con Brendan empiezan a tener mucho más sentido—. Estoy preguntando por quién específicamente de los Leones. ¿Creéis que Brendan mató a Stefano y me intenta pillar?

—Brendan podría tener un móvil —dice Layla—, pero ahora que hay tantas familias intentando ganarse el favor de los Leones, es difícil saber lo que Brendan hace por sí mismo y lo que consigue que hagan los demás por él. Charles, Nyx y una larga lista de alumnos podría deberle favores a los Leones o estar en deuda con ellos de alguna forma que permita que Brendan se aproveche de ello.

—¿Qué es lo que pasa entre Charles y Nyx? —pregunto, dejando la

pregunta abierta intencionadamente.

—Como te dije —responde Layla pasando la punta de los dedos por el borde de la alfombra—, los dos son herederos para liderar sus familias algún día y, por lo tanto, están bastante seguros de su posición. Aun así, ambas familias dependen mucho de los Leones, sobre todo, Charles. Las alianzas de su familia con los Leones no se remontan tanto en el tiempo como las de Nyx, así que quitar del medio miembros de los Osos sin duda le vendría bien.

Ash nos mira de hito en hito a su hermana y a mí, y hay algo en su expresión que me dice que no está del todo cómodo con que Layla me dé toda esta información.

—La primera vez que vi a Blackwood —digo—, me dijo que había habido algunas muertes recientemente.

Layla suspira.

—No es ningún secreto que los Leones han asesinado a los mejores alumnos y a los más habilidosos de aquellas familias que no se doblegan ante ellos.

De inmediato pienso en Inés y en cómo todo el mundo dice que es una de las más habilidosas de nuestra clase. Quizá tenga más motivos de los que yo había pensado para ser tan distante. Igual que Layla.

—En los últimos años, algunos de los alumnos han sido asesinados antes de graduarse siquiera —continúa Layla—. Las familias siempre han considerado este colegio como un lugar seguro. Claro, había muertes de vez en cuando, pero nada comparado con esto.

—Y si todo el mundo sospecha que los Leones están detrás de las muertes de los alumnos, ¿por qué nadie está haciendo nada al respecto? —pregunto, con lo que me gano otra sonrisa de Layla.

—¿Quién los va a detener? —pregunta Ash.

—Pues... No lo sé —respondo.

—Exacto —dice él, y todos nos quedamos en silencio durante un momento.

—¿Qué me decís de Aarya? —digo—. ¿Qué papel juega aquí? O sea, aparte del numerito en la sala común de anoche, también dijo en la caf... en el comedor que Ash le había robado el cuchillo la semana pasada.

Layla se vuelve hacia su hermano horrorizada.

—Dime que no has sido tú.

—No he sido yo —dice, y se miran el uno al otro hasta que Layla se convence de que le está diciendo la verdad.

Qué raro que no se lo contara. Creía que se lo contaban todo el

uno al otro.

—Pero, por lo que he escuchado, November le dio la vuelta a la tortilla diciendo lo del cuchillo a todo el mundo anoche —dice Ash—. Brillante, por cierto.

—Gracias —respondo, y sonrío—. Entonces ¿pensáis que Aarya puede formar parte de esto o tener un móvil?

—No estoy seguro —dice Ash—. Pero conoce partes de la historia, lo que la hace sospechosa.

—¿Qué pasa con Felix? —pregunto—. Es un León, ¿no?

Layla asiente.

—Si Aarya está involucrada, Felix también —dice—. Por ahora, creo que deberíamos seguir esa línea y ver adónde nos lleva, porque acercarnos a Aarya y Felix es exponencialmente más fácil que acercarse a Brendan, Charles y Nyx.

—Con «seguir esa línea», ¿a qué te refieres exactamente? —pregunto.

—Que la sigamos —responde Ash—. Que intentemos averiguar qué sabe.

El pulso se me acelera.

—¿Quiénes?

Ash sonríe.

—Tú y yo.

—¿Y qué pasa con Layla? —digo, y escucho los nervios aflorando en mi voz.

Seguir a Aarya no parece más fácil que seguir a Brendan.

—¿Tienes miedo de no poder soportar pasar tanto tiempo conmigo? —pregunta Ash, que claramente piensa que esta situación es de lo más divertida.

Me río.

—Que no podré lidiar con tu ego más bien.

Sonríe.

—La humildad no es una virtud.

—Ni tampoco la idolatría a uno mismo —digo.

—Debe ser un sentimiento nuevo para ti, Ash —interrumpe Layla—, no tener a una chica que se enamore de ti en dos segundos. Creo que voy a divertirme con ello. Y para responder a tu pregunta, November, yo trabajaré desde otro ángulo. Se me da mejor la investigación que a Ash.

—Con «mejor» quiere decir que es más paciente —explica Ash.

—Con «mejor» quiero decir mejor —replica Layla, y Ash le sonríe

entre dientes.

Si fueran gemelos normales, me lo imagino sobornándola para que le ayude con los deberes y a ella pidiéndole que le enseñe a ligar. Pero no hay nada de normal en ellos.

DIECISÉIS

Miro de reojo a Brendan, Charles y Nyx a mi izquierda y a Aarya, Felix e Inés a mi derecha y me pregunto si alguno de ellos ha asesinado a Stefano y quieren culparme a mí. La mirada de Layla me dice que tengo que dejar de mirarlos y me reclino en mi silla.

La profesora Kartal hace girar un globo terráqueo antiguo sobre un estante de madera. Tiene los hombros echados hacia atrás y la barbilla levantada, lo que le da una presencia imponente. Está mirando al globo y no a nosotros. «Kartal... Su apellido significa "águila" en turco».

—Todos los días pasan cosas por accidente... Todos los días —dice Kartal, y suspira—. El rey Umberto I de Italia comió una vez en un restaurante donde descubrió que el dueño había nacido el mismo día que él y en la misma ciudad. Lo más intrigante es que los dos se casaron con una mujer llamada Margarita. Más tarde, en julio de 1900, el rey Umberto se enteró de que habían disparado al dueño del restaurante en la calle. Ese mismo día, el rey fue asesinado.

No estoy segura de a dónde quiere llegar con esto, pero, por ahora, no se parece a ninguna clase de historia que haya tenido antes.

Kartal nos mira, todavía haciendo girar el globo bajo sus dedos.

—Y durante la Primera Guerra Mundial, el ejército británico convirtió el barco de pasajeros RMS Carmania en un navío de guerra. Luego, hicieron que el Carmania fuera idéntico al barco de pasajeros alemán SMS Cap Trafalgar. ¿Me seguís? La historia está a punto de dar un giro. En 1914, este barco británico camuflado hundió un barco alemán. Ese barco era, de hecho, el verdadero Cap Trafalgar —se echa a reír—, que los alemanes habían hecho pasar por el Carmania inglés.

Se me escapa una risa y un par de personas miran en mi dirección. Soy la única, aparte de Kartal, que está disfrutando de la historia.

Kartal retira los dedos del globo y remete un mechón suelto de su pelo negro en la trenza que tiene alrededor de la cabeza.

—¿Alguna vez habéis leído la única novela de Edgar Allan Poe? *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* se llama. Nos cuenta un desastroso viaje a la Antártida, donde cuatro supervivientes de un naufragio acaban a la deriva en una balsa y, entre otras cosas, deciden comerse al grumete, llamado Richard Parker. Pues, en 1884, el barco Mignonette se hundió y dejó cuatro supervivientes. Ellos también decidieron comerse al grumete para sobrevivir. ¿Y cómo pensáis que se llamaba? Richard Parker. No puedo evitar preguntarme si eran seguidores de Poe.

Nunca me ha gustado mucho la historia y empezaba a tenerle miedo a esta clase después de la entrevista con Conner, pero creo que he cambiado de opinión. Quizá las clases de Ash y Layla no me vendrían mal.

Kartal me mira a los ojos.

—También pasan cosas raras por accidente —dice antes de romper el contacto visual—. En la Edad Media, el rey Juan de Inglaterra quería construir una carretera que cruzara Gotham. Y los residentes debían pagar esta carretera de su bolsillo. En aquella época, la locura se consideraba contagiosa, así que las buenas gentes de Gotham decidieron fingir locura para disuadir aquellos que querían pasar por allí y así intentar suprimir la necesidad de construir una carretera que no querían. Toda la ciudad se volvió loca. —Sonríe—. ¿Sabría decirme alguien a dónde voy con esto?

—Las coincidencias tienen algo que atrae a la gente —dice Nyx, y parece molesta al decirlo—. Cuanto más extraña es la coincidencia, más gente quiere creerla. Una ciudad entera que se vuelve loca es una buena historia; la gente querría ir allí para verificarlo en lugar de investigar el motivo.

Miro a Nyx con más atención. No puedo evitar sentir que esta conversación en particular tiene algo que ver con el asesinato.

—Totalmente cierto —corrobora Kartal—. ¿Alguien más?

—Es fácil convencer a la gente de que se crea las coincidencias y también de que no las crea —dice Aarya.

—Explícate —pide Kartal.

Aarya se reclina en su silla.

—Si la coincidencia se reafirma, la gente la conocerá e irá extendiéndose. Intentarán entender todos los detalles de por qué es tan extraño y se la creerán más allá de la razón. Sin embargo, si la

coincidencia se rebate, siempre quedará ensombrecida por una nube de duda, sea real o no.

—Estoy de acuerdo —dice Kartal—. Eso hace que idear un suceso así sea extremadamente arriesgado, pero glorioso si consigues llevarlo a cabo. Ahora decidme: ¿Qué historia no es como las demás?

—La primera —responde Layla—. Alguien que sabía que el rey Umberto había conocido al dueño del restaurante hizo que también se contara esta historia en las cenas de gala y las reuniones sociales. Una vez que la historia se hizo famosa, sería más que sencillo disparar al dueño del restaurante, decírselo al rey y luego idear su asesinato. Se basa en la rareza y les da credibilidad a las coincidencias, lo que sugiere que el destino es una razón plausible para la muerte del rey.

Miro a Layla y me quedo un poco impresionada. Ash tenía razón cuando decían que analizaban la historia, que entendían cómo una pieza de dominó cae sobre la otra, y que usaban esa información para predecir los sucesos venideros. No me extraña que interprete mi comportamiento.

—Y lo que es más —dice Felix—, el análisis de Layla ha creado la misma duda de la que hablaba Aarya. Así, incluso si las muertes del dueño del restaurante y del rey eran pura coincidencia, ahora hemos introducido nuevas variables con las que no podemos negar la posible intencionalidad de los sucesos.

—Así es —afirma Kartal—. El contexto de la historia influye en su credibilidad tanto como los hechos. Igual que un retratista esconde los defectos de sus modelos para cambiar la impresión que tendremos de ellos. Descomponer esas capas y encontrar la verdad suele ser complicado. Y, si la persona que ha ideado la historia es lo suficientemente lista, puede generar tanta duda que la verdad quede oculta para siempre —acaba lentamente.

Trago saliva. Hace una semana habría pensado que esta conversación era una coincidencia, pero, como acabo de aprender, las coincidencias pueden ser eventos debidamente orquestados.

—Vamos a hablar de una historia que se centra en el descubrimiento de un cadáver en lugar del cadáver en sí —dice Kartal.

Combato la necesidad de examinar la sala para ver si alguien más reacciona ante el doble discurso de Kartal. Layla se queda quieta de una forma poco natural, con cara de póker, y me doy cuenta de inmediato de que todos lo han oído. Yo soy la única idiota que está siendo obvia al respecto. Joder. Cada vez que creo que estoy poniéndome las pilas, descubro que voy un paso por detrás. Ash tenía

razón cuando me dijo que estaba en las gradas comiendo palomitas mientras todos los demás estaban en el terreno de juego.

—Durante la Segunda Guerra Mundial, la inteligencia británica arrojó un cadáver vestido con el uniforme de oficial británico al mar Mediterráneo —cuenta Kartal—. En sus ropas, metieron los planes de una invasión a Grecia. Lo de Grecia era una trampa; en realidad, pensaban invadir Grecia. Los españoles encontraron el cadáver y cayeron en la trampa, ya que creyeron que la invasión sería en Grecia. Sin embargo, lo que hizo que el plan funcionara fue que, aunque les dieron los documentos a los alemanes, nunca les entregaron el cuerpo. Se había elegido España como objetivo de esta estratagema por su especial aversión a las autopsias. Si hubieran descubierto el cuerpo los alemanes, le habrían practicado una autopsia y habrían descubierto que esa persona no había muerto por ahogamiento y que todo era una mentira. —Mira alrededor de la clase—. Todo el plan se basaba en el hecho de que las personas que encontrarían el cadáver no harían la inspección que deberían haber hecho.

Las preguntas que Kartal ha planteado hace que me dé vueltas la cabeza, sobre todo, si hay una posibilidad de que se esté refiriendo a cómo se encontró el cuerpo de Stefano y quién lo encontró. Blackwood advirtió que sus métodos de investigación serían inusuales e imprevisibles, así que una parte de mí no puede evitar preguntarse si algunos profesores intentan remover el asunto para hacer que nos preguntemos qué sabemos en realidad… Como yo hago ahora mismo.

DIECISIETE

—¿Por qué nos vamos de la sala común? Aarya todavía está allí —le susurro a Ash en mitad del pasillo vacío solo iluminado por una antorcha.

Ash me lleva a una zona sin luz y me habla tan bajo que apenas le oigo y eso que estoy a su lado.

—Porque he visto a Felix diciéndole en lenguaje de signos que iban a quedar.

—¿Quedar dónde? —le pregunto con un nudo en el estómago.

Que Ash esté tan cerca no me ayuda con los nervios. Estoy segura de que si alguien pasara por el pasillo pensaría que estamos teniendo un momento romántico. Pero lo último que necesito son más amonestaciones. Con las que llevo seguramente acabe limpiando váteres con un cepillo de dientes.

—Supongo que en su habitación —responde.

Me echo ligeramente hacia atrás para mirarlo mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que quiero escuchar esa conversación —dice en un susurro y noto por el tono de su voz que habla en serio.

Abro los ojos cuando me doy cuenta de lo que sugiere.

—No. Olvídate. No estoy dispuesta a eso, Ash. No voy a colarme en la... No pienso hacerlo.

—Entonces quédate aquí y sigue asustada —dice—. En cualquier momento van a salir de la sala común y perderemos nuestra oportunidad. Pero no pasa nada, vete a la cama. Estoy segura de que dormirás estupendamente sabiendo que te culparán por un asesinato que no cometiste —espeta mientras se aleja.

Por un momento me quedo mirándolo con la boca abierta. Está claro que he encontrado la horma de mi zapato en cuanto a presionar

de formas creativas.

—Mierda —digo entre dientes, y camino rápidamente por el pasillo para alcanzarle.

Cuando llego hasta él, sus labios esbozan una sonrisa, como si supiera exactamente cuál iba a ser el resultado de la conversación. Frunzo el ceño y considero la idea de soltar algo sarcástico, pero en cuanto llegamos a la escalera, el miedo que siento por lo que vamos a hacer eclipsa el enfado con Ash.

Ash se detiene en la entrada al dormitorio de las chicas del segundo piso para buscar a los guardias y, de inmediato, tengo una sensación de *déjà vu* de la otra noche. Solo que ahí todavía era un juego.

Ash me hace señas para que lo siga y nos metemos en el pasillo sin hacer ruido al caminar. Se para en la cuarta puerta por la derecha y levanta en silencio el pestillo de la puerta de Aarya e Inés. Nos colamos dentro y mi corazón empieza a latir a mil por hora.

Nunca me había parado a pensar en lo fácil que es meterse en los espacios de los demás en la academia. Las puertas solo tienen pestillo por dentro. Aunque la verdad es que no creo que los pestillos sirvan de mucho con esta gente. En lugar de verlos como una barrera, supongo que los pestillos servirían de incentivo para intentar colarse.

—¿Ahora qué? —susurro mientras observo el salón, que es una réplica del mío y del de Layla.

Entre los suelos de piedra y los muebles antiguos, el único sitio bueno para esconderse es debajo de las camas y de ninguna manera me voy a arriesgar a quedarme atrapada en sus dormitorios.

—Ahora lo que tienes que hacer es recoger esa ramita de césped que has traído contigo —dice Ash mirando al suelo como si no pudiera creer que fuese tan descuidada—. A menos que quieras alertar a Aarya de que estamos aquí y, si ese es el caso, espero que tengas unas buenas habilidades de lucha para superar un tres contra dos.

Miro al suelo y por supuesto que hay una única hoja de césped que se me ha debido quedar pegada a la suela de la bota. La recojo y me la meto en el bolsillo.

Ash cruza la habitación hacia la ventana tapada con pesadas cortinas.

—Este alféizar es lo bastante grande. Ve al fondo e intenta que la cortina no sobresalga mucho. No te sientes en el alféizar: quédate de pie y pega la espalda en el lateral del arco de la ventana. Elige una postura en la que puedas quedarte varias horas y donde tengas hueco

para moverte sin hacer ruido. Si alguien le da a la cortina, tienes que estar preparada para moverte para que la tela no te toque el cuerpo y nos delate.

Me quedo mirándole un momento y no puedo dejar de pensar que es imposible que hable en serio. Pero no muestra ningún indicio de que no sea así.

Trago saliva.

—¿Quieres que me esconda durante horas en una ventana de un segundo piso en la habitación de alguien que seguramente no se pensaría dos veces tirarme ventana abajo? ¿Y que hay una posibilidad real de que alguien compruebe las cortinas y que tengo que evitar su mano?

—Sí —responde Ash, como si fuera la cosa más normal del mundo. Luego desliza la cortina lo suficiente como para que pueda meterme —. Tú primero.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —pregunto, y me doy cuenta de que he dado un paso atrás en lugar de acercarme a la cortina.

—Esperaremos a que se vayan a dormir y saldremos en silencio — dice.

—¿Y si alguien se queda a dormir en el sofá?

—Entonces nos quedaremos atrapados toda la noche o nos tendremos que arriesgar a pasar junto a ellos —replica, y hace una pausa—. Tienes que ponerte detrás de la cortina, a no ser que quieras que nos pillen con las manos en la masa.

Me acerco a él, temiendo el momento en el que Aarya vuelva.

Ash me observa con atención. Me agacho tocando indecisa la cortina.

Ash suspira.

—Vuelve a tu habitación, November —dice, y dejo lo que estoy haciendo.

—¿Cómo dices?

—En serio, vuélvete. No puedes hacer algo así si no estás segura. Nos vas a delatar. Vete. Rápido, antes de que haya sido para nada.

Me quedo quieta, me retiro el pelo de la cara y él me mira con dureza. Quiero decir algo para protestar, pero tiene razón. No hay tiempo. Y lo único que podría empeorar la situación es si nos pillaran porque me he quedado quieta como una tonta.

Me asomo al pasillo y, afortunadamente, está vacío. Salgo de la habitación y cierro la puerta detrás de mí. No he salido tan silenciosamente como lo habría hecho Ash y eso solo me hace sentir

como una mierda por todo este asunto mientras me dirijo a las escaleras que dan a mi habitación. Es la primera vez que alguien sugiere que no tengo la seguridad necesaria como para hacer algo y me está volviendo loca. No ha dicho que no valiera. No me habría llevado si no pensara que soy capaz. Pero ese césped ha sido un descuido imperdonable.

Voy de puntillas por el pasillo donde está mi habitación con cuidado de no pisar la madera suelta. Me pongo a gatas y me arrastro por el suelo del salón hasta llegar a la parte de atrás del sofá.

—Puedo oír tu respiración, espía con esquijama —suelta la tía Jo desde el sofá, donde está jugando a las cartas con mi padre.

Me levanto.

—Jopé.

—Y te he visto arrastrarte por el suelo, Nova —dice mi padre—. ¿Qué te he dicho de eso?

Pongo la mano en la cadera, enfadada por tener que repetir las cosas como si fuera una niña cuando ya tengo casi ocho años.

—Que mi tamaño es una ventaja, pero no lo es si no sé ocultarme como es debido.

—¿Y cómo podrías haberte ocultado mejor? —pregunta.

Suelto un bufido.

—Si me hubiera quedado en el pasillo en vez de venir hasta el sofá.

Él asiente.

—Pero desde allí no os puedo oír tan bien —protesto—. Y el suelo del pasillo está frío.

—Pero nos habrías oído —replica—. Sin embargo, al venir hasta el salón, te hemos pillado y tu tía Jo y yo sabemos que nos estabas espiando. ¿Qué has conseguido con eso?

—Nada —digo molesta.

—No lo has hecho tan mal, pequeñina —dice la tía Jo, y pone un codo en el respaldo trasero del sofá para mirarme mejor—. Y me siento muy halagada de que te hayas tomado tantas molestias para venir hasta aquí a espiar nuestra conversación. No dejaré que te vayas con las manos vacías. Por el esfuerzo, te compensaré diciéndote que le estoy pegando la paliza del siglo a tu padre.

Mi padre niega con la cabeza.

—La imaginación es una cosa asombrosa, Jo. —Me mira a mí—. Ahora, vuelve a la cama, Nova.

—Vale —refunfuño, y la tía Jo me da un beso en la frente.

Me mira los tobillos y se echa a reír, porque he cortado de forma irregular la parte antideslizante y ruidosa que tiene mi esquijama.

Con siete años tenía más seguridad, estaba más dispuesta a correr riesgos, que ahora en la habitación de Aarya. Y me manejo mejor como para ir dejando cosas por ahí y quedarme indecisa de esa manera. Mi padre me dijo un millón de veces que o bien hacías algo o no lo hacías, pero que dudar no era una opción.

Cuando llego a mi habitación, lo primero que hago es mirar detrás de las cortinas y bajo las camas. Emily siempre pensó que era raro que mi familia me animara a mejorar mi habilidad de fisgonear en vez de regañarme. Yo le respondía que era porque mi padre creía que las habilidades de supervivencia eran para eso: para sobrevivir. Pero hasta que no llegué aquí no me di cuenta de la razón que tenía.

DIECIOCHO

Layla me pasa mi capa mientras me cuenta lo que Ash escuchó anoche.

—Por lo visto, Matteo acaba de volver del perímetro exterior, así que Felix le estaba diciendo a Aarya que no estaba seguro de que supiera lo de Stefano —dice Layla—. Aunque estoy convencida de que supo que algo iba mal cuando volvió a su habitación y Stefano no estaba.

—¿Perímetro exterior? —pregunto—. ¿A qué te refieres?

—Se sabe que Blackwood manda a los alumnos al perímetro exterior como parte de su castigo. Las tareas van cambiando, pero es frustrante, porque te pierdes todas las clases.

Intento controlar el miedo en mi rostro al saber que Matteo ha vuelto. Ya me ha pegado un puñetazo sin motivo aparente que yo sepa; no quiero ni pensar lo que me haría si piensa que he matado a su amigo.

—¿Cómo sabía Felix que Matteo estaba en el perímetro exterior?

Solo en un colegio tan competitivo como este habría alumnos molestos por perder clases.

Layla se encoge de hombros.

—Ash no me lo dijo. Quizá Felix lo vio al volver y lo supuso o quizás escuchó a Matteo contándole a alguien dónde había estado. Felix también le dijo a Aarya que Charles vio a Ash fuera de su habitación la noche del asesinato. Si Aarya lo sabe, te puedo asegurar que todo el colegio lo sabrá a la hora de la comida, lo que nos deja demasiado vulnerables de cara a otros alumnos que crean que tú o Ash sois responsables.

—Genial —digo sin entusiasmo mientras meto los brazos en las mangas de la capa—. ¿Es raro que Charles le cuente a Felix que vio a

Ash? No me dio la sensación de que fueran amigos.

—No lo son. Pero se pasa información por estrategia, no por amistad.

Layla abre la puerta y nos adentramos en el pasillo, cortando nuestra conversación.

Mientras camino junto a Layla, miro sin pensar por encima del hombro en busca de Matteo, aunque es poco probable que esté en el dormitorio de las chicas. No puedo evitar sentirme molesta porque Ash no me contara lo que escuchó anoche; debió venir a nuestro dormitorio esta mañana para contárselo a Layla, pero no a mí. Sé que su hermana es su primera opción, pero me pregunto si ha perdido algo de fe en mí por dudar tanto al esconderme en la habitación de Aarya. Y no puedo culparle por ello. En una situación en la que nos jugamos tanto, he metido la pata.

—Si sigues mirando por encima del hombro, todo el colegio sabrá que le tienes miedo a Matteo, cosa que te hace parecer culpable —dice Layla en voz baja mientras pasamos por el vestíbulo de la planta baja.

—Si no miro por encima del hombro y Matteo se me echa encima, me dejará hecha papilla —murmuro intentando calmar el intenso nerviosismo que siento.

Entramos en el patio de las vides y nos detenemos. Ya hay ahí unos siete alumnos.

—Vendré a recogerte antes de la clase de venenos —dice Layla, y noto por cómo esquiva la mirada que hasta ella está preocupada por la vuelta de Matteo.

Me siento como si estuviera en un universo alternativo. Hace apenas una semana no pensaba en nada más que en cómo escaquearme de un castigo y en ir de compras con Emily para el baile de invierno. Ahora mis pensamientos están ocupados con asesinato, engaño y clases que enseñan cómo envenenar a la gente. Nunca he sentido tanta nostalgia.

—Entonces ¿vas a ir al baile con Jack o qué? —me pregunta Emily mientras le da vueltas a una nube sobre la hoguera en mi porche trasero.

—No estoy segura —respondo remetiendo la manta alrededor de mis piernas.

Le doy un bocado a mi nube.

—De eso nada. No tengo ganas de hacerte de niñera toda la noche —dice Emily.

—¿A mí? Si soy la persona más sociable que conoces —replico, y

acerco su mano un poco al fuego para que la nube se haga antes.

Ella me mira.

—Ah, no me preocupa que te quedes mirando la pared toda la noche. Me preocupa que te aburras y decidas escalar el edificio y tirarte por la claraboya del techo con el vestido como paracaídas.

Me echo a reír.

—¿Y crees que Jack me va a entretener tanto como para no querer liarla? El problema es que, si voy con él, seguramente acabe yo haciéndole de niñera toda la noche.

Ella niega con la cabeza.

—No te entiendo. Te parece guapo.

—Lo es. Pero es aburrido, ¿sabes? —Hago una pausa—. Prefiero enrollarme con él de fiesta en fiesta y dejarlo estar.

Emily se ríe.

—Eres lo peor.

—Lo peor, pero no aburrida —digo con una sonrisa y me quito un poco de chocolate del labio.

La puerta trasera se abre y las dos alzamos la vista.

—Chicas, podríais tostar las nubes igualmente en la chimenea sin tener que quedaros pajarito —dice mi padre.

—Eso es lo que le digo siempre —replica Emily—. Pero ya sabes cómo es.

—Tenemos como diez mantas y hace unos agradables ocho grados —defiendo.

—Como si estuviéramos en el trópico —gruñe Emily.

—Bueno, os dejo una tetera al fuego por si queréis un poco de té para entrar en calor —dice mi padre.

—Gracias, papá. Ahora entramos.

Hace ademán de cerrar la puerta y luego se detiene.

—Se me olvidó decírtelo, pero mañana voy a casa de la tía Jo después del trabajo. No estaré aquí para la cena.

—Puede quedarse a comer en mi casa —se ofrece Emily—. Sin problema.

—Me alegro —dice él, y cierra la puerta.

—Tu padre está yendo mucho a Providence. Es la segunda vez en dos semanas, ¿no?

—La tercera —le corrijo—. La está ayudando con algunas reparaciones. No dejo de decirle que vaya los fines de semana para poder ir con él.

Mi padre fue a ver a la tía Jo tres veces en dos semanas, que ya es bastante raro, pero además iba los días en los que yo no le podía acompañar. Y justo después de todas esas inusuales visitas, entraron a robar en su casa. Lo que me hace preguntarme: ¿Mi padre sabía que pasaba algo incluso antes del supuesto robo? No me puedo creer que no me haya dado cuenta. Y ahora que soy dolorosamente consciente de que no sé nada sobre mi familia, estoy preocupada. Preocupada por lo que está pasando en realidad y porque no puedo contactar con ellos de ninguna forma y saber si todo va bien. Me cago en el aislamiento arcaico de este colegio.

Justo en ese momento, Matteo entra en el patio y me saca de mis pensamientos. No parece que tenga los ojos rojos e hinchados de llorar como yo tendría si acabara de perder a un buen amigo. En su lugar, parece concentrado y… furioso. Inés y Felix entran en el patio justo detrás.

Por instinto, compruebo a qué distancia me quedan las dos salidas, por si acaso tengo que salir corriendo. Pero Matteo no me ha mirado siquiera. Sin embargo, Charles y Brendan no dejan de hacerlo.

La profesora sonríe y se pone la mano en el pecho.

—Profesora Basurto —dice, y así rompe el silencio que se había instalado entre nosotros seis—. Tú debes ser…

—November —digo.

—November. Claro, por supuesto. Lo único que necesitas saber es que me muevo rápido, espero lo mejor y te animo a que seas creativa.

«Basurto: apellido español, uno que siempre me ha gustado, porque significa “en medio del bosque”».

—Hecho. Me encanta escalar —respondo, pero suena menos alegre de lo normal.

—Entonces nos llevaremos bien. Por qué estar en el suelo cuando puedes estar en un árbol, ¿no?

Guiña un ojo y da una palmada.

Matteo sigue sin mirarme. No estoy segura de si eso es bueno o malo.

—Durante siglos, los árboles han desempeñado un papel fundamental en las conspiraciones y en los engaños —explica Basurto —. Tenemos el Roble Mayor en el bosque de Sherwood, cuyo tronco vacío supuestamente les servía de escondite a Robin Hood y sus abanderados. Está la flecha que mató a Ponce de León porque la punta estaba manchada de veneno salido de la savia del árbol de la muerte. Existen armas hechas de madera y códigos letales escritos en papel, y

luego está mi uso favorito de los árboles: escapar. Son el método de huida perfecto, porque ofrecen un terreno impredecible, cobertura y solo los más habilidosos pueden moverse entre ellos rápidamente evitando la muerte o graves lesiones en la caída.

Vuelvo a mirar de reojo a Matteo, pero parece que tiene la cabeza en otra parte.

Basurto sonríe y pega un salto mientras va caminando por el césped. Lleva las mangas de la camisa arremangadas, lo que deja a la vista unos brazos que sin duda se ha ganado tras años escalando.

—Así que hoy vamos a empezar con un ejercicio de persecución. Deberéis demostrar que sois intocables o, al contrario, si se da el caso. En el primer equipo quiero a Charles, Matteo, Nyx, November y Kiku. —Basurto nos va señalando a cada uno de nosotros y termina con la chica con la que Ash llegó a la sala común la otra noche—. Adelantaos y formad una línea. La persona que tenéis delante tiene que haber escalado una vid antes de que salgáis y así sucesivamente.

Intento ponerme la última de mi grupo sin que parezca obvio, pero Matteo me intercepta el paso y se pone detrás de mí, en último lugar. El estómago me da un vuelco tan rápido que trago saliva. Charles mira hacia atrás para verme y sonríe.

—Cuando os lo indique, escalaréis tres cuartos de la pared de vides —dice Basurto—. Y cuando os dé la salida, escalaréis lo más rápido que podáis hasta alcanzar la otra punta del patio. La primera persona de cada grupo que llegue al otro lado gana. Los que estáis al final de la fila solo podréis avanzar si alcanzáis a la persona que tenéis delante. Ser el primero tiene sus ventajas, pero también significa que todo el mundo va a por ti. De ahí la persecución. Si os tocan, estáis descalificados. Asimismo, si os caéis, quedaréis fuera. Haremos este ejercicio más de una vez e iremos cambiando el orden.

Kiku está delante de mí, luego está Charles; Nyx está en primera posición. Detrás de mí, oigo cómo Matteo se cruje los nudillos. Me froto las manos en los pantalones para asegurarme de que están secas y que puedo agarrarme bien a los nudos de las vides. Noto el pulso en la punta de los dedos.

—Que empiece la escalada —dice Basurto.

En cuanto levanto el pie del suelo siento esa sensación de emoción que me resulta familiar. Por desgracia, se mezcla con el miedo que me produce que Matteo esté justo detrás de mí. Lo único que quiero es mirar en su dirección, pero la advertencia de Layla de no mostrar miedo resuena en mi cabeza.

—¡Ya! —Basurto grita de improviso antes de que hayamos llegado a la mitad del árbol.

Llego hasta lo alto de mi vid, alcanzo la primera rama que veo y subo las piernas con un balanceo. A dos ramas de distancia, Kiku acaba de agarrarse. Consigo estabilizarme para saltar a la siguiente rama, pero la rama de Kiku está demasiado lejos. Veo una vid y, rápidamente, me muevo hacia la izquierda para agarrarme. Kiku mantiene el equilibrio, pero sigue pensándose su próximo movimiento y, mientras lo hace, me cuelgo hasta su rama, con una mano en la vid para asegurarme. Ella salta al ver mis pies, pero le toco el codo con la punta de los dedos antes. «Te pillé».

Me dirige una mirada letal.

Miro hacia atrás para darme cuenta de que Matteo está a una rama de distancia y el corazón se me desboca. Si dudo, seguro que me atrapa.

Todavía con la vid en la mano, tiro de ella con fuerza hacia mí y la engancho alrededor del tronco con un nudo para más seguridad y manteniéndome fuera del alcance de Matteo. Eso me da algo más de tiempo. Luego empiezo a trepar en busca de Charles mientras esquivo ramas. Cuando lo encuentro, él y Nyx están a unos dos metros por encima de mí en los árboles y a mitad del patio, donde las ramas son más finas. Veo cómo Nyx se atreve a dar un salto que consigue estabilizar cuando aterriza. Charles no está muy lejos.

Todo el tiempo que han pasado persiguiéndose el uno al otro por el dosel arbóreo ha entorpecido su avance, lo cual me da una oportunidad para alcanzarlos. Mantengo el equilibrio sobre una rama grande y sólida y me agarro a otra vid mientras echo a correr. Me detengo cuando estoy debajo de ellos.

Oigo el crujido de unas botas y el sonido está demasiado cerca para mi gusto. Miro a la izquierda y me encuentro que Matteo está sobre la misma rama que yo y a apenas unos seis metros de mí. Le tiro la vid encima con la esperanza de que eso lo detenga, pero logra esquivarla. Sabiendo que Matteo está a unos segundos de distancia, trepo a una rama más alta tan rápido que me quemo la espalda con la corteza del árbol. Justo cuando consigo equilibrarme, Nyx salta de una de las ramas que hay sobre mi cabeza y me agacho instintivamente. Pero Charles está cerca de mí y, en cuanto pone el pie en la rama, pego un salto y le toco el tobillo. El horror que refleja su rostro es bastante satisfactorio.

Golpea una rama que tengo arriba y me caen ramitas y hojas en la

cara.

Me echo a un lado y agarro una rama más alta. Sin embargo, antes de que pueda sujetarme bien, una mano enorme me atrapa la pantorrilla. Miro hacia abajo y, cuando establecemos contacto visual, en lugar de soltarme, Matteo tira de mi pierna. Mis manos se aferran sin éxito a la corteza y caigo con el estómago sobre la rama donde estaba de pie hace unos segundos. Muevo las piernas e intento desesperadamente mantenerme en la rama, pero el impulso del golpe ha sido demasiado grande y me tambaleo frenéticamente hacia Matteo para agarrarme a su tobillo y no caerme.

Durante medio segundo nos quedamos quietos en esta posición: yo colgando de su bota y él mirando hacia abajo. Hasta que consigo enganchar las piernas alrededor de una vid y lo suelto.

Estoy tan cabreada que quiero gritar, pero Matteo ya está en movimiento en busca de Nyx.

Me equilibro con la vid, temblando de rabia y por el esfuerzo físico, y me abro paso hasta el suelo. Si no estuviera tan acostumbrada a caerme de los árboles, Matteo podría haberme matado. Seguramente esa era la intención.

—Un primer turno maravilloso —dice Basurto en cuanto aterrizo en el suave césped, aunque apenas le presto atención a su cumplido, porque me dirijo al final del patio, donde Matteo está a punto de llegar.

Doy vueltas por el césped.

—¿Por qué será que tanta gente parece querer hacerte daño? —pregunta Brendan con su tono de voz suave como la seda—. Será por tu deslumbrante personalidad.

Charles se une y sonríe.

—Lo que tú digas —replico.

No suelo enfadarme a menudo, pero cuando lo hago, quiero hacer el mundo trizas. Miro las marcas de quemaduras de los brazos. Tengo manchas de sangre en la camisa blanca.

Mientras examino los cortes, Matteo se baja de una vid y, en cuanto se planta en el suelo, le pego un empujón con las dos manos, lo que le hace retroceder.

—Podrías haberme matado —gruño—. Basurto dijo «tocar», no tirar de la persona que has alcanzado para matarla. ¿Qué coño te pasa? ¡Y ni se te ocurra decir que es por Stefano, porque sabes que no mataría a nadie de mi propia familia solo para vengarme de un puñetazo! —Me estoy aventurando, pero espero que la indignación

por la familia le parezca verídica.

Tengo que quitarle autoridad a esa persona que intenta que nos enfrentemos el uno contra el otro.

—¡Eh, parad! —grita Basurto desde la mitad del patio mientras camina hacia nosotros—. Así no es como se usa la energía en mi clase.

Matteo baja la vista para mirarme, con la respiración entrecortada por la escalada, retándome a pegarle.

—Díselo a quien le importe. Tus palabras no significan nada para mí. —Tiene la voz tranquila, pero sus ojos reflejan todo lo contrario.

Basurto se pone entre nosotros.

—Veo que los dos tenéis habilidad para el drama. He visto lo que has hecho en los árboles, Matteo. No es la forma de proceder, lo admito. Pero si de verdad quisiera matarte, November, podría haber sacudido la bota antes de que pudieras alcanzar una vid. Pero seguid así. Pelearos. Tiraros al suelo como niños si es lo que necesitáis.

Matteo y yo nos miramos durante un buen rato hasta que aparto la mirada. Lo cierto es que ha tenido la oportunidad de matarme y ha elegido dejar que me agarrara. Pero eso no prueba que no me quiera muerta, solo que no estaba dispuesto a matarme delante de todo el mundo.

—¿No os animáis? Bueno, entonces sigamos con este maravilloso día —dice Basurto.

Toda la clase nos está observando y Brendan y Charles parecen especialmente interesados en esta conversación. Me siento extrañamente expuesta.

DIECINUEVE

Todavía nerviosa tras la conversación con Matteo y la preocupación que siento por mi familia, tomo asiento en el despacho de Conner. Me centro en las llamas que crepitan en la chimenea, la única cosa de la habitación que se mueve y no parece de otra época.

—¿Hay algo que quieras contarme, November? —pregunta Conner desde el sofá que está justo enfrente del mío.

Diez cosas que no quiero que sepa cruzan mi mente.

—No especialmente —respondo.

Sus ojos me observan de una forma que me da a entender que no acepta esa respuesta.

—¿Por qué no hablamos de tu amistad con Ashai? —dice lentamente.

Odio estas preguntas vagas. Prefiero las preguntas directas de Blackwood.

—¿Dónde está la directora Blackwood?

—No está aquí —dice Conner, y no me da más explicaciones.

Me reclino en el sofá para intentar darle la impresión de que estoy cómoda y no tengo nada que ocultar.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Ashai y tú habéis pasado mucho tiempo juntos —dice como si me estuviera retando a llevarle la contraria.

—Es el hermano de mi compañera. Sería difícil evitarle aunque quisiera —digo.

—¿Y quieres? —pregunta.

Estos juegos mentales son lo peor.

—No especialmente.

—¿Porque te resulta atractivo? —pregunta.

—Ya me escuchó decirle eso a la directora Blackwood —replico

como quien no quiere la cosa, como si no hubiera más que contar.

—Pero no te creí cuando lo dijiste —dice Conner, y mantengo la respiración durante un breve segundo.

—¿Está de broma? —pregunto con un tono de voz algo más animado—. Incluso alguien que estuviera mal de la vista consideraría que Ashai es atractivo.

—No voy a cuestionar su aspecto. Solo que no me creo que sea un factor decisivo para que salgas de tu habitación pasado el toque de queda.

Instintivamente miro de reojo la puerta, cosa de la que estoy segura de que se da cuenta e interpreta como que quiero evitar la pregunta.

Él espera.

Suspiro en un intento de demostrarle que voy a decirle lo que quiere saber.

—Me dijo que le preocupaba que no fuese capaz de seguir el ritmo en historia. Bueno, pues soy competitiva, como todos aquí, y no quería quedarme atrás. Me di cuenta de que Ashai era un gran analista y quería convencerle de que me diera clases.

Conner sopesa mis palabras.

—Mm. Ya veo. Y esa noche, después de quedar con él, ¿podrías volver a decirme qué camino tomaste para volver a tu habitación?

Mierda. Ash estaba equivocado; no lo hice bien en el primer interrogatorio.

—Cuando hablé con usted y con la directora Blackwood, ya charlamos de...

—Cuéntame paso a paso lo que hiciste —dice Conner y baja el bolígrafo para observarme con atención.

Inspiro profundamente para intentar calmar los latidos de mi corazón, pero no funciona.

—Cuando volvimos al edificio, íbamos con prisa. Yo...

—¿Por qué puerta entrasteis?

—Por la que está en el extremo este del patio de las vides.

—Ajá, continúa —dice—. Con detalles, por favor.

—Como dije, iba con prisa, porque sabía que era tarde y tampoco hay mucho que contar. Subí las escaleras y crucé el pasillo. Y, cuando conseguí llegar a mi habitación, el guardia me vio —digo intentando mantener un tono de voz calmado y las manos, quietas.

—Cuando digo «detalles», quiero detalles, November. —El tono de voz de Conner es duro—. ¿Qué escalera? ¿Qué pasillo?

Siento como si la temperatura hubiera aumentado diez grados de repente. Me remango.

—El pasillo en el que está mi habitación y las escaleras junto al patio.

Solo espero que al empezar por contar la verdad haga que no se dé cuenta de que miento.

—Blackwood y yo interrogamos al guardia que te vio —dice, y las palmas de las manos me empiezan a sudar—. Y, por desgracia para ti, esa noche el guardia patrullaba por el dormitorio de las chicas en una dirección diferente a la que normalmente sigue. —Añade esto último de una forma que me hace pensar que está cerrando el caso del tirón.

Hago un esfuerzo consciente por quedarme quieta y que no me vea retorcerme.

Conner se queda en silencio, prolongando la pausa, porque sabe que estoy pendiente de cada palabra.

—Normalmente, el guardia entra en la zona de los dormitorios desde el pasillo oeste. Pero esa noche fue por las escaleras y por el pasillo este. —Conner sonríe—. La misma escalera que supuestamente subiste tú para volver a tu habitación. Si de verdad hubieras ido por esas escaleras y ese pasillo, te lo habrías encontrado de frente. A menos que esperes que me crea que estabas en las escaleras con él, pero tan callada y tan invisible que no te oyó ni te vio.

El pulso se me acelera, pero sigo en silencio. Ya he aprendido que es mucho mejor no hablar cuando te pillan que tapar una mentira con otra.

—¿Y bien? —dice.

—No lo sé —respondo, y noto una gota de sudor en el labio superior.

—¿No lo sabes o estás mintiendo? —pregunta con una petulancia exasperante.

Mi mente va a toda velocidad.

—Me parece raro que un guardia que hace la misma ruta todas las noches de repente decida cambiarla —suelto para restar atención a mi persona.

Pero, ahora que lo he dicho, lo cierto es que suena raro.

La petulancia de la expresión del rostro de Conner desaparece, como si hubiera interrumpido su juego favorito. Entrecierra los ojos ligeramente.

—Eso no cambia el hecho de que él estaba en las escaleras y que tú no podías estar allí.

—Lo siento, pero no sé cómo explicarlo. Estoy tan confusa como usted. Quizá debería interrogar en profundidad a ese guardia. Puede que no se lo haya contado todo.

Nos quedamos mirándonos unos segundos más y mi instinto me dice que, aunque puede que haya ganado esta ronda, la pelea no ha hecho más que empezar. Conner quiere un responsable y ahora mismo cree que soy culpable. No es que pueda culparle con todas las mentiras que he dicho.

Deja la carpeta sobre el cojín de color bermellón, se ajusta la chaqueta y se quita una pelusa del hombro. Cuando vuelve a hablar, su tono de voz es suave y relajado.

—Háblame de tu conflicto con Matteo.

—Es simple. Me odia y no entiendo por qué —contesto aliviada de poder decir algo completamente cierto.

—Me sorprende que no lo entiendas teniendo en cuenta que sois el uno para el otro.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Qué acaba de decir?

Ash y Layla tenían razón. Que yo no conozca a nadie aquí, no significa que ellos no sepan quién soy yo.

Conner me mira.

—Presta atención, November. Digo que me sorprende que no lo entiendas teniendo en cuenta cómo sois el uno con el otro. Me he enterado de vuestra pequeña disputa de antes en el patio.

Miro a Conner de reojo. Eso no es lo que ha dicho. También es muy posible que lo sepa y que esté jugando conmigo para ver cómo reacciono.

—Ha estado a punto de tirarme del árbol.

—¿E intentaste empezar una pelea con él? —pregunta Conner.

—No —respondo mientras me rasco el brazo, a pesar de que no me pica—. Solo quería que dejara de atacarme.

—¿Atacándole tú?

—Encarándome con él —contesto con sinceridad.

—Bueno, yo me mantendría al margen si fuera tú —dice Conner—. No creo que causar más conflictos sea inteligente en esta situación. ¿No crees?

Me quedo mirándolo con la certeza de que cualquier cosa que diga ahora solo acabará empeorando las cosas.

Conner cruza las piernas y se echa hacia atrás.

—También le dijiste a la directora Blackwood que querías irte a

casa.

Mi corazón se detiene.

Él hace una pausa.

—Qué raro que pidas irte a casa después de todo lo que ha hecho tu familia para que te admitan en el colegio tan tarde. A menos que… ¿intentes huir de algo?

—Yo… —Quiero preguntarle desesperadamente qué hizo mi padre para meterme aquí, pero algo me dice que hacerle saber a Conner lo poco que sé es muy mala idea. Me froto la nuca—. No lo sé.

—¿No lo sabes? —repite alargando las palabras.

—La verdad es que no estoy segura de por qué dije que quería irme a casa. Creo que estaba frustrada por que me interrogaran tan intensamente por un asesinato que no he cometido.

—Si no has cometido el asesinato, el interrogatorio no debería frustrarte —dice.

—Bueno, no soy perfecta —replico.

Parece que Conner no se lo traga.

—Estoy deseando que volvamos a charlar, November. Creo que tienes mucho en lo que pensar. Aunque te aconsejaría que no volvieras a mentir a la directora Blackwood. Si lo haces, acabarás mal.

No sé a qué mentira se refiere y tengo la sensación de que esa es la cuestión: ponerme nerviosa por todas las que he dicho. Me levanto.

—¿Puedo irme?

Él asiente y no dudo. En cuanto cierro la puerta detrás de mí, siento un escalofrío. De verdad piensan que soy culpable. Y lo cierto es que incluso a mí me parece sospechoso. Tenía un motivo para vengarme de Matteo, estaba fuera esa noche y un guardia me vio llegar por el pasillo en el que se encontró el cadáver de Stefano. Ash me advirtió que podía acabar siendo el chivo expiatorio. Pero, por algún motivo, nunca esperé que me castigaran por algo que no he hecho.

Me alejo tan rápido como puedo del despacho de Conner y casi me estampo con Aarya.

—¡November! —exclama en un tono animado—. La chica que quería ver. Tengo entendido que has perdido algo.

La miro de arriba abajo. Está de buen humor y eso no significa nada bueno.

—Aparte de perder la paciencia si no te mueves, no se me ha perdido nada —digo haciéndome a un lado para rodearla.

Ella se mueve para bloquearme el paso.

—Ah, yo creo que sí. Es algo muy pequeño, pero dice mucho —dice con acento americano.

—Aarya, o lo sueltas ya o quítate de mi camino —digo; no estoy de humor para sus juegos.

—Miau. —Curva los dedos ante mí como un gato—. Alguien está hoy de mal humor. ¿Supongo que la entrevista con el doctor Conner no ha ido bien? Qué mala suerte. Aunque creo que la mía irá mejor. Creo que estará muy interesado en saber que esta mañana he encontrado un pelo tuyo en mi habitación.

Me echo a reír para esconder el horror que se me clava en el estómago.

—Estás obsesionada conmigo, ¿eh, Aarya? No me malinterpretes, me halaga. Pero analizar todos los pelos que te encuentras es ir un poco lejos, ¿no?

Repaso mentalmente los momentos que pasé en su habitación. ¿Me toqué el pelo? Supongo que se me caería alguno. O quizás estaba en mi capa y cayó al suelo.

—Tengo buenas y malas noticias, Ember. ¿Te puedo llamar así?

—No.

—La buena noticia es que no estaba realmente segura de que este pelo fuera tuyo. La mala es que acabas de convencerme de que así es. Estoy sorprendida —hace una exagerada actuación en la que abre mucho los ojos y se toca el corazón— de que Ash y Layla no te hayan enseñado a manejarte como es debido. Estaba segura de que este colegio tenía mejores estándares. Pero supongo que están metiendo la pata admitiendo viejales —suspira.

Doy un paso y esta vez me deja pasar. Se ríe.

—No deberías colarte en las habitaciones de los demás, Ember, a menos que estés preparada para las consecuencias.

Hay un matiz alegremente amenazador en su tono de voz, como un payaso psicótico en una película de miedo.

Sigo caminando.

—¡Un besi! —grita a mis espaldas.

VEINTE

Camino por el pasillo hasta llegar a mi habitación a paso ligero, motivada por la ansiedad.

—¿Layla? —digo mientras levanto el pestillo de la puerta y entro, pero nadie me responde.

Cierro la puerta y me dirijo a mi dormitorio.

—Está en la biblioteca —dice una voz, y Ash sale de detrás de mi puerta obligándome a retroceder dos pasos de un salto.

—Joder, Ash. Casi me provocas un ataque al corazón —espeto.

—Entonces deja de sorprenderte tan fácilmente —responde él, y me encojo por dentro.

Una imagen de él diciéndome que me fuera de la habitación de Aarya anoche cruza mis pensamientos.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Tengo que dejar de asustarme tanto. Tengo que dejar de hacer muchas cosas —apostillo, y me dirijo hacia la ventana para tocar la cortina con la mano.

—Ya he mirado por ahí —replica Ash, y voy hacia el cuarto de Layla—. Y también en vuestros dormitorios.

—Ah —exclamo, y me detengo.

Me mira con detenimiento.

—Estás prácticamente temblando. Eso no es solo por haberme encontrado aquí. Ha pasado algo.

—Aarya sabe que estuve en su habitación —respondo—. Dice que encontró un pelo mío.

Lo miro en busca de algún signo que demuestre que Aarya iba de farol, pero no revela nada.

—Te advertí que cubrieras tus pasos —dice.

—Créeme, he aprendido la lección sin lugar a duda. No es que crea que puedo evitar que se me caigan pelos de la cabeza. Pero estoy de

acuerdo con lo del césped. No volveré a cometer el mismo error. Ni dudar de esa forma —añado con el ceño fruncido—. Aarya podría habernos pillado por mi culpa. Me ha pillado a mí.

—Mm. Ya veo. ¿Y te da miedo?

—Es totalmente impredecible.

Ash se encoge de hombros.

—Cierto, pero Inés es mejor luchadora. Yo de ti me preocuparía más por ella.

—No estoy de broma.

Se tira en el sofá.

—Bienvenida a la Academia Absconditi, November, donde las intrigas nunca acaban y donde alguien siempre intenta tirarte por la cornisa. Estás en una situación peligrosa. Estás tomando riesgos calculados para salir del paso. Pero los riesgos siguen siendo riesgos.

Me paso las manos por la cara.

—Tienes que recomponerte —dice de nuevo con voz seria—. Quiero pensar que estás mostrando tus emociones en privado. Pero estoy aquí, así que está claro que no. A menos que esta actuación sea porque has decidido confiar en mí, que hasta ayer yo diría que no era el caso.

Estudio su rostro unos segundos, pero su expresión denota tanta tranquilidad y sigue siendo tan difícil de leer como siempre.

—¿Puedo?

—¿Confiar en mí? —Se ríe—. De verdad me estás preguntando si puedes confiar en mí. Eres una chica de lo más fascinante, tengo que admitirlo.

Me siento a su lado en el sofá.

—Hablo en serio. Layla es una buena persona. Pero tú, en cambio, no eres tan bueno. Para ti todo es un juego —digo, y Ash intenta responder, pero lo detengo—. La otra noche en los árboles, arriba en el banco del dosel, me dijiste que eres un Lobo y que los Lobos son leales. Y te pregunté a quién eres leal tú, ¿te acuerdas? Sé que, al menos, eres leal a tu gemela. Después de un par minutos con vosotros es algo obvio. Bien, Layla ha decidido ayudarme. Quién sabe por qué, ya que he demostrado ser un problema desde que he llegado. Pero lo hace igualmente. Y no sé si estás conmigo solo porque Layla te obliga, o si es porque estábamos fuera pasado el toque de queda y ayudarme te ayuda a ti, o si quizás esperas que me culpen y así puedas escaquearte con tu hermana.

Ash me mira con curiosidad.

—Pero lo que sí sé es que todo lo que le digo a Layla, ella te lo cuenta a ti. Incluso si quisiera filtrar la información que recibes, no podría hacerlo sin filtrarla antes con Layla. No conseguiré sobrevivir sin ella. Por mucho que odie admitirlo, soy demasiado vulnerable, así que sí, te pregunto si puedo confiar en ti.

Por primera vez desde que lo conozco, Ash parece inseguro de verdad.

—Eso depende.

—Vale, puedo con eso —digo rápidamente, aliviada de que al menos se tome mi pregunta en serio—. ¿De qué depende?

Me mira un buen rato, en busca de algo.

—Bueno... Eres la única alumna de este colegio de la que no sé nada. No sé de qué parte estás en los asuntos importantes o de qué lado está tu familia o incluso con quién tienes alianzas. La regla número uno no es una broma. Pasar información sobre ti y tu familia en este colegio es peligroso. Pero eso no evita que nosotros intentemos saber lo básico sobre los demás. No saber nada sobre ti te hace más interesante, claro, pero también supone un problema a la larga.

Recuerdo cómo me miró Ash después de que Layla le contara la acusación de Nyx sobre que era menos neutral.

—Entonces ¿por qué Layla era tan inflexible respecto de que hablara de mí misma? —pregunto—. Si no sabéis quién soy, ¿no debería Layla intentar averiguarlo?

—A Layla le preocupa todo y tiene demasiados principios, si te soy sincero. Además, ya te lo dijo. Piensa que eres una imprudente —replica Ash, y sonríe—. No es que eso siempre sea un defecto. E incluso sin saber la razón, Layla sabe que la han emparejado contigo por un motivo. Nada en la academia es aleatorio, sobre todo, la asignación de compañeros de habitación. Es probable que nuestras familias cercanas tengan algún tipo de alianza, así que, si revelabas información desconocida sobre ti en medio del pasillo, no solo te ponías en peligro a ti, sino también a ella.

Asiento.

—En realidad, aprecio mucho que me callara de una vez. No estoy segura de qué habría pasado si no lo hubiera hecho.

Se echa hacia atrás, pero no aparta la mirada de mí.

—¿Ves? Esa ingenuidad es la que me confunde en tu persona. Me parece casi imposible de creer que realmente no supieras lo que te iba a pasar. Los estrategia no van por ahí sin tener ni idea. Aun así, todo el tiempo que llevas aquí has estado haciendo preguntas de las que

todos conocen respuesta, actuando de forma brillante en algunas clases y metiendo la pata en otras. Layla me contó lo que hiciste en juegos mentales y que estuviste preocupada una hora después. Dice que no sabría decir si de verdad tenías pensado ganar el reto o si lo ganaste sin querer al salir huyendo de Brendan. A veces creo que eres la peor mentirosa que he conocido y otras veces creo que eres un genio.

Dejo salir el aire. Tengo suerte de que Layla y Ash piensen que mi ingenuidad es intencionada.

—Necesito que me digas la verdad —dice Ash—. No la versión resumida. Si no, no puede haber confianza entre nosotros. ¿Por qué no cuadra la historia?

Me armo de valor y lo miro directamente a los ojos para que pueda leerme y saber que no miento.

—Soy muy buena en algunas cosas —respondo— y no me han entrenado para nada en otras. Layla tenía razón. Salí huyendo de Brendan, porque no sé luchar cuerpo a cuerpo como vosotros. Todas las preguntas que te hice eran de verdad. No estoy fingiendo no tener ni idea.

Él me escucha atentamente con el ceño fruncido.

—Ese es justamente el problema. ¿Cómo puedes no saber luchar o no saber las respuestas a las preguntas más básicas que todo estrategia aprende de pequeño?

—Porque no me criaron de la misma forma que a vosotros —contesto con cautela.

—¿Y cómo te criaron? —pregunta.

Respiro profundamente. «Hora de la verdad».

—No tenía ni idea de que era una estrategia hasta que no llegué aquí. Todavía no me lo creo del todo.

Se me queda mirando durante un rato, invadiéndome con la mirada. Abre la boca para decir algo, pero luego la cierra y frunce el ceño aún más.

Me meto una de las piernas por debajo del cuerpo en el sofá.

—Solo había escuchado la palabra «estrategia» una vez en mi vida, cuando era pequeña, y fue cuando estaba escuchando a escondidas. Te juro que no sabía lo que significaba ni quiénes eran hasta que me lo dijiste. Y todavía no tengo ni la más remota idea de por qué estoy aquí.

Tiene el entrecejo tan fruncido que parece enfurruñado.

—Pero recitaste los atributos de la familia de los Osos la noche que

nos escaqueamos.

—Por un juego que jugaba con mi madre cuando era pequeña. Tenía un montón de peluches y solíamos agruparlos por familias. Pensaba que esas tres palabras que describían cada familia se las había inventado mi madre. Nadie está más sorprendido que yo de descubrir que esas palabras significan algo en la vida real. —Busco su mirada—. Admítelo: debiste sospechar que algo no cuadraba conmigo o no me habrías hecho recitarlas.

Ash levanta las cejas.

—No. Preguntarle a un estrategia que recite los atributos de su familia habría resultado en una respuesta sarcástica. Simplemente te estaba tanteando. Supe que algo no cuadraba cuando te lo tomaste en serio de verdad.

—Sí, bueno, ¿ves lo que digo?

Ash se levanta y camina en círculos por la alfombra que hay delante de la chimenea. Casi puedo oír cómo recuerda nuestras conversaciones en su mente en busca de discrepancias. Después de un buen minuto, se gira hacia mí con expresión seria.

—Tu comportamiento encaja con lo que dices, pero ¿cómo demonios te admitieron aquí? Nos preparamos antes de saber hablar y muchos críos no pasan el corte. Solo entran los mejores, con algunas excepciones que se hacen con las familias líderes y sus primogénitos. Y si fueras uno de ellos, incluso aunque fueras una prima lejana, todo el mundo sabría quién eres.

—Pues esa no soy yo —replico.

—Lo sé.

—Y hay cosas para las que no me han entrenado.

—Sí. Está claro. Es que es muy raro.

La seriedad no se desvanece y vuelve a mirarme de forma intensa.

—Deja de mirarme así, Ash. Llegados a este punto, te diré lo que quieras saber. Simplemente pregunta —digo.

No responde con un comentario sarcástico ni se ríe como yo esperaba.

—¿Estás segura de que formas parte de la familia de los Osos?

—Bueno, mi madre era italiana y sí, yo diría que definitivamente soy una de los Osos. Al menos, si me baso en nuestros juegos. Pero mi padre es estadounidense —replico.

—¿Estadounidense? —repite Ash como si le produjera un regusto amargo en la boca—. ¿Pero es un estrategia?

—La verdad es que no lo pensaba cuando llegué aquí al principio

—digo—. Es un tío normal. Pero solía trabajar para una agencia de inteligencia, así que...

Ash gruñe y niega con la cabeza.

—¿Una agencia de inteligencia? November, tu padre es un estrategia. Por favor, dime que eres capaz de verlo. —Me mira preocupado—. Ser un agente de inteligencia es una de las excusas más simples para justificar nuestras... habilidades si nos pillan haciendo algo.

Frunzo del ceño. Cuando lo dice así, todo tiene sentido. De hecho, ahora parece terriblemente obvio. Pero la idea de que mi padre me haya mentido todos estos años no me hace ni pizca de gracia.

Ash se vuelve a sentar a mi lado.

—Hay algunos estrategias en Estados Unidos, pero no solemos asentarnos allí. Como te dije, la mayoría de las familias se originaron en lo que hoy es Europa, el Mediterráneo y Oriente Medio. No es que nunca haya pasado, pero es raro. Hacemos nuestro trabajo, sea el que sea, y luego volvemos con nuestras familias. Me habría enterado si una chica de alta cuna de la familia de los Osos huyera a Estados Unidos. Habría sido todo un escándalo. —Hace una pausa—. Fue tu madre a la que Matteo reconoció, ¿verdad?

Asiento. He hecho trizas la sagrada regla número uno de Blackwood y todavía no sé nada de mi familia, excepto que aparentemente no los conozco en absoluto.

—Vale, espera, rebobina. Empieza por el principio.

—¿El principio?

—¿Estoy en lo cierto si digo que sois una sociedad secreta?

—Somos, November —me corrige con educación—. Tú también formas parte de esto. —Su mirada es de asombro—. Y sí, supongo que eso es lo que la mayoría de la gente nos consideraría.

—Y... ¿Somos asesinos? —pregunto, y casi me atraganto con la palabra.

—Cuando es necesario, pero también hacemos mucho más que eso. Está claro que somos unos egoístas y competitivos en cuanto a cumplir nuestros propios intereses. Pero también ayudamos a evitar catástrofes mundiales. La mayoría de la gente mira hacia delante, sin ni siquiera cuestionar el ciclo natural de la historia, e inevitablemente recrean los mismos desastres una y otra vez. Los estrategia detienen los mecanismos que crean esos desastres.

Asiento y salto a la siguiente pregunta antes de que decida dejar de responderlas, porque por primera vez desde que llegué, algo de lo que

he observado en este colegio empieza a tener sentido.

—Entonces cada familia tiene un sistema, ¿no? Se encargan de cosas diferentes dentro de Estrategia. ¿Gobierno, liderazgo, criados, guardias?

—Sí —dice lentamente, y suena diferente, como si por una vez estuviera yendo a mi paso y no cinco pasos por delante—. Las familias estrategia crecieron en número cuando dejaron de trabajar para los dirigentes de sus imperios y se volvieron independientes. Todos tenían que colaborar para que las familias siguieran siendo funcionales y mantenerse escondidas.

—¿Y qué pasa con nosotros exactamente? Con la gente que viene a este colegio —pregunto.

—No me puedo creer que esté teniendo esta conversación —dice más para él mismo que para mí—. Somos el motor de Estrategia: los mejores estrategas de nuestras familias.

Lo escucho, pero todavía siento que me está hablando de otras personas, no de mi familia.

—Layla me dijo algo de que los primogénitos de los líderes de cada familia relevan a sus padres. Eso significa que tienes que haber nacido como estrategia, ¿no?

—Bueno, la mayoría pertenecemos a Estrategia. Pero se pueden admitir foráneos si los líderes de una determinada familia los aprueba —replica Ash.

Me quedo pensando en ello.

—¿Y dices que a Layla y a mí nos emparejaron seguramente por un motivo?

—Bueno —dice, y hace una pausa—. Cuando dije eso, me refería a que los Osos y los Lobos no tienen ninguna afrenta entre ellos y que hay ciertas probabilidades de que nuestros familiares más cercanos tengan algún tipo de acuerdo. Pero ya no estoy tan seguro.

La imagen del cuchillo de tallar preferido de mi padre me cruza la mente; la empuñadura era un lobo plateado. Dijo que su mejor amigo de la infancia se lo regaló cuando vivía en Maine. Pero estoy bastante segura de que la parte de Maine era mentira.

—¿Y cuando me preguntaste si estaba «a favor, en contra o neutral»? —pregunto sin explicar del todo lo que quiero saber.

Ash exhala ruidosamente.

—Es complicado.

—Pero también es importante y algo que tengo que saber —replico.

Se queda callado un segundo.

—No puedo contarte los detalles de las políticas familiares, porque si no estaremos aquí toda la noche. Pero sí puedo decirte que hay familias e individuos que apoyan detener las actividades de los Leones, lo que básicamente significa frenar su poder, por la fuerza si es necesario. Y ya puedes imaginarte qué significan «neutral» o «en contra». Las familias estrategia no se controlan las unas a las otras; no actuamos así. Pero, históricamente, nunca hemos experimentado un desequilibrio de poder como el de ahora.

Abro la boca para preguntar otra cosa, pero Ash empieza a hablar otra vez.

—Que te hayan admitido es sorprendente —dice—. ¿Cómo ha conseguido algo así una persona que no sabe nada sobre los estrategia?

Niego con la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Llevo intentando averiguarlo desde que llegué aquí. —Hago una pausa, sintiéndome expuesta, pero también más unida a él de alguna forma—. Y ahora que sabes todo lo que pasa. ¿Puedo confiar en ti?

Ash me mira y está más relajado de lo que estaba antes, pero sigue dudando.

—No creo que tengas otra opción ahora mismo excepto asumir que sí.

—¿En serio? ¿Eso es lo que consigo después de contarte todos mis secretos? —Sacudo la cabeza—. Eres un gilipollas.

—¿Soy un gilipollas porque no te gusta la verdad?

Sonríe y sus ojos brillan con malicia.

—No, porque lo eres, sin más —replico.

Ash se agarra el corazón como si le hubiera hecho daño.

—Casi me creo lo que has dicho. Pero no lo he hecho, porque puedo leer tu mente y es obvio que estás enamorada secretamente de mí.

Me echo a reír y me doy cuenta de que es la primera vez en días; el peso de la muerte de Stefano y el miedo de ser sospechosa lo había ensombrecido todo.

—Bueno, no eres aburrido, eso te lo concedo.

Se inclina levemente hacia mí.

—Eso nunca.

Por un momento nos quedamos callados.

Ash suspira y su gesto se ablanda. Ya no queda nada de su mirada

analítica o distante. Casi parece que me está viendo por primera vez y, durante un momento, me pierdo en su mirada. Mi estómago da un vuelco en el buen sentido y, esta vez, es él quien interrumpe el contacto visual.

Me aclaro la garganta.

—Te pregunté en el patio de las vides qué tenía que saber para sobrevivir aquí —digo y reajusto la postura en el sofá—. Bueno, ahora ya sabes por qué lo decía. Así que te lo pregunto otra vez.

Se queda callado.

—Si accedo a decirte lo que quieres saber, necesito que hagas algo por mí.

—Siempre con tus intercambios.

—Hablo totalmente en serio.

—Vale, de acuerdo. ¿Qué quieres que haga?

Vuelve a mirarme de forma intensa.

—No le digas a mi hermana lo que me acabas de contar.

—¿Qué? —Me echo hacia atrás un poco—. ¿Por qué no?

Frunce los labios un breve segundo.

—Porque es peligroso.

—Para mí seguro —replico—. Pero ¿por qué iba a ser peligroso para Layla?

—El hecho de que no sepas quién eres me dice que hay algo que esconder, algo importante. Y una vez que lo descubramos, no quiero que Layla forme parte de ello.

Busco respuestas en la chimenea. Me parece mal no contárselo a Layla. Y me deja en una situación en la que quizá tenga que mentirle en algún momento. Además, confío en ella más que en él, ¿no? Si esta noche ella hubiera estado aquí en lugar de Ash, seguramente habría tenido esta conversación con ella.

—La elección es tuya, November. Si te ayudo a descubrir quién eres, Layla no puede saber la verdad. O se lo cuentas, y te prometo que ninguno de los dos te ayudaremos. Nos necesitas más de lo que nosotros te necesitamos a ti y lo sabes. Si no, no me habrías contado nada de esto.

—No te molestes en decir que la elección es mía cuando no me das opción —digo.

No puedo evitar pensar en la charla que me dio Layla en la biblioteca cuando dijo que nuestro acuerdo era totalmente prescindible. Me siento como si ya lo estuviera rompiendo.

Justo en ese momento, el pestillo de la puerta se atasca al

levantarse.

—¿November? —pregunta Layla con la voz amortiguada por la gruesa puerta.

—Sigo esperando una respuesta —insiste Ash.

Resoplo.

—Sí. ¿Contento? Sí.

—Entonces tenemos un trato —responde, y no hay nada de juguetón en su tono.

Me levanto y abro la puerta.

Layla entra con una pila enorme en los brazos.

—Ah, bien. Los dos estáis aquí.

Ash coge los libros y los deja en la mesa mientras Layla se quita la capa y la cuelga en el armario.

—He traído un libro de cuchillos para que le eches un vistazo, November, por si reconoces el que Stefano tenía... Bueno, el que se usó en el asesinato. Y un libro médico que nos ayudará a determinar cuánto tiempo llevaba muerto cuando lo encontraste. Y algunos más para que mejores el engaño y el lenguaje corporal. No te ofendas, pero te vendría bien un repaso.

—Estupendo —digo—. Ya tenemos un plan.

Nos mira a Ash y a mí.

—¿Ha pasado algo? Los dos parecéis incómodos.

Ash me mira como si me retara a romper nuestro acuerdo.

—Bueno, Aarya sabe que estuve en su habitación. O eso piensa, al menos. Encontró un pelo mío —le cuento.

Layla arruga la frente.

—No es una buena noticia. Tenemos que estar preparados. Aarya es la típica persona que considera que las represalias son de lo más divertido.

—Y he vuelto al despacho de Conner —digo.

—¿El doctor Conner? —repite Layla con un tono de voz más agobiado.

—Afirma que el guardia que me vio fue por las mismas escaleras que yo, así que es imposible que no nos encontráramos allí al mismo tiempo. Que yo debí ir por otro camino —digo.

—¿Qué le dijiste? —pregunta Layla.

—Nada. Le dije que no sabía.

—Bien —responde Layla—. Esa era la respuesta correcta.

—También dijo que el guardia tomó una ruta diferente de la usual. Creo que es raro, teniendo en cuenta la precisión de todo el mundo en

este sitio —digo, y Ash y Layla se miran.

Las cejas de Layla se juntan.

—No es del todo imposible, pero tampoco es que sea lo normal. Aunque no estoy segura de cómo podrías demostrar que lo que hizo o no un guardia esa noche sea inusual, más que nada porque no hablan con los alumnos.

Exhalo.

—Eso me imaginaba —dudo—. Dime la verdad. ¿Cómo me ves ahora mismo?

Antes de escuchar su respuesta, veo la preocupación reflejada en su rostro.

—Mal.

VEINTIUNO

Layla y yo estamos sentadas a la mesa del desayuno de nuestra habitación, que está llena de libros abiertos y comida. Estoy repasando fotos de cuchillos y ella está leyendo sobre *rigor mortis*. Es como una versión retorcida de las parejas de ancianos que salen en las películas leyendo el periódico y bebiendo café.

—Hasta ahora, lo más parecido a lo que recuerdo es esto —digo señalando en mi libro una foto de un cuchillo con la empuñadura de metal lisa.

—¿Un cuchillo básico de cocina? —pregunta Layla y frunce el ceño.

—Bueno, no puedo asegurártelo. Estaba oscuro. Pero recuerdo que era plateado —replico.

Layla deja de fruncir el ceño.

—¿Qué?

Traga un bocado de la tostada.

—Es que… No sé cómo alguien ha podido tener acceso a un cuchillo de la cocina. Están guardados bajo llave y vigilados a todas horas. Ni siquiera están en la cocina, sino todos juntos en otra habitación.

Unto mantequilla y mermelada en el pan.

—La noche que me enfrenté a Nyx en el reto, Blackwood dijo que estaban haciendo una inspección. ¿Puede que fuera eso lo que buscaban?

—Eso es justo lo que estaba pensando —dice, y nos volvemos a quedar en silencio, leyendo y comiendo.

Layla pasa el dedo por unas líneas de su libro.

—Dijiste que el cuerpo estaba frío.

Asiento.

—No frío como el hielo, sino como cuando tocas la mano de alguien y está fría. Tibio quizá lo describa mejor. Solo sé que era evidente.

—Venías de fuera —dice Layla, mitad para mí y mitad para su libro—, llevabas la capa puesta y aquí hace bastante frío por las noches, incluso con la capa y después de trepar por los árboles... —Alza la vista—. ¿Te acuerdas si tenías calor o frío cuando encontraste el cuerpo?

Es increíble ver cómo tiene en cuenta todos los factores. Sería una detective maravillosa.

—Suelo tener buena temperatura —respondo—. Y cuando llegué a su lado, había corrido y tenía la adrenalina por las nubes. Estaba sudando seguro.

—Entonces, estaba frío en comparación contigo, pero ¿dirías que estaba templado en comparación con la temperatura ambiental?

Asiento.

—Y le tocaste el cuello, ¿no? ¿Te pareció que estuviera rígido?

—Pues... —digo intentando con todas mis fuerzas acordarme de aquel terrible momento y no sentirme asqueada—. Supe de inmediato que no tenía pulso, pero no estaba duro como una piedra. Quizás algo rígido.

—¿Qué me dices de la sangre? ¿Dónde estaba? —pregunta Layla y, por muy relajada que parezca, veo en sus ojos que no le gusta imaginarse a Stefano muerto más que a mí.

—Estaba oscuro, así que en realidad eran solo matices en la oscuridad, pero recuerdo claramente que tenía el pecho lleno de sangre, o más bien la camisa blanca que llevaba. También llevaba la capa puesta. Pero no vi sangre en el suelo. Si la hubiera habido, me habría manchado cuando me puse de rodillas.

Se queda mirando por la ventana.

—¿En qué estás pensando? —pregunto.

—Un cadáver pierde calor a unos 0,8 grados Celsius la hora. Unos 1,5 grados Fahrenheit si te resulta más sencillo. No es algo rápido. Pero si el cadáver se guarda en un lugar frío, perdería calor más rápidamente. De todas formas, no es posible que acabaran de matarlo cuando lo encontraste o no habrías notado ninguna diferencia en la temperatura. Además, para que pudieras notar el *rigor mortis*, aunque solo fuera un poco, tendría que llevar muerto entre tres y ocho horas —explica, y mi cabeza le da vueltas a lo que eso implica.

—Pero obviamente no estuvo en el pasillo durante horas o alguien

lo habría encontrado antes que yo —digo, siguiendo su línea de pensamiento—. ¿Estás diciendo que lo pusieron allí horas después de matarlo?

Su frente se tensa por la concentración.

—Esa es la cuestión. Dices que no había sangre en el suelo, pero sí que había en su camisa. Incluso si juzgaste mal la temperatura a causa de la adrenalina y el ejercicio, e incluso si no supiste interpretar bien la rigidez, es raro que no hubiera sangre en el suelo. Así que sí, creo que podemos afirmar que lo pusieron allí.

—¿Quieres decir que alguien lo mató y luego lo puso en ese pasillo solo para que yo lo encontrara?

Intento asimilar hasta dónde ha llegado alguien para tenderme una trampa.

—Eso es lo que parece por lo que he investigado.

—Ash se sabe los horarios de los guardias al dedillo, ¿no? —digo sopesando sus palabras—. ¿Hay algún momento específico en el que sea más probable que estuviéramos fuera en el patio de las vides y uno en el que volviéramos? Supongo que la pregunta es: ¿alguien podría estipular el momento exacto en el que volveríamos de los árboles?

Layla asiente.

—Sin duda. La mejor hora para ir a algún sitio es después del toque de queda, porque los guardias siempre cambian la ronda. Y después unos cuarenta y cinco minutos más tarde, que sería el momento perfecto para volver. Si dejas pasar esa oportunidad, tendrías que esperar otra hora y quince minutos hasta que los guardias vuelvan a irse.

Ahora entiendo por qué Ash insistió tanto en que alguien me había tendido una trampa.

—Tenemos que averiguar quién vio a Stefano después de clase. Nos dará una línea temporal con la que trabajar.

—Ash ya está con ello —dice Layla—. También tenemos que pensar dónde mataron a Stefano y dónde guardaron el cuerpo hasta que lo pusieron en ese pasillo.

Se escucha un ligero toque en la puerta y el pestillo se abre. Entra Pippa, que nos mira con una tristeza que me pone los pelos de punta.

—Se requiere vuestra presencia en el comedor —dice Pippa—. De inmediato.

—Gracias —dice Layla, y Pippa, que normalmente suele charlar, se va sin decir ni una sola palabra más.

Miro a Layla en busca de respuestas.

—No lo sé —dice—, pero aún no tenemos información suficiente como para probar que no has sido tú.

El comedor ha vuelto a transformarse en un auditorio y está casi lleno cuando Layla y yo nos sentamos. Los profesores están de pie apoyados en la pared al igual que la otra vez, observándonos, y Blackwood está sentada detrás de la mesa de los profesores. Sin embargo, hay una diferencia notable: hay dos guardias a su lado con ballestas. Y hay dos guardias más en la salida.

El estómago me da un vuelco tan violento que tengo que forzarme a no salir corriendo al baño.

—Deja de moverte así —dice Ash en voz baja mientras se sienta a mi lado.

Pongo las manos sobre mi regazo. Miro a Ash y luego a Layla. Los dos miran hacia delante con sendos rostros inexpresivos, pero la tensión entre nosotros es tal que es difícil no sucumbir al pánico. Los dos guardias armados junto a Blackwood se ciernen sobre todos nosotros como ángeles de la muerte.

Blackwood se levanta y hace un barrido visual de la sala lentamente.

—Buenos días —dice, y la sala le responde un «buenos días».

—Hace un buen día, la verdad —dice con una sonrisa tímida, tan opuesta al sentimiento general de la sala que hace que mis hombros se tensen—. Hemos concluido la investigación de la muerte de Stefano y sabemos quién es el culpable. No habrá juicio. No habrá espectáculo.

Miro de inmediato a la salida. «Ojo por ojo. Aquí no existe la piedad ni hay negociaciones».

Cuando vuelvo a mirar al frente de la sala, Blackwood me está mirando directamente. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan y, por el rabillo del ojo, veo que algunos alumnos se vuelven para mirarme. Aarya sonríe como si estuviera a punto de ver un espectáculo de magia, pero Matteo parece extrañamente incómodo. El miedo va creciendo en mi interior y dificulta mi respiración. Quiero gritar que no lo hice, que tiene que saber que no lo hice, pero no puedo mover ni un músculo. En su lugar, las palabras se agolpan en mi garganta, sin pronunciarse, aprisionándome el pecho. Incluso Conner me mira como si todo esto fuera decepcionantemente inevitable.

Blackwood me mantiene la mirada durante tanto tiempo que mis

ojos empiezan a lagrimear por no parpadear. Entonces, de repente, aparta su mirada de mí.

—Charles, por la presente eres responsable de la muerte de Stefano.

Un murmuro recorre las filas de alumnos. Miro a Charles y él me devuelve la mirada, como si quisiera matarme en este mismo instante si pudiera.

Nyx se levanta de pronto y todo el mundo se vuelve hacia ella. Charles, por su parte, sigue mirándome como si estuviera intentando resolver un problema matemático.

—Stefano y Charles han estado en este colegio durante dos años y medio sin pelearse ni una sola vez —dice Nyx con la barbilla en alto —. Sigue siendo el mismo de siempre. Y Stefano tampoco ha cambiado. Lo que no sigue igual en este colegio, lo único que ha cambiado, es November.

Los alumnos dejan de mirar a Nyx para mirarme a mí. Nunca he querido tanto desaparecer. Ash se inclina levemente hacia delante.

Blackwood suspira, como si fuera algo tedioso.

—¡Todos sabemos que hay algo raro en ella! —exclama Nyx con un dedo acusador hacia mí. Su tono de voz se ha vuelto salvaje.

Charles se levanta también y le toca el brazo, pero ella no se calma.

—Incluso los miembros de su propia familia la atacan —dice Nyx y oigo cómo se le rompe la voz de la emoción—. Escuchadme bien, si Charles asume las consecuencias esta vez, cualquiera de vosotros podríais ser los siguientes.

—Guardias —dice Blackwood, a la que parece no importarle la escena que está presenciando. Hace señas para que se lleven a Charles.

Los dos guardias de la puerta dan un paso adelante. Charles recorre la sala con la mirada y da un paso en la dirección opuesta. Mira de reojo a Blackwood y luego a Conner, su cuerpo se tensa, como un animal enjaulado. Me pregunto si está considerando escapar, y mi corazón late con fuerza: hace unos segundos yo estaba pensando lo mismo.

De repente, Charles se detiene y me mira. En el instante en el que nuestras miradas se cruzan, noto todo su miedo y furia. Levanta la barbilla y la mandíbula se le queda rígida. Se mete la mano debajo de la capa por la espalda y saca un cuchillo. La hoja de acero brilla a la luz de las velas. Un murmullo recorre la sala, y los alumnos que tiene más cerca se apartan. Aarya abre mucho los ojos y se me pasa por la

cabeza que quizás ese sea el cuchillo que había perdido.

Los siguientes segundos se desdibujan mientras Charles echa hacia atrás el brazo y Blackwood grita «¡Detente!». Pero la orden no surte efecto, porque el cuchillo ya está silbando en el aire y yo me quedo petrificada al instante, esperando a que llegue. Mi corazón late con un sonido ensordecedor y cierro los ojos mientras la hoja penetra en la piel a gran velocidad. Pero no es mi piel. Abro los ojos de inmediato y veo que el brazo de Ash está delante de mí, con el cuchillo asomando de su antebrazo y sobresaliendo unos tres centímetros por detrás.

Miro hacia abajo a la sangre que gotea sobre mi regazo, la sangre de Ash, y cuando vuelvo a alzar la vista, el rostro de Charles se ha convertido en algo visceral, algo lleno de odio. Por un segundo, no le encuentro sentido a nada: el caos entre el resto de alumnos. El brazo de Ash con el cuchillo clavado. Charles. Me palpo la pierna y los dedos se me quedan de un rojo brillante. Entonces, de repente, parece que todos vuelven a moverse. Los guardias corren a por Charles, Brendan les bloquea el paso y Nyx tira sillas en el pasillo.

Ash se levanta y se saca el cuchillo del brazo, dejando un reguero de gotas rojas delante de nosotros. Charles aún sigue mirándome fijamente y siento su determinación en mis huesos. «Quiere matarme». Ash tiene el cuchillo preparado, pero Charles no se detiene. Justo cuando está a punto de llegar a nosotros, escucho un leve silbido y un ruido sordo. El pecho de Charles se curva de forma antinatural y abre mucho los ojos antes de desplomarse en el suelo.

Los guardias ya tienen a Brendan y a Nyx de rodillas. La sangre empieza a formar un charco bajo Charles. Abre la boca, pero no consigue pronunciar ninguna palabra. Respira de forma estrangulada una última vez, cierra los párpados y el pecho se desinfla. Mi propio pecho se tensa, como si tratara de respirar por él y se me llenan los ojos de lágrimas.

—No —logro decir en apenas un susurro—. No. No. No.

Ahora lo entiendo. Ese silbido. Ese... ¿ruido sordo? Era una flecha y debe haber alcanzado una arteria y ahora está...

Miro hacia la plataforma, donde Blackwood baja el arco y se lo devuelve al guardia que tiene a su derecha.

—Como dije, no habrá juicio.

Nyx llora desconsoladamente y forcejea con el guardia, que la saca a rastras de la sala. Brendan va detrás, también sujeto. El olor metálico de la sangre flota en el aire y no logro recomponerme.

—Ahora que el culpable ha sido ajusticiado, vuestras clases

volverán a la normalidad —dice Blackwood—. Volved a las aulas.

Todavía aturdida, me giro hacia Ash, que se sujeta el brazo herido en alto, goteando por el codo. Conner y los guardias armados vienen hacia nosotros en un segundo para confiscarnos el cuchillo.

—Vamos a la enfermería —dice Conner sin mirarme siquiera.

Quiero agradecerle a Ash que me haya salvado la vida. Quiero llorar y gritar y vomitar. Pero simplemente me quedo quieta, incapaz de pronunciar una palabra.

VEINTIDÓS

Me incorporo en la cama, que es donde he estado desde la cena, intentando leer a la luz de las velas, pero las palabras bailan frente a mis ojos y ya no tienen sentido. Dormir está descartado. Cada vez que cierro los ojos, veo la sangre de Ash goteando sobre mi regazo y a Charles dando su última bocanada.

—Veo que Layla te tiene estudiando engaño y pelea, ¿no? —pregunta Ash y pego un bote.

Entra en mi habitación y cierra la puerta detrás de él. Rápidamente, dejo el libro en la mesita de noche y muevo las piernas para dejarle espacio para que se siente. Tiene el brazo vendado, pero parece de buen humor.

Ash se agacha hacia la cama y sonríe.

—Te has dejado la boca abierta.

No puedo evitarlo: me echo hacia delante y le rodeo el cuello con los brazos. Se pone tenso por un momento. Luego se relaja y me pasa los brazos alrededor de la espalda. Me abraza con cuidado, como si fuera la primera vez en años que alguien lo abraza. Quizá sea así.

—Gracias —le digo junto a su cuello—. Muchas gracias. Debería haber dicho algo en ese momento. Es que no sabía cómo procesar lo que habías hecho. —Le aprieto un poco y lo suelto—. Llevo todo el día pensando cómo recompensarte.

—No hay de qué —dice al instante, formal, como si no estuviera seguro de qué hacer con mi volcán de emociones.

—Ash, te has llevado un cuchillazo en el brazo por mí —replico—. Es importante. No sé ni cómo... Estaría muerta si no hubieras estado ahí.

Parece más incómodo.

—¿Necesitas ayuda? —Señala con la cabeza el libro y cambia de

tema—. El ochenta por ciento de la lucha es ser capaz de predecir de qué forma o cuándo se va a mover o atacarte el oponente. El veinte por ciento restante es saber cómo combatir ese movimiento de forma efectiva.

—Espera un momento —digo—. O sea, sí, quiero que me ayudes. Pero ¿qué leches ha sido ese follón de antes? Layla apenas me ha dirigido la palabra desde entonces.

—Bueno, Layla se queda callada cuando está pensando —dice, y no puedo evitar preguntarme si está reconsiderando nuestra amistad después de lo que pasó en el comedor.

—Blackwood ni siquiera explicó cómo supo que Charles era culpable —respondo, y la imagen de la fecha atravesándole vuelve a aparecer en mi pensamiento, lo que me hace estremecer.

—Técnicamente no tiene por qué dar explicaciones —responde Ash—. Su reacción dejó claro que él era culpable y no tú. Pero también puede que haya decidido no explicar su móvil con detalle, porque no quiere hacer hincapié en la división entre Osos y Leones. Todo el mundo asume que Charles mató a Stefano por política, esa es la razón obvia. Como te has dado cuenta, todo se reduce a la política y a las alianzas cuando eres estrategia. Pero estoy seguro de que hay algunos que se han percatado de que intentó endosarte a ti el asesinato, con la intención de llevarse a dos Osos a la vez. Podrían haber sido tres si Matteo hubiera reaccionado de forma diferente y te hubiera tirado del árbol. En resumen, Charles estaba intentando debilitar a tu familia, que no es nada nuevo.

—Pero Blackwood —apenas puedo pronunciar las palabras— lo ejecutó delante de todo el colegio.

Ash asiente lentamente y me mira pensativo.

—Sí. Pero fue una muerte rápida y podía haber perdido otro de sus alumnos si no hubiera reaccionado al instante. Como estuvo a punto de suceder. —Me observa—. Te ha impactado de verdad, ¿no?

—Yo... Sí —respondo, pero no explico la respuesta.

¿Qué más se puede decir cuando acabas de ver a alguien matar a sangre fría?

Se hace un silencio incómodo un momento.

—Entonces ¿se ha acabado? —pregunto—. Ahora que Charles está... Ahora que Blackwood ha pillado al asesino.

—Bueeeno —responde Ash—, a Layla le preocupa que no nos hayan castigado por las amonestaciones que recibimos.

—Espera, ¿quiénes? ¿Tú y yo? ¿Por estar fuera pasado el toque de

queda?

Me parece una preocupación mínima en comparación a lo que he presenciado hoy.

—Tú y yo —repite, y noto por su tono de voz que algo va mal—. Ya nos deberían haber asignado un castigo. Charles ha sido acusado y condenado; todo debería volver a la normalidad. Pero no ha sido así.

Me recoloco la almohada detrás de la espalda.

—A ver. ¿Eso qué significa?

—Aún no lo sé —responde, aunque tengo la sensación de que hay algo que no me está contando. Se quita la capa—. Tienes que contarme más cosas sobre tu padre.

Mi ansiedad aumenta.

—¿Qué quieres saber?

—¿Creció en una ciudad grande? ¿Recuerdas a qué países ha viajado?

Frunzo los labios y empiezo a moverme.

—Mira...

—Lo sé —dice y me detengo.

—¿Que sabes qué?

—Te estás frotando las manos para tratar de calmarte, lo que me indica que mis preguntas te ponen nerviosa. Y has fruncido los labios, que significa que estás intentando evitar físicamente darme más información. Sé que no sabes los detalles. Cuéntamelo por encima si quieres, pero tienes que responder y recuerda tu lenguaje corporal —me aconseja—. Dice más de lo que eres consciente y no solo a mí.

—Mm. —Cambió de postura en un intento desesperado por actuar normal—. Sé que vivió en Nueva York por poco tiempo, pero siempre decía que prefería una vida tranquila —digo lentamente, repasando la respuesta para no revelar nada que sea identificable—. Y nunca viaja, ni siquiera habla de otros países ni tiene familiares lejanos.

Diría que tiene acento estadounidense, pero después de conocer a una virtuosa de los idiomas como Aarya, sé que los acentos no tienen por qué significar nada.

—¿Qué me dices de su familia más cercana? —pregunta.

—Pues que sus padres están muertos y es hijo único. Dice que tiene algunos primos segundos o algo así, pero no los conozco.

Frunzo el ceño para mí misma. ¿Cómo es que no me ha resultado sospechoso nada de esto?

Ash asiente.

—Si descubrimos de qué familia es, podremos averiguar quién

quiere vengarse de ti y por qué te han tendido una trampa. Ahora mismo, la única persona que parece que te conoce es Matteo. Y ya lo he intentado. Un callejón sin salida.

Parpadeo un segundo.

—¿Has hablado con Matteo?

Me mira con curiosidad.

—¿Te molesta?

Sé que no debería, pero sí que me molesta un poco.

—Bueno, está claro que no soy fan de su persona después de que me pegara en la cara sin motivo alguno. ¡Me dobla en tamaño!

—Hay muchas, muchas razones por las que uno de nosotros le pegaría a otro aquí —explica Ash—. Y tu tamaño no significa nada. Si crees que sí, es que eres idiota. Nyx y su metro cincuenta podrían ganarle al noventa por ciento de los tipos más grandes de este colegio y lo hace a menudo.

Abro la boca para contrargumentar, pero tiene razón. Este sistema es totalmente diferente a lo que estoy acostumbrada. La gente actúa de otra forma, se venga de otra manera.

—En este momento, Matteo parece ser la única persona que sabe quién eres. ¿No quieres averiguarlo?

—Sí. Claro que quiero averiguarlo —digo, y me coloco un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

Ash sonríe.

—¿Qué?

—Ah, nada —contesta, pero no habla en serio.

—Suéltalo, Ash. ¿Por qué me miras con esa sonrisita?

—Me resulta curioso que te haya descuadrado tanto que hablara con Matteo. Si no es por una razón lógica, tiene que ser una emocional —dice y me examina el rostro—. Sientes que eres mi dueña de alguna forma.

Abro mucho los ojos.

—En absoluto. No quiero que ser tu dueña. Me das más problemas que otra cosa.

—Ajá —dice—. Te creo. Por eso has dicho «no quiero ser tu dueña» cuando yo solamente he dicho «sientes que eres mi dueña». Si te digo la verdad, me parece un patinazo freudiano de manual.

Se está divirtiendo demasiado con el asunto y, si pudiera echarlo de la cama de un empujón sin hacerle daño en el brazo, lo haría.

En su lugar, me conformo con echarle una mirada fulminante.

Él se ríe.

—Ha sido un día de locos y nos vendría bien despejarnos un poco durante un rato. ¿Qué te parece si te enseño algunos movimientos antes de irme a mi habitación? No tenemos por qué hacer lo de esta mañana.

—Siento mucho lo del cuchillo —digo mirando su brazo vendado.

—El cuchillo forma parte de un problema mayor: el mensaje. Esto no ha acabado con Charles. Nyx te ha declarado su enemistad. Y si Nyx es tu enemiga, también lo es Brendan y, por lo tanto, los Leones en general, más todos aquellos que sean sus aliados. Tenemos que demostrar que perteneces a este sitio e imponerte o te aplastarán. Como dijo Layla, no podemos dejar que piensen que tienes debilidades.

—Lo intentaré —digo, y lo digo en serio. Si la cosa empeora, me preocupa que Layla y él me abandonen—. Tengo mucha energía. Leeré sobre historia y engaño en mi tiempo libre y que Layla me dé clases. Tú me puedes enseñar a luchar, venenos, juegos mentales y todo lo que creas que me he perdido. Puedo practicar tanto como estés dispuesto a enseñarme. Se me dan bien los cuchillos, los árboles y la esgrima... Aunque solo he usado espadas de madera.

Me mira de una forma que me dice que he dicho algo raro otra vez.

—¿Qué?

—Eres tan... confiada. Supongo que esa es la palabra. Muy abierta —dice, y casi parece triste por ello.

Me encojo de hombros.

—Pero tú eres tú. Eres mi amigo. ¿Cómo me vas a ayudar si no te digo en qué necesito ayuda? No es que vaya a gritar a los cuatro vientos mis debilidades..., solo a ti.

Sonríe tímidamente.

—No es eso. Es que... —Niega con la cabeza—. Da igual.

Casi parece tener las emociones a flor de piel.

—Dime —digo, y pongo mi mano sobre la suya y la aprieto.

En ese instante, me doy cuenta de que no es un gesto normal. Pero antes de que pueda apartarla, él la toma entre la suya. La sujeta con cuidado, mirándola como si fuera importante, y me toca los dedos con el pulgar. Se me eriza el vello del brazo.

—Me gustaría que no estuviéramos en este lío —dice, y alza la vista para mirarme—. Que hubieras venido y nos hubiéramos conocido... No sé qué quiero. Supongo que siento mucho que te esté pasando todo esto. Seguramente seas la persona más feliz de este sitio

y, a pesar de que cada vez que te das la vuelta alguien te ataca, sigues confiando en la gente. No sé si llegaré a comprenderlo. Pero es bello de alguna forma.

Le sonrío. ¿Ash acaba de bajar la guardia conmigo? Tiene la mirada más intensa que nunca, pero de una manera muy diferente. El estómago me da un vuelco y, sin querer, siento que me pongo colorada.

—Mi mejor amiga siempre dice que incluso cuando estoy triste estoy contenta —le cuento, y sonrío—. Nunca sabes cuánto tiempo te queda, así que a la mierda, voy a disfrutar de la vida tanto como pueda. Y si hay algo con lo que nunca podré estar de acuerdo es con cómo parece que alejáis a los demás. No sé cómo sería mi vida sin mi mejor amiga o amigos en general. Espero tener miles a lo largo de toda mi vida.

—Mejores amigos —repite en voz baja para sí mismo como si hubiera nombrado una criatura mitológica. Y no puedo evitar preguntarme si se siente solo detrás de todas esas bromas y seguridad en sí mismo. Quiero acercarme y rodearle con mis brazos. Pero él suelta mi mano lentamente.

Cuando me sonríe, noto que algo ha cambiado entre nosotros, como si acabara de tomar la decisión de confiar un poco en mí.

—Levanta —dice y le hago caso—. Ahora ponte en la posición que usarías si quisieras pegarme.

Sonrío. De una sentida conversación a luchar en un segundo. Doy un paso atrás con la pierna derecha, alzo los puños y escondo la barbilla.

Él asiente mientras mira mi postura.

—Te habrás dado cuenta de que la mayoría de la gente da un paso atrás con la pierna dominante y usa el brazo dominante cuando te golpea. No estás mal colocada. Proteges tus órganos al estar de lado y el cuello al esconder la barbilla. Pero estás demasiado tensa. Y cuando estás tan tensa, no puedes moverte lo suficientemente rápido. Tienes que estar alerta, pero no tan rígida como para no poder moverte.

—Tiene sentido —digo, y relajo un poco los hombros y las rodillas —. Pasa lo mismo en esgrima.

—Exacto —dice—. Adelante, pégame un puñetazo.

Utilizo la izquierda y él me bloquea antes de que el brazo llegue a mitad de camino.

—El bloqueo será tu mejor amigo al principio. Incluso si no puedes ganar una pelea, siempre puedes evitar que te hagan daño si prestas

atención a los ojos y los movimientos del otro —dice—. Vamos, piensa dónde me vas a pegar la próxima vez.

Me imagino pegándole en el estómago con la mano derecha y, por un segundo, mi vista se dirige a su estómago.

—¡Aaah! —Me echo a reír—. Tienes razón. Los ojos te delatan. Me ayuda mucho.

—Hazlo otra vez, pero ahora concéntrate en el brazo con el que tienes pensado pegarme.

Tiene razón de nuevo. El brazo izquierdo se echa ligeramente hacia atrás cuando pienso en pegarle. Es un movimiento involuntario.

Alzo la vista hacia él, contenta de haber aprendido algo útil.

—Hazlo tú. Piensa en pegar y déjame ver si puedo averiguarlo.

Sus ojos se desvían a mi cara y su hombro izquierdo se mueve ligeramente.

—Puñetazo en la cara con el brazo izquierdo —digo y asiente.

—Charles te miró al pecho justo antes de tirar el cuchillo. La gente que usa armas siempre mira exactamente adonde están apuntando —dice—. Pero de vez en cuando...

Me mira la cara y mueve el brazo derecho.

—Puñetazo en la cara, brazo...

—Pasa esto.

En su lugar, mueve el puño izquierdo hacia mi estómago, sin apenas tocarlo. No retira la mano en ese momento y siento la sangre palpitando bajo su mano.

—De vez en cuando te encontrarás con alguien que te engañe intencionadamente y mire hacia donde no piensan golpear —dice—. Pero eso solo pasa en un ambiente relajado. Si alguien se está moviendo rápido y está concentrado, casi siempre se delatará. Por supuesto, si se mueve lo suficientemente rápido, esos movimientos serán más difíciles de pillar. Pero la idea es la misma que cuando alguien te mira a los labios cuando quiere besarte.

Levanto una ceja.

—O cuando quieren pegarte en la boca.

—Eso también —dice, y sonríe—. Te voy a enseñar a bloquear a cámara lenta y luego lo haremos a velocidad normal.

Dirige el puño a mi cara y levanto el brazo izquierdo.

—No está mal, pero sigues estando demasiado rígida —comenta—. Un puñetazo, un corte o cualquier ataque que vaya directo a la cara va a ir con fuerza. Pero eso no significa que tengas que usar mucha energía para frenarlo. Usa su propio empuje para redireccionarlo.

Me coge el brazo con las manos y lo dobla.

—Cuando te dé un puñetazo, apártame el brazo. Así. Estar tensa no te va a ayudar en una pelea. Pero también te digo que, si te van a pegar en el abdomen, flexiona los músculos. Pueden salvarte de una lesión.

Estamos tan cerca que mi corazón se acelera y acabo mirándole los labios.

—Lo he visto, ¿eh? —dice.

Sonrío.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Ajá. Bueno, vamos a probar otra vez. Y estate preparada para el segundo golpe, que también podrías interceptar, pero será más fácil que lo desvíes de tu camino.

Me da un derechazo y lo bloqueo. Golpea por la izquierda y me agacho, con su puño que pasa junto a mi mejilla.

Él asiente con aprobación.

—Bien, ten cuidado de mantener las distancias. Si te quedas atrapada en un combate cuerpo a cuerpo, te vencerán rápidamente. Te estoy enseñando lo básico del boxeo, pero muchos de nosotros dominamos varias artes marciales y podemos causar mucho daño con muy poco…

Echo un vistazo a su estómago, pero luego le golpeo levemente en la mejilla. Se queda tan sorprendido que me echo a reír.

Él me mira a los labios.

—Lo he visto, ¿eh? —dice.

—Sé perfectamente de lo que estás hablando —dice con una sonrisa y mi estómago da un vuelco en el buen sentido.

Por un segundo, creo que se va a inclinar hacia mí, pero luego da un paso atrás.

Vuelvo a mi posición de combate.

—¿A qué se debe esa regla de no tener citas? —pregunto intentando parecer despreocupada—. ¿Es típico de los internados? Porque está claro que no consiguen evitar que os fuguéis de vuestras habitaciones incluso con esos guardias.

Él niega con la cabeza.

—Nuestras familias tienen acordados matrimonios de conveniencia. Sobre todo, con aquellos cuyos familiares cercanos tienen una posición de poder importante. Un matrimonio puede suponer una alianza más fuerte, así que se preocupan por el asunto.

Lo miro de reojo.

—Espera. ¿Tenéis matrimonios de conveniencia basados en alianzas políticas? ¿Qué es esto? ¿El siglo XV? —Aunque no sé por qué me molesto en decirlo teniendo en cuenta que este colegio es del siglo XV—. Y una cosa es casarse y otra salir.

—En realidad, no. No si consideras la cantidad de secretos que ocultamos y las cosas que descubrimos de los demás gracias a la comunicación no verbal. Si tienes una relación emocional cerca y acaba mal, podría significar una fuga de información de todo tipo.

—Como esa información que te estoy pasando a ti ahora mismo —digo.

—No exactamente —replica Ash—. No sabes secretos de los Osos. Ni siquiera estás segura de quién eres.

—Tienes razón. Entonces ¿no quedáis con nadie hasta que no estáis listos para casaros?

Me resulta difícil creérmelo.

Él sonríe.

—Yo no he dicho eso. He dicho que no nos encariñamos con ellos. Nada serio.

Quiero decirle que eso es una locura, pero teniendo en cuenta mi historial de citas, no tengo por dónde salir.

—Entonces ¿tu familia ya te ha elegido a alguien? —digo en broma, pero él no me sonríe.

—Layla y yo también somos los primogénitos de los líderes de nuestra familia. —Por la expresión que pone, es obvio que tiene sentimientos encontrados por ello—. Las alianzas que hagamos Lay y yo influirán determinantemente en la decisión de mi familia. Pero sí, han ido reduciendo posibilidades desde que éramos niños. Ser primogénito tiene sus ventajas, pero también obligaciones.

No me extraña que Brendan y los demás le dieran tanta caña a Layla. Si ella también acabará siendo líder de su familia, es más una rival que una marginada.

—¿Y van a intentar emparejarte con otra primogénita? —pregunto.

—No. Nunca. Los primogénitos tienen que quedarse en sus familias. Nos solemos casar con alguien de buenas capacidades y con un estatus inferior de otra familia que esté dispuesta a unirse a la nuestra y abandonar la suya. Las dos familias se benefician de la mejora en la relación.

Frunzo el ceño.

—¿Abandonar a la familia? ¿Por qué iba alguien a hacer eso? ¿Y cómo puede ser que alentéis a que se abandone a la familia?

—Con la pena de muerte —dice, y me echo hacia atrás.

—¿Matáis a la gente porque no son totalmente leales a su nueva familia? —El asombro de mi voz es obvio—. ¿Y si te casas con alguien que no es estrategia?

—A menos que esa persona haya sido previamente aprobada por tu familia, está prohibido. Y si sigues adelante y lo haces igualmente, pues… el castigo es la muerte.

¿Acabo de descubrir que los únicos con los que me puedo casar están en este colegio o tienen que ser aprobados por unos estrategia europeos que ni siquiera conozco? Esto no está pasando.

—¿Qué pasa si alguien quiere dejar de ser estrategia?

Me mira casi con compasión.

—También está prohibido.

No se me ocurre nada que decir que no me haga entrar en pánico. Todo este tiempo he pensado que podía alejarme de esta situación, que tenía elección. Después de librarme de una buena esta mañana, pensaba que, si aprendía a encajar y me quedaba calladita, conseguiría salir de este colegio y no volver nunca más.

—Oye, te voy a enseñar cómo dar patadas antes de irme —dice Ash, y por cómo me mira, sé que no estoy escondiendo mis emociones lo más mínimo.

VEINTITRÉS

Oigo un vago sonido semejante a un chasquido. Me pongo las mantas sobre los hombros y entierro la cabeza en la almohada. Plic, plic, plic. Es como si alguien se hubiera dejado abierto un grifo en algún sitio lejano.

Bostezo bajo el pesado edredón y me froto los ojos. Anoche tardé mucho en quedarme dormida y lo único que quiero es darme la vuelta y arrebujarme en el edredón. Pero la luz ya está asomándose por los bordes de las pesadas cortinas y quiero hablar con Layla antes de ir a clase sobre la horrible reunión que tuvimos.

Los libros que me trajo Layla están junto a mí en la cama, donde me quedé dormida mientras los leía. Me estiro y hago una mueca de dolor. Tengo los músculos doloridos de los ejercicios de lucha que hicimos Ash y yo.

Tiro el edredón y saco las piernas. Cuando mis pies tocan la fría piedra, noto algo arenoso bajo los dedos de mis pies y los vuelvo a subir. Nunca hay suciedad en el suelo; este sitio está impecable. Me arrodillo en la cama, con mi mente imaginando todas las cosas terribles que puede haber sobre esa piedra, y abro las cortinas para que entre la luz de la mañana.

Cuando vuelvo a mirar al suelo, empiezo a gritar, pero me detengo tan rápido que suena como un chillido estrangulado. Junto a mi cama, escritas con manchas de color marrón oscuro, hay dos palabras: *Sarete ridotti*.

«Italiano». Mi madre y mi tía Jo hablaban en italiano cuando era pequeña. Mi tía Jo aún lo hace a veces. A mí no se me da muy bien, pero puedo traducirlo: «Vas a ser reducida» o quizá «Vas a ser

eliminada».

De inmediato miro hacia la puerta de mi habitación. El cerrojo no está echado. La adrenalina se dispara y corro en busca de Layla. Llamo a su puerta y me limpio la planta de los pies enérgicamente.

En menos de dos segundos, Layla abre la puerta. Se da cuenta de mi expresión de espanto.

—¿Qué ha pasado?

—No lo... Ven —le digo llevándola a mi habitación.

Ella entra, se queda quieta como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa y luego se pone en movimiento. Se arrodilla en el suelo y huele las manchas marrones y las gotas desperdigadas.

—Es... sangre —dice, y me confirma lo que yo sospechaba.

Al instante pienso en Charles y Ash y toda la traumática y sangrienta escena de ayer en el comedor. Trago saliva.

—No creo que nadie fuera por ahí cargando con sangre para dejarme un mensaje —digo para mí misma.

—No —confirma Layla—, es poco probable.

—¿Eso significa que alguien se ha cortado en mi habitación? —Tiemblo y detengo en ese momento la imagen mental—. Me dan escalofríos. ¿Quién haría eso?

Layla niega con la cabeza.

—Alguien que se ha pasado de la raya para asustarte, claro. Y alguien engreído. Hace falta tiempo para escribir esto mientras estabas dormida, en lugar de pasar un mensaje por debajo de la puerta y dejarlo en el suelo.

Pensar que alguien ha estado en mi habitación, sangrando para dejar un aviso en el suelo mientras duermo sin darme cuenta, me hace querer ir al despacho de Blackwood y pedir otra vez que me dejen ir. Si no me hubiera amenazado con las mazmorras, iría para allá con la bata puesta. Que le den a la etiqueta.

—Lo peor es que recuerdo vagamente haber escuchado algo —le admito a Layla—. Aunque ¿qué hubiera hecho si me hubiera despertado y me hubiera encontrado a alguien aquí? ¿Pelear?

Ella alza la mirada.

—No creo que eso hubiera dado buen resultado en tu caso. Y sea quien sea quien haya entrado aquí seguramente llevara algo afilado.

—¿Brendan o Nyx? —pregunto.

—Es posible —dice ella—. Los dos tienen más que motivos para estar enfadados contigo después de cómo acabó la cosa con Charles ayer. Aunque fuera una nueva incorporación al grupo, Nyx estaba

saliendo con él y Brendan lo había aceptado por completo como parte de su equipo. Esa alianza era un vínculo. Harían prácticamente lo que fuera para protegerse y defenderse entre ellos.

Asiento y me pregunto si Layla y Ash me verán de esa forma algún día.

—¿Qué me dices de Aarya? Si tenemos en cuenta el factor impredecible —pregunto.

Layla deja salir el aire ruidosamente.

—Este jueguecito es de su estilo, pero está claro que las letras las dejó alguien diestro y Aarya es zurda. Claro que podría haberlas escrito con la mano derecha para confundirnos, pero a ella, al contrario que el resto de la gente, le gusta llevarse el mérito de sus amenazas. Y el grosor del trazo es más ancho que su dedo índice. O es alguien con las manos más grandes que ella o ha usado el pulgar. O quizás había más de una persona: Felix, por ejemplo. Pero teniendo en cuenta todos los detalles, yo diría que fue Brendan.

Parpadeo en su dirección. Su cerebro es una pasada.

—Tenemos que limpiar todo esto —dice—. Pippa estará aquí en cualquier momento.

Abro mucho los ojos.

—¿Limpiarlo? ¿No deberíamos decírselo...?

—No —replica Layla con contundencia, y coge un paño de mi armario. Lo remoja en la palangana y empieza a frotar la sangre—. Si metemos a Blackwood en el asunto, las represalias serán el doble de duras. No hacemos las cosas así en este sitio.

—Pero ¿cómo vamos a explicar toda esta sangre en el...? —susurro, pero Layla me manda a callar.

El pestillo de la puerta principal se mueve.

A la velocidad de la luz, Layla coge el vaso vacío de agua, lo envuelve en el paño y usa un libro de la mesita de noche para romperlo.

Al segundo siguiente, esparce los cristales sin hacer ruido y me hace señas para que me siente con ella en el suelo. Luego coge un cristal afilado y mi mano. Abro mucho los ojos. Me hace un corte y yo hago un gesto de dolor, pero intento no gritar.

Pippa llama suavemente y entra en mi habitación. Sus ojos se abren cuando ve cómo gotea la sangre de la palma de mi mano hasta el suelo. Pero hay que darle crédito a Layla: no hay nada de extraordinario en que una chica adormilada tire su vaso de agua y luego se haga un corte intentando recogerlo.

VEINTICUATRO

—Cuanto más aprendáis en la clase de engaño, menos tendréis que aprender de los demás —dice el profesor Gupta desde detrás de su antigua mesa alargada.

Es un hombre mayor y bajito que me resultaría molesto si no fuera porque es el profesor de engaño y podría ser así de forma intencionada.

«Gupta —pienso—. De origen sánscrito. Y un nombre común en la India, que significa "protegido"».

Las dos antorchas de la pared hacen que las sombras bailen por la pequeña aula. Se parece más a un despacho donde los estrategas de guerra medieval ideaban invasiones que a cualquier aula en la que haya estado. Las paredes están revestidas de madera oscura y el techo está ornamentado con arcos de madera.

Miro de reojo a Brendan. Me pregunto si ha sido el responsable de la sangre que había en mi habitación esta mañana y busco marcas de cortes en sus manos. Pero no veo nada desde aquí. Y por supuesto siempre queda Matteo. El mensaje estaba escrito en italiano. Pero él no está en esta clase para escudriñarlo.

Veo que Ash me mira desde el otro lado de la mesa y recuerdo todo lo que interpretaba de mi lenguaje corporal ayer. De inmediato relajo la cara y dejo de mirar.

—Algunos de vosotros pensáis equívocamente que vuestras habilidades de lucha son las que os ayudarán cuando estéis en el mundo real. —Gupta recorre la mesa con la mirada—. Pero os aseguro que dichas habilidades solo os aportarán un 0,01 por ciento de la información que conseguiría un maestro del engaño. Además, cuanto más os esforcéis en esconder vuestras intenciones y adivinar las de los demás, más preparados estaréis para cuando llegue el momento de

luchar. Aunque lo contrario también es posible: el engaño puede llevarte a situaciones de las que no puedes salir.

Juraría que los profesores, Conner y Blackwood han encontrado la forma de hilar de forma sutil estrategias manipulativas en todas las clases. Y diría más: me siento como si las dirigieran en secreto a mí y a mis defectos. Pero quizá todos se sientan igual.

—En el año 415 a. C., el político ateniense Alcibíades estaba convencido de que al conquistar Sicilia ganaría la guerra del Peloponeso. El prudente general Nicias consideraba que la idea era precipitada y decidió encargarse del asunto mintiéndole. Había sobreestimado enormemente cuántos hombres harían falta, pensando que así disuadiría a Alcibíades. Pero la mentira fue contraproducente. Los atenienses creyeron a Nicias y mandaron a casi todo el ejército a Sicilia, cuando seguramente una táctica de guerrilla habría sido mucho más efectiva. Murieron casi todos los soldados. Los únicos supervivientes fueron los desertores y no se extrañaron que Alcibíades fuera uno de ellos. Muchos culparon a Alcibíades por su arrogancia, pero Nicias tenía tanta culpa como él. No tuvo en cuenta la personalidad del hombre al que le había mentido ni predijo cómo recibiría su mentira, lo cual era más importante que la propia mentira. Si Nicias hubiera conquistado Sicilia, probablemente la mentira se habría olvidado o habría pasado desapercibida, pero mintió de forma torpe y, a pesar de sus buenas intenciones, fue responsable de miles de muertes innecesarias. —Gupta hace una pausa para mirarnos a la cara a todos antes de posar la vista sobre alguien—. Felix, ponte ahí delante, por favor.

Felix se levanta y camina hacia el final de la mesa.

—Quiero que digas delante de toda la clase dos verdades y una mentira. Que sean cortas. No quiero ponérselo fácil dando demasiados detalles. Y haz que la mentira sea consistente.

Felix respira hondo.

—Me he roto siete huesos, ocho si contamos los de la nariz dos veces. Preferiría pasar calor que frío. Y puedo aguantar la respiración bajo el agua durante nueve minutos y trece segundos.

Lo estudio en busca de las señales que indican una mentira según lo que he estado leyendo. Pero no hace ningún movimiento con las manos ni pone ninguna expresión facial rara que yo note y su tono de voz suena firme y normal.

—Bien, ¿cuál de esas era una mentira? —pregunta Gupta—. ¿Jaya?

Jaya entrecierra los ojos, como si se estuviera concentrando

mucho.

—¿La primera?

—Sé que no estás segura de tu respuesta por la forma en la que has alzado el tono al final de la frase. Sonaba más como una pregunta en vez de una respuesta —dice Gupta, y me alivia saber que la mentira de Felix no es tan fácil de adivinar como para que todos la sepan menos yo.

—¿Alguien no está de acuerdo con Jaya? —continúa Gupta.

La sala se queda en silencio un momento.

Justo cuando pensaba que nadie iba a responder, Ash dice:

—La segunda historia era mentira.

Gupta sonríe.

—Explícate, Ashai, por favor.

—Hizo un leve movimiento con la nariz, como si le picara. Y, cuando mientes, la sangre va hacia la nariz y se aleja de las mejillas. A menudo, la gente se toca la nariz cuando mienten más que cuando no —dice Ash—. Y su hombro derecho se ha alzado ligeramente. Los encogimientos en un único hombro son comunes cuando se está nervioso.

Está claro que Ash está como pez en el agua en esta clase.

—Correcto —dice Gupta—. Y, además, había una pista lingüística que estudiaremos con más detalle los próximos meses. Ha dicho «preferiría» en lugar de «prefiero». Cuando usas el condicional, estás estableciendo una hipótesis en lugar de decir una verdad. Puedes sentarte, Felix. Jaya, te toca.

La chica se levanta y camina hacia la parte delantera de la clase.

—Me quemé sin querer el dedo con una vela hace dos semanas y la cicatriz parece una estrella. No soporto el olor de la sangre. No he sido capaz de acabarme el desayuno esta mañana.

—¿Cuál es mentira, Brendan? —pregunta Gupta.

—La tercera —dice, y Gupta asiente para que continúe—. Ha enfatizado más la tercera frase para que sonara más alto que las otras dos y así convencernos para que la creamos.

La verdad es que yo también me he dado cuenta de eso. Esta clase es divertida.

—Bien. ¿Alguien ha visto algo más? —pregunta Gupta.

—También se ha frotado los dedos levemente cuando ha terminado —dice Ash—, un movimiento reconfortante para sentirse mejor por la mentira. Y ha hablado más rápido en la última frase, como si quisiera pasar de puntillas.

Me cago en la leche, a Ash se le da bien esto. Una imagen de cómo tonteaba conmigo anoche aparece en mi mente y gruño mentalmente. Esto es típico de mí: sentirme atraída por la persona más complicada de la clase, la única que me prometí que no me gustaría y que estoy segura que hará mi vida más problemática. Si Emily estuviera aquí, pondría los ojos en blanco a más no poder y me diría que dejara de ser tan llorica y que fuera a por él. Y yo seguramente le respondería que no pasa nada, que no me importa tanto, pero las dos sabríamos que no lo digo en serio.

Gupta mira a Ash con aprobación.

—También hay una pista lingüística en la mentira de Jaya. ¿Alguien la ha detectado? En su segunda frase, una verdadera, ha usado una contradicción, que es como solemos hablar normalmente. Pero en la tercera, que era mentira, ha utilizado «no he sido capaz», una estructura verbal que sobra y enfatiza ese énfasis de la mentira que ha detectado Brendan. Vale, Brendan, tu turno.

Brendan se pone de pie. No espera a que Gupta le dé la señal, cosa que no me sorprende.

Echa los hombros hacia atrás y respira.

—Me gusta noviembre. Pero desde que era niño, octubre es mi mes preferido. Y las largas noches de diciembre me dan paz.

«Venga ya». Y ni siquiera me ha mirado. Qué rastrero.

—¿Alguien? —pregunta Gupta.

—La primera —dice Felix sin perder un segundo—. Dice que le gusta noviembre, pero ha dejado ver una leve expresión de disgusto, que ha hecho que una de las comisuras de los labios se pliegue. Sus palabras y sus emociones son incongruentes.

Con que disgusto, ¿no? Brendan me dedica una sonrisa que hace que se me erice el pelo de la nuca.

—Estoy decepcionado, Brendan. Normalmente no dejarías que una leve expresión te delatara —dice Gupta—. Esta lamentable actuación me hace recordar con nostalgia a unos estudiantes de hace veinticinco años. ¿Sabéis que hubo una chica que se pasó un año sin que nadie detectara sus mentiras?

Brendan pone los ojos en blanco en plan «ya estamos otra vez con la charla de los antiguos alumnos».

Sin embargo, me parece interesante que sea la segunda vez que alguien señala un hecho destacable de hace veinticinco años. No puedo evitar preguntarme si es la misma chica de la que hablaba Blackwood, la que ganó todos los retos de medianoche.

—Si os enfrentáis con una persona normal, los superaréis con creces. Pero ¿qué pasará cuando os enfrentéis a un estrategia? Al paso que vais, lo mismo podríais deciros la verdad los unos a los otros y acabar con el sufrimiento. —Gupta suspira—. Ashai, por favor, ven aquí y haz que me sienta mejor como profesor.

Ash se abre camino hasta la parte delantera de la clase con una apariencia de total seguridad. Su mirada barre la sala y sonríe.

—Me gusta que me sorprendan, incluso si la consecuencia es dejarme contra la pared.

Mm. Supongo que le gustan las sorpresas, pero no creo que a Ash le guste que le dejen contra la pared.

—Se me dan mejor las cartas que a Layla.

Algo en su voz me recuerda a cuando intenta fascinarme. Pero no creo que a Layla se le den mejor las cartas, si tenemos en cuenta su habilidad para notar las mentiras. Aunque no me sorprendería que Ash mintiera sobre la única cosa que todos sabemos que es verdad.

—Y no se me reduce fácilmente en una pelea.

Toso por la sorpresa al escuchar esa palabra que estaba escrita con sangre en el suelo esta mañana. «¿Qué estás haciendo, Ash?». Vuelve a examinar la sala y no estoy segura de si intenta interpretar a los demás o mandando un mensaje a quien sea que lo haya hecho. Puede que ambas.

Gupta sonríe y entrecierra los ojos.

—Por fin. Eso es una mentira bien contada. ¿Alguien ha oído o visto algo que pueda indicar que una de las frases de Ashai es mentira?

El aula permanece en silencio.

—¿Nadie? —pregunta Gupta, y pasa la mirada por todos los alumnos del aula. Yo también los miro para ver si noto alguna señal que indique quién es el culpable. Pero solo veo expresiones relajadas y neutrales.

Nadie responde a Gupta. Deben odiar con todas sus fuerzas dar la respuesta equivocada que ni siquiera lo intentan.

—Bueno, pues los has dejado mudos, Ash. Bien hecho. Sigamos...

—Era la segunda —digo, y todos se giran hacia mí.

Ash me mira con curiosidad.

A la mierda. Es mejor lanzarse cuando no hay claros indicios de la mentira que cuando los hay y no los ves. Además, hay un cincuenta por ciento de posibilidades, porque Ash no habría dicho nunca la última frase ni enfatizado la palabra «reduce» si no fuera verdad.

Gupta me mira con un renovado interés.

—Continúa.

—Ash utiliza su encanto como herramienta. Y, aunque estaba sonriendo en todas las frases, la segunda parecía más como si nos estuviera convenciendo, como si nos dijera algo tan obvio que tiene que ser verdad.

Por cómo me mira Gupta, entiendo que sabe algo que yo no.

—Bueno, tu suposición es más una corazonada que un indicio real —dice Gupta, y se vuelve hacia Ash—. Pero veamos en este caso. ¿Está en lo cierto, Ashai?

Ash asiente y me mira con respeto. Supongo que sí que le gustan las sorpresas.

Gupta da una palmada.

—El engaño se consigue con la práctica. Tiene que ser parte de tu naturaleza. Si tienes que esforzarte al máximo para concentrarte en ello, no tendrás en cuenta todo lo demás. Y, como acabamos de ver, identificar engaños va más allá de notar señales; hay que analizar a la persona. Un buen embustero te hará pensar que hay mentiras donde no las hay y verdades que no existen, como hemos visto aquí. November ha analizado la personalidad de Ash para determinar que el hecho que parecía más verídico era, de hecho, mentira. —Gupta asiente para sí mismo como si recordara algo—. Eso es todo por hoy.

Todo el mundo retira sus sillas, pero no resuenan contra el suelo. Se colocan tranquilamente las capas y salen en silencio, sin armar jaleo. No sé si conseguiré acostumbrarme a que estos adolescentes sean tan gráciles.

Acompaño a Ash y nos dirigimos a las escaleras del vestíbulo principal.

—¿Quieres que demos un paseo por los jardines de camino al almuerzo? —pregunto—. Llevo encerrada toda la mañana y empiezo a sentirme claustrofóbica.

—Claro, November. Estaré encantado de tener una cita contigo.

Me río. No sé cómo Layla aguanta un hermano como este. Aunque también suelo preguntarme cómo Emily soporta a una amiga como yo.

—Crees que eres muy listo —digo en tono alegre—, pero resulta que no me gustas en absoluto, ni siquiera un poquito.

Él me sujeta la puerta y nos adentramos en el césped.

—Por lo que se ve no soy listo. La chica con menos entrenamiento en engaños ha sido la primera en descubrir mi mentira.

Sonrío.

—¿Es esa tu forma de decirme que te he sorprendido?

—Podríamos decir que sí —contesta mientras paseamos por el patio de las vides—. Es una pena que no te guste ni un poquito. Supongo que es algo que aprenderé a sobrellevar.

Su entretenimiento es contagioso y la forma en que me mira hace que mi corazón se desboque ligeramente.

Me aclaro la garganta.

—¿Gupta suele acordarse de antiguos alumnos normalmente?

—Te has dado cuenta, ¿eh? Sí. Lo hace todo el tiempo. Y no es el único. Hace unos veinticinco años hubo un grupo de alumnos a los que se les considera especialmente talentosos. Verás que a veces los profesores se refieren a ellos como lo mejor que ha dado este colegio. Hay un rumor de que Blackwood era parte de ese grupo.

Ash hace un reconocimiento rápido del terreno cuando entramos en la zona ajardinada.

La luz vespertina deja motitas iluminadas sobre el césped y las bayas de color morado intenso se agolpan contra el dosel verdoso. Solo hay otras dos chicas que charlan en una de las esquinas más alejadas.

—¿Blackwood? No sé si eso es bueno o malo —dice.

—Por lo visto es la directora más joven que ha habido en este colegio. Algunos dicen que ocupó el puesto debido al aumento de la tensión entre los Osos y los Leones, que prefería una vida solitaria. —Mantiene la voz baja cuando pasamos junto a un parterre lleno de flores azules, blancas y violetas—. Sabes que es una de los Osos, ¿no?

Me muestro sorprendida.

—Pero creía que los Osos eran en su mayor parte italianos. Habla con un acento británico perfecto y su apellido es británico. No me había imaginado… Aunque ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta de lo ridícula que suena esa suposición.

Ash sonríe.

—La familia de los Osos se originó en el Imperio romano. Pero ya sabes, después de incursiones en el continente, cierta exploración, y unos cuantos cientos de años, te das cuenta de que la familia Oso tiene un alcance mayor al territorio italiano. Y, además, todos los directores del colegio se llaman Blackwood desde hace cientos de años. Es solo el título.

Sopeso sus palabras un minuto.

—¿Por qué exactamente se odian los Osos y los Leones? —pregunto.

Ash empieza a caminar en dirección a la puerta del otro lado del edificio.

—Ven conmigo. Te voy a enseñar una cosa.

Aligero el paso.

Conforme atravesamos la puerta abovedada y entramos en el vestíbulo que tiene la estatua del caballero y los escudos, mis pasos vacilan. El guardia con la cicatriz en forma de equis está en su puesto. Me mira directamente y me acuerdo del primer día que Layla me trajo aquí, cuando seguía pensando que quería matarme. No lo había visto desde que me pilló fuera de mi habitación la noche que asesinaron a Stefano y su mirada ha cambiado. Parece que me observa con más atención, lo que hace que me entren ganas de salir corriendo.

Interrumpo el contacto visual con el guardia y sigo a Ash por el pasillo hasta la biblioteca.

Las vidrieras están tapadas en su mayor parte por pesadas cortinas y, para suplir la luz natural, se han encendido antorchas y candelabros que iluminan la sala de techos altos.

Ash me lleva hasta la esquina derecha del fondo, hasta una pared llena de pergaminos enmarcados, y uno está clavado. Estudio el pergamino y me doy cuenta de que es una lista con la mayoría de las clases que tenemos y que a su lado aparece el nombre de una familia. La primera columna dice:

Engaño	Ong
Análisis histórico	Oso
Cuchillos	León
Venenos	Oso
Lucha estratégica	Oso
Trepa de árboles	León
Esgrima	León
Guerra psicológica	León
Idiomas y acentos	Chacal

—¿Qué es esto? ¿Como un *ranking*? —pregunto en un susurro, aunque no veo a nadie por la biblioteca.

—Podría decirse que sí —responde—. Desde que se fundó la Academia Absconditi, se ha hecho un seguimiento de los mejores alumnos de cada disciplina. Es un éxito rotundo cuando una familia bate el récord que otra familia ha mantenido durante años. A veces, generaciones.

—¿Cómo es posible que el colegio mantenga un seguimiento desde hace miles de años y pueda establecer un *ranking*? —pregunto.

—La esencia de los retos no cambia. Hacemos las cosas de la misma forma que nuestras familias lo han hecho siempre —replica—. Y hay récords en cada una de las clases. El que ha mencionado hoy el profesor Gupta sobre el alumno al que no consiguieron detectar su mentira durante un año lo estableció un Oso.

Miro de nuevo a la pared.

—Parece que los Osos han ganado muchos títulos.

Ash también está examinando el pergamino, pero me dirige una mirada.

—Durante miles de años ha habido un equilibrio de poder entre las familias: cada una tenía sus especialidades, habilidades y un estilo propio. Había alianzas y rivalidades, pero también había un respeto generalizado hacia el orden de Estrategia y el Consejo de Familias. Sin embargo, en los últimos siglos, una familia se ha alzado por encima de las demás: los leones.

Eso cuadra con lo que dijo Layla sobre que todo el mundo buscaba complacer a Brendan y los Leones.

—¿Ese cambio de poder ha alterado las cosas en Estrategia?

Ash asiente como si él mismo se hubiera hecho esa pregunta.

—Al principio, solo suponía que los Leones estaban forrados, tenían más acólitos y más recursos. Pero a menudo pedían permiso al Consejo de Familias para usar otras herramientas. El resto de las familias les pedían ayuda y hubo un montón de alianzas que beneficiaban a los dos bandos. Digamos que había un desequilibrio de poder, pero no un abuso del mismo.

—¿Y eso ha cambiado? —pregunto.

Por alguna razón, aunque Ash todavía no ha mencionado nada horrible, la historia me pone nerviosa, como ver a alguien perder agarre lentamente al borde de un acantilado.

—Jag —dice Ash simplemente, y le dirijo una mirada inquisidora —. Es el líder actual de los Leones. —Sonríe y niega con la cabeza—. Sé que no te has criado de la misma forma que yo, pero sigue pareciéndome increíble que no sepas algunas cosas. Que no conozcas a ciertas personas.

—¿Cómo crees que me siento yo? —pregunto, y me mira como si hubiera dado en el clavo—. Y este Jag… ¿Qué tiene de especial?

—Bueeenoo —responde Ash alargando la palabra—. Hace cuarenta años perdió a sus padres sin previo aviso. Solo tenía diecinueve años

cuando llegó a ser líder, cosa inusual en el mundo Estrategia. Normalmente, la familia elige al nuevo líder y el Consejo de Familias lo tiene que aprobar. Pero la familia de Jag había estado en el poder durante más de un siglo y, por razones que aún siguen debatiendo y en parte seguramente por el desequilibrio de poder existente, el Consejo de Familias votó a favor de que se quedara el puesto con la promesa de que se le asistiría con consejeros experimentados.

—Como en las cortes europeas de antaño —digo, con la poca información que sé de estas cosas más allá de lo que he visto en las películas.

—Muy parecido —coincide Ash—. Durante un tiempo, se pensó que Jag honraría la ayuda del consejo, que las dinámicas de las familias volverían a su previo estado conciliador. Pero ocurrió lo contrario. Jag renegó del consejo y él y su familia más cercana cambiaron la cultura de los Leones de forma aún más drástica. Con el paso de las décadas, los Leones intervinieron de forma más agresiva en los territorios de otras familias, hasta que el abuso de poder era tan enorme que muchas familias empezaron a aliarse con ellos por pura protección. Los Osos son de los pocos que se les han resistido. Les han plantado cara a los Leones cada vez que se han interpuesto en su camino y las dos familias se han convertido en enemigos mortales.

—Espera, entonces ¿por qué el Consejo de Familias o quien sea no relevó a Jag del cargo en cuanto se dieron cuenta de cómo cambió la cosa? —pregunto.

—Aquí es donde se pone complicado —dice Ash, y casi puedo escuchar los años de debate que habrá presenciado sobre esta cuestión —. Como has dicho, las reglas de Estrategia son parecidas a las antiguas cortes europeas: un linaje concreto se queda con el poder hasta que ya no lo pueden mantener. A veces porque no tienen descendencia y el linaje desaparece, o porque los asesinan cuando son jóvenes, o simplemente porque no habían pasado por este entrenamiento y no consiguen cumplir con sus deberes como es debido.

Me echo hacia atrás y lo miro con detenimiento.

—¿Me estás diciendo que venir a este colegio es obligatorio para ser líder en tu familia?

Ash parece pensativo.

—Si no destacas en la Academia, se te considera no apto. Incluso si te han admitido, tienes que seguir demostrando tus capacidades. Y lo mismo al contrario. Si tu hermana pequeña es mejor que tú en todo

cuando estáis aquí, el poder se le cederá a ella. Tenemos nuestras diferencias, pero si hay algo que todos los líderes entienden es la presión de la responsabilidad.

—Ahora veo a Brendan, Charles y Nyx con otros ojos —digo mitad para él, mitad para mí—. Pero lo siento, te he interrumpido. Estabas diciendo...

—Aunque se pueden sustituir a los líderes de las familias, no suele pasar mientras alguien está en el cargo, a menos que el líder en cuestión acceda a ello, lo cual, como te puedes imaginar, Jag no hizo —explica Ash.

—Vale, pero si las cosas están tan mal como dices, ¿cómo es que nadie ha intentado apartarle del poder por la fuerza? —pregunto.

Ash niega con la cabeza.

—Bajo ninguna circunstancia se asesinan a los líderes de otras familias. Con las habilidades de las que disponemos, ¿te imaginas el caos que se desataría si empieza una guerra sin cuartel entre las familias?

Hay tanto aplomo en el tono de voz de Ash que casi puedo sentir lo personal que le resulta este asunto.

Ahora mismo solo conozco a los chicos estrategia de la Academia. No me quiero ni imaginar cómo debe ser que tus familiares sean estrategas y asesinos bien entrenados que intentan matarse los unos a los otros.

Dejo escapar el aire.

—¿Y ahora qué? ¿Qué se está haciendo con los Leones?

Su expresión es casi de tristeza.

—No hay mucho que se pueda hacer. Con los años, Jag ha manipulado a sus consejeros, sus hijos y sus nietos, así que ya no se trata de destituirlo, sino de averiguar cómo destruir el poder que ejerce sobre toda la familia. Y los Leones son feroces; lideran con miedo, asesinando a miembros de las familias que se alzan contra ellos. Cada vez hay menos dispuestos a luchar contra ellos.

—¿Es por eso que ha habido tantas muertes en este colegio? —Hago una pausa intentando asimilarlo todo—. ¿Los Osos siguen enfrentándose a ellos?

Él asiente, y yo siento una extraña oleada de orgullo. Si voy a ser una estrategia, al menos que sea de una familia que defiende algo bueno.

Ash alza la vista hacia el pergamino.

—Incluso con el desequilibrio de poder, esta lista siempre ha

incluido el nombre de todas las familias… Excepto cuando ese grupo de jóvenes talentosos que te he contado se llevaron casi todos los títulos hace veinticinco años.

—Déjame adivinar: ¿eran todos leones?

Niega con la cabeza.

—Había un León y un Oso que destacaron por encima de toda la clase. Los dos eran primogénitos de los líderes de sus familias y, contra todo pronóstico, formaron una alianza. En ese momento, se pensó que quizá podrían cambiar las cosas en la guerra entre las dos familias y para Estrategia en general. Pero un año después de terminar el colegio, los dos acabaron muertos.

—¿Muertos o asesinados?

—Es lo mismo —dice.

—Mm, no exactamente. —Hago una pausa—. Pero si había un León dispuesto a cambiar las cosas, tiene que haber más. ¿No?

Ash se ríe entre dientes.

—¿Alguna vez dejas de ser tan optimista?

—Mira, no sé por qué la gente siempre me ha acusado de ser demasiado optimista. Creo que están perdiéndose oportunidades —respondo.

La sonrisa de Ash pasa a sus ojos.

—Deberíamos ir tirando al comedor.

Se da la vuelta.

—¿Ash? —digo, y se detiene—. Gracias por explicármelo.

—No me des las gracias todavía —contesta—. Si averiguamos los secretos de tu familia, esquivamos los ataques que seguro que aparecen por el camino y conseguimos seguir vivos… Entonces puedes darme las gracias.

VEINTICINCO

Mientras espero a que el profesor de esgrima comience la clase, me remango la blusa y paso la vista nerviosa por el patio abierto. La última vez que tuve una clase sin que Layla o Ash estuvieran presentes, Matteo casi me tira de un árbol. No puedo evitar agobiarme por lo que me espera ahora.

Nyx está aquí y tiene los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando toda la noche. Todavía no me ha dirigido ninguna mirada, pero sé que está vigilando mis movimientos, lo cual es peor. En el poco tiempo que llevo aquí, me he dado cuenta de que cuando la gente no te mira directamente es cuando más se están fijando en ti. Felix e Inés también me observan con disimulo.

—Hoy tenemos el honor de recibir al doctor Conner como invitado —dice el profesor Odd poniéndose al frente de la clase. Me parecería un apellido raro si no fuera porque recuerdo que «odd» es una palabra noruega que significa «la punta de una espada». Acorde con su apellido, Odd es un hombre alto y delgado con la cara alargada, que pronuncia las palabras con mucho énfasis de un modo teatral—. No tardéis demasiado en ir a por el equipo de esgrima. Quiero que enseñéis al doctor Conner lo mejor que sabéis hacer.

El profesor Odd da una palmada y formamos dos filas detrás de él. Esta vez me aseguro de estar entre las últimas y que nadie se ponga donde no pueda verlo. Por desgracia, Nyx está en la otra fila junto a mí. Prácticamente irradia furia y me obligo a no mirarla. A juzgar por cómo reaccionó ayer con la muerte de Charles, puede que me rompa la nariz si me tropiezo.

Seguimos al profesor Odd por el jardín y entramos en el vestíbulo con los escudos, donde nos encontramos con el doctor Conner. Cada minuto que paso junto a Nyx se incrementa mi tensión.

—Ah, doctor Conner. Tardaremos un segundo en coger el equipo —dice Odd, y hace una pequeña reverencia.

Conner sonríe.

—No hay prisa, profesor Odd. De hecho, os acompañaré. Hace mucho tiempo que no voy a la armería.

—Como quiera —responde Odd, y cruzamos el pasillo.

Un guardia abre la puerta y nos adentramos en una sala de techos altos, sin ventanas y llena de armaduras, espadas y escudos. En el interior de urnas de cristal hay dispuestos todos los tipos de cuchillos imaginables, además de flechas y una selección de arcos de polea y recurvos. Parece como si hubiera retrocedido en el tiempo a una sala de batalla de la época medieval. Sin embargo, algo que echo visiblemente en falta son esos uniformes protectores raros Kevlar que siempre usan en la tele cuando se hace esgrima. Tampoco me esperaba ningún traje protector, la verdad.

En la pared hay colgadas muchas espadas y observo que conforme un alumno de la fila se acerca a esa pared, elige una espada y luego se la enseñan a Odd o a Conner para que la inspeccione. La intranquilidad que siento me roba la felicidad de elegir una espada y simplemente cojo la que tengo más cerca y el traje de al lado. Respiro con tranquilidad cuando me doy cuenta de que la doble hoja de la espada está roma para poder practicar. Espero detrás de Felix para que Conner inspeccione la mía.

Paso el dedo por la hoja mientras salgo de la habitación. Habría matado por tener una espada así de chula en Pembrook, pero mi padre solo me dejaba practicar con unas de madera. Emily solía decir en broma que había visto *La princesa prometida* y que había decidido elegir ese estilo de vida para aprender a usar todas las armas blancas e intentar recrear aventuras dramáticas sin parar.

Todos caminamos en silencio de vuelta al patio. Me doy cuenta de que la mano de Nyx se aferra cada poco tiempo a la espada y Felix e Inés parecen estar nerviosos. Con la oscura nube de ansiedad general que se formó ayer tras la muerte de Charles revoloteando sobre nosotros, no me extraña, la verdad. Solo agradezco que Brendan no esté aquí. Apuesto lo que sea a que el mensaje de «Vas a ser reducida» es suyo.

—Hoy vamos a empezar con un combate libre para que circule vuestra sangre y luego comenzaremos con la clase —dice el profesor Odd y da una palmada—. Doctor Conner, ¿le gustaría elegir las parejas? Y recordad todos: nada de boxeo ni artes marciales, solo

espadas.

—Qué considerado, profesor Odd —dice Conner y nos mira con una sonrisa—. ¿Qué tal... Felix con Kiku, Inés con... Jaya y November con —examina el grupo— Nyx?

El estómago me da un vuelco. Sigue emparejando alumnos, pero no le escucho.

El profesor Odd nos dice que nos dispersemos y de inmediato se gira hacia Conner. Los dos empiezan a charlar y yo sigo de mala gana a Nyx hasta el extremo opuesto del patio.

Ella se detiene cerca de la densa barrera de árboles que nos separan del patio de las vides y se gira para encararme. Tiene el pelo rizado recogido en una coleta despeinada y los ojos tan fieros como lo estarían los míos si acabara de perder a alguien que me importa. Por mucho que no me caiga bien, no puedo ni imaginar lo horrible que ha debido ser para ella ver a Charles morir de esa forma. Apenas pude soportarlo yo y mira que intentaba matarme.

—Oye, sé que debes estar... —empiezo a protestar, pero ella me dirige un golpe con la espada por la izquierda. Lo bloqueo y las hojas resuenan—. Eh, que no estaba ni en posición todavía.

Al instante va por mi lado derecho. Vuelvo a esquivarla. Me golpea con una fuerza sorprendente y recuerdo lo que Ash me dijo sobre que solía derrotar a gente mucho más grande que ella.

Establece contacto visual conmigo y se me eriza el vello de los brazos.

Nyx apunta a mis rodillas. Salto sobre su espada y la empujo con fuerza en el hombro.

Sus ojos prácticamente humean de rabia.

—Esto es por tu culpa —me suelta—. Todo es por tu culpa.

—¿Estás de coña? Charles intentó matarme a mí, no al revés —dijo en voz baja, pero eso solo parece hacerla enfadar todavía más.

Arremete hacia delante, primero golpea con la espada en una dirección y luego en la otra. La esquivo y nuestras espadas se golpean en un clamor metálico constante.

—Se supone que estamos aquí para... —empiezo a explicar.

Nyx hace una finta hacia la derecha y golpea por la izquierda. Vuelvo a impedir su golpe, pero estoy nerviosa. Es muy buena y viene a por mí como si estuviéramos peleando a muerte en vez de calentar. Con la fuerza que está usando, si consigue golpearme, tendré suerte si no me rompe un hueso o me hace una contusión.

—...practicar, Nyx. Vas a hacer que nos cansemos antes de que

empiece la clase.

Miro de reojo al profesor Odd y a Conner, pero se están riendo y no prestan atención a lo agresiva que se muestra.

Mirar hacia otro lado ha sido un error, porque Nyx da un paso hacia un lado y apunta a mi cabeza. Consigo interceptar el golpe y alejarme, pero ahora tengo la espalda contra los árboles.

—¿Cansarnos? —Se echa a reír, pero la carcajada es de todo menos alegre. Casi está al borde de las lágrimas—. Que te den, November. Tú y tu familia deberíais haber muerto hace mucho tiempo. Ahora todos tenemos que cargar con ese error.

Durante un segundo me parece haberla oído mal. ¿Está hablando de mi familia Oso o de mi familia cercana?

Corre hacia mí y apunta su espada a mis costillas. La detengo, pero el empuje de la embestida me hace retroceder otra vez. Nyx alza la espada sobre mi cabeza y me retiro. La espada golpea el tronco que tengo detrás y me preparo para otro golpe, pero la hoja se ha quedado incrustada en el tronco. Grita de frustración y el profesor Odd mira en nuestra dirección.

El corazón me late tan fuerte que ensordece todos los ruidos del patio. «Una hoja roma no puede hacer eso».

El pánico me recorre y me alejo de los árboles rápidamente mientras ella saca la espada de la madera. Está claro que su espada está afilada como una cuchilla. Estaba tan ocupada esquivando sus golpes que no me había dado cuenta.

—¡Nyx! —grita Odd al otro lado del patio y su nombre resuena en mi cabeza como una campanilla.

«*Sarete ridotti*» también significa «Vas a ser aniquilada». Tengo el italiano oxidado, porque no sé cómo no se me había ocurrido antes. Buena forma de esconder su nombre en una palabra.

Nyx se lanza contra mí y descarga su espada tres veces de forma rápida y con fuerza. Paro los golpes, a duras penas. Gruñe frustrada y apunta a mi cara. Me aparto para esquivarla, pero no continúa el golpe. En su lugar, me da una patada en la pierna y me caigo de espaldas. En un segundo, la tengo de pie frente a mí.

Levanta la espada sobre su cabeza y la apunta a mi corazón con las dos manos. Me giro, pero no soy lo suficientemente rápida y la hoja me alcanza la parte superior del brazo. Dirijo mi espada hacia ella haciendo que retroceda para poder ponerme de pie.

Oigo cómo Odd y Conner le gritan, pero ella no se detiene.

Nyx me golpea antes de que pueda recuperar el equilibrio. Levanto

la espada, pero en un ángulo raro y ella golpea tan fuerte que sale disparada de mi mano. Durante un milisegundo, nuestros ojos se cruzan y veo cómo levanta la comisura del labio. Un golpe y estoy muerta.

Me doy la vuelta y huyo hacia los árboles. Los troncos tienen la corteza lisa y no hay ramas hasta una altura de seis metros. Pero hay algunos nudos en la zona donde han podado las ramas más bajas.

Las botas de Nyx resuenan en el césped a mi espalda y salto hasta una de las ramas podadas. Alzo las piernas justo cuando su espada choca contra la madera. Consigo trepar varios metros y ella grita desde el suelo. Pero no puedo subir más. No llego al siguiente agarre porque está demasiado lejos y tengo los músculos de las piernas agarrotados de estar en una posición incómoda. La herida del brazo palpita y sé que me queda un minuto antes de que tenga que soltarme.

Nyx agarra la empuñadura de la espada y veo que ha cambiado de táctica. Va a tirarla como una lanza. «Mierda». Entrecierra los ojos mientras calcula. Pero justo cuando echa el brazo para atrás, el profesor Odd la agarra de la muñeca. Ella se da la vuelta, balanceándose.

Conner saca una jeringuilla del bolsillo de su chaqueta y se la clava en el brazo. Se tambalea un par de pasos, suelta la espada y se derrumba en el césped.

—Que vengan dos guardias y que se la lleven a las mazmorras —dice Conner, y Odd se aleja corriendo.

Me suelto del árbol y caigo al césped. Durante un par de horribles segundos, todo el mundo se queda totalmente quieto. Y entonces pienso: ninguno de los alumnos ha intentado ayudarme.

Conner se seca la frente con un pañuelo de tela y frunce el ceño.

—Ve a la enfermería, November.

Me miro el brazo. La sangre me llega a los nudillos y cae al césped.

VEINTISÉIS

Layla y yo caminamos por el pasillo vacío de las habitaciones cargadas de libros. Solo hay una única antorcha en la pared y se está apagando, por lo que hay partes del pasillo totalmente ensombrecidas. El brazo me palpita por los puntos que me suturó ayer la enfermera y he descubierto que este sitio no cree en el uso de analgésicos. Miro por encima del hombro, pero todo está en silencio.

Subo el pestillo de nuestra puerta y Layla y yo soltamos los libros: algunos de historia europea para mí, porque Layla dice que me darán la base para explicarme lo que quiere enseñarme; y más libros de criminología para ella. También se ha llevado algunos libros cualesquiera sobre venenos y espadas por si Pippa toma nota de lo que estamos leyendo.

No estoy segura de por qué Layla sigue investigando compulsivamente la muerte de Stefano ahora que sabemos que Charles fue el responsable y Ash y yo estamos libres de culpa, pero parece que está obsesionada con los detalles. Quizá solo quiera entender lo que le sucedió a su amigo. Le preguntaría a Ash si este comportamiento es típico en ella, pero no lo he visto en toda la tarde.

Inspeccionamos la habitación para asegurarnos de que no hay nadie escondido en ningún sitio y Layla se sienta en el sofá delante de la chimenea.

—Si Brendan se tomó el tiempo de colarse en nuestra habitación y escribir el mensaje en el suelo, ¿por qué no te mató cuando tuvo la oportunidad? —pregunta.

Me siento a su lado.

—No lo sé. —Por instinto me toco las vendas del brazo—. Quizá Nyx quería encargarse personalmente, ensartarme en público.

Layla se muerde el labio.

—Sí, pero no lo consiguió. Y por lo que he oído, te defendiste bien, que, peleando contra Nyx, es decir mucho. Creo que vio la oportunidad y la aprovechó, tan simple como eso. Si no, ¿por qué se arriesgaría a pelear contigo en público cuando podría haberse colado y cortarte el cuello?

Me echo a temblar.

—¿Porque no tenía cuchillo?

—Es posible —dice—. Pero ¿cómo consiguió hacerse con una espada afilada? Las espadas de práctica son romas por un motivo. Aquí hay algo que no cuadra.

Se queda mirando al fuego.

—Conner dijo que la iban a llevar a las mazmorras —digo—. ¿La van a someter a un castigo de ojo por ojo? ¿Y cómo van a hacerlo? Porque técnicamente me hizo un tajo en el brazo, pero es obvio que intentaba matarme.

Layla se gira hacia mí.

—No estoy muy segura. Nunca he vivido una situación como esta. Algo le harán. Por lo que he oído, las mazmorras son un lugar horrible, pero estoy segura de que tendrás tu oportunidad de resarcirte.

Arrugo la frente y desearía que el tema de la venganza dejara de existir.

—¿Y Brendan? Tanto si fue él el que se coló como si no, supongo que tiene que estar cabreado ahora que uno de sus amigos está muerto y la otra en las mazmorras.

Layla cierra el puño un segundo.

—Bueno, esto está lejos de acabar. No pretendo asustarte, pero si los Leones quieren matarte, no cesarán en su intento hasta conseguirlo.

Toc, toc, toc.

Antes de que pueda volverme, Layla se ha levantado del sofá.

—Ya vamos —dice mientras levanta el pestillo.

La guardia al otro lado de la puerta mira a su alrededor y, en cuanto me ve, se da la vuelta y se dirige a la siguiente puerta para llamar.

Layla me pasa mi capa y me la pongo.

Seguimos al resto de chicas por el pasillo y hacia el vestíbulo donde Nyx y yo nos peleamos en la oscuridad. Me resulta difícil de creer que haya pasado solo una semana; siento como si hubiera pasado todo un año caótico desde entonces. Blackwood está de pie

contra la pared y las veinticuatro chicas nos sentamos en el suelo delante de ella formando una U.

—Tenemos nuevos retos para vosotras esta noche —dice Blackwood, y su tono parece esconder un aviso precavido—. Veréis que estos retos son diferentes a cualquiera que hayáis llevado a cabo hasta ahora. Y habrá consecuencias graves para aquellos que no consigan completarlos como es debido.

Mira hacia atrás a los guardias que se hacen a un lado para dejar pasar a seis de los profesores, incluyendo a Liu, Gupta y Conner. Blackwood inclina la cabeza conforme pasan y empiezan a caminar alrededor de la U como si jugaran a la zapatilla por detrás de una forma espeluznante y cada uno elige a varios alumnos.

Conner toca a la chica de mi izquierda y Gupta a la chica junto a Layla. Las dos se levantan y salen en pequeños grupos junto al profesor que las ha seleccionado. Solo quedamos Layla, Aarya, Inés y yo.

—Seguidme —dice Blackwood sin contemplaciones.

Quiero quejarme, pero no me atrevo a mostrarle a Aarya que estoy nerviosa por lo que sea que vaya a pasar.

Blackwood nos lleva dos puertas más allá de la sala de profesores donde estuve nada más llegar. La chimenea no está encendida como entonces y la única fuente de iluminación es una antorcha junto a la puerta abovedada.

Cuatro guardias enormes nos siguen hasta la habitación y el guardia con la cicatriz en forma de equis es uno de ellos, cosa que me hace ponerme más nerviosa. Layla y yo nos miramos y noto en sus ojos que también está preocupada. Quiero preguntarle cómo de intensos suelen ser estos retos, pero nadie está hablando ahora mismo, ni siquiera Aarya.

Tomo nota mental de los detalles de la habitación de inmediato. Hay dos sofás grandes junto a la chimenea y una mesa de café amplia y robusta entre ellos. Dos sillones con reposapiés separados por unas mesas estrechas. Un aparador con una jarra de agua, vasos limpios y un cuenco con manzanas. Una mesa redonda con cuatro sillas. Tapices en las paredes y un par de apliques sin las antorchas. Una gran chimenea con ladrillos de piedra. Una estantería llena de libros. Un candelabro de acero forjado colgando del techo. Y ni una ventana.

—Vuestro primer reto es simple —dice Blackwood justo delante de la puerta con un guardia a cada lado—. Hay seis objetos escondidos en esta habitación. Encontradlos y os ayudará a resolver el segundo reto.

Si no los encontráis, desearíais haberlo hecho; unas más que otras. Yo seré quién decida cuándo se acaba el tiempo.

Su discurso no suena ni remotamente tranquilizador y no nos dice casi nada salvo que Blackwood es quien dicta las normas y que, si no nos apresuramos, nos arrepentiremos.

—Comenzad —dice Blackwood y todas nos ponemos en marcha.

Inés va hacia la estantería y empieza a quitar metódicamente todos los libros. Aarya se acerca al aparador e inspecciona las manzanas. Layla mueve la mesa de café hasta el centro de la habitación. Coge una silla de la mesa redonda y la pone encima para llegar hasta el candelabro.

Giro sobre mí misma. Los muebles son la apuesta segura y probablemente la mitad de los objetos estén ahí. Y no tengo la menor duda de que estas tres encontrarán lo que sea que haya. Pero tiene que haber al menos un objeto que no esté escondido en los muebles. Paso la mirada por las paredes en busca de cualquier cosa que parezca movida o manipulada. Tiro del soporte vacío de la antorcha, pero está bien sujeto.

Me detengo junto a la chimenea. Los ladrillos de piedra son grandes y aparentemente están fijos en su sitio. No hay leña dentro de la chimenea, pero queda ceniza. La remuevo con los dedos.

—He encontrado uno —dice Aarya con regocijo.

Saca una horquilla de una de las manzanas y la coloca sobre la superficie de mármol del aparador.

«¿Una horquilla?». ¿Están escondiendo cosas así de pequeñas? Doy un par de palmadas y se forma una nube de hollín. Paso los dedos por los ladrillos de piedra decorativos que conforman el marco de la chimenea en busca de alguna grieta o fisura que no debería estar ahí. Mis dedos llenos de hollín van dejando una marca, sobre todo, en las imperfecciones más pequeñas. Bueno, mira, eso nos puede servir. Cojo un puñado de cenizas y las esparzo sobre los ladrillos dejando todo el marco de color gris oscuro.

—Una lima de uñas metálica —dice Layla, y todas nos damos la vuelta brevemente para ver cómo la saca del fondo de una vela apagada del candelabro.

Aarya está quitando los cajones del aparador e inspeccionándolos por si tienen algún compartimento secreto o falso fondo.

Miro a mi alrededor en busca de algún trozo de tela, pero no hay nada salvo los pesados tapices. A la mierda. Cojo la punta de mi capa y empiezo a limpiar el exceso de ceniza de los ladrillos en

movimientos circulares.

—Dos clips —dice Inés sacándolos del lomo despegado de un libro.

Clips, una lima de uñas metálica y una horquilla: está claro que hay algo que los une y estoy bastante segura de que tiene que ver con cerraduras. Excepto porque la puerta de esta habitación, como todas las puertas que he visto, se cierra con pestillo.

Froto los ladrillos más rápido y se forma una línea de ceniza alrededor de un ladrillo del tamaño de mi puño en la parte superior izquierda de la esquina del marco. Suelto la capa y levanto la piedra con la punta de los dedos con un movimiento hacia delante y hacia atrás. Lentamente consigo sacarlo y pillo a Inés mirándome desde donde está comprobando las costuras del sofá.

Miro dentro del pequeño cubículo de piedra y veo un objeto metálico en el fondo.

—Tengo uno —digo, y saco del agujero unos alicates que parecen medievales y los pongo sobre la repisa de la chimenea.

Layla se desliza unos centímetros de debajo de la mesa de café, donde está inspeccionando la madera.

—Se acabó el tiempo —dice Blackwood.

Y así como así, la antorcha se apaga, dejando la habitación completamente a oscuras.

—¿Layla? —pregunto.

—Estoy... —empieza a decir, pero deja de hablar tras un sonido que suena como un golpe en el estómago. Resuena un crujido de madera contra madera y luego un chirrido que solo puedo identificar con mover algo metálico.

Doy un par de pasos rápidamente hacia la voz de Layla con los brazos por delante, me golpeo con la mesa de café en la espinilla y salgo despedida hacia delante.

—Pero ¿qué coño...? —exclama Aarya, pero su tono de voz queda amortiguada.

Layla tose y respira con dificultad, pero en lugar de venir del suelo, el sonido parece que viene por encima de mi cabeza.

Se oyen un par de ruidos sordos que solo pueden venir de alguien peleándose con otra persona y me agacho, pensando en si seré yo la siguiente. Algo impacta a mi derecha y los libros se caen de la estantería al suelo.

Recupero el equilibrio y me subo sobre la mesa de café siguiendo el sonido que hace Layla, que se esfuerza por respirar. El corazón me late a mil por hora.

Oigo el chirrido de una vieja bisagra cuando la puerta se abre un segundo y vuelve a cerrarse. Un pestillo se cierra desde fuera y entonces la habitación se queda en completo silencio excepto por la respiración de Layla.

—Layla, ¿dónde estás? —pregunto moviendo las manos delante de mí.

—Luz. Necesitamos luz, November —consigue decir Layla entrecortadamente.

Oigo un par de libros más que se caen.

—Mierda —suelta Inés y estoy segura de que es la primera palabra que le he oído decir.

Durante medio segundo, me quedo parada con el corazón palpitando, perdida en la oscuridad. No hay cerillas; ni siquiera hay carbón con los que trabajar. Y estoy segura de quien sea que se haya ido de la habitación se ha llevado la antorcha, porque no veo ascuas que sigan brillando donde debería estar el soporte de la antorcha.

Inés suelta un gemido.

—¿Aarya?

Noto el miedo en su tono de voz y mi mente consigue concentrarse del todo.

—Papel —digo con urgencia—, cuanto más viejo y más seco mejor. Llévalo a la chimenea, Inés.

Si no me equivoco, algunas de las piedras que conforman el marco de la chimenea son sílex, incluyendo la que estaba suelta. Y cabe la posibilidad que esos alicates antiguos estén hechos de acero. Me bajo de la mesa y me apresuro hacia la chimenea más rápido de lo que sería cauteloso, con las manos delante de mí.

Tropiezo con la piedra y palpo el marco rápidamente.

—Te tengo.

El sonido del papel al romperse a mi lado hace que mi corazón dé un salto.

—Toma, busca mi mano —digo extendiendo la mano y ella la encuentra.

Cojo la hoja arrancada, la sujeto con el pulgar sobre la piedra y golpeo el borde del ladrillo contra los alicates antiguos. Salen un par de chispas. «¡Sí!».

—Si puedes… —empiezo a decir, pero Inés ya está soplando en el papel.

Golpeo la piedra un par de veces más y, a la cuarta, una de las chispas se prende y hace un agujero diminuto en el papel.

—Vamos, vamos —le insisto impaciente mientras Inés sigue soplando con delicadeza la llama.

Poco a poco, el círculo ardiente se va expandiendo hasta que, al fin, conseguimos que salga una llama de verdad. Inés enrolla otro papel y lo acerca a la llama, lo que nos proporciona una antorcha pequeña pero efectiva y mi corazón se acelera. No es mucha luz, no alumbra más que una vela de cumpleaños, pero con suerte nos dará una imagen de cómo están las cosas. Mientras centellea en la oscuridad, Inés pone la silla que se había caído de nuevo sobre la mesa y se sube.

—¿Qué cojones...? —exclamo horrorizada.

Las piernas de Layla están sujetas alrededor del candelabro de una forma extraña y tiene algo atado a las muñecas que le impide usar las manos para agarrarse.

Inés no le dice nada a Layla y, para mi sorpresa, no intenta ayudarla. En su lugar, coge dos velas y salta al suelo para acercarse de nuevo a mí y encender las velas con el papel. Me da a mí una y la habitación de pronto se ilumina algo más. Blackwood y los guardias se han ido, claro, no es que esperara otra cosa.

Echo rápidamente algo de cera sobre la repisa y pego la base de la vela ahí para mover libremente las manos.

—Espera, voy a bajarte —le digo a Layla.

—Es una brida —dice Layla que ha recuperado el aliento. Pero sé que está sufriendo—. Está atada al acero. Si no me agarro bien con las piernas, se me va a incrustar aún más en la piel. Y está tan apretada que, si usamos fuego para derretirla, voy a acabar con quemaduras graves.

—Layla, la lima, ¿dónde la pusiste? —digo.

Pero antes de que termine la frase, vislumbro el objeto metálico en el suelo junto a la mesa. Voy a cogerla, pero Inés es más rápida. Solo que, en vez de acercármela, se aleja.

—Eh, ¿dónde coño crees que vas...? —suelto, pero me detengo de pronto.

Sigo su mirada hacia Aarya, que está tendida en el suelo. Tiene un aparato de metal y cuero que le cubre la boca y la nariz y que está sujeto con cinco cadenas de metal por detrás de la cabeza.

—Me cago en la puta. ¿Puede respirar? —pregunto.

Aarya tiene los ojos cerrados.

Inés pone la mano sobre el pecho de Aarya y niega con la cabeza de una forma que me indica que lo que sea que esté observando no

tiene buena pinta. Blackwood dijo que habría consecuencias graves, pero esto es demasiado. Nos estamos jugando la vida.

Miro a Aarya y a Layla de hito en hito. Si Aarya no puede respirar y no ayudo a Inés, podría ser parcialmente responsable de que se asfixie. Pero Aarya no es santo de mi devoción y si permito que Layla acabe con cortes por su culpa, no me lo perdonaría. Sin embargo, si me peleo con Inés por la lima todas acabaremos perdiendo.

—Layla, ¿cuánto tiempo puedes mantenerte en esa posición? —pregunta.

—Quizás unos dos minutos —dice, y noto el esfuerzo en su tono de voz.

—Grita cuando estés rozando el límite —digo, y me agacho junto a Inés y Aarya.

Durante un breve segundo, Inés alza la vista para mirarme, sorprendida.

—Dime qué puedo hacer —le pido mientras ella afila la punta de un clip que ha estirado un poco.

—Estira el otro clip y dóblalo justo por la mitad —responde, y me doy cuenta de que me maravilla el sonido de su voz, que es sorprendentemente suave y confiada para una persona que casi nunca la usa—. Dobla una de las puntas en un ángulo de noventa grados para darle forma de L.

Me pongo manos a la obra mientras me lo explica.

Me enseña el clip que tiene ella.

—¿Ves cómo he afilado este para que sea plano y no redondo? Haz lo mismo con la parte doblada del tuyo.

Inés me pasa la lima y usa los alicates para doblar la punta plana de su clip en una dirección y luego en otra, hasta crear tres leves ondas en el metal recto.

Me afano en limar el clip con forma de L, con dedos torpes y temblando por los nervios.

—¿Estás bien, Layla? —digo.

—Sí —responde, pero el esfuerzo de su voz es más notable.

Inés le da la vuelta a Aarya. Tiene un candado en la parte de atrás de la cabeza, unido a unas cadenas como si fuera un aparato de tortura medieval.

Inés coge el candado. Le paso el clip con forma de L que he afilado y lo introduce en la parte de debajo de la cerradura. Luego mete la punta ondulada del suyo en la parte de arriba. Cojo la lima y corro hacia Layla. Me subo tan deprisa a la silla que se tambalea.

Quien sea que la pusiera ahí es más alto que yo, porque apenas le llego a las muñecas. Meto la lima entre su piel y el plástico y sierro lo más rápido que puedo. El plástico es grueso y resistente y veo la desesperación en la cara de Layla.

—¿November? —dice Layla—. No puedo…

Una silla golpea la mesa y, en menos de un segundo, Inés está sobre ella. Coloca los hombros debajo del trasero de Layla y la sujeta.

Después de tres segundos más limando, el plástico se rompe. Layla se agarra al candelabro e Inés y yo nos apartamos para que pueda bajar a la mesa.

Layla se frota las muñecas, donde tiene cortes, pero nada comparado con lo que habría tenido si llega a caerse.

—No tengo ni idea de quién me puso ahí arriba tan rápido. Nunca he luchado con un guardia. Son…

—Ágiles como bailarinas gigantes —dice Aarya. Se incorpora y se frota la cabeza—. Me siento como si un ogro me hubiera apaleado.

Cojo la vela de la repisa y me subo en la mesa para encender las velas del candelabro.

—A ti también te han dejado lista, Inés —dice Aarya, y ahora que hay más luz, veo que Inés tiene dos moratones incipientes: uno en la mano, debido probablemente a haber dado un puñetazo, y otro en la mejilla, alrededor de un rasguño, que intuyo que se lo ha hecho al tropezar con la estantería en la oscuridad—. De hecho, la única persona que no parece que haya luchado es November. ¿Te has librado mágicamente de que te apaleen en este reto? ¿Y no fue el doctor Conner el que te salvó justo cuando Nyx intentaba matarte? A mí me suena a una conspiración de las gordas. Quizá no seas de los Osos después de todo, sino de los Leones, y te han mandado aquí para jodernos a todos.

Abro la boca para responder, pero la puerta emite un crujido al abrirse y nos giramos.

Blackwood está en el marco de la puerta.

—Veo que habéis conseguido salir de esta —dice sin emoción alguna, como si nos hubiera dejado bebiendo té y comiendo galletas —. Podéis volver a vuestras habitaciones. Estos caballeros os escoltarán a la vuelta.

Señala a dos de los cuatro guardias que nos han atacado, uno de ellos es el guardia con la equis.

—«Caballeros», esa es una forma de describirlos —dice Aarya con un acento italiano que rebosa sarcasmo.

Blackwood la mira con dureza.

—Quizá prefieres seguir con los retos.

Aarya no se me amilana.

De hecho, parece que está a punto de aceptar la oferta de Blackwood.

—Una palabra más y os concedo ese deseo a ti y a Inés —dice Blackwood.

La rabia cruza los ojos de Aarya. Mira de reojo a Inés casi imperceptiblemente y luego niega con la cabeza de mala gana. Se ve que Aarya sí que tiene una debilidad. Y es otra persona. Debo admitir que me ha sorprendido. Siempre tuve la sensación de que tiraría a su madre por el balcón si se le pasaba por la cabeza, así que esta pizca de lealtad es algo inesperado.

Layla y yo salimos por la puerta antes de que Blackwood cambie de idea.

El guardia con la equis se coloca detrás de nosotras y estoy deseando subir las escaleras. Layla abre la puerta y, justo cuando estoy a punto de seguirla, siento una brisa de aire caliente en la nuca.

—Eres la siguiente —susurra el guardia de la equis y me doy la vuelta, pero él ya está alejándose por el pasillo.

Cierro la puerta al entrar, con las manos temblando.

—¿Lo has oído? —le pregunto a Layla.

Ella me mira a la espera.

—Ese guardia acaba de susurrarme «Eres la siguiente».

Por un momento, se queda mirándome. Luego abre la boca y frunce el ceño.

—¿Estás totalmente segura de que te hablaba a ti?

Noto preocupación en su tono de voz.

—Segurísima. —Recurro a Layla en busca de respuestas—. ¿Es una amenaza? ¿Acaba de amenazarme?

Layla se muerde el labio.

—¿Es el mismo guardia que te pilló la otra noche?

Asiento.

—Los guardias no hablan con los alumnos. Sí, aquí rompemos muchas de las normas, pero esa no es una de ellas. Te dije que sabía que algo iba mal. Ahora lo tengo claro —asegura.

—Y ese ejercicio que Blackwood nos ha hecho, ¿es normal o...? —empiezo a decir.

—No —espeta Layla, negando con la cabeza insistentemente—. Es normal en cuanto al factor psicológico que suelen tener estos retos,

pero no su ejecución. Hay alumnos que han muerto en accidentes puntuales u… homicidios, pero nunca porque la directora haya intentado asfixiarlos. —Por cómo me mira Layla, sé que está tan asustada como yo—. Hacer un reto como este después de la muerte de dos alumnos es… Bueno, no sé lo que es, y eso me preocupa.

Me quito la capa, pero ella no.

—¿Vas a algún sitio?

—A la habitación de Ash —responde—. Tiene que saberlo.

—¿Vas a ir a la habitación de Ash justo después de que un guardia me diga que alguien viene a por mí? ¿Puedo ir contigo? —pregunto.

—No, pero volveré pronto —contesta y sale por la puerta dejándome sola.

VEINTISIETE

La luz de la mañana se cuela entre los bordes de las cortinas. Tiro del edredón y me meto debajo. He estado en un duermevela toda la noche, con miedo a que, si me quedaba dormida, alguien entraría a atacarme. Estoy convencida de que esta semana me he convertido en la persona con el sueño más ligero del mundo.

Entre el extraño comentario del guardia y el horror del reto de Blackwood, los sucesos de anoche solo han aumentado mi lista de miedos. Además, todavía no puedo quitarme de la cabeza la imagen del cadáver de Stefano, la lucha por respirar de Charles cuando la flecha le atravesó el pecho, o el odio en los ojos de Nyx cuando me atacó. Si Layla y Ash están en lo cierto y los Leones quieren matarme, tiene que haber una razón de peso y no solo no haber cargado con el asesinato de Stefano. Es obvio que Matteo es un Oso mucho más importante que yo y no van a por él de esta forma. Ash dice que la gente de este colegio ha podido reconocerme e intuyo que Brendan y su grupito deben pensar que saben algo sobre mí y que ese algo supone la diferencia entre la vida y la muerte. Y para colmo de males, cada día que pasa aumenta la preocupación que siento por mi padre y mi tía Jo.

De repente, oigo un grito amortiguado y me levanto de la cama tan rápido que casi me enredo las piernas con las mantas. Empujo el baúl que puse delante de la puerta y voy corriendo a la sala común.

Layla ya ha abierto la puerta principal de la habitación y Pippa está al otro lado del pasillo con una expresión de horror en el rostro y la mano junto al corazón. Sigo su línea de visión hasta el cuerpo del guardia de la equis a sus pies. Le han cortado la garganta y la sangre se acumula en el suelo de su alrededor.

—Oh, no... No —jadeo con la mano en el estómago.

Miro el cadáver y luego a Layla, que está observando al guardia tan quieta que no sé si está en *shock* o tomando nota de todos los detalles. Anoche fue a la habitación de Ash a contarle que el guardia me había amenazado a mí, y puede que a ella. Ahora ese mismo guardia está muerto y yace delante de nuestra puerta. Sé que Ash protege ferozmente a su hermana, pero ni siquiera él lo habría hecho. ¿No?

A lo largo del pasillo, las puertas se abren y las chicas se asoman a ver a qué viene tanto follón.

Por cómo se está inclinando, sé que Layla quiere agacharse, seguramente para tocarlo y ver cuánto tiempo lleva muerto. Pero no se atreve a hacerlo con tantos espectadores. Intento centrarme en otra cosa, pero mis ojos vuelven de forma involuntaria una y otra vez al guardia.

—¡Que todo el mundo vuelva a su habitación! ¡Ahora!

Blackwood ha llegado, y las chicas y sus doncellas se meten corriendo en sus habitaciones.

Layla cierra nuestra puerta y agradezco no tener que seguir viendo esa escena sangrienta. Abro la boca para decir algo, pero niega con la cabeza.

—Ahora no, November —dice y se va a su habitación.

—Tenemos que hablar de esto —exijo en un susurro—. Tenemos que...

—Lo que tenemos que hacer es pensar —replica, y cierra la puerta.

¿También se está preguntando si ha sido Ash?

Doy vueltas por la sala común durante un rato, pero no distingo ninguna voz que venga del pasillo. En un momento dado, oigo unos ruidos que intuyo que es el chapoteo del agua al fregar el suelo, luego vuelta al silencio. Me paso la siguiente hora dando vueltas, mordiéndome las uñas y viendo cómo amanece por la ventana. Justo cuando estoy segura de que no soporto un minuto más de silencio, Pippa abre la puerta.

Tiene la cara enrojecida y apenas es capaz de mirarme.

—Pippa —digo con la intención de ofrecerle consuelo, pero sin estar segura de cómo hacerlo.

Se suena la nariz.

—Era un buen hombre. Un buen guardia.

—¿Os conocíais?

Asiente.

—Tenía pensando dejar el colegio el año que viene y...

Deja de hablar y respira, como si la situación le sobrepasara.

—Lo siento mucho —digo, pero ella observa la mesa en vez de a mí.

—Cuando terminéis de comer, tenéis que ir directas a clase —contesta y, después de dar el recado, de inmediato se da la vuelta y se va.

La puerta de Layla sigue cerrada. Frunzo el ceño. ¿Ir a clase en vez de llamarnos al despacho de Blackwood? ¿Ni siquiera una reunión para decirnos qué ha pasado? Y pobre Pippa. Layla tenía razón: algo va mal, muy mal.

VEINTIOCHO

Conforme salgo de la clase de lucha, me froto las costillas, convencida de que me está saliendo un moratón importante. Me he pasado toda la clase con la respiración contenida y sudando por si me emparejaban con Brendan, pero no ha sido así. Aunque me ha mirado con sorna siempre que ha tenido ocasión. Los movimientos que Ash me ha estado enseñando me han ayudado, sin duda, pero todavía me queda mucho que aprender. Y para empeorar la mañana, Layla sigue sin hablar.

Estamos todos al límite y con el mundo patas arriba, como si estuviésemos esperando que sucediera el siguiente horror inexplicable. Y ahora tengo otro cadáver clavado en la memoria, otra imagen que no podré borrar de mi mente. Está claro que todos saben lo que ha pasado. La gente no deja de mirarnos a Layla y a mí cuando creen que no estamos pendientes.

Me vuelvo hacia Layla, que camina tan lentamente hacia la biblioteca que me pregunto si está a punto de derrumbarse. Pero ella no me devuelve la mirada y tampoco empuja la puerta de la biblioteca. Simplemente pasa de largo a paso de tortuga.

—¿Layla? —digo caminando lentamente a su lado y ella me manda a callar.

Tiene los ojos en alerta y ha silenciado sus pasos.

Giramos y me doy cuenta de dónde estamos: en el primer piso de los dormitorios de los chicos. Me vuelvo hacia ella sorprendida. Quiero decirle algo para disuadirla, gritarle que es una mala idea, pero no me atrevo a llamar la atención.

Cuando pasamos por la tercera puerta, gira el pomo y se cuela en la habitación. Dudo por un instante y ella me coge del brazo y me mete dentro. Después cierra la puerta silenciosamente a nuestras

espaldas.

—Joder, Layla, deberías habérmelo dicho —le susurro—. Y dime que no estamos donde creo que estamos ahora mismo.

—Solo tenemos cuarenta y cinco minutos antes de que estos pasillos se vuelvan a llenar de gente y antes de que vuelva Matteo —dice—. Empezaremos con la habitación de Stefano.

Todo mi interior se encoge.

—¿No me diriges la palabra en toda la mañana y ahora nos metes en la habitación de Matteo? —pregunto frustrada—. ¿No crees que es una idea soberanamente mala después de que otra víctima mortal haya aparecido en nuestra puerta? Se supone que tú eres la gemela sensata.

Sus ojos brillan con el mismo fulgor que la noche que se enfadó por lo del vestíbulo.

—No te he avisado porque se te notaría en la cara como a un crío, cosa que no necesitamos ahora mismo. Y no te he hablado en toda la mañana porque estaba pensando, observando, examinando. Quizá si tú y mi hermano practicarais esas cosas en silencio más a menudo, ¡no estaríamos en peligro todos los putos días!

Trago saliva.

Entrecierra los ojos.

—Y soy muy consciente de que había un cadáver delante de nuestra puerta esta mañana. ¿Viste algún arma junto al cuerpo? No, claro que no. Entonces ¿dónde está?

—Yo...

—¡Exacto! —exclama—. Todavía sigue por ahí. Y por lo que a mí respecta, nada de esto tiene sentido. Ni la muerte de Stefano, ni la sangre en tu habitación, ni el guardia. Sí, ha habido muertes en este colegio anteriormente, pero nada parecido. Nada de esta magnitud ha sucedido nunca. Así que voy a volver al punto de partida. Es obvio que nos hemos dejado algo y quiero saber qué es antes de que alguna de esas personas consiga matarte.

—Layla...

—No quiero oírlo. O me ayudas o no. Pero tengo que ponerme a trabajar.

Se da la vuelta y se aleja.

Me quedo quieta en el salón de Matteo unos segundos. Por mucho que no quiera admitirlo, tiene razón. Y por mucho que odie esta situación, no puedo dejarla aquí cuando sé que quiere ayudarme. Resoplo y la sigo, tomando nota de cómo estaba la puerta para dejarla

exactamente igual cuando nos vayamos.

Al ver la habitación de Stefano, mi estómago se tensa y el corazón resuena en mis sienes. Todo está dispuesto de la misma forma que la mía, pero el aire parece viciado, como si nadie hubiera entrado desde hace días.

Layla alza la cabeza del baúl que está examinando.

—Busca restos de sangre —dice todavía con tensión en la voz—. Si asesinaron a Stefano aquí, es probable que el asesino tuviera que dejar el cuerpo en alguna parte antes de ponerlo en el pasillo. Solo hay un par de sitios donde cabría. —Levanta la cabeza un momento—. Lo que hiciste con la ceniza anoche me hizo pensar en ello. Incluso si alguien limpió y cubrió las pistas, hay muchas posibilidades de que la sangre se quedara atrapada en las imperfecciones de la piedra o la madera.

Asiento y me pongo a examinar la base de su mesita de noche y las patas de la cama, pero no parece haber ninguna decoloración.

Layla deja el baúl e inspecciona el perímetro de la habitación. Saca un pequeño trozo de papel de la capa y lo pasa por un par de fisuras que hay en la piedra.

Meto la cabeza debajo de la cama, pero con la iluminación tan tenue de este sitio, es difícil ver algo.

—¿Cómo de arriesgado es que encienda una vela? ¿Se dará cuenta alguien?

Tensa el labio brevemente.

—Alguien podría darse cuenta de que falta una cerilla, pero sería raro que Matteo no pensara que ha sido su mayordomo o que el mayordomo no pensara que ha sido Matteo.

—Entonces ¿puedes sujetarme una vela? Lo único que faltaba es que le prenda fuego a algo —digo.

Layla vuelve a guardarse el papel en la capa y yo me meto debajo de la cama. El colchón descansa sobre un marco de cuerdas entrelazadas. Layla enciende la vela y la coloca justo al borde de la cama. Pone la otra mano debajo para recoger toda la cera que se caiga. El problema es que solo puedo ver algunas partes a la vez.

Deslizo los dedos por el marco de madera.

—Mueve la vela hacia mi cabeza —le pido mientras examino la cuerda y la parte de abajo del colchón—. Vale, ahora muévela despacio hacia mis pies. —Me muevo conforme se agita la luz—. Espera un momento, vuelve.

En la cuerda, de unos tres centímetros de ancho, hay una mancha marrón. Agarro la cuerda y separo las fibras con los dedos lo mejor

que puedo. Me cae un polvo marrón sobre la camisa.

—Ay, Dios.

—Sal despacio —me ordena, y le hago caso, aunque lo único que quiero hacer es mover el culo y salir corriendo a lo Scooby-Doo.

Layla apaga la vela y la pone donde estaba mientras voy saliendo de debajo de la cama.

Se arrodilla junto a mí y se lame el dedo.

—Dime que no vas a... —Pero ella ya ha cogido el polvo con la punta de los dedos y se lo mete en la boca—. Oooh... Eso es... Estás loca.

—Sangre —afirma—. Definitivamente, alguien escondió a Stefano debajo de la cama. Lo que significa que lo mataron aquí y lo dejaron en el pasillo horas más tarde para que tú lo encontraras.

Arruga la frente de la concentración.

Me incorporo y me sacudo la camisa en un intento de no pensar que me ha caído encima la sangre de un chico muerto.

—Layla, explícame cómo nos va a ayudar a esclarecer la situación saber los detalles de la muerte de Stefano. ¿No es más importante sabe quién cometió el crimen? ¿Y por qué saber dónde escondieron el cuerpo es tan urgente que tenemos que colarnos en su habitación precisamente hoy?

Me mira durante unos largos segundos.

—Por lo que describiste, a Stefano lo apuñalaron en el corazón. Y para que Charles pudiera evitar el engorro de toda la sangre por los muebles y la alfombra, no pudo haber mucha pelea. Y para que no hubiera pelea, Charles tendría que haberlo apuñalado en una zona de muerte segura, como la aorta. Pero es extremadamente difícil conseguir una puñalada limpia en esa zona. Y Stefano era un buen luchador. Así que lo único que tiene sentido es que pillara por sorpresa a Stefano.

—Vale... Entonces, Charles lo mató justo cuando entró por la puerta o algo así, antes de que se diera cuenta de que había una amenaza —digo intentando seguir su línea de pensamiento.

—Justamente algo así —dice—. ¿Recuerdas cuando hablamos de elaborar una cronología para saber quién había sido el último en ver a Stefano? Luego pasó lo de la reunión y Charles fue acusado y dejó de importarnos. Bueno, anoche le pregunté a Ash que lo comprobara de todas formas. Me dijo que nadie vio a Stefano después de su última clase. Nadie.

—Entonces ¿asesinó a Stefano justo cuando volvió de clase ese día?

—pregunto—. En realidad, eso encajaría con tu estimación de cuánto tiempo llevaba muerto, teniendo en cuenta que solo estaba parcialmente rígido. Pero sigo sin entenderlo.

—Escucha con atención —dice Layla—. La última clase de Matteo ese día terminaba a las seis y media. Pero nadie lo vio después de eso, así que la única explicación es que fue directo al despacho de Blackwood y lo mandaron a cumplir el castigo sin que le dejaran pasar por su habitación. Bien, la clase de Stefano no debería haber terminado hasta las siete menos cuarto, pero estaba en boxeo con Ash y Ash me dijo que el profesor los dejó salir veinticinco minutos antes.

Me mira expectante.

—Espera —digo, y levanto las manos con la mente a toda velocidad—. ¿Estás diciendo que quien fuera que estuviera aquí en realidad intentaba matar a Matteo y no a Stefano?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —confirma—. Creo que Charles intentó aprovechar la oportunidad de la pelea que tuviste con Matteo para matarlo y hacer que pareciera que habías sido tú por venganza. Cosa que tiene mucho más sentido si lo piensas. Sin embargo, Charles no tuvo en cuenta que habían mandado a Matteo al perímetro exterior en vez de dejarle que volviera a su habitación. Y Stefano salió de clase antes, lo que causó que estuviera en el sitio equivocado en el peor momento.

Me retiro el pelo de la frente.

—Entonces ¿Charles quería quitar del medio al primogénito de la familia de los Osos? Supongo que eso tiene más sentido. Un crimen perfecto y se lo endosas a otro. Pero ¿por qué a mí? ¿Porque me peleé con Matteo y le pareció una buena oportunidad?

—Era una buena oportunidad, sin duda, pero creo que hay algo más allá. Si no, ¿por qué te dejó esa sangre en tu habitación? ¿Por qué mandar a Nyx a que acabase contigo en público? —pregunta y, por primera vez, comprendo al cien por cien por qué insistía tanto en que las cosas no cuadraban.

—Tenías razón, Layla. Teníamos que venir aquí. Siento haberte llevado la contraria —digo.

Ella esboza una leve sonrisa.

—Pero ahora tenemos que irnos —dice, y no dudo un segundo.

Doy un brinco y estiro el edredón. Layla borra sus huellas dactilares del baúl con la manga.

Comprueba que no quede ningún pelo suelto o cualquier cosa que hayamos dejado caer por el suelo y nos dirigimos hacia la puerta.

Layla la abre y observa atentamente el pasillo. Asiente y salimos, dejando la puerta cerrada detrás de nosotras.

Las clases deben de haber acabado ya. Oigo cómo se abren las puertas y algunas conversaciones en susurros. Damos la vuelta a la esquina y nos topamos de frente con el doctor Conner.

Nos mira a ambas.

—¿El dormitorio de los chicos?

—Sí —dice Layla con expresión neutral—. Vamos de camino a la biblioteca.

—Ya veo —dice, pero sé que está interpretando más.

En ese momento, Felix y Aarya aparecen y se quedan mirándonos. También se quedan pensando acerca de dónde venimos.

Layla se inclina ligeramente ante Conner y nos alejamos de allí.

—Conner sabe algo, ¿verdad? —le susurro en cuanto estamos fuera del alcance de su oído.

—Por desgracia, sí. Es el jefe de evaluaciones. No se le escapa nada. Y que Aarya nos haya visto no nos ayuda. Me apuesto lo que quieras a que se lo dice a Matteo solo por molestar. Esa cerilla que falta va a ser un problema. La vela no se consumió lo suficiente como para que haya una diferencia notable de altura, pero si alguien lo comprueba dentro de poco, se darán cuenta de que la cera está caliente.

El estómago me da un leve vuelco.

—¿Podemos, al menos, reemplazar la cerilla?

Layla niega con la cabeza.

—No. Si una cerilla que falta reaparece, será cien veces peor. Nos han pillado.

VEINTINUEVE

Layla y yo entramos en la clase de venenos y nos sentamos a nuestra mesa. Parece una versión medieval del laboratorio de química que tenemos en Pembrook. Hay dos alumnos por mesa sobre la que hay diversos instrumentos metálicos y botes de cristal. Pero, en vez de tener un quemador Bunsen para cada uno, hay una chimenea para calentar cosas y no disponemos de gafas protectoras ni guantes de plástico por seguridad. Layla dice que la gente aprende por las malas qué no deben tocar, lo que significa que no pienso tocar nada que no sea imprescindible.

Es nuestra segunda clase del día y no se ha dicho ni una palabra sobre el asesinato del guardia. Nadie nos ha interrogado ni se ha anunciado que vaya a haber una investigación. Es obvio que el resto de alumnos también están nerviosos. Excepto Aarya, por lo que veo, que parece encontrar divertido que los demás estén inquietos.

Brendan se detiene delante de nuestra mesa y coge un vial de cristal con sabrá Dios lo que contiene. Lo remueve y estudia el líquido como si hubiera cautivado todo su interés.

—Dos asesinatos desde que has llegado, November. Y he oído que uno fue justo en la puerta de tu habitación. Sin embargo, aquí sigues, mientras Nyx está en las mazmorras. —Me echa una mirada y noto la amenaza en sus ojos. Era amigo de Charles, pero está claro que lo que le ha pasado a Nyx le importa mucho más y va a hacerme pagar por ello, si puede—. Pero estoy seguro de que la situación se enmendará pronto.

Deja el vial con cuidado sobre la mesa, que se cae rodando por la madera, y vuelve a sentarse en su sitio.

Layla recoge el vial antes de que caiga en el suelo y, por cómo lo mira, sé que lo que sea que haya dentro es sin duda tóxico.

—Sentaos, queridos míos —dice la profesora Hisakawa.

«Hisakawa... De origen japonés y que proviene de dos palabras diferentes: *hisa*, que significa "hace mucho tiempo" y *kawa*, que significa "río" o "corriente"». Me fascinaba ese apellido cuando era pequeña, porque una de las traducciones que encontré entre los significados era «río eterno».

Hisakawa se queda murmurando delante de la chimenea mientras todos se sientan. Es una mujer alta y delgada con flequillo recto y un pelo que le llega hasta la cintura.

—Solemos hablar de venenos centrándonos en sus fórmulas concretas y su intencionada puesta en práctica, pero hoy me gustaría hablaros de los venenos de otra forma. ¿Conocéis al rey Jorge III, que nació en 1738 y estaba en el trono durante la revolución americana? Veréis, se dice que tenía una enfermedad genética que le hacía padecer ataques cada cierto tiempo y los médicos de aquella época lo trataban con sarro emético, un medicamento de base antimónica que induce el vómito. El antimonio suele darse en la naturaleza junto con el arsénico... y, a menudo, está contaminado del mismo. —Hace una pausa—. Ah, ya veo cómo se os encienden las lucecitas en el cerebro. En la década de los sesenta, se analizó un pelo del rey Jorge y descubrieron que la concentración de arsénico era diecisiete veces mayor al límite mortal.

»Los apuntes de los médicos explicaban que obligaban al rey o bien lo engañaban para que se tomara esta medicación venenosa. Fascinante a un nivel retorcido, ¿no? Bien, su enfermedad en aquella época alteraba la síntesis de la hemoglobina. ¿Y qué es lo que hace el arsénico? —Se pone de puntillas durante unos instantes—. También altera la síntesis de la hemoglobina, lo que causaba un empeoramiento de su enfermedad y, en última instancia, hacía que el rey cada vez fuera más dependiente de los médicos reales que le estaban envenenando. —Nos mira a todos para asegurarse de que le prestamos atención—. Pues esta situación resulta curiosa, porque lo que aparentemente era un método paliativo estaba matando al rey lentamente. Y, como los efectos del veneno se mimetizaban con la enfermedad que ya padecía, algunos dicen que fue el crimen perfecto.

Hisakawa sonríe.

—Este es un ejemplo de un concepto más amplio en el que quiero que todos reflexionéis. Pero vamos a hablar del arsénico un momento. Se hizo extremadamente popular en la Edad Media; a todos les encantaba la agonía y el sufrimiento. ¿Alguien sabe por qué?

Nunca he visto a nadie tan entusiasmado por un veneno en la vida y la verdad es que no sé cómo tomármelo. Es como una versión de Tim Burton de mi profesora de preescolar.

—Los Borgia fueron los maestros del envenenamiento con arsénico —dice Aarya desde su sitio junto a Felix—. Se dice que el arsénico mejora el sabor del vino y los Borgia celebraban bastantes cenas. Lucrecia Borgia solía llevar el veneno en un compartimento secreto de su anillo.

—Ah, sí, el numerito del vino es uno de mis preferidos —dice Hisakawa—. Y siempre me ha gustado esa Lucrecia. Menudo nombre. ¿Alguien más?

—El arsénico estaba al alcance de todos en la época victoriana e incluso se vendía en las tiendas. Las mujeres solían comerlo o mezclarlo con vinagre o tiza y se lo ponían en la cara, porque pensaban que era beneficioso para el cutis y que reducía las arrugas —dice Felix, y me doy cuenta de que tiene un corte en la mano que no tenía ayer en la clase de esgrima cuando Nyx me atacó.

—Sin duda alguna. El arsénico se ha usado para una gran variedad de propósitos: en cosméticos, para preservar la comida, como pesticida, para teñir la tela. Sin embargo, tengo en mente un uso específico diferente —dice Hisakawa.

—El envenenamiento por arsénico es parecido al cólera —dice Layla—. A menudo, se declaraba la muerte de alguien por causas naturales.

—¡Ding, ding, ding! —exclama Hisakawa, y Aarya pone los ojos en blanco, claramente molesta porque Layla haya acertado la respuesta —. Un veneno es maravilloso cuando no deja rastro, cuando sus efectos se confunden con el de una enfermedad o cuando ya está presente en la vida de alguien y tú solo tienes que alentar la interacción. —Barre la clase con la mirada—. El filósofo y toxicólogo del siglo XVI, Paracelso, pronunció estas conocidas palabras: «Todo es veneno y no hay nada que no lo sea. La dosis es lo que diferencia a un veneno de un remedio». Lo que sacamos de una cita tan profunda es que los venenos se encuentran en todos los ambientes. Algo que puede ayudarte en pequeñas dosis, puede ser letal en grandes cantidades. No solo hablo de sustancias: también de los medicamentos que estés tomando o los productos de limpieza que se usen. Os estoy pidiendo que miréis más allá de la obviedad y os fijéis en algo más sutil. Que tengáis dominado lo más importante en los venenos: la parte emocional y la psicológica. Si conseguís suministrar una dosis lo

suficientemente alta de cualquiera de los dos, seguramente logréis asesinar sin dejar ninguna evidencia física. Es muy difícil detectar este tipo de tácticas y solo se percibe un patrón determinado observando los cambios más sutiles.

No tengo claro si esto es lo más perturbador que he escuchado nunca o si simplemente está arrojando luz sobre algo importante. La gente puede ahogarse de tristeza, matar a un amigo en un ataque de rabia equivocado y aislarse a causa de la paranoia. Pero si alguien está moviendo los hilos intencionadamente, ¿te darías cuenta si fueras la marioneta? Vuelvo a sentir ese agobio de que escucho algo más que una clase normal. Eso sin mencionar que mi padre solía decir algo parecido en cuanto a detectar un patrón. Es como si cada vez que me diera la vuelta, me diera cuenta de lo poco que entendía de mi vida en Pembrook.

El olor a tostadas y a arándanos calentitos se cuela en mi habitación y casi me caigo de la cama para ir corriendo a la cocina. Rodeo a mi padre por la espalda, mientras él se centra en la sartén.

—Feliz decimoséptimo cumpleaños, Nova —dice, y se da la vuelta para darme un buen achuchón y un beso en la frente—. La tía Jo ya te ha llamado… dos veces. Y eso que le he dicho que todavía estabas durmiendo. —Sonríe y niega con la cabeza—. Estará aquí cuando llegues a casa del colegio, con algún regalo ridículo, claro.

—Hablando de regalos ridículos —digo, y paso el dedo por la nata recién montada que hay sobre la encimera—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué? —pregunta, pero por su tono de voz sé que ya sabe exactamente de qué estoy hablando.

—La sorpresa de la que me has hablado.

—Ah, sí —responde—. He pensado que no. Creo que quizá ya eres demasiado mayor para regalos.

Lo miro con dureza y se echa a reír.

—Nada de bromitas de padre. Estamos hablando de mi cumpleaños.

—Bueno, estoy seguro de que está aquí por alguna parte —dice con una sonrisilla malvada.

Suelto un gruñido.

—Lo has escondido, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Vale, dame una pista —digo.

—Busca los cambios sutiles que conformen un patrón. Te indicarán la dirección correcta.

—Venga ya. ¿Qué pasa si no lo encuentro antes de ir al colegio? Esto es abuso a menores, que lo sepas —replico.

Él sonríe y le da la vuelta a la tostada.

—Pues te sugiero que lo encuentres. Si no, no encontrarás las llaves para ir al colegio en tu nueva camioneta —suelta y se me desencaja la mandíbula.

—¿Mi nueva qué? Mi... ¡No! ¿En serio? —Grito y me pongo a saltar—. ¿Tengo una camioneta? ¿Es verde? Dime que es verde. —Corro hacia la ventana y por supuesto hay una vieja Bronco de color verde en la entrada, con una jaula en la parte de atrás, por lo que deduzco que era de un guardia forestal—. ¡Te voy a querer eternamente por este regalo!

¿Cuántos momentos ha habido en los que mi padre me enseñaba algo sobre Estrategia sin que me diera cuenta? Lo que no puedo entender es por qué no me dijo quién era en todos estos años. ¿Y qué cojones están haciendo él y la tía Jo ahora mismo como para tener que encerrarme de repente en este colegio?

Tenía razón cuando dijo que sabía cosas que me mantendrían a salvo, pero si no puedo identificarlas, no me sirven para nada. «Ojalá pudiera hablar con él», pienso, y el pensamiento hace que me duela el corazón. Nunca le había echado tanto de menos a él y a Pembrook.

TREINTA

El comedor está animado con conversaciones cuando Layla y yo llegamos y, aunque el lenguaje corporal de los alumnos es sutil, es obvio que siguen mirándonos.

Los profesores nos están prestando más atención de lo normal y Blackwood y Conner están sentados con ellos, cosa extraña. El aire parece cargado de electricidad, como si fuera a arder en combustión espontánea si alguien mete la pata.

Ash se sienta frente a nosotras y empieza a servirse fetuchini Alfredo al instante, como si todo fuera sobre ruedas y estuviera muerto de hambre.

—¿Alguna novedad sobre el guardia? —pregunto en voz baja.

Niega con la cabeza.

—Por lo que he oído, ni siquiera han interrogado a nadie todavía. No es propio de Blackwood. Normalmente no duda en ir directa al grano.

—Como ya había dicho —interviene Layla—, algo va mal en todo este asunto.

Una chica y un chico se sientan a nuestro lado y nos quedamos en silencio. Layla examina la sala de una forma que identifico como sumida en sus pensamientos y Ash mira de vez en cuando a donde están sentados Brendan y los demás Leones.

Mojo el pan crujiente en bechamel, mientras que mi mente salta de recuerdo en recuerdo en busca de algo que me explique quién soy y me ayude a entender los flecos sueltos. Lo cierto es que me sentía más segura cuando pensaba que me iban a acusar del asesinato de Stefano que ahora mismo. Al menos, por aquel entonces no pensaba que había gente dispuesta a matarme.

Sigo pensando en la conversación que tuve con Ash sobre que los

estrategia no podían decidir ser otra cosa. Una parte de mí se niega a creerlo, pero sé que esa parte está equivocada. Si consigo mantenerme con vida hasta que vuelva a casa con mi padre, seguiré atrapada. Puedo intentar con todas mis fuerzas desaparecer del mapa, ser tan insignificante que nadie se interese por lo que hago en lo que me queda de vida. Pero si me quedo en Pembrook, tendré que seguir las normas, porque si no, pondría en peligro mi vida y la de las personas que me importan. Tampoco estaría fuera de peligro ni aunque siguiera las normas.

Tengo que creer que mi padre no ha tenido más opción que meterme aquí, porque si no, no podré perdonarlo. Me dijo que tenía que venir aquí por mi seguridad. Fíjate qué risa. Ya no sé en quién puedo confiar ni qué cosas de las que me dijo son ciertas. Aunque cuando me ponga con el régimen de estudio estricto que me ha preparado Layla, seguro que podré hacerlo.

Tengo las manos extendidas hacia la hoguera para poder calentarlas. El aire es frío y trae el olor de bajas temperaturas y hojas, aunque todavía no han empezado a cambiar de color.

—¿Por qué nunca te he visto saliendo con nadie, tía Jo? —pregunto alzando la vista hacia ella—. Eres divertida y fuerte, así que no creo que haya gente que no esté deseando pedirte una cita.

La tía Jo da un sorbo a su sidra con ron, aunque sospecho que es mayormente ron, y se reclina en su silla plegable.

—No toda la gente fabulosa tiene relaciones largas, Nova. Algunos somos demasiado brillantes como para atarnos —dices—. Además, ¿me crees capaz de aguantar alguien como ese el resto de mi vida? —Señala con la cabeza en dirección a la tienda de mi padre, desde donde sale un ronquido sonoro—. Tengo ganas de tirarle una piedra tal y como estamos.

Me río.

—Pero tú siempre dices que cuando eras joven pensabas que ibas a tener cinco hijos.

—Ah, pero luego Matilde te tuvo a ti, y tú eras perfecta, con esas mejillas sonrosadas y esa risa. Esa risa… —dice y sacude la cabeza—. Me entraban ganas de llorar al escucharla. Veo que me estás mirando como si fuera una sensiblera, cosa que puede ser, pero es verdad. Tu padre entraba en la habitación y nos encontraba a las tres histéricas. Tú riendo y nosotras llorando, porque no podíamos soportar lo adorable que eras. Y como tú fuiste un bebé tan perfecto, supuse que, a menos que tuviera uno exactamente igual que tú, me vería obligada a llamarle Secondo y vestirlo

con tu ropa vieja.

—Anda, cómo vas a hacer eso —digo sonriendo.

—¿Me pones en duda? —dice y levanta las cejas.

—Nunca —respondo mientras remuevo mi sidra con una ramita de canela.

—¿Por qué ese interés de repente en mi vida amorosa, eh? ¿Tienes alguna historia apasionada y romántica que contarme? —me pregunta maliciosamente.

—¿Qué? No. Ojalá. Es solo que… ¿Conoces a mi mejor amiga, Emily? Tiene una familia enorme y organizan unas comidas geniales en las fiestas. A veces tengo envidia. Como si quisiera que fuéramos más que tres, ¿entiendes?

Ella resopla y bebe un sorbo de su bebida.

—¿Qué? ¿Tú no? —pregunto.

—No —responde echándose más ron en la copa—. Tengo parientes en Italia de los que preferiría no acordarme. Primero está el egoísta que tengo por padre, y luego el resto de la familia que no admite que es un egoísta, lo cual, en mi opinión, es aún peor. —Levanta la copa—. Al infierno con todos ellos.

Quiero decirle que me refería a que desearía tener más familiares como nosotros, pero sé que no debo hacerlo cuando está despotricando y metiéndose con la gente. Culpa a su padre de la muerte de mi madre, a pesar de que todo el mundo (incluida la autopsia) afirma que su muerte fue un accidente.

—Y no me hagas hablar de la familia de Christopher —dice con un dedo alzado en dirección a los ronquidos—. Mezclar su familia con la mía en una misma sala para las fiestas me parece tan divertido como cargar con un árbol de Navidad en la espalda. No habría más que peleas.

—¿Alguna vez se han llevado bien? ¿O tu familia siempre ha renegado de mi padre?

—Desde el momento en que empezaron a salir, todo fue cuesta abajo. Una pelea constante hasta que naciste.

—Pero dejaron de hacerlo cuando murieron los padres de mi padre, ¿no?

—Dios nos libre.

Me atraganto con la sidra. A veces me pregunto si hay alguna línea que la tía Jo no sea capaz de cruzar.

—¿Por qué elegiste Providence, de entre todos los sitios, cuando te fuiste de Italia?

Ella sonríe.

—Anda, dime que estás de broma, Nova. Me rompes el corazón. ¿La estatua del hombre independiente? ¿Que Providence la fundara un grupo de rebeldes y agitadores? Y bueno, la comida italiana no está mal.

Abro la boca fingiendo sorprenderme.

—¿Qué? He dicho que no me gusta mi familia. Pero nuestra comida es perfecta.

Revuelvo el plato de pasta. Ojalá pudiera preguntarle a la tía Jo qué está pasando en este sitio y sobre mis padres en general, como por qué eligieron vivir en un pueblecito en medio de la nada. Por lo que me han contado Ash y Layla, no puede haber sido algo casual. Y me hace preguntarme si estaban intentando huir de algo: ¿de sus familias letales o algo más específico? Antes pensaba que el odio de la tía Jo a sus familiares era puro teatro, pero teniendo en cuenta lo que he vivido hasta ahora, que los culpe de la muerte de mi madre no me parece nada descabellado. Una familia estrategia podría hacer pasar un asesinato por un accidente.

Sin querer, busco a Matteo con la mirada. Si los Osos tienen algo que ver con la muerte de mi madre, si rompió alguna regla estrategia o algo así, es más que posible que sus familiares formaran parte de esa decisión. ¿Por eso reconoció el aspecto de mi madre? Dejo caer el tenedor con un gran estruendo y Layla y Ash me miran.

Matteo encuentra mis ojos y hay algo en mí que estalla. La injusticia de todo lo que me ha pasado desde que llegué, el horror apabullante de lo que he visto y la incertidumbre y el miedo constantes acaban de llegar a un límite. Lo único que quiero es gritar hasta quedarme sin aliento.

Retiro la silla, enfadada no solo con Matteo, sino con todo el colegio. Estoy convencida de que mi madre quería alejarse también de todos estos estrategia y de sus juegos letales. La cuestión es si la mataron por ello o no.

—¿November? —dice Layla.

—Necesito algo de aire —contesto, y me alejo antes de que ninguno de los dos me pregunte nada.

Estoy segura de que Ash se dará cuenta de que he recordado algo y lo último que quiero es que me haga un análisis pormenorizado de la familia de mis padres y el posible asesinato de mi madre. No me extraña que la tía Jo siempre se enfadara tanto cuando hablábamos de familias.

Paso entre dos mesas largas del comedor y mis ojos se centran en

la puerta para evitar volver a mirar a Matteo, porque si lo hago, estoy convencida de que haré algo de lo que me voy a arrepentir.

Casi estoy junto a la puerta cuando Conner me intercepta el paso. No lo he visto levantarse de la mesa de los profesores.

—November, tengo que hablar contigo —dice y se toca la barba.

—¿Ahora? —pregunto sin intentar ocultar la molestia en mi voz.

—Sí, tengo... noticias —dice, y me quedo petrificada donde estoy.

—¿Qué noticias? —pregunto rápidamente.

No puedo evitar preguntarme si me ha notado molesta y ha decidido que era el momento oportuno para joderme aún más.

—Si me sigues a mi... —empieza a decir.

—No, dímelo ya —respondo con la mente imaginando toda una lista de posibilidades terribles que me preocupan todavía más.

—Debo insistir en que, al menos, salgamos del comedor. —Empuja la puerta antes de que pueda replicar. Lo sigo, pero no se detiene hasta que está en medio del pasillo vacío—. No me preguntes nada sobre lo que voy a decirte, porque no tengo respuestas. Estas noticias suelen darlas los familiares, pero teniendo en cuenta las recientes circunstancias, no tienes derecho a visitas.

Todo el cuerpo se me tensa. Quiero gritarle que lo diga de una vez.

Examina el pasillo para asegurarse de que está vacío y me encuentra la mirada.

—Jo ha muerto.

Por un segundo, me quedo totalmente quieta, intentando darle sentido.

—¿Jo? ¿Mi tía Jo? No —digo, y niego con la cabeza—. No. Eso no es verdad.

—Como te he dicho, no puedo decirte nada más. Es todo lo que sé. Jo ha muerto —repite, como si viera que no termino de aceptarlo.

¿Alguien ha matado a mi tía? Mi tía está muerta. Está muerta. El pasillo me da vueltas. Siento que el pecho está aprisionado y pronto no podré respirar. Se me nubla la vista por las lágrimas y me alejo de él con el corazón latiendo de forma insoportable. Veo que mueve los labios, pero no escucho lo que dice.

Si los Osos fueron los responsables de la muerte de mi madre, ¿quién dice que no lo sean de la tía Jo? No solo vivía en Estados Unidos, sino que los odiaba a todos. Ash dice que está prohibido abandonar a tu familia. ¿Eso es lo que mi padre estaba intentando detener cuando me mandó aquí? Cierro los puños, con la pena mezclada con el odio de una forma explosiva.

De repente, las lágrimas me resbalan por las mejillas. Le propino un golpe a la puerta para entrar en el comedor y, como si estuvieran sincronizados, toda la sala se vuelve para mirarme. Pero yo no me fijo en ellos; miro directamente a Matteo. Corro a toda velocidad hacia él, salto sobre una silla y me lanzo sobre la mesa. Se queda asombrado cuando me choco con él, lo cual hace que nos caigamos al suelo. Él gruñe e intenta zafarse de mí, pero yo sigo gritando y agarrada a él con todas mis fuerzas. Durante un momento, veo a Conner de pie junto a nosotros. Luego siento un dolor agudo en la cabeza y el mundo se vuelve negro.

TREINTA Y UNO

La habitación vuelve a ser nítida poco a poco: el titileo de la vela, el dosel de madera, una cara. Y recuerdo lo que ha pasado.

—¿November? —dice Layla con preocupación en la voz.

Me doy la vuelta y cierro los ojos.

—Vete.

—Arriba —dice alguien, sacudiéndome.

Abro los ojos, que los tengo hinchados.

—Para.

—Lo haré cuando te levantes —replica Ash.

—No pienso levantarme. Déjame tranquila.

Me pongo una almohada encima de la cara, pero él me la quita de un tirón.

—Ha pasado un día. Todo el mundo tiene derecho a un día de luto. Pero nadie tiene dos. Tienes que levantarte, comer algo y beber agua.

—¿Un día de luto? ¿Un día de luto? Que te den, Ash —digo con un tono de voz tembloroso—. Me da igual este colegio de mierda o ser una estrategia. Me importa un comino.

Él suspira.

—Bueno, tanto si quieres como si no, tu numerito en el comedor de ayer te ha convertido en un objetivo más que antes. Así que no tienes otra opción.

Lo único que quiero es que este sentimiento que aplasta mi corazón se desvanezca, que mi vida vuelva a ser la que era antes de entrar en este colegio, cuando mi tía estaba viva y tenía una vida tranquila en Pembrook. Me echo las mantas sobre la cabeza.

—Ya están dispuestos a matarme. ¿Cómo puede empeorar la

situación?

—Consiguiéndolo —dice, y me aparta las mantas.

Voy a golpearle, pero me sujeta la muñeca. Intento zafarme de sus dedos, pero me agarra la otra mano.

—Suéltame, Ashai —digo.

—No, no dejaré que te hagas esto a ti misma.

—Bueno, tú no eres quién para decidir nada.

Su intensidad aumenta.

—¿Y qué decisión has tomado? ¿Quedarte metida en la cama hasta que alguien venga a rajarte la garganta? Créeme, no falta mucho para que pase. O quizá quieres que Blackwood también te encierre en las mazmorras.

Tiro de las muñecas en un intento de soltarme de su agarre.

Tiene las mandíbulas apretadas.

—Estás triste y enfadada y no puedes pensar más allá de tus emociones. Pero en algún momento, esas emociones se irán y te darás cuenta de que has cometido el peor error de tu vida. Solo que entonces será demasiado tarde.

Me estoy cabreando tanto que quiero gritar o llorar o ambas cosas.

—¿Y a ti qué te importa? Debería darte igual.

—Sí me importa.

Me mofo de él e intento sacar los pies de las mantas.

Pero no me deja. De hecho, me levanta de la cama. Le pego una patada, pero la esquiva y me da la vuelta, con lo que se queda de pie entre la cama y yo. Me suelta las muñecas.

—¿En serio? ¿Vas a evitar que me meta en mi propia cama? —digo, y estoy furiosa; vuelvo a sentir toda la rabia que sentía por Matteo y este asqueroso colegio.

Intento pasar a su lado, pero se mueve a mi vez. Le doy un empujón, pero él me lo devuelve. Tengo el corazón desbocado y siento cómo las lágrimas vuelven a mis ojos. Quiero hacerlo pedazos, a él, a la habitación y a este colegio.

—Quieres pegarme, ¿no? —pregunto—. Adelante.

Me empuja por los hombros.

—Para.

—Defiéndete —ordena, y vuelve a empujarme.

—Que te estés quieto, joder.

—Si no vas a pegarme, te pegaré yo a ti —dice—. Te sugiero que me esquives o hagas algo mejor que quedarte quieta.

Y antes de que pueda pensarlo con detenimiento, echo el brazo

hacia atrás y le propino un buen puñetazo en la mandíbula. Él no me detiene.

Me echo las manos a la boca y doy un paso atrás. Agito la mano, que ahora me duele horrores. Centro mi atención en eso en un intento de que deje de temblarme el labio. Pegarle un puñetazo a Ash ha acabado con mi rabia, y ahora que ha desaparecido, lo único que queda es una tristeza infinita.

Ash se frota la cara.

—No está mal. Puede que incluso me salga un moratón.

Las lágrimas surcan mis mejillas.

—Lo siento. No debería haberlo hecho.

Da un paso hacia mí y empiezo a llorar aún más fuerte, con toda la pena supurando por mis poros. Me rodea con los brazos y me aprieta en un abrazo. Le empujo, pero como no me suelta, acabo enterrando la cabeza en su hombro. Cuando siento el calor de sus brazos en mi cuerpo y su mano acariciándome la espalda, me doy cuenta de cuánta falta me hacía el consuelo humano en este sitio. Nadie me ha tocado en este colegio que no sea para hacerme daño.

—En realidad no lo siento. Te lo mereces.

Él se ríe contra mi pelo. Y cuando deja de hacerlo, nos quedamos callados.

—Era alguien cercano —dice después de unos segundos, pero no es una pregunta.

Asiento contra su pecho.

—Lo siento mucho —dice y me aprieta un poco más fuerte.

Tomo aire profundamente.

—Yo también.

Nos quedamos así un largo minuto, hasta que dejo de llorar y los espasmos se vuelven menos frecuentes. Cuando por fin me suelta, parte de las emociones se han diluido. La pérdida no ha disminuido, pero el dolor y la impotencia son más leves.

Me froto los ojos con el dorso de las manos.

—¿Dejas que todos los que están tristes en este colegio te peguen? —pregunto, porque no estoy segura de qué decirle ahora mismo y meterme con él me parece más normal que hablar de mis emociones.

Él señala la zona mojada de su camisa donde antes estaba mi cara.

—Solo si me prometen que no me dejarán lleno de mocos —dice con una sonrisilla maliciosa.

—¿Vas a reírte de mí cuando estoy de luto? ¿Es que no tienes vergüenza? —digo con frustración.

—La vergüenza es para los demás —dice—. ¿Sabes? Nunca he visto a nadie volando sobre una mesa en un comedor lleno de gente como hiciste tú. Ha sido bastante épico. Creo que dejaste a Matteo descompuesto. Deberías haber visto su cara. Incluso después de que te sacaran de allí, no podía apartar de él esa sensación. No le habló a nadie.

—Estoy segura de que tendrá la oportunidad de resarcirse.

Ash niega con la cabeza.

—Te dejó inconsciente en el acto. Blackwood dijo que estabais en paz.

Me toco el lado de la cabeza donde sentí el dolor agudo ayer y, cómo no, hay un chichón.

—Ah. —Me siento en la cama.

—Ni se te ocurra volverte a meter en la cama —dice.

Le doy un trago al agua que tengo en la mesita de noche.

—Si lo hago, ¿me dejarás que te pegue otra vez?

Él se sienta junto a mí y sonríe. Yo le miro a los ojos.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Sacarte de la cama? ¿Quién iba a echarme de menos si tú no estás? Tendría una depresión.

Niego con la cabeza.

—¿De verdad he empeorado las cosas?

Su sonrisa se desvanece.

—Sí. Con Blackwood y en general. Entre la muerte de Charles y con Nyx en las mazmorras, el colegio se ha vuelto contra ti.

—Y repíteme, ¿por qué estás aquí, me sacas de la cama… y te importa todo esto? ¿Es solo porque vivo con tu hermana? ¿Estás intentando asegurarte de que no le salpique nada de esto?

—Bueno, sin duda por eso dormí aquí esta noche —contesta.

«¿Has dormido aquí?» es lo que pienso, pero lo que digo es:

—Y si soy una carga para vosotros, ¿por qué no pedís que me cambien de habitación?

Al instante me arrepiento de mis palabras. No quiero abandonar a Layla ni dejar de pasar tiempo con Ash. Pero tampoco quiero vivir con el miedo constante a que se alejen de mí en el peor momento. Siempre he tenido claro quién me apoyaba y con quién podía contar, pero en este colegio no lo tengo tan claro.

—¿Por qué eres tan imposible? —dice.

—Deberías preguntárselo a mi mejor amiga. Te dará una larga lista de motivos —respondo.

Él sonríe, pero su rostro expresa tristeza.

—Mira, no digo que no esté agradecida. Os lo agradezco mucho. Tú y Layla... Bueno, no sé qué habría hecho sin vosotros. Y cuando nos pillaron después del toque de queda, tenía sentido que me apoyarais. Pero llegados a este punto, no entiendo por qué me ayudáis, sobre todo si los Leones son tan poderosos como dices.

—Como te dije, Layla tiene más principios de los que creo necesarios. También es extremadamente curiosa. Una vez que esta situación pasó a ser un enigma, tenía que resolverlo, estuvieras tú o no. Y, bueno, le resultas frustrante, que, como sabrás —extiende los brazos para señalarse a sí mismo—, es una cualidad que admira sobremanera. —Se ríe—. Te considera una amiga.

Suspiro y puedo sentir que las lágrimas vuelven a mis ojos. Parece que solo ha habido hostilidad y muerte desde que llegué, así que unas palabras amables no amargan a nadie. Hasta hace poco, mi vida estaba llena de amor y risas.

—¿Y tú?

No contesta de inmediato y se mira las manos.

—Me recuerdas a alguien.

—Ah.

—Alguien con quien me crie. —Alza la vista—. Era rápida y fuerte y divertida como la que más. Y había algo que la hacía libre, como si todo el mundo fuera suyo si quisiera. Tenía envidia de ella, de cómo siempre veía lo mejor en los demás, incluso cuando la decepcionaban.

—¿Y ya no sois amigos?

—No es estrategia —dice, y su tono de voz se tensa.

—¿Qué significa eso? ¿Dejaste de ser su amigo por eso?

—Me obligaron, me lo advirtieron —dice, y hace una pausa—. Pero era un niño. Era cabezota y pensé que podría mantenerla en secreto de mi familia hasta que tuviera que irme a la academia, que no les importaría. —Suspira—. Entonces, un día se coló en mi casa mientras mi familia estaba reunida y mi padre la pilló. Se puso furioso. Le juré que no había escuchado nada. Le prometí que hablaría con ella, que dejaríamos de ser amigos.

Siento el desasosiego en mis entrañas.

—Oh, no.

No me mira a la cara.

—Al día siguiente hubo un incendio en su casa. —Se frota la frente, un indicio de los que nunca deja ver—. Y un mes después, Layla y yo entramos en el colegio.

No tengo que preguntar si murió o no, porque veo la culpa en su rostro. Estoy totalmente segura de que estaba enamorado de ella.

Sonrío.

Él frunce el ceño.

—¿No crees que sonreír después de una historia como esa es de mala educación?

—Sonrío porque esto demuestra que, detrás de todas esas miradas perfectamente calculadas y el tonteo que usas para distraer, eres capaz de sentir emociones de verdad.

—Espera un momento. Mi tonteo no es para distraer. Mi tonteo es cautivador, de los que te hacen derretirte.

—Y sonrío porque tu historia me demuestra que también piensas que soy tu amiga —digo.

—Sí que pienso en ti —responde, aunque eso no es lo que yo he dicho, y durante un segundo nos quedamos mirándonos el uno al otro. Luego, de repente, aparta la mirada.

Me aclaro la garganta.

—¿Dónde está Layla?

—En la biblioteca —contesta.

De repente me siento culpable. Estoy segura de que está investigando, intentando averiguar cómo sacarme de este lío y yo me estoy escondiendo en la cama.

—En el comedor, ayer… —dice como si me leyera la mente.

—Sí. Recordé algo. Una conversación con —bajo la voz— mi tía. La hermana de mi madre.

Asiente y está claro que comprende que ella es la que ha muerto.

—Dijo que las familias de mis padres estaban peleadas desde antes de que yo naciera. Y después de lo que me dijiste entre los Leones y los Osos…

—Definitivamente tu padre podría ser un León. Eso explicaría que se complicara toda su relación y por qué tus padres eligieron criarte aparte. De hecho… Si tu madre era un Oso con un estatus importante y tu padre accedió a unirse a su familia cuando se casaron, se entendería por qué conseguiste entrar tan tarde.

Habla rápido y los ojos le brillan.

—Quizá se tuvo en cuenta el estatus de mi madre para la admisión, pero ¿por qué hicieron una excepción conmigo cuando me falta el entrenamiento que todos habéis recibido desde que nacéis?

Me mira como si sopesara la pregunta.

—Quizá no te educaron en la cultura de Estrategia, pero sin duda

has recibido entrenamiento. Venciste a Nyx en la oscuridad, eres una escaladora magnífica, diste con mi mentira basándote en tu instinto y conseguiste salvar a Aarya y a mi hermana en el último reto. Sin mencionar tus habilidades con el cuchillo y la espada. Eres una candidata perfecta para entrar en este colegio, aunque vayas atrasada con las estrategias y la historia. Pero ¿por qué te mandaron aquí como alumna avanzada a mitad de semestre…? —Se echa hacia atrás y se apoya en el codo—. Y luego está el hecho de que Matteo parece saber quién eres y tener alguna especie de resentimiento misterioso en tu contra.

—¿Crees que los Osos mataron a mi tía? —pregunto, y mi tono cambia.

Él arruga la frente un momento.

—No sabría decirte. Pero está claro que crees que es una posibilidad o si no, no habrías hecho esos malabares para atacar al Oso más grande que hay en el colegio. Pero hay muchas incógnitas en este escenario, como la razón por la que un Oso mataría a otro o por qué está rencoroso.

Niego con la cabeza y evito sus ojos. No estoy preparada para decirle cuáles son mis mayores miedos. Que mi padre y la tía Jo sabían que los estaban persiguiendo y que por eso me mandaron aquí. Y ahora que la tía Jo está muerta, la única persona que queda por encontrar es mi padre. Me levanto y empiezo a dar vueltas. Podrían estar acechándolo en este preciso instante. La gravedad de la situación me golpea con dureza.

—¿Sí? —pregunta Ash.

—Estoy actuando como un bebé egoísta y llorica. Tenemos que averiguar quién soy y detener a quien sea que esté matando gente en este colegio. Y rápido.

—¿Acabas de llegar a esa conclusión? —dice.

—No. O sea, sí. Quiero decir… Da igual si los Leones o los Osos son los responsables de la muerte de mi tía, pero está conectado con lo que está pasando aquí. Estoy segura. Y de ninguna manera me voy a quedar de brazos cruzados esperando a que se carguen a mis familiares uno por uno.

Me dedica una sonrisa cómplice.

—Has tardado.

—Hablo en serio, Ash. Dime qué tenemos que hacer y lo haré.

—Bueno, primero tienes que ir al comedor y comer algo sin atacar a nadie. Nos queda una larga noche por delante.

TREINTA Y DOS

Mientras me trenzo el pelo frente al tocador, me asombro de mi aspecto agotado: «seca», como diría la madre de Emily, cuando has llorado tanto que ya no queda nada en tu interior. En casa, si me sentía mal por un chico o un mal examen, iba a casa de Em y ella me dejaba llorar a gusto, y luego comíamos comida basura hasta que nos quedábamos muertas en el sofá. Aquí, ahora que he terminado de llorar, me preparo para recabar información sobre unos asesinos que puede que intenten masacrar a mi familia. Ni siquiera estoy segura de cómo asimilarlo.

Layla llama suavemente a la puerta de mi dormitorio y le abro.

—Estoy lista —digo, y me pasa la capa.

Me la pongo y la sigo al salón común, donde Ash está en el suelo mirando por el hueco que hay bajo nuestra puerta.

—¿Está esperando a que pase el guardia? —susurro.

—No tenemos ni un segundo que perder, así que estate atenta y en silencio —me responde también en un susurro.

Asiento a Layla para que sepa que entiendo la gravedad de la situación y que no voy a cagarla.

Ash se pone en pie, cuenta hasta siete con los dedos y abre la puerta sin hacer ruido. Salimos todos y él cierra la puerta cuando estamos fuera sin hacer apenas ruido. Y nos vamos hacia el pasillo y bajamos las escaleras. Ash no se molesta en escuchar en cada piso como hacía yo cuando iba sola. Debe saber dónde están los guardias.

Llegamos al final de las escaleras y nos detenemos. El guardia del vestíbulo está entrando en el patio de las vides y, en el momento en el que cierra la puerta detrás de sí, corremos por el suelo de piedra hasta el pasillo que queda al lado de la sala de los profesores. Tomamos ese pasillo hasta el final, donde hay una única puerta. La sombra nos sirve

de cobertura y el único sonido es el de nuestras respiraciones. Sin embargo, si alguien doblara la esquina, no tendríamos dónde escondernos.

Layla se saca una especie de navaja suiza que parece más una versión compleja de los clips moldeados que usó Inés en nuestro último reto. Se pone de rodillas para llegar mejor a la cerradura e introduce la navaja en la bocallave mientras yo vigilo el pasillo. Se oyen unos sonidos metálicos y mi corazón retumba antes de que mi cerebro se dé cuenta de que el sonido proviene de nosotros y no de un guardia.

Apenas unos cuatro segundos después, Layla empuja la puerta que ha abierto. Nos introducimos en la más absoluta oscuridad. Alzo las manos y los dedos se topan con una cortina pesada que cubre las puertas en esta parte. «¿Esta puerta nos lleva al exterior?». Oigo cómo se vuelve a cerrar la puerta y contengo la respiración.

Ash abre ligeramente la cortina y bajo la tenue luz de la luna, distingo una parte del perímetro exterior que rodea el colegio. Layla me coge de la muñeca y nos ponemos de nuevo en marcha, siguiendo la cortina y el edificio bordeado de árboles. Pasamos junto a dos puertas y nos detenemos en la tercera. Layla saca su utensilio abrecerraduras. Estoy convencida de que no recuerdo ninguna de estas puertas desde el interior del edificio. No me sorprende que haya partes del castillo desde las que solo se acceda desde fuera, pero me pregunto cómo de grave será el castigo si nos pillan colándonos por una de ellas.

A través de los árboles, puedo ver mejor el perímetro exterior. Se alza sobre nuestro castillo de cuatro pisos con torretas redondas en cada esquina que se erigen un piso más. Los árboles rodean el perímetro exterior y crean un dosel alto, al igual que en los patios interiores. Me pregunto cuánta gente ha intentado salir trepando a lo largo de los años. Estoy segura de que hay algún tipo de trampa en la parte superior del muro y, desde esa altura, no habría forma de salir ileso si te caes.

Layla se pone en pie y abre la puerta unos centímetros. Asiente y la seguimos al interior. Y, para mi sorpresa, me encuentro en una cocina enorme, con vigas de madera que atraviesan el techo abovedado. Las estanterías de las paredes están llenas de cientos de botes de especias y platos apilados. Cacerolas de todos los tamaños cuelgan de ganchos metálicos, mientras que los rodillos y las bandejas están sobre una larga mesa que mañana se usará para cocinar. La cocina siempre ha

sido mi parte favorita de las casas y esta parece sacada de un cuento de hadas.

El sonido de una llave introduciéndose en la cerradura al otro lado de la habitación me saca de mi fascinación. Corro tras Ash y Layla hasta una puerta que hay en la pared de la derecha. Layla sube el pestillo y nos metemos de cabeza en la oscura sala.

Layla cierra nuestra puerta en el mismo momento en que la de fuera se abre. Ash nos empuja sin miramientos hacia la pared. Tengo el hombro apretujado entre el suyo y el de Layla. Hace notablemente más frío aquí que fuera y estoy segura de que si hubiera luz, podría verse el vaho. Tomo aire para calmar mi corazón y coloco los pies en una postura donde no tenga que cambiar el peso.

El pestillo de la puerta se levanta y contengo la respiración; no me atrevo a moverme ni un milímetro. Una leve luz entra en la habitación, al igual que la larga sombra de un guardia muy musculado se cierne sobre nosotros. Si abre la puerta más de la cuenta, chocaría con Layla y si cruza el marco de la puerta, acabaría viendo a Ash.

Da un paso atrás, iluminando la habitación con su vela, y me resulta increíble creer que no oiga mis latidos. La luz parpadea sobre las estanterías llenas de cuencos de cerámica cubiertos con trapos. Pero tan rápido como apareció, la luz disminuye y la puerta se cierra, dejándonos de nuevo a oscuras.

Layla no bromeaba cuando dijo que no tendríamos ni un segundo que perder. Si no hubiera abierto el candado lo suficientemente rápido o si nos hubiéramos retrasado en algún punto, nos habrían pillado de lleno.

El hombro de Ash se aparta del mío conforme se abre la puerta de fuera y se cierra. Dejo escapar el aire como si fuera un globo deshinchado. A mi izquierda, Layla enciende una cerilla y prende una vela.

Ash se dirige a lo que parece un armario enorme de madera, con cuatro puertas cuadradas y una más alta, más estrecha. El corazón me resuena. «Las bajas temperaturas... Ay, no, por favor». Niego con la cabeza, como si así pudiera convencer a Ash por telepatía para que no abra el compartimento más alto. Al lado del armario hay una mesa alargada y noto cómo voy abriendo los ojos como platos mientras veo lo que parecen un par de prendas empapadas de sangre, zapatos y un montón de herramientas médicas antiguas.

Ash sube el pestillo torcido del compartimento más alto. El cerebro me grita que cierre los ojos, pero no consigo apartar la mirada. Como

me temía, el guardia de la equis está dentro en posición vertical, blanco como la nieve y con los ojos medio abiertos. Me tambaleo unos pasos hacia atrás y me tapo la boca con la mano.

Layla acerca la vela a su cara, lo que acentúa su aspecto congelado.

—Ni moratones ni cortes —susurra Ash, e inspecciona las manos del guardia—. No tiene marcas en los puños, así que no hubo pelea. ¿Quizá le sobrepasaban en número?

—Tampoco parece que le dieran ningún golpe en la cara —susurra Layla, y se inclina para ver mejor el tajo que le cruza el cuello—. Qué raro —continúa—. No es un corte limpio. No me di cuenta en el pasillo cuando estaba cubierto de sangre.

—¿Qué significa eso? —pregunto—. ¿Han usado una hoja serrada?

—No —dice, y frunce el ceño—. La herida no es lo bastante uniforme para eso tampoco.

Ash se inclina para acercarse y abre los ojos. Por primera vez, parece nervioso.

—Cristal, Lay. Me apuesto lo que quieras a que es cristal: lo suficientemente afilado como para hacer un corte profundo y fácil y lo bastante serrado como para hacer un corte tan chapucero.

El pecho se me tensa y su reacción tiene todo el sentido del mundo de repente.

—El cristal roto de mi habitación. ¿Crees que…? —pregunto, y mi voz se desvanece.

—Sí. Alguien debió coger un trozo antes de que Pippa lo tirara —dice Layla asintiendo.

—Espera… No sé si tendrá algo que ver —digo—, pero Felix tenía un corte en la mano en la clase de venenos. Recuerdo haber pensado que no la tenía en esgrima el día anterior, que fue el día en que estuve buscando cortes a causa del mensaje que dejaron en el suelo.

—Ash, investiga el horario de Felix a ver si puedes encontrar un motivo para ese corte, ¿vale? —pide Layla—. Mira si tuvo alguna clase entre esgrima y venenos en la que tuviera que luchar. O si puede haberse cortado de una manera u otra.

Ash asiente, pero todavía está examinando al guardia con cara de preocupación.

—Deberíamos inspeccionar la espalda —dice Layla—. Si lo inclináis hacia delante, le echo un vistazo.

Los dos se vuelven hacia mí y necesito hacer acopio de todo mi autocontrol para no decirles que ni de coña voy a hacerlo. Pero no tengo tiempo de ponerme tiquismiquis, así que me obligo a acercarme.

Ash ya tiene una mano sobre el hombro derecho del guardia y la otra en el pecho para aguantar el peso.

Acerco la mano hacia el congelador de metal y, sin querer, toco el brazo izquierdo del guardia, que está rígido y cubierto de cristales congelados como los viejos tanques contenedores de helados.

—¿Lista? —pregunta Ash.

Trago saliva.

—Sí.

Pongo la otra mano sobre el pecho del guardia y Ash lo empuja hacia delante. Me tambaleo bajo su peso y recompongo el equilibrio para ayudar a Ash a dejarlo en horizontal. Nos quedamos agachados en el suelo con todo el peso de su cuerpo rígido.

Layla examina con detenimiento la parte de atrás de la cabeza del guardia y pasa los dedos por encima. Supongo que quiere comprobar si hay hematomas que pudieran haberle dejado inconsciente.

—Nada —dice, y pasa la vela por la espalda. Se detiene cerca de su escápula izquierda—. Mm —murmura y los dos la miramos—. Tiene un tatuaje, y una cicatriz muy fea en la parte superior.

Me inclino hacia atrás para mirar mejor la cicatriz y me da un escalofrío. Parece una quemadura.

—¿Puedes ver de qué era? —pregunta Ash.

Layla acerca la vela a la piel y se agacha. Durante unos segundos, se queda en silencio concentrada, moviendo la vela para verlo por diferentes ángulos.

Luego se pone de pie y se muerde el labio.

—Venga, vamos a volver a dejarlo como estaba —dice y empiezo a levantarlo antes de que termine la frase.

Lo ponemos en posición vertical y lo metemos en el congelador. Ash se acerca a la puerta del congelador y la cierra.

Me limpio las manos sudorosas en los pantalones y deseo ir corriendo a la ducha. Aunque tampoco es que haya aquí ninguna. Tendré que esperar a mañana y pedirle a Pippa que me traiga agua caliente para darme un baño. Sacudo la cabeza como si eso sirviese para algo.

Layla parece en su mundo, completamente inmóvil y concentrada.

—¿Lay? —dice Ash—. Ya sabes que odio cuando me dejas en suspense como ahora.

Pero no responde. Empieza a dar vueltas alrededor de la pequeña habitación como si conversara consigo misma.

Intuyo por la cara de Ash que la paciencia no es su mejor virtud.

La verdad es que me hace sentir mejor por todas esas veces que Layla se ha quedado callada conmigo.

Después de lo que parece una eternidad, Layla se detiene y nos mira de frente.

—¿Y si lo hemos interpretado todo mal? —pregunta.

—¿El qué hemos interpretado mal? —replica Ash exasperado.

—El guardia —dice, y hace un gesto hacia el compartimento donde está su cadáver—. ¿Y si cuando le dijo a November «eres la siguiente» no era una amenaza?

La miro de reojo.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo es que se arriesgó enormemente para decírtelo —afirma—. Te dije entonces que los guardias nunca rompen esa regla. Entonces ¿por qué te iba a amenazar verbalmente cuando hay un montón de alternativas no verbales?

—Layla, ¿qué tatuaje tiene? —pregunta Ash.

Pero Layla solo levanta una mano para indicarle que se calle.

—No olvides que fue el que informó a Blackwood y a Conner la noche que vi el cuerpo de Stefano —respondo.

—Cierto. Y Conner te dijo que el guardia había cambiado su horario esa noche, cosa que todos estamos de acuerdo en que es rara —contesta.

Me quedo mirándola fijamente en un intento de comprender su lógica.

—Layla —dice Ash más insistentemente.

En lugar de mirarle a él, se concentra en mí.

—Ya sospechábamos que quien fuera que matara a Stefano en realidad estaba intentando matar a Matteo y cargarte el muerto a ti, otro Oso, por el crimen. Un crimen perfecto, porque habrían eliminado a dos Osos de una vez. —Asiente en dirección al congelador—. Este guardia tiene un tatuaje de la familia Oso. Esa noche hizo la ruta de otra forma, pero de alguna manera acabó en tu habitación contigo. Luego te da el mensaje y acaba muerto esa misma noche delante de tu puerta.

Doy un paso atrás y el corazón empieza a desbocarse.

—Pippa le tenía mucho cariño —susurro.

—Otra prueba que demuestra lo que digo —dice Layla—. Pensadlo bien: este guardia no tenía más remedio que informar de tus acciones la noche del asesinato porque tú lo viste. Pero ¿y si no estaba previsto que lo vieras? —pregunta Layla—. ¿Y si estaba intentando mandarte

un mensaje esa noche, pero cerraste la puerta demasiado rápido?

Muevo nerviosamente las manos.

—Ay, Dios... ¿Estás diciendo que no me estaba amenazando en ningún momento? ¿Que me estaba advirtiendo? ¿Vigilando mis pasos?

—Protegiéndote —dice ella—. Y, si ese es el caso, lo cual creo muy probable, entonces hay muchas posibilidades de que haya muerto por ello.

Es como si me hubiera golpeado con sus palabras en las entrañas.

—¿Estás diciendo que alguien venía a cortarme la garganta a mí?

No puedo hacerme a la idea de que es más que posible que un guardia haya muerto por mi culpa. Me da asco y tristeza al mismo tiempo.

—Sí —dice Layla, y por el tono apesadumbrado de su voz, entiendo que siente la gravedad del asunto al igual que yo.

Ash se frota la frente.

—Pero ¿por qué? —pregunto—. ¿Por qué decidiría un guardia protegerme?

—Creo que está sugiriendo que seguramente estaba en contacto con uno de los miembros del profesorado. Si no, nunca se habría arriesgado a hablar contigo. Que alguien le dijo que cuidara de ti —dice Ash, y noto la preocupación en su tono de voz—. Lo que significa que los detalles que nos faltan en este follón, lo que sea que está pasando aquí, seguramente vaya más allá de los alumnos.

Por un momento, nos quedamos mirándonos los unos a los otros, con la gravedad de su conclusión sobre nuestras cabezas.

—Quedé con Stefano la noche antes de que muriera —cuenta Layla y habla con cariño—. Pensaba que la red de los Leones en el colegio se estaba expandiendo, que pronto no habría ningún lugar seguro para los Osos o cualquier familia que se opusiera a los Leones. Bueno... Puede que sea algo bueno. Quizás alguien, alguno de los profesores, haya decidido luchar contra los Leones desde el colegio.

Oigo la aprobación en su tono de voz.

—¿Habías quedado con Stefano la noche antes de que lo asesinaran? —pregunta Ash con un tono de voz tan extraño que me vuelvo a mirarle—. ¿Y te dio información sobre los Leones?

—Sí y sí —responde, y aunque la luz es tenue, veo que se ruboriza.

Evita mirar directamente a su hermano.

Me quedo mirándola y, de repente, todo encaja. Me cago en la puta. Si Layla quedó con Stefano por la noche, tuvo que ser después de que me fuera a dormir, porque estaba en su habitación pasado el

toque de queda. Eso significa que se escabulló. Y que tenían que haber sido muy amigos si él le contaba secretos, mucho más de lo que Ash pensaba. ¿Layla estaba saliendo con Stefano? Por la cara de Ash, está pensando lo mismo.

De pronto, me siento horrible. Yo flipándolo porque tenía sangre encima cuando buscábamos bajo su cama y hablando de él como si fuera un cadáver. Y todo este tiempo, Layla había perdido a alguien que le importaba. Puede que mucho.

Ash y Layla se miran el uno al otro.

Hablo para acabar con la incómoda tensión que hay entre ellos.

—Pero ¿por qué, Layla? —pregunto—. ¿Por qué los Leones van a por mí, de entre toda la gente, primero endosándome la muerte de Stefano, luego Nyx, y luego mandando a alguien para que me cortara la garganta? Y de igual forma, ¿por qué alguien me está protegiendo?

—Sí —afirma ella—, esa es la cuestión. Y si no averiguamos rápido la respuesta, creo que nos vamos a arrepentir.

Ash se queda en silencio sin apartar la mirada de su hermana.

TREINTA Y TRES

Cuando entro en clase de historia con Layla, me sorprende darme cuenta de que ahora hago todas esas cosas que pensaba que eran raras el día que llegué: caminar en silencio, estar pendiente de otros alumnos mirándolos sutilmente y hablar en voz baja. Y desde que nos hemos despertado esta mañana, Layla ha vuelto a caer en el silencio. No está callada como es habitual en ella. Más bien parece nerviosa y molesta, pero se niega a hablarlo conmigo. No puedo evitar preguntarme si tiene algo que ver con haber revelado su relación con Stefano. Aunque he pasado poco tiempo con ella, sé que no debe haber sido fácil. Y estoy casi convencida de que, si saco el tema, empeoraré la situación.

Brendan ya está en la clase y parece que ha dormido tan poco como yo. Layla va prácticamente con la cara enfurruñada y todo el mundo parece estar al límite; ese tipo de sensación que te hace querer mirar por encima del hombro o saltar cuando alguien te toca el brazo.

—¿Qué tal si empezamos? —propone Kartal.

Está de pie junto a su globo terráqueo y tamborilea los dedos por encima mientras los alumnos se sientan.

Felix y Aarya son los últimos en llegar y, por su lenguaje corporal, me da la sensación de que podrían haber discutido.

—Siéntate —le dice Kartal a Aarya y noto que no quiere hacerlo.

Ella cierra los puños, pero se deja caer en la silla.

—Bueno, veamos... Los caballeros de la Orden de Malta estaban entrenados para combatir la muerte hasta el último hombre, sin importar si los pronósticos estaban en contra —dice Kartal, y mira de reojo a Aarya—. Y estaban preparados para hacer eso mismo en 1271, cuando el sultán Baybars atacó el castillo Crac de los caballeros, que pertenecía a esta orden y se encontraba en Siria. Durante todo un mes,

el sultán envió tropas a las murallas del castillo. Pero sabía que los caballeros de la orden no se rendirían nunca, así que, con gran astucia, falsificó una carta que supuestamente habría escrito del Gran Maestre de la Orden de Malta y se la mandó.

Mira a su alrededor por la clase y durante un segundo posa su mirada en mí.

—La carta les daba permiso a los caballeros para rendirse e incluso explicaba cómo hacerlo. Y no vais a creerlo, pero los valientes caballeros se tragaron la falsificación. A cambio de su rendición, el sultán les perdonó la vida. —Kartal sonríe—. Adoro los relatos históricos que tratan lo que casi es una desgracia; esos en los que piensas que solo cierto resultado es el inevitable, pero al final te equivocas. Desde fuera, el sultán se encontraba con lo que parecía una situación inflexible. Pero el sultán fue creativo, pensó más allá del conflicto en sí. ¿Cuál es la clave en esta historia? ¿Qué hizo el sultán que merece la pena recordar?

Toda la clase permanece extrañamente en silencio. Antes todos solían competir por responder y quedar por encima de los demás, pero ahora parecen perdidos en sus pensamientos o cansados. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, me pregunto más que nunca si hay un mensaje oculto en la historia de Kartal.

—¿November? —dice Kartal.

Vuelvo a prestar atención a la clase.

—No subestimó a los caballeros.

—Elabora tu respuesta.

—Bueno, como usted ha dicho, los caballeros eran conocidos por luchas hasta el último hombre —digo, intentando analizar detalladamente la estrategia desde el punto de vista psicológico de la misma forma que Layla cuando habla de historia—. Por lo tanto, una solución típica habría sido considerar esa afirmación como una verdad inamovible y prepararse para luchar con ellos. El sultán destaca porque les dio a los caballeros la oportunidad de actuar de otra forma y cambiar lo que todos asumían que nunca serían capaces de cambiar.

Kartal hace girar el globo.

—Sí. Muy cierto. No siempre se trata de que una situación sea inamovible, como tú dices, sino que la gente así lo piensa. Una perspectiva nueva siempre suele venir bien.

La puerta se abre en ese momento y todos nos giramos al mismo tiempo. Blackwood entra con dos guardias a su espalda. La ansiedad de la clase aumenta de forma considerable.

—Layla y November —dice Blackwood—, venid conmigo.

La frente empieza a sudarme al instante y Aarya nos mira. Echamos nuestras sillas hacia atrás y seguimos a Blackwood por el pasillo. Cuando paso junto a los guardias, me imagino que van a pincharme en el brazo y a arrastrarme a las mazmorras, pero no ocurre. En su lugar, caminan en silencio detrás de nosotras.

Le dedico una mirada inquisitiva a Layla, pero ella está mirando al frente con la misma frustración que esta mañana. La larga lista de reglas que hemos roto y el guardia asesinado en nuestra puerta pasan por mi mente como posibles razones para que me saquen de clase con escolta. Está claro que Blackwood quería que todos lo vieran, como si estuviera poniéndonos como ejemplo.

Respiro hondo varias veces como indican los libros de engaño para que el corazón se ralentice y los músculos se relajen. Lo último que necesito es que Layla intente sacarnos de algún apuro y yo esté delatándome con mis movimientos y con pinta de entrar en pánico.

Uno de los guardias abre la puerta del despacho de Blackwood y todas nos sentamos. Blackwood detrás de su escritorio y Layla y yo en los sillones que hay delante.

—Bueno —dice Blackwood después de un largo minuto observándonos a Layla y a mí—. Estoy sorprendida, Layla. Y no suelo sorprenderme con frecuencia.

Miro a Layla de reojo, pero su cara no revela nada.

—Hablé con el doctor Conner hace unos días. ¿Sabes qué me dijo? —pregunta.

Ay, esto no va bien. Ya me lo veo venir.

—Le dijo que me había visto salir del pasillo de los dormitorios de los chicos —dice Layla sin dudar, como si Blackwood le hubiera preguntado qué tal el desayuno—. Insinuó que nuestras respuestas eran sospechosas cuando nos preguntó por ello.

—Sí. Así es —replica Blackwood—. Es su deber.

Layla no responde, y no la culpo. Si dice que es el pasillo donde está la habitación de su hermano, Blackwood le dirá que ella ya sabía que Ash no estaría allí. Y si dice que solo estábamos de paso, parecerá que intenta justificarse, cosa que indica culpabilidad.

—¿Eras consciente de que Matteo estaba en clase cuando tú no? —pregunta Blackwood.

—Sí —dice Layla, todavía con la misma cara de póker.

—Después de que te viera por el pasillo, el doctor Conner inspeccionó la habitación de Stefano —dice Blackwood—. Se percató

de algo extraño sobre la mesita de noche. ¿Sabes qué es lo que voy a decir?

Layla niega con la cabeza. Y no puedo evitar acordarme de Gupta, que diría que ha respondido a todas las preguntas con respuestas verbales y sin mover la cabeza y que, de repente, eso ha cambiado.

—Dice que faltaba una cerilla que tanto Matteo como su mayordomo han confirmado que no usaron.

Blackwood sigue mirando a Layla. Es raro que solo la mire y se dirija a ella, no a mí.

—El caso de la cerilla perdida: chan, chan, chan —digo.

La intensidad de Blackwood hacia Layla es casi desbordante y, si a mí me resulta incómoda, debe serlo también para ella. Creo que al menos así puedo ganar un par de segundos para que Layla ponga en orden sus pensamientos.

Y funciona. Blackwood se gira hacia mí.

—¿Te parece divertido?

—No. En absoluto. Solo pensé que alguien tenía que aligerar el…

Blackwood levanta la mano; es obvio que está molesta.

—Ahora me encargo de ti. Hasta entonces, quédate callada. —Su tono es de hielo.

—Recibido —replico, y juro que, si sus ojos fueran armas, ya estaría muerta.

Blackwood vuelve a centrarse en Layla y su expresión no revela nada.

—Cuando la semana pasada sucedió el primer homicidio, pensé que teníamos que buscar a un individuo. Pero ahora sé que esa suposición es errónea, que hay una red de personas responsable por los últimos acontecimientos y que, si no doy con todos, el caos y las muertes continuarán. A veces pasan sucesos extraños por accidente; coincidencias que no son tales.

Mi pecho se tensa. Kartal dijo casi esas mismas palabras en la primera clase que tuve con ella: sucesos extraños pasan a propósito. Y habló de las coincidencias que no son coincidencias. Me siento extrañamente aliviada de tener razón en mi sospecha de que había algún tipo de mensaje o código oculto en esas historias y que no solo era mi paranoica mente volviéndose loca. Pero ahora me pregunto qué he dejado escapar o no he visto por no haber tomado este doble discurso en serio. Cuando jugaba con mi padre, solía decir: «Busca las cosas que han cambiado levemente, un patrón. Así irás en la dirección correcta».

—Me he dado cuenta de que has estado acercándote a Matteo y a Stefano durante los últimos meses, Layla —dice Blackwood y eso me saca de mis pensamientos.

Layla se pone en tensión.

—Qué curioso que hayas aceptado a una compañera de habitación a la que Matteo odia con tanta vehemencia —dice Blackwood—. Y luego resultas estar convenientemente en el comedor cuando se pelean en el pasillo. —Hace rodar un lápiz por la mesa y, aparte del crujido de la madera de la chimenea, no se escucha nada más en el despacho —. Después, te pones de parte de la compañera que apenas conoces. Me parece frío para alguien que supuestamente es amiga de Matteo.

Blackwood alza la vista hacia nosotras y noto por su expresión que nos está cercando, como un halcón a su presa.

—Cuando tu hermano y November estaban en el patio de las vides, ¿dónde estabas tú?

—Durmiendo —responde Layla.

Mantiene un tono calmado, pero puedo notar cierta diferencia, como si estuviera en tensión psicológica e, incluso con el enorme control que tiene, se le escapara por la voz.

—Claro. Por supuesto. Eso dijiste la última vez.

Quiero saltar a defender a Layla, pero llegados a este punto, soltar un comentario para distraerlas haría más daño que otra cosa.

Blackwood vuelve a mirarme a mí.

—November, ¿rompiste el vaso de agua de tu mesita de noche el día antes de que asesinaran al guardia?

«Ay, no».

—Sí.

Se echa hacia atrás, como si supiera que ha ganado.

—¿Layla te ayudó a limpiarlo?

Pippa vio que Layla me ayudaba. No hay forma de salir de esta.

—Sí.

—¿Viste que Layla se llevara algún cristal? —pregunto Blackwood, y junta las manos.

—¿Que se lo llevara? No, claro que no —respondo.

Blackwood se alisa las arrugas de la manga de su camisa.

—El guardia que acabó asesinado frente a vuestra puerta tenía un tajo en la garganta hecho con un trozo de cristal —dice, y estoy prácticamente segura de que, si fuera de las que se desmayan, este sería el momento—. Y tu cristal es el único que se ha roto en todo el colegio este año.

Noto que Layla está asustada.

—Veamos, ¿cogiste tú el cristal, November? —pregunta Blackwood.

—No —respondo demasiado rápido.

—Entonces, la única conclusión a la que puedo llegar es que fue Layla.

—No fue ella —le digo a Blackwood—. Layla no cogió ningún cristal. Yo tampoco. Pero estoy segura de que no fue Layla.

Sé que no estoy ayudando, que no tengo pruebas que me respalden, pero es que no puedo quedarme sentada y dejar que Blackwood la arrincone.

—Por mucho que me encantaría escuchar tu cháchara sin fin, November, me temo que tendrás que hacerte a la idea. Irás a las mazmorras, Layla, por el asesinato de un guardia de la Academia —dice Blackwood y yo casi me caigo de la silla.

—¿Qué? —suelto prácticamente escupiendo la palabra—. ¡No tiene pruebas de que hiciera nada!

La mirada de Blackwood es peligrosa.

—Estás sumamente equivocada si crees que tengo que justificar mis decisiones ante ti. Y si sigues discutiendo conmigo, te prometo que lo único que harás será empeorar las cosas para Layla. —Mira hacia atrás, como si hubiera acabado la conversación—. ¡Guardias!

Los guardias abren la puerta y Layla me mira con auténtico miedo. Me pongo delante de ella para interceptarles el paso. Los guardias dirigen su mirada a Blackwood. Ella asiente y, medio segundo después, los dos sacan unas jeringuillas y nos las clavan en los brazos.

La visión se me nubla y el mundo se vuelve negro.

TREINTA Y CUATRO

Me toco la cabeza, que palpita como si me hubiera caído sobre ella. Estoy en el sofá de nuestro salón común, con las cortinas echadas, y el fuego brilla con fuerza de la forma en la que suele hacerlo cuando Pippa viene cuando se hace de noche. «Pero ¿cómo he llegado...?». De repente, lo que pasó por la tarde me viene a la memoria.

Salto y me paso las manos por la cara para despertarme. «Layla». Tengo que ayudar a Layla. Esto es por mi culpa. Yo me escapé esa noche. Yo involucré a Layla. Me quedo mirando al fuego y todas las cosas espantosas que han sucedido estas dos semanas me pasan por la cabeza. Layla está en las mazmorras. La tía Jo está muerta. Alguien intenta matarme. Y mi padre está sabe Dios dónde, con todas las papeletas de que le estén persiguiendo y huya para salvarse.

—¿November? —dice Ash, y sale del dormitorio de Layla.

Esta vez no me sobresalto. Quiero pedirle perdón por lo que le ha pasado a Layla, decirle que intenté detener a los guardias, pero una disculpa no arreglaría nada.

—Blackwood ha mandado a Layla a las mazmorras —es lo único que consigo decir.

—Lo sé. —Vuelve a mirarme con intensidad, y no le culpo—. Cuando escuché durante la comida que Blackwood os había sacado a las dos de clase y que no habíais vuelto, vine aquí a buscaros. Pero solo te encontré a ti, sedada en el sofá, por lo que imaginé que lo más probable es que Layla estuviera en las mazmorras y que tú estuvieras sedada por haber intentado evitar que los guardias se la llevaran.

Asiento y dejo escapar el aire, aliviada de que al menos sepa que intenté defenderla.

—Cuéntame toda la conversación con Blackwood —dice—. No te dejes ni un detalle.

Le cuento la reunión casi palabra por palabra, de principio a fin. Me deja hablar y no comenta nada hasta que no acabo con la historia.

—Hay algo raro —digo—. No había motivos para que Blackwood castigara a Layla delante de mí. Habría sido más sencillo dejarme en clase.

Ash sopesa mis palabras y casi puedo ver cómo funcionan los engranajes de su cerebro.

—Quizá Blackwood quería que lo oyeras, que supieras que el doctor Conner ha descubierto la cerilla que faltaba y lo del cristal —dice.

—Pero ¿por qué? —replico—. A menos que quiera que lo sepa porque ella es la que le pidió al guardia que cuidara de mí. ¿Puede que sea ella el miembro del profesorado que Layla decía que estaba luchando contra los Leones? Pero ¿y eso que tiene que ver con la conversación en la que manda a Layla a las mazmorras?

Él niega con la cabeza y yo me remuevo nerviosa. Nos quedamos callados mientras analizamos la situación.

Alzo la vista hacia él.

—¿Has descubierto algo sobre el corte que tenía Felix en la mano?

—Sí y no. No tuvo ninguna clase en la que se pudiera haber cortado fácilmente, cosa que le hace sospechoso. Pero tampoco pude recabar muchos detalles sobre él. Puede que no sea un León con poder, pero sigue siendo un León, y nadie se atreve a llevarles la contraria ahora mismo.

—Entiendo —digo—. La cuestión es: ¿qué pasó con el cristal una vez que salió de esta habitación? ¿Hay alguna forma de sacar a Layla de las mazmorras?

Él niega con la cabeza.

—Primero tendríamos que encontrarlas. Las mazmorras están debajo del castillo o puede que debajo de los muros del perímetro exterior. Por eso utilizan sedantes cada vez que van a encerrar a alguien. No quieren que sepamos dónde están.

—Vale, vamos a encargarnos de los flecos sueltos de uno en uno —digo—. Y rápido, antes de que maten a alguien más. Pippa va a venir en breve para darle la vuelta a los colchones y rellenar el agua. Quédate aquí y que te diga todo lo que sepa del cristal. Si nos vamos los dos, no tendremos oportunidad de hablar con ella.

Me mira de forma inquisidora.

—¿Los dos? ¿Adónde vas tú?

Trago saliva.

—A encontrar a Matteo —digo luchando para mantener la calma en mi voz.

Se queda mirándome un buen rato, como si estuviera intentando decidir algo, o quizás está evaluando el miedo que siento, a pesar de que lo voy a hacer igualmente.

—Ten cuidado —dice con tanta sinceridad que mi estómago da un vuelco.

Un silencio de un segundo, y asiento.

Me doy la vuelta, cojo la capa del armario y salgo al pasillo. El aire frío y la idea de confrontar a Matteo hacen que un escalofrío me recorra la espalda.

Unos minutos después, estoy frente a la puerta de Matteo, con la mano alrededor del pomo de la puerta y con el corazón desbocado. El único problema es que, si llamo y me cierra la puerta en las narices, estoy jodida.

Por el pasillo me llega el sonido de unas botas por las escaleras y no lo dudo: levanto el pestillo y entro en su habitación.

Matteo está en el sofá con la vista en la chimenea.

—Lárgate —suelta sin ni siquiera girarse hacia mí.

Verle ya hace que mis nervios se disparen. Doy dos pasos más al frente, pero no me atrevo a alejarme de la puerta.

—Me iré cuando me digas todo lo que sabes sobre mí.

Mi voz suena más alta y mi tono más fiero de lo que pensaba.

Se vuelve hacia mí y durante un breve segundo parece sorprendido.

—Estoy harto de participar en tus jueguecitos, November. Ahórranos la energía de acabar enfadados y vete de aquí —dice, y la aversión que solía notar cuando me hablaba ya no está. Casi parece cansado.

Solo tengo una oportunidad.

—No confías en mí. Pero ten esto en cuenta: Layla sí. Y sabes mejor que yo lo mucho que se preocupaba Layla por Stefano. ¿De verdad crees que confiaría en quien ha matado a su novio? Claro que no.

Observo cómo Matteo aprieta los puños y luego los libera. Parece que intenta no cabrearse.

—Desde que Stefano murió, hemos estado intentando averiguar por qué Charles atacó a tu amigo. Layla, Ash y yo hemos estado

colándonos por todas partes de este castillo, poniéndonos en peligro para ayudarte. —Mi voz se vuelve más insistente—. ¡Al menos podrías dejar de ponernos las cosas más difíciles!

Matteo se levanta del sofá tan rápido que doy un paso atrás. Cruza la habitación en un par de pasos largos.

—¿Cómo te atreves a venir a mi habitación a decirme lo que hago o dejo de hacer? Si alguien tiene la culpa de todo esto, eres tú —dice, y su enorme pecho sube y baja con rapidez—. ¿Qué te hizo pensar que podrías entrar en este colegio cuando eres una réplica exacta de tu madre? No puedes ser tan idiota como para no haberte dado cuenta. Cualquiera que la conociera te reconoció al instante. ¡Esto es por tu culpa!

Lo miro más de cerca en un intento de comprender sus palabras.

—A esto justo es a lo que me refiero. Estás dando por sentado que sé algo que no sé. ¿Por qué la gente conoce a mi madre?

La amenaza cruza sus ojos para indicarme que deje de molestarle.

—Estoy esforzándome al máximo para no matarte ahora mismo. Pero no me lo estás poniendo fácil. Deberías haberte quedado en el escondite en el que estabas.

—¿Estás de coña? —le digo con el mismo tono—. ¡Encantada de la vida! Mándame ya ese avión. No quiero estar en este colegio de locos tanto como tú no me quieres aquí. Blackwood se niega a mandarme a casa, así que puedes desconfiar de mí todo lo que quieras, pero no cambiará el hecho de que los dos estamos atrapados aquí. Solo que uno de nosotros lo sabe todo sobre la historia de mi familia. Y no soy yo.

Da un paso atrás para mirarme con detenimiento.

—Y una mierda.

—De mierda nada. Ojalá fuera como todos pensáis. Me encantaría estar con jueguecitos ahora mismo, manipular a la gente con maestría e idear mi próximo movimiento. Pero, en su lugar, me han mantenido al margen toda la vida y estoy intentando desesperadamente aprender dónde estoy y evitar que me maten a cada paso que doy. Y todo por algo relacionado con mis padres de lo que no sé nada. De hecho, por lo que veo —le señalo—, tú eres la única persona que sabe con certeza quién soy. Pero cuando me viste, me pegaste un puñetazo en la cara, así que me abandonaste a mi suerte. Menuda familia me ha tocado.

Algo cambia en su expresión, pero no distingo sus emociones.

Mantengo el contacto visual para que sepa que hablo totalmente en serio.

—Stefano está muerto —digo con un tono de voz más calmado—. Y sin Layla y Ash, ya estaría muerta también. Así que sí, estoy en tu habitación pidiéndote a gritos que me cuentes lo que no sé. Porque, por lo que se ve, todo este follón se reduce a mí, a mis padres y, posiblemente, a ti. Me he hartado de no tener respuestas. Solo me iré de aquí sin una explicación con los pies por delante.

Él frunce el ceño y se queda callado tanto tiempo que me pregunto si le he convencido o si ha decidido matarme de verdad.

—Cuando me atacaste en el comedor… —dice, y su tono de voz denota menos rabia que antes—. Alguien había muerto. ¿Quién?

—Mi tía —respondo, y mi voz se apaga cuando me imagino el rostro de Jo—. La hermana de mi madre.

Abre mucho los ojos y se pasa una mano por el pelo.

—¿Magdalene?

Que pronuncie el nombre de mi tía me deja poco menos que petrificada.

—Sí, bueno, ella se hacía llamar Jo, en realidad. S-se… —estoy tartamudeando, incapaz de entender que conozca personalmente a una de las personas más importantes de mi vida.

—Se atribuyó ese nombre después de leer la novela estadounidense *Mujercitas* —dice terminando mi frase.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me obligo a parar. Lo último que quiero es llorar delante de él.

—Sí —contesto en voz baja—. ¿Cómo es posible que lo sepas?

—Mi madre siempre nos contaba esa historia —dice.

Lo miro de reojo.

—¿Tu madre conocía a mi tía Jo? —pregunto en un intento de pillar lo que quiere decir.

—¿Conocerla? Mi madre es la hermana de Jo, la más joven de las tres —replica, y siento como si alguien hubiera sacado todo el aire de la habitación.

—Eso es mentira —digo con la mano en el pecho en un intento desesperado de controlar los latidos de mi corazón y la fisura que siento que está formándose.

Él niega la cabeza.

«Mi madre y mi tía Jo tenían otra hermana. Tenían una hermana pequeña y Matteo…».

—¿Eres mi primo? —pregunto, y la confusión y la rabia vuelven a resurgir. Sacudo la cabeza para apartar las lágrimas, pero cada vez son más—. ¿Cuándo lo supiste? ¿¡Cómo pudiste no decírmelo!? —Doy un

paso furioso hacia él—. Madre mía, ¡me pegaste un puñetazo!

Intento golpearle, pero se aparta.

—¡Me convertiste en un objetivo! —grito y vuelvo a golpearle.

Me agarra de la muñeca.

—¡Tú nos convertirte a los dos en objetivos! —Me devuelve el grito y me suelta la mano—. Stefano está muerto porque tú has venido aquí, así que no me digas lo que te he causado.

Cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que sus rasgos me recuerdan a mi madre y a mi tía Jo. ¿Cómo pude no darme cuenta antes?

—¿Por qué estaban mis padres en Estados Unidos?

Me mira con cautela.

—Hablo en serio. Dime por qué mis padres se escondieron en ese país. Dime por qué no sabía que era estrategia.

Frunce el ceño.

—¿No sabías que eras...?

—No. Y ahórrate ese rollo de «eso no tiene sentido» —le interrumpo—. Sé mejor que nadie que no tiene sentido. Pero tengo derecho a saber quién soy y por qué me crie así. Y no me digas que no lo sabes, porque se te nota en la cara que sí.

—No voy a contarte los secretos de mi familia —dice.

—¡Son mis secretos! Tengo más derecho a saberlos que tú y lo sabes —replico.

Matteo me mira como si no estuviera seguro.

Dejo escapar el aire.

—Mira, mi madre murió cuando tenía seis años y, aunque siempre me dijeron que fue un accidente, la tía Jo siempre defendió lo contrario. Ahora han matado a mi tía, a nuestra tía. Y supongo que quien sea que intenta destruir a mi familia irá a por mi padre ahora. Si no lo están haciendo ya. Y si lo que está pasando en este colegio está relacionado con sus muertes, y estoy convencida de que es así, entonces claro que merezco saberlo. Ahora mismo solo sé que los Leones nos odian porque estamos intentando que no se hagan con todo Estrategia.

Matteo resopla.

—Tú eres un León —dice, y abro la boca y la vuelvo a cerrar.

Su comentario, aunque me confirma la sospecha que tenía sobre mi padre, me deja sin palabras. ¿Cómo puedo tener todas estas identidades que tanto significan para todo el mundo y no tener ni idea de ninguna?

—También soy un Oso —digo, y elevo la barbilla—. Igual que mi madre y mi tía. E incluso si mi padre nació siendo de los Leones, en su corazón no es uno de ellos.

Matteo se aleja de mí y durante un milisegundo creo aterrorizada que se va a ir a su dormitorio y me va a dejar fuera. Pero, en su lugar, camina hacia la chimenea y se queda mirando la leña tanto tiempo que me acerco unos pasos.

Asiente para sí mismo, como si hubiera tomado una decisión.

—Hace veinticinco años hubo un grupo de alumnos que fueron lo mejor que ha dado este colegio.

—He escuchado a los profesores hablar de ellos —digo.

—Exacto —confirma—. Tu madre, mi madre, la tía Jo, Blackwood, tu padre y un par más conformaban ese grupo. Pero había dos que destacaban entre los demás: tus padres.

—¿Qué? —Me lleva un segundo asimilar lo que está diciendo—. Pero no… ¿El pergamino de la biblioteca? —pregunto recordando mi visita allí con Ash—. ¿Esos eran ellos?

Asiente y por cómo me mira entiendo que tengo que callarme y dejarle terminar.

—Tus padres, el primogénito de la familia de los Leones y la primogénita de la familia de los Osos, entraron en la Academia Absconditi el mismo año. Mi madre dice que todo el mundo esperaba que se pelearan, teniendo en cuenta lo que hacen nuestras familias. Y eso hicieron al principio, pero con el tiempo se enamoraron.

Mi estómago se retuerce de una forma incómoda. No solo mis padres eran los mejores, ¿sino que además eran los dos primogénitos? La cantidad de información que mi padre me ha ocultado es abrumadora.

—Mi madre decía que tus padres pensaban que podían cambiar la política de Estrategia para mejor —dice Matteo—. Pero no tardaron en descubrir que décadas de luchas entre los Leones y los Osos y siglos de desequilibrio de poder iban a poner las cosas casi imposibles. Al principio, tus abuelos se opusieron a llegar a un acuerdo sobre las condiciones si tus padres se casaban. Jag pidió que tanto tu padre como tu madre se quedaran con ellos y que ella cediera su condición de Oso, y los padres de tu madre querían lo contrario. Lucharon sin piedad entre ellos durante meses, pero, para sorpresa de todos, consiguieron que al final se sentaran para intentar llegar a un acuerdo.

Jag es mi abuelo. Ay, la leche.

—¿Y qué paso? —pregunto rápidamente con algo de asombro por

que mis padres estuvieran haciendo algo para cambiar las cosas—. ¿Consiguieron que sus familias se pusieran de acuerdo?

Matteo suspira, como si entendiera la gran pregunta que acabo de formular.

—En aquel momento, había gente que pensaba que tus padres restaurarían el orden y pondrían fin a que los Leones mataran a miembros de otras familias.

—Por el tono de tu voz, supongo que estoy a punto de descubrir cómo pasaron de unir sus familias a esconderse —digo.

—Tu madre mató al hermano de Jag...

—Espera, ¿qué?

Matteo alza la mano.

—La paciencia no es tu mejor virtud, ¿eh? —Hace una pausa como retándome a que vuelva a interrumpirle. Trago saliva y niego con la cabeza—. Estaba diciendo que tu madre mató al hermano de Jag y cualquier sombra de acuerdo entre nuestras familias se vino abajo.

Mi madre. «¿Era una asesina?».

Como si pudiera percibir mi sorpresa, sigue hablando rápidamente, casi como si quisiera tranquilizarme.

—Mi madre siempre dice que las razones fueron complejas. Y que, aunque supiera más, tampoco me diría qué pasó exactamente. Pero lo que está claro es que los Leones fueron directos a por tu madre.

Incluso mientras Matteo habla, mi cerebro lucha contra la imposibilidad de que esa sea mi madre, mi familia.

—En cuanto a tu padre, como se defendió de Jag y de los Leones, también acabó con una sentencia de muerte sobre su cabeza. Así que huyeron. —Matteo se encoge de hombros, como si salir huyendo de asesinos entrenados es lo que hace todo el mundo cuando las cosas se ponen feas—. Y nuestra familia, bueno, los Osos se sintieron traicionados de que tu madre se fuera en vez de volver a casa con ellos. Y... se negaron a protegerlos.

Mis ojos se asombran. Por eso la tía Jo culpaba a su familia por la muerte de mi madre.

—Por lo que he oído, los asesinos de los Leones volvieron uno tras otro sin lograr encontrar a tus padres. Los que volvían. Para guardar las apariencias, los Leones convencieron al resto de las familias de que tus padres habían muerto trágicamente. Pero, mientras tanto, seguían a la caza —termina Matteo.

—Pero consiguieron matar a mi madre —digo en voz baja.

—Sí —responde con un deje de arrepentimiento en la voz—. Pero

ninguna de las otras familias lo sabe excepto nosotros y los Leones. Y, desde entonces, la animadversión entre los Leones y los Osos ha ido empeorando. Cuando te pegué ese día a las puertas del comedor, yo...

Se queda en silencio y vuelve a mirar al fuego.

—No pasa nada —digo apesadumbrada—. Gracias por contarme la verdad.

—No hay... de qué —contesta, pero no me mira.

Bajo toda esa furia y bravura, hay una profunda tristeza.

—Deberías saber algo —respondo lentamente en un intento de contestar a su honestidad con otra verdad—. Charles no quería matar a Stefano. Intentaba matarte a ti y que yo cargara con la culpa. Después de lo que me acabas de explicar, tiene muchísimo más sentido que los Leones quieran dividirnos. También creo que deberías saber que el guardia que asesinaron frente a mi puerta tenía un tajo en el cuello causado por un trozo de cristal. Por lo que sabemos, el arma sigue por ahí en algún sitio. Así que lo que intento decir es... Ten cuidado.

Matteo alza la vista y su tristeza aumenta.

—¿Intentaban matarme a mí?

Asiento con lentitud. Me siento fatal por decírselo. Sé cómo me sentiría si algo le pasara a Emily, sobre todo, si tuviera que ver conmigo. Pero después de lo que me ha confiado, no podía no decírselo. Hay muchas posibilidades de que alguien lo vuelva a intentar.

—¿Cómo sabes lo de Stefano? —pregunta Matteo y casi puedo oír cómo se le rompe el corazón.

Le cuento lo de la sangre bajo la cama de Stefano, el tatuaje del guardia y todas las pistas extrañas que hemos descubierto. Él escucha todo lo que tengo que decir y, cuando termino, tiene la mandíbula tensa y la frente arrugada por la concentración.

—Iba a volver aquí ese día después de clase —dice—. Pero Blackwood me castigó con una tercera amonestación por pegarte y me mandó al perímetro exterior.

—Eso es lo que Layla intuía —digo.

Matteo se frota el cuello y me mira como si tratara de decidir algo. Finalmente, suspira y deja caer el brazo.

—Y yo no asumiría que soy el único que sabe quiénes son tus padres. Blackwood lo tiene que saber. Seguramente, Conner. Brendan y Nyx son los mejores amigos de Charles, así que seguro que lo saben. Felix. Y seguro que hay más.

—¿Felix? —repito, y de repente, recuerdo ese «lo sé» escalofriante que me susurró al oído en mi primera comida aquí.

—Sí —confirma Matteo, y vuelve a frotarse el cuello—. La cosa es... —Se detiene un momento, como si debatiera si debiese seguir, y yo me quedo muy quieta, con la esperanza de que lo haga—. El padre de Felix fue uno de los asesinos que mandaron a matar a tus padres. Uno de los que nunca volvió. Es posible que haya más Leones por aquí que hayan perdido a un familiar que intentaba cargarse a tus padres. Aunque nadie sabía de tu existencia hasta que llegaste —dice.

De pronto tengo la boca seca y me cuesta respirar. ¿Mis padres mataron al padre de Felix? No me extraña que me odie. No es que su padre no estuviera intentando matar a los míos, pero aun así. Debería estar emocionada por descifrar otra pieza del puzle, pero la conversación me ha atemorizado. Venir a este colegio ha sido como empezar un fuego desbocado que se ha descontrolado al instante. Sin mencionar que la gente recuerda el pasado por mi culpa y de la peor manera.

—¿November? —dice Matteo.

—¿Sí?

Alzo la vista y salgo de mis pensamientos.

—Debes saber que no te pegué porque estuviera furioso. Lo que pasó con tu madre... Sigues siendo un Oso. Te pegué porque me lo ordenaron.

—¿Quién te dijo que me pegaras? —pregunto con el cerebro funcionando a toda velocidad de nuevo—. ¿Felix?

—No puedo decírtelo —contesta Matteo y, por la cara que pone, sé que no va a responder—. Solo pensé que debías saberlo.

Abro la boca para protestar, pero parece tan perdido en sus pensamientos que supongo que está pensando en Stefano otra vez.

—Es hora de que te vayas —dice y así lo hago.

Cuando cierro la puerta a mi espalda, no puedo evitar desear que las cosas fueran diferentes. Por fin tengo un familiar que se parece a mí más de lo que puedo admitir y no quiere saber nada de mí. Aunque no puedo culparle. Tiene razón. Si no hubiera venido a este colegio, Stefano seguiría vivo.

TREINTA Y CINCO

—¿Ash? —digo cuando estoy mi habitación.

Espero un momento, pero no obtengo respuesta.

Compruebo la ventana y debajo de las camas y vuelvo al salón común, que está vacío. En el suelo, frente a la chimenea, escrito con ceniza, están las palabras «Vuelvo en un momento». Sonrío por la ocurrencia y extiendo el mensaje con la suela de la bota.

La conversación que he tenido con Matteo me da vueltas en la cabeza. Mis padres eran los siguientes en línea para dirigir a sus familias. Eran los mejores en el colegio. No me puedo ni imaginar cómo eran sus vidas antes de tenerme a mí y antes de convertirse en el Romeo y la Julieta del mundo Estrategia. Tengo que hablar con mi padre. Tengo tantas preguntas, tantos detalles que me faltan de la historia de Matteo.

Que me mandara a la academia no tiene ningún sentido. Mi familia estaba oculta: ¿por qué llevarme al único lugar donde quedaría expuesta ante la misma gente que supone una amenaza? Matteo tenía razón con que me parezco a mi madre. Si él me ha podido reconocer, seguro que otros también. Sigo pensando en lo que dijo Blackwood de que cosas extrañas suceden a propósito. Matteo dijo que Blackwood sabe quién soy, cosa que no me extraña si estuvo en la academia en la misma época que mis padres. Pero ¿por qué me admitió? Debería haber sabido que la situación se iría de madre tan pronto como los Leones y los Osos me reconocieran.

Me dirijo a la mesa del desayuno y retiro una silla.

Pero Blackwood también me dio información sobre el cristal y la cerilla, y ha citado a mi profesora de historia. Además, Ash me ha dicho que ella misma es un Oso. Tamborileo los dedos contra la mesa. Tiene que haber una razón en concreto, un mensaje que intentaba

pasarme. Los estrategia no son aleatorios. Eso lo he aprendido. Solo me queda averiguar el patrón, una sutil diferencia, como diría mi padre.

Recuerdo la primera clase de historia, cuando Kartal dijo que cosas extrañas sucedían a propósito. Ella hablaba de coincidencias en un contexto histórico y cómo a la gente le encanta creerlas y exagerarlas. Y dijo que, si podías cometer un crimen y hacer que pareciera una coincidencia, sería un logro brillante. ¿Intentaba decirme algo? ¿Y si se refería al asesinato que sucedió cuando llegué y a que la gente quisiera relacionarme con él, exagerando los detalles, lo cual acabó siendo la realidad?

Luego contó la historia del cadáver señuelo que se tragaron los españoles durante la Segunda Guerra Mundial que tenía un plan falso para invadir Grecia. Todo el plan se basaba en el hecho de que la gente que encontró el cadáver no le haría la inspección que debieron hacerle. Al igual que yo no examiné a Stefano con detenimiento cuando descubrí el cuerpo, al menos no como lo hubiera hecho Layla. Y no fue hasta que Layla hizo las preguntas pertinentes que descubrimos que Stefano había sido asesinado horas antes y luego lo habían colocado en el pasillo, que acabó llevándonos a su cuarto y al hecho de que Charles, en realidad, quería matar a Matteo.

El pulso se me acelera. Luego tuve una clase de venenos. Hisakawa dijo que el envenenamiento era realmente efectivo cuando no dejaba ningún rastro. Y que, si lograbas manejarlos, los mejores venenos eran psicológicos y emocionales. ¿Estaba refiriéndose a mí y a Matteo? Está claro que alguien ha intentado enfrentarnos desde el principio. Y, si no me hubiera obligado a hablar con Matteo, seguiría sin saber quiénes son mis padres, cosa que es imprescindible para entender cómo empezó todo este embrollo.

Golpeo la mesa con el puño. ¿Por qué no habré prestado más atención? Ash me dejó claro que la academia no se centra en contenidos académicos, que se trataba de leer las señales. Pero era tan presa de mis propios miedos y frustraciones que no podía ver más allá de lo que tenía enfrente.

Me sujeto la cabeza con las manos. Uno tras otro, recuerdo todos esos momentos. Kartal hablando del sultán que mandó la carta a esos caballeros y de cómo les dio la oportunidad de actuar de forma diferente para cambiar lo que todos pensaban que no se podía cambiar.

Me muerdo la uña del pulgar. ¿Qué o quién es la cosa inflexible

que tiene que enfocarse desde otra perspectiva en esta situación? Está el odio entre los Leones y los Osos, pero eso no es algo que pueda arreglar en este colegio. Tiene que ser algo más específico.

La puerta se abre y alzo la vista hacia Ash.

—Ah, bien. Estás aquí —dice Ash y veo cómo la preocupación se aleja de sus ojos—. He hablado con Pippa —afirma y se sienta al otro lado de la mesa—. Al principio, me dijo que no había visto a nadie y que llevó el cristal a la cocina de inmediato para que lo tiraran. Pero cuando he presionado, ha admitido que se detuvo un par de veces a comprobar otras habitaciones. He conseguido que me dijera la ruta y hay probabilidades de que alguien robara un trozo, aunque diga que estuvo pendiente.

—Apuesto a que es Felix —refunfuño.

Ash se reclina y me mira.

—¿Qué sabes que yo no?

—Todo esto va de matarme, ¿no? —digo—. Charles mató a Stefano para encasquetarme el asesinato y, si hubiera funcionado, me habrían ejecutado a mí. Luego Nyx intentó ensartarme con una espada. Luego alguien quiso hacerme un tajo en la garganta con un trozo de cristal, pero, en su lugar, acabó enfrentándose a un guardia. Como dijo Layla, Brendan no suele hacer las cosas por sí mismo. Y de todos los posibles sospechosos, sin duda Felix tiene una razón para vengarse. Mis padres mataron a su padre.

Ash abre mucho los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Matteo me lo ha contado.

—Matteo te lo ha contado —dic Ash como si no se lo terminara de creer—. ¿Matteo ha pasado de pegarte un puñetazo en público a contarte secretos de repente?

—No es que arregle las cosas, pero le dijeron que me pegara —digo.

—¿El qué? ¿Por qué…? ¿Quizás el doctor Conner? Podría ser una nueva táctica de evaluación —dice Ash con una pizca de preocupación de nuevo en su voz.

—Quizás —respondo—. Pero ese puñetazo le costó a Matteo una tercera amonestación y acabó en el perímetro exterior, un castigo impuesto por Blackwood que le salvó la vida. Sospecho que intentaba apartarlo de que le hicieran daño. Quizás intentaba mantenerlo a salvo y ponerme a prueba al mismo tiempo.

Ash me mira inquisitivamente durante un segundo.

—Te ha contado más, ¿verdad?

Asiento lentamente. Apenas he empezado a asimilarlo yo misma.

Ash espera a que diga algo pero, como no lo hago, dice:

—¿Te ha dicho quién eres?

—Sí. Mi padre es un León, como sospechábamos —digo alargando el final de la frase para intentar averiguar cómo enfocar el resto de mi respuesta—. Y, teniendo en cuenta lo que hicieron mis padres, tiene sentido que los Leones quieran matarme con tantas ansias —añado.

Quiero decirle a Ash que Matteo es mi primo y por qué soy un objetivo, pero tengo que pensar primero. Si algo he aprendido de Ash, es que la información personal es peligrosa y debe compartirse detalladamente con precaución.

Él suelta una media carcajada.

—Mira quién está custodiando los secretos familiares ahora. Cada vez te conviertes más en una estrategia.

—No es que no te lo vaya a decir —digo—. Tengo intención de decírtelo. Simplemente aún no le he encontrado el sentido ni yo. —Hago una pausa—. Además, ¿no deberías estar más preocupado por sacar a Layla de las mazmorras?

—Por lo que entiendo, está relacionado —replica—. Y que no deje entrever mis emociones no significa que no esté preocupado. Ya lo sabes.

Se reclina y cambia de postura. Su tono de voz se ha tensado, como si le hubiera ofendido.

—Lo siento, no debería haber dicho eso —digo—. Solo estoy de los nervios y siento que nos quedamos sin tiempo. Quiero decir, ¿cuánto tiempo crees que va a pasar antes de que alguien intente matarme otra vez? ¿Esta noche? Felix sigue por ahí. Brendan. Quién sabe quién más forma parte de este asunto.

Ash toma aire.

—Entiendo.

Me crujo los nudillos.

—¿Qué me dices de Aarya?

—¿Qué le pasa? —pregunta.

—Es probable que Felix esté involucrado. Pero algo me dice que Aarya no lo está, al menos no de la misma forma. De hecho, por lo que he visto de sus interacciones con Brendan, creo que odia a los Leones. —Hago una pausa—. Y luego está Inés —digo.

Ash me mira como si no estuviera seguro de adónde quiero ir a parar con esto o quizá lo sabe, pero no le gusta.

—Los Leones están cargándose a los mejores estudiantes, ¿no? E Inés es una de ellos. También es la mejor amiga de Aarya. ¿No querría Aarya proteger a su mejor amiga? Quizááá podamos convencerla para que se una a nosotros, que nos ayude con lo que sabe sobre esta situación —digo.

Ash niega con la cabeza.

—Aarya no haría algo así ni loca —afirma—. Créeme, si creyera que hay alguna forma de hacer que cooperase, ya le habría preguntado.

—Pero no puedes estar seguro hasta que lo intentas —insisto—. No creía que habría una forma de que Matteo hablara conmigo, y lo he conseguido.

—Matteo y Aarya son personas fundamentalmente diferentes. Matteo tiene genio y es demasiado emocional, pero es una buena persona. No te habría dejado a solas con él en su habitación si no lo pensara. Pero en los dos años y medio que llevo en la academia, nunca he visto a Aarya hacer algo que no fuera por ella misma. Aprovecharía cada ocasión que le dieras para coger la sartén por el mango —dice Ash y, de pronto, me acuerdo de los caballeros y del sultán.

—La inflexible... —digo entre dientes.

—¿La inflexible qué? —pregunta Ash, pero yo ya estoy de pie.

De entre toda la gente que parece inamovible, cabezota y preparada para luchar a muerte, Aarya es la que más encaja. No sé cómo no la he considerado antes.

—Sé que suena a locura, pero mi instinto me dice que es importante que Aarya esté de nuestra parte —digo, y respiro profundamente. Mi voz ha pasado de frustrada a emocionada—. No sabría decirte en qué puede ayudarnos, solo sé que tengo que convencerla de que me diga lo que sabe.

Ash gruñe.

—No sé cómo decirte esto más claro: Aarya no te ayudará. Simplemente encontrará una forma de hacerte daño —dice con seriedad.

Pero claro que lo dice en serio. Si Ash no estuviera completamente convencido de que Aarya es inflexible, no sería la adecuada para que actuara de forma diferente. Es como dijo Kartal: hace falta una nueva perspectiva.

Empiezo a dar vueltas y miro a Ash.

—¿Dirías que Aarya se preocupa más por Inés que por Felix?

—November... —dice Ash.

Noto en todos sus movimientos que intenta convencerme de que no vaya.

—Me dijiste una vez que Felix estaba enamorado de Aarya, pero que nunca iba a pasar nada. Respóndeme a esta pregunta. ¿Se preocupa más por Inés?

—Si tuviera que adivinarlo, diría que sí —responde Ash.

—Vale. Bien —afirmo y me dirijo deprisa a mi habitación.

Saco un papel del cajón de la mesita de noche. En él, escribo:

«Inés está en peligro. Queda conmigo en los árboles justo después del toque de queda y te lo explicaré. Ember».

Supongo que, si lo firmo con ese nombre tan ridículo, sabrá que realmente soy yo la que ha escrito la nota. Se la paso a Ash.

—¿Puedes dejársela? Sé que se te dan bien estas cosas por ese juego que teníais tú y Layla cuando llegué aquí.

Él lee el papel y me mira.

—No querrás hacer esto en serio, ¿no? Si alguien tiene que hablar con Aarya, debería ser yo.

Niego con la cabeza.

—Tú no puedes hacerlo, Ash. Tengo que ser yo. Tú no lo ves como lo veo yo.

—No, claro que no —dice, y se va frustrando cada vez más—. La veo exactamente cómo es. Puedo saber lo que piensa. La conozco desde hace años. He visto a gente enfrentarse a ella una y otra vez y siempre sale ganando, porque no tiene piedad y tiene talento. Tú eres demasiado indulgente. Demasiado confiada. Layla te advirtió de que no eras lo suficiente buena como para enfrentarte a Aarya y te digo que quedar con ella de noche en los árboles es la manera más rápida de que te maten.

Respiro profundamente con la intención de mantener la calma.

—Sé que piensas todo eso, por eso justamente tengo que ser yo la que hable con ella. No digo que no sea peligroso, pero si hay una minúscula posibilidad de que tenga la información que necesitamos, no podemos esperar. Entiendo que intentes protegerme y te lo agradezco. Pero tengo que hacerlo.

—Que veas a Aarya de una forma más indulgente no es una razón —afirma.

—Blackwood me tuvo en su despacho cuando castigó a Layla sin motivo aparente más que para darme información sobre el cristal y la cerilla. Y...

—¿Me estás diciendo que crees que Blackwood intenta ayudarte?

¿Por qué iba a encerrar a mi hermana si quisiera ayudarte? Está jugando contigo —dice Ash.

—Que esté ayudándome o jugando conmigo realmente no importa. Lo importante es que me está dando información. Y Blackwood no es la única. El guardia que me protegía. Kartal y Hisakawa. Todos decían cosas directamente relacionadas con el asesinato y con el problema que teníamos Matteo y yo. Y en la última clase con Kartal, dijo algo sobre subestimar a la gente. No de la forma típica, sino que, si piensas que la gente es despiadada y malvada, no puedes dejar de verlo de esa forma. Dijo que a veces una nueva perspectiva es lo único que propulsa el cambio. Si te soy sincera, a mí eso me suena a Aarya —concluyo.

Ash se queda en silencio durante un buen rato y las emociones danzan por sus ojos como luces en un estanque.

—Entonces, déjame que lo pille. ¿Vas a arriesgar tu vida porque crees que los profesores te están pasando mensajes ocultos en sus clases?

—Sí. Exacto. Y si fuera otra persona, no dudarías de lo que estoy diciendo. Solo me estás cuestionando porque no me criaron de la misma forma que a ti. Pero eso no significa que esté equivocada. Así que, si no vas a entregar la nota, lo haré yo —digo, y extiendo la mano para que me la devuelva.

Sus ojos irradian rabia.

—Sabes que no va a ir sola —dice—. Así que, incluso si por algún milagro, Aarya no intenta matarte, alguien podría hacerlo.

—Lo sé —replico—. Por eso mismo he elegido los árboles. Es donde mejor me manejo. Es la única ventaja que voy a darme a mí misma. Bueno, esa y también me vendría bien que estuvieras allí conmigo.

Abre los ojos un poco, como si no se creyera lo que estoy diciendo.

—¿Pensabas que no iba a ir?

—Esperaba que sí —digo.

Se frota la frente.

—¿Cómo es que a veces entiendes tantas cosas y otras no entiendes nada?

—Mira —respondo—, si no funciona y Aarya me tira de un árbol, entonces te admitiré que estaba equivocada y puedes llevarte el mérito lo que queda de noche. Pero ahora mismo estás perdiendo el tiempo y tenemos que hacer llegar esa nota.

Él dobla la nota y me mira como si quisiera decir algo, pero

cambia de opinión y se va de la habitación.

TREINTA Y SEIS

He revisado una y otra vez mi estrategia en la cabeza y, aunque es difícil planear cosas con alguien como Aarya, miro a la puerta por centésima vez. Ash ya debería de haber vuelto.

Para empeorar mi ansiedad de quedar con Aarya y de ese grupo de gente que claramente intenta matarme, mis pensamientos no paran de recurrir a mis padres y todo lo que no sé sobre ellos. Cómo eran cuando tenían mi edad, si les gustaba formar parte de Estrategia, a cuántos asesinos acabaron matando para protegerse a ellos y a mí, qué papel jugaba en sus decisiones. Es casi más de lo que puedo aguantar.

Se abre la puerta y pego un bote de mi asiento junto a la chimenea.

Ash tiene el mismo gesto preocupado que cuando se fue.

—Hecho —dice brevemente mientras cierra el pestillo a su espalda.

—¿Y? ¿Ha dicho algo o ha dado alguna indicación de que vaya a aparecer? —pregunto buscando en su rostro alguna pista.

—No. Pero estamos hablando de Aarya y esta es una oportunidad de tenerte en una posición vulnerable. Dudo que la desaproveche —dice.

Ash se quita la capa y se remanga. Lo miro inquisitivamente. No se estará preparando para luchar conmigo, ¿no?

Me echo la trenza para atrás y, cuando lo hago, Ash dirige un puñetazo a mi estómago. Lo bloqueo e, de inmediato, recompongo mi postura para no quedarme expuesta. Bueno, supongo que eso responde a mi pregunta.

—Una defensa mediocre —dice, y me dirige un golpe, esta vez a la cara.

Aparto su puño.

—Si fuera Aarya, ese puñetazo te habría alcanzado. No puedes ser

tan lenta —dice—. Y si va a por ti en los árboles, el ataque será mayormente con las manos. Puede que consiga darte una patada si logra agarrarse, pero si no, debes esperar que los ataques vayan dirigidos a la parte superior de tu cuerpo.

Voy a golpearle, pero se aleja con facilidad de mi alcance y, cuando estoy a medio camino, me agarra de la muñeca y me hace perder el equilibrio. Me tambaleo hacia delante. Me engancha el brazo alrededor del cuello ahogándome ligeramente y acercándome a su pecho.

—No contraataques a menos que sea absolutamente necesario. Ya te lo he dicho —dice con brusquedad y me suelta—. Te quedarás al instante en desventaja. Eres rápida y aprendes deprisa, pero tienes que estar preparada. Tienes que prestar atención a las pistas visuales.

—Pero he visto que movías el hombro y...

—No estoy hablando de eso —dice, y es obvio que sigue frustrado porque vaya a quedar con Aarya—. Te he dado tres indicaciones de que quería pelea y te has arreglado el pelo en vez de colocarte en una posición defensiva.

Vaya, qué mal genio.

—Vale, de acuerdo, ¿cuáles eran esas indicaciones? —le suelto—. ¿Remangarte?

Me levanta una ceja.

—Estás molesta. Eso es bueno —dice—. Quizás ahora me prestes más atención.

Dios, cómo desearía avanzar en el tiempo hasta ser mejor luchadora y darle una paliza.

—Te he enseñado qué buscar cuando ya estás peleando: el pie que se queda atrás, adónde van los ojos de tus oponentes antes de golpear y qué músculos se tensan. Pero no sabes distinguir las señales que indican que alguien quiere pelea —explica.

—¿Te está llegando alguna indicación de esas de mi parte? Porque debería —digo.

Vuelve a levantar la ceja.

—Fíjate en la barbilla de tu contrincante, que sobresalga o que se le tense la mandíbula. Así —dice apretando los dientes y levantando la mandíbula en mi dirección—. Cuando la gente se enfada, suele apretar los dientes. Y sacar la barbilla es un gesto territorial, una señal de que estás amenazando el espacio personal de alguien. Bien, nunca será tan pronunciado con un estrategia que con un capullo en un bar, así que más te vale estar alerta en busca de algo más sutil.

Asiento.

—Tiene sentido. Charles lo hizo justo antes de arrojarme el cuchillo.

—Exacto —coincide—. Otra cosa que debes buscar es la dilatación de los orificios nasales. Es un mecanismo de supervivencia para recibir más oxígeno en los pulmones y que la sangre fluya antes de una pelea. Lo mismo ocurre con la dilatación de las pupilas. Se expanden para percibir toda la información posible sobre el contrincante y los alrededores.

—Entendido —digo mientras asiento.

—Otra cosa que puedes detectar es que la persona se hincha, como si tratara de parecer lo más imponente posible. Cuanto más espacio ocupa su cuerpo, más testosterona producen y eso da a hombres y mujeres más fuerza y velocidad. Si prestas la suficiente atención y consigues distinguir un par de esas señales, tienes que ponerte en movimiento de inmediato. No dejes que Aarya te golpee. Te arrepentirás enormemente.

—¿Y qué pasa si solo veo una señal? —pregunto.

Él frunce el ceño.

—Una señal no es indicador suficiente. Puede que solo signifique que está enfadada más que pensando en hacerte daño. Así que, hagas lo que hagas, no imites su comportamiento, porque solo conseguirás empeorar la situación. Mantén la postura relajada y expuesta.

—Eso puedo hacerlo —digo.

—Y te repito: no contraataques a menos que sea necesario —dice —. Mantente alejada de ella y déjame que yo me encargue.

Asiento.

—Te lo agradezco. Aunque me estés poniendo de los nervios con tus malas contestaciones.

—¿Contestaciones? —Abre los ojos—. No te estás tomando esto en serio en absoluto.

—Discrepo —digo igualmente frustrada—. No puedo más que estar seria. Sé que es peligroso. Sé que hay gente intentando matarme. Pero no necesito sufrir por ello hasta que esté pasando algo de verdad o me pondré nerviosa y la cagaré.

Abre la boca y la cierra, como si no supiera qué decirme.

—Y definitivamente no me ayuda que te enfades conmigo —replico.

—¿Que me enfade? November, no estoy enfadado contigo —me dice, y hace una pausa—. Estoy preocupado por ti. Yo…

Aparta la mirada.

—¿Qué? —digo.

Me mira directamente a los ojos. Las mariposas que había sentido antes vuelven multiplicadas por diez y, antes de que pueda reconsiderar lo que estoy haciendo, doy un paso en su dirección.

Las emociones en su rostro pasan de la frustración al deseo y vuelta a la frustración, como si tuviera una discusión consigo mismo sobre mí.

—Me importas —dice en voz baja—. Me importa lo que te pase. Lo último que quiero es que te pase algo. —Pronuncia las palabras lentamente y con seriedad. Me da la sensación de que no se había preocupado por alguien en mucho tiempo, que casi tiene miedo de admitirlo en voz baja, que le importe una persona es tanta responsabilidad que le abruma. Sonríe tímidamente y hace que se me encoja el corazón—. No sé qué haría si te perdiera.

Por un instante se fija en mis labios y veo la pregunta en su rostro.

Mi corazón late y me quedo mirándolo, totalmente perdida en sus ojos. Quiero decirle que yo siento lo mismo, que no sé qué significa y que nunca me había pasado algo así. En su lugar, me acerco un poco más.

Él alza la mano y me roza la mejilla con suavidad con el dorso de sus dedos, y un placentero escalofrío me recorre la espalda. A cambio, yo me acerco y le pongo la palma de la mano sobre el pecho. Puedo sentir su corazón bajo su camisa blanca y está latiendo a casi tanta velocidad como el mío. Pasa un dedo por mi labio inferior y coloca la otra mano detrás de mi cuello.

Cuando presiona sus labios contra los míos, me sorprende tanto su emotividad que la excitación palpita en mi interior y me debilita las rodillas. Me acerca hacia él y levanto los brazos para rodearle el cuello.

Sus manos pasan de mi pelo a la espalda y me aprieto contra él un poco más. Todas esas veces que Emily hablaba de que había besos que te arrollaban, y nunca lo entendí, hasta ahora. Tenemos una conexión abrumadora, como una compuerta que se abre y que ni siquiera sabía que estaba ahí.

Sin previo aviso, me suelta, antes de que pueda recomponerme y me deja con el cuerpo temblando y sin palabras. Parpadeo confusa en su dirección.

Hay un segundo de silencio.

—No tenía intención… —dice, y parece vulnerable—. Lo siento.

—¿El qué sientes? —pregunto.

Él sonríe y niega con la cabeza.

—Tienes razón, no sé por qué he dicho eso.

Sonrío.

—Estoy convencida de que simplemente te has cagado vivo por sentir emociones de verdad.

Se echa a reír, pero también parece algo triste.

—En realidad, puede que tengas razón.

—Bueno, no eres el único que tiene miedo de sus propios sentimientos ahora mismo —digo, y me doy cuenta de que vuelvo a sonrojarme.

No responde de inmediato. Se limita a mirarme con los ojos cargados de pensamientos que ojalá conociera.

—November, hay algo que...

Espero un segundo.

—¿Ash?

Le insto a que continúe.

Ash abre la boca para responder, pero antes de que pueda soltar una palabra, nos llega un sonido amortiguado del pasillo: un guardia patrullando.

—Es la hora —dice, y todo el miedo que estaba evitando antes de repente vuelve a la carga.

TREINTA Y SIETE

Ash coge mi capa y me la pone sobre los hombros.

—Esta es tu última oportunidad de cambiar de opinión y dejarme ir en tu lugar —dice mientras saca mi trenza de debajo del cuello de la capa. Niego con la cabeza sin decir nada. Incluso ese simple roce me ha puesto el vello de punta—. Cabezota —susurra, y durante un momento nos quedamos mirándonos el uno al otro.

Se pone su capa y se le cambia el humor.

—No voy a ir por el mismo camino, porque Aarya me vería. Voy a dar la vuelta y entrar por el jardín.

—Vale —respondo, y odio que la sola mención de Aarya ya haga que mi voz tiemble.

Me anudo la capa al cuello y me pongo la capucha, no muy hacia abajo como para obstaculizar mi visión, pero sí lo suficiente como para ocultarme en la oscuridad.

Ash abre la puerta.

—Cuenta hasta veinticinco y luego ve. —Me dedica una larga mirada—. Y ten cuidado —advierte antes de salir al pasillo en silencio.

Me obligo a respirar para que mis músculos obtengan más oxígeno, como me dijo Ash, y para que mi mente desbocada se concentre.

«De perdidos al río».

Atravieso la puerta y camino en silencio por el pasillo. Luego, bajo dos pisos. Me quedo en las sombras hasta que el guardia del vestíbulo sale por la puerta del patio y espero un poco antes de salir por la puerta yo también.

Estoy en el vestíbulo totalmente a oscuras, con la piedra fría de la puerta abovedada bajo mis dedos templados, y cuento unos segundos como hizo Ash. Cuando estoy segura de que el guardia está lo

suficientemente lejos, me meto detrás de las cortinas, con cuidado de no hacer ruido con la tela, y paso al oscuro patio.

Siento el césped blando bajo mis botas, que silencia mis pasos mientras corro hacia los árboles. Me detengo en la vid que está en el centro de la pared del fondo, la misma que Ash y yo usamos la última vez, y examino las ramas oscuras que tengo encima. Pero no hay ni rastro de Aarya.

Trepo por la vid y me abro camino entre las ramas a paso comedido, teniendo especial cuidado en los puntos de apoyo y prestando atención a cualquier ruido. El banco flotante está vacío cuando llego, así que apoyo la espalda contra el tronco del árbol para no tener que vigilar en esa dirección. Me siento de forma relajada, aunque tenga los nervios crispados como una colmena de abejas. Tomo nota de todas las ramas que están a mi alcance y las vides a las que me puedo agarrar en caso de tenga que salir huyendo.

—Bueno, bueno, la nota era real —dice Aarya, y se descuelga de una rama más alta que el banco.

El corazón se me para un segundo. La advertencia de Ash sobre los talentos de Aarya y su crueldad resuena en mi cabeza.

—No habrías llegado tan lejos si no pensaras que la nota era real, ¿no? —pregunto en un intento de demostrarle que estoy tranquila y cómoda.

Hace equilibrios con un pie, como si caminara sobre una estrecha cornisa.

—Tampoco está tan lejos. Si quisieras haberlo hecho interesante, deberías haberme pedido que nos viéramos en las mazmorras.

La miro de reojo.

Ella sonríe y se deja caer para sentarse a un metro de distancia.

—Por cómo me estás mirando —me señala moviendo el dedo en círculos—, diría que alguien te ha dicho que no sabe dónde están las mazmorras... ¿Ash, quizás?

Respira de forma dramática en plan: «¿No es una pena que seas tan ingenua?».

El estómago me da un vuelco. ¿Ash sabe dónde están las mazmorras y no me lo ha dicho? «Espera, es Aarya —me recuerdo a mí misma—. No dejes que te distraiga nada más empezar».

—Inés... —digo, decidida a tener de nuevo la conversación bajo mi control.

—Sí, Inés. Hablemos de Inés.

Algo peligroso se refleja en sus ojos.

Hablar con Aarya es como andar sobre una cuerda floja.

—No es ningún secreto que los Leones se están cargando a los mejores alumnos de las familias que no les siguen —contesto tratando de mantener la voz neutral.

Aarya toca la corteza con las uñas como si no tuviera otra preocupación en el mundo.

—¿De verdad me has pedido que venga aquí para decirme algo que ya sé? Me había imaginado un par de razones variadas para justificar este encuentro y si la verdad resulta ser menos interesante que eso, voy a tener que encontrar otra forma de divertirme.

Se vuelve hacia a mí como un gato que acaba de ver un ratón y me obligo a reclinarme en el tronco de la forma más relajada que puedo.

—Inés es una de las mejores alumnas de esta academia —explico —. Sé que lo sabes. Eso la pone en un peligro inminente. Layla cree que alguien de aquí intenta evitar que los Leones maten a alumnos. Quiero saber quién es.

Aarya ladea la cabeza y sé que por fin tengo su atención.

—Pero Layla está en las mazmorras ahora mismo, porque Blackwood cree que mató a ese guardia...

Aarya resopla.

—Sí, claro, esa es claramente la razón por la que la ha encerrado.

Me quedo mirándola, confundida.

—¿Sabes algo de por qué está en las mazmorras que yo no sepa?

Aarya me mira como si fuera idiota.

—Todo el mundo sabe que Layla no mató al guardia.

Frunzo el ceño.

—Entonces ¿por qué Blackwood la ha metido en las mazmorras?

Aarya pone los ojos en blanco.

—Así que no lo sabes —digo y me encojo de hombros—. Solo estás intentando sonsacarme información de la que no dispongo.

El enfado aparece en sus ojos y tengo la sensación de que odia que la haya puesto en duda. Luego, sin previo aviso, su expresión se relaja.

—Deberías preguntarle a tu novio por qué está su hermana allí. ¿O es que vosotros no habláis de los tratos que hace con la directora?

Mi estómago se retuerce, y se me debe haber notado algo en la cara, porque ella parece divertirse de lo lindo.

—Me parece que alguien va a acabar discutiendo hoy. Debería haber traído palomitas. —Se ríe—. ¿Necesitas un minuto? ¿Vas a ponerte a llorar?

Aprieto los puños. No puedo dejar que me afecte de esta forma.

—¿Quieres hablar de relaciones de mierda? —pregunto—. ¿Hablamos de Felix?

Se sorprende, aunque sea un poco.

—¿Qué pasa con Felix? —dice, y se pone en pie de un solo movimiento.

Me concentro en mantener la compostura.

—Solo digo que tiene que ser difícil ser amigo suyo cuando claramente está aliado con los Leones, que seguramente tengan a Inés en su lista de objetivos.

Sé que he puesto el dedo en la llaga por cómo dilata los orificios nasales y busco instintivamente a Ash.

—¿Crees que Ash llegaría aquí antes de que te pegue un puñetazo en la tráquea? —sisea, y me repatea que sea capaz de adivinar lo que pienso—. Porque yo lo dudo mucho.

El corazón me late a toda velocidad.

—No, no lo creo —admito, porque es verdad y porque amenazarla no me llevará a ninguna parte—. Cree lo que quieras, Aarya. Pero debes saberlo: el tajo del guardia en la garganta se hizo con un trozo de cristal. Luego Felix apareció la mañana después del asesinato con un corte en la mano. A ver, puede que haya una explicación para ese corte, pero puede que no.

Se mueve casi imperceptiblemente en mi dirección y me encojo. No puedo discernir por su expresión si me cree o no. E incluso si me creyera, quizá no le importe y apoye a Felix haga lo que haga. Pero es un León. ¿De verdad cree que no va a acabar ayudando a su familia si le piden que lo haga?

—Por lo que sé —continúo—, ese tajo iba dirigido a mí en realidad. Puede que yo no te importe, no pasa nada. Pero si Brendan y los demás Leones presionan a Felix, ¿cuánto crees que tardarán hasta que se sienta obligado a hacerle daño a Inés?

—No se atrevería —gruñe Aarya y su barbilla se eleva en mi dirección, lo cual me dice que, aunque cree que Felix no se atrevería a hacerle algo a Inés, tampoco me discute su papel como León.

—Puede que no —digo rápidamente y me levanto, extendiendo las manos para demostrarle que no la estoy retando—. Pero mientras los Leones tengan una red tan amplia dentro de la academia, la gente como Inés está en peligro. Voy a hacer lo que esté en mi mano para evitarlo, pero tienes que quitarme a Felix de encima.

Empieza a reírse y me sorprende tanto su reacción que casi me caigo del banco. Si no fuera porque su risa no tiene nada de divertida.

Al contrario, tiene un trasfondo de crueldad.

—Me sorprende. ¿No te advirtió Ash de que jamás haría un trato así? Ni muerta. Y que en tu mundo de fantasía creas que te voy a pasar información es divertido, pero es una visión del mundo un tanto retorcida que, viniendo de mí, ya es decir algo.

Mantengo el contacto visual y no retrocedo, aunque estoy hecha un manojo de nervios.

—Ash me dijo justamente eso. Y le dije que se equivocaba contigo. Inés te salvó la vida esa noche en la sala de los profesores. Se preocupa por ti. Y tú también te preocupas por ella. No sé por qué todo el mundo en este colegio de locos finge que eso es algo malo. Deberías preocuparte por ella. Eso es lo que hacen los amigos. Y sí, sin duda estás loca de remate, pero, por lo que he visto, también eres de las únicas que no se doblega ante los Leones. Eres valiente y las cosas te importan, por mucho que intentes aparentar que no. Incluso Conner...

—Si crees que puedes detener a Conner cuando ni siquiera Blackwood ha podido, entonces es que estás más ida de lo que pensaba —interviene Aarya—. Este numerito a lo Pollyanna me está aburriendo. Haz otra cosa.

Me quedo ojiplática. «¿Conner?». Por un momento no sé qué decir y reconsidero lo que iba a decir sobre que Conner me advirtió que no confiara en nadie. Pero no es eso de lo que está hablando Aarya: ella sugiere que Conner está aliado con los Leones. Quiero decir, si hay algunos miembros del profesorado que me mandaban señales de advertencia, otros, como Conner, puede que tuvieran otras intenciones totalmente diferentes e incluso perversas. Miro a Aarya y me pregunto si es posible que me diga la verdad. Conner estuvo ayudando a inspeccionar las espadas el día que Nyx intentó matarme. Y el día que Charles se pronunció culpable en la reunión, juraría que Conner me miró como si yo tuviera la culpa. De hecho, si lo pienso con detenimiento, siempre ha estado involucrado de alguna manera con todo lo que ha ido mal desde que llegué. Darme cuenta es como un peso sobre mí.

—Ah, genial, ¿ahora tengo que soportar la espera mientras tú le vas dando sentido a lo cabrón que es Conner? —Aarya parece que me va a tirar del banco elevado—. Vamos a acabar con esto. Dices que Felix ha intentado matarte. ¿Y con qué motivo? Tiene que haber un motivo.

No dudo.

—Venganza. Al padre de Felix lo mandaron a asesinar a mis padres y ellos lo mataron.

Aarya resopla.

—Eso no es un motivo. Todo el mundo conoce el riesgo al que nos enfrentamos cuando nos mandan a matar a alguien. No creo que Felix ayudara a los Leones porque su padre no cumplió con su misión. —Suena enfadada. Me observa y se relame los labios—. No, creo que hay algo más.

Hago lo que puedo para aparentar tranquilidad.

—Hay algo que no quieres que sepa —dice Aarya y ladea la cabeza, como si tratara de verme desde ángulos diferentes—. Felix sabe quién eres realmente, ¿verdad? Y debe ser algo terrible, porque si no, no estarías aquí intentando hacer tratos sin sentido conmigo.

Durante un horrible segundo, me quedo en blanco. No he tenido tiempo de procesarlo.

—¡Te pillé! —exclama—. Tengo que admitir que estoy algo molesta porque no haya compartido ese descubrimiento conmigo. Pero estoy segura de que se puede arreglar.

Se pone de pie y se gira.

«Mierda, mierda, mierda».

—Espera —digo y la cojo del brazo, aunque sé que es una mala idea.

Ella se vuelve como un látigo y me empuja de nuevo hacia el tronco del árbol. Me agarra de la muñeca y me la retuerce, lo cual me causa dolor por todo el brazo. Sé que, si intento deshacerme de su agarre o luchar con ella, Ash llegará en un segundo y mi oportunidad de hablar con ella desaparecerá.

—Si te vas después de lo que te he dicho de Felix —digo con la mandíbula apretada—, es lo mismo que si ayudaras a los Leones y será tu culpa si deciden ir a por Inés la próxima vez.

Ella imprime más presión y tengo que obligarme a no gritar del dolor.

—Nunca ayudaré a los Leones. ¿Me oyes? —dice furiosa, y me suelta la muñeca justo cuando estaba convencida de que me la iba a romper.

Presiono la muñeca contra mi cuerpo.

—Estás enfadada con los Leones, pero ¿no eres capaz de decirme lo que sabes y ayudarme a detenerlos? Y no te molestes en decirme que no sabes nada importante, porque se te da demasiado bien para eso.

—No voy a darte clases particulares porque seas una ignorante. No

me confundas con Layla —replica.

El corazón me palpita con furia. No puedo creer que vaya a hacer esto.

—¿Quieres saber quién soy? ¿Tanto te importa? Pues te lo diré. ¡Quizás así te convenza para que dejes de ser tan egoísta!

Me mira como si fuera de una especie de la que nunca había oído hablar.

—¿Vas a decirme quién eres, aunque no haya accedido a hacer un trato contigo y que te ayudaré? —suena verdaderamente confusa, pero intuyo por su tono que al menos me presta atención.

Sé lo que me estoy jugando como también sé que esta es mi última carta.

—Sí. Exacto. Porque aunque tú no quieras hacer lo correcto, yo sí. Todo aquel en este colegio con talento y que no se posicione con los Leones está en peligro. Inés lo está. Layla lo está. Tú lo estás. Lo sabes mejor que yo. Y si no puedo salvarme a mí misma, al menos puedo salvarlos a ellos. Y a ti.

Aarya frunce el ceño.

A pesar de que esta noche el aire es frío, me limpio el sudor de la frente y tomo aire profundamente en un intento de calmar mi corazón.

—Mis padres son los que aparecen en el pergamino de la biblioteca, los que se llevaron todos esos títulos, los primogénitos de las familias Oso y León que se enamoraron y luego desaparecieron.

Abre la boca para decir algo, pero la interrumpo.

—Espera. Sé que vas a decir que es mentira. Lo entiendo. Pero pregúntale a Felix. O a Matteo y Brendan, a Blackwood o a Conner. Una vez me preguntaste cómo había entrado a mitad de semestre con diecisiete años. Ya lo sabes: mis padres fueron los mejores alumnos estrategia que la Academia ha dado en generaciones. Y aun así nadie sabía que existía hasta que aparecí por aquí. Ni siquiera yo sabía quiénes eran mis padres. —Trago saliva y Aarya parpadea, solo una vez, para que sepa que me está escuchando—. Entonces ¿por qué toda esa gente está tratando de asesinar a una chica de la que nadie ha hablado? —continúo—. No es porque mis padres se enamoraran. Es porque mi madre mató al hermano de Jag y los Leones le contaron a todos una historia falsa en la que mis padres habían muerto para esconder el hecho de que habían fracasado en su intento de atrapar a mi familia. Aunque en un momento dado lo consiguieron. Mataron a mi madre cuando tenía seis años y, desde entonces, mi padre me ha estado escondiendo... hasta que tuvo que enviarme aquí.

Respiro profundamente y clavo mi mirada en la suya.

—No puedo cambiar el pasado. Pero si hay algo que voy a hacer antes de irme de este colegio, es detener a los Leones y a todos los que conspiran con ellos para que no masacren lo mejor de Estrategia. Porque un mundo sin mi madre, sin Laylas o sin Ineses y lleno de Brendans es un sitio terrible en el que vivir. Así que yo, por mi parte, voy a plantarles cara.

No me puedo creer que estas palabras estén saliendo de mi boca, pero en el momento en que las pronuncio, las digo en serio.

Aarya se queda mirándome tanto tiempo que creo que se ha congelado.

—¿Aarya?

—Cállate, November. Solo cállate.

Trago saliva y me pregunto si estará pensando en pegarme un puñetazo en la garganta después de todo. Pero después de unos segundos inexpresiva, suspira y deja caer los hombros.

—Me colé en el despacho de Conner hace poco, ¿vale? Nunca he confiado en ese capullo. Blackwood me pilló, pero por lo que sé, nunca le dijo a Conner que me había colado. Siempre me pregunté por qué. —Hace una pausa—. Tiene un cuchillo escondido debajo del escritorio y venenos en uno de sus cajones. No es un veneno de principiantes que te da dolor de barriga, sino uno de verdad. —Me mira y tengo la sensación de que espera una gran reacción por mi parte. Como no la tengo, pone los ojos en blanco como si fuera estúpida—. Obviamente, los alumnos no tienen permiso para tener armas, aunque no es raro que lo intentemos. Pero los profesores no deberían tenerlas bajo ningún concepto. Los convierte en una amenaza y va en contra del objetivo de mantener la academia en secreto. Y es el jefe de evaluaciones. No. Mi tolerancia a lo espeluznante es alta, pero él sobrepasa esos límites con creces.

Dejo de mirar a Aarya para centrarme en las enrevesadas ramas de los árboles e intento asimilar lo que está diciendo. Todo esto me resulta tan extraño que no había caído en que la diferencia en la tenencia de armas entre alumnos y profesores fuera importante. Sin embargo, que algo sea capaz de asustar a Aarya es suficiente para que una persona normal y corriente se desmaye.

Aarya chasquea los dedos delante de mi cara y alzo la vista hacia ella.

—La habitación de Conner está unida a su despacho por una puerta que hay detrás de su escritorio, así que, si cree que vas a por él,

lo más probable es que te espere en su despacho, donde almacena las armas y donde estarás más que muerta.

Me quedo mirándola sorprendida. No me cabe la menor duda de que utilizará la información que le he dado sobre mi familia para hacerme daño, pero lo cierto es que me ha contado algo que no tendría por qué contar. En algún lugar bajo toda esa crueldad tiene algo de conciencia.

—Y si alguna vez escucho que has contado lo que te he dicho, Ember, te haré sufrir —dice Aarya, y se da la vuelta.

Trago saliva y ella trepa hasta una rama más alta y desaparece en la oscuridad de los árboles.

TREINTA Y OCHO

Ash se deja caer en el banco elevado. Hay muchas cosas que quiero decirle sobre Conner y mi creciente sospecha de lo que está pasando en este colegio, pero en lugar de eso, arrugo la frente.

—Tengo que preguntarte una cosa —digo.

—Deberíamos irnos de aquí primero —dice Ash.

Le ignoro.

—¿Sabes dónde están las mazmorras?

—¿Qué? —exclama como si no estuviera seguro de lo que estoy preguntando, pero sus ojos me interrogan como suelen hacerlo cuando está buscando algo específico.

—Hablo en serio. Me dijiste que nadie sabía dónde estaban. Pero ¿tú lo sabes? ¿Me has mentido?

No hace falta que responda, porque veo cómo lo admite en sus ojos.

Exhala suavemente.

—No quería que pensaras que la forma de resolver esto era sacar a Layla de las mazmorras. Te habrías puesto en peligro.

—¿Porque fuiste tú el que hizo el trato para que la metieran allí? —pregunto con una mirada inquisitiva.

—No es tan simple. Vamos...

—¿Dejaste que me preocupara por ella cuando sabías todo este tiempo lo que estaba pasando? —Mi tono se va indignando por momentos.

Se frota la frente.

—Si dejas que te lo explique...

—¿Cómo voy a confiar en ti ahora, Ash? ¿Cómo sé que no me mentiste sobre todo lo demás?

Espero que me rebata, que trate de convencerme de que hay una

buena razón para que me haya mentido y que todo lo demás que ha dicho es verdad. Pero simplemente se queda quieto.

—November, hay algo que tengo que contarte —dice lentamente cuando por fin vuelve a hablar—. Solo que... Tienes que saber que, ante todo, tengo un plan. Que voy a arreglar esta situación.

—¿Qué tienes que decirme? ¿Y qué es lo que vas a arreglar? —Las palabras salen demasiado rápido.

—Te lo contaré todo, pero por favor, escúchame bien antes de...

Sé que Ash quiere que le escuche, pero su expresión es tan seria que mi mente busca desesperadamente averiguar lo que pasa y empiezo a hablar otra vez:

—Dime una cosa: ¿sabías que Conner había ayudado a los Leones para que mataran a los alumnos?

Hasta que la frase no sale de mi boca, ni siquiera estaba segura de que creyese que podía ser cierto. Pero alguien del profesorado ha estado ayudando a los Leones. Y después de lo que me ha dicho Aarya sobre la reserva de armas secreta que tiene Conner y de los encuentros que he tenido con él, es lo único que tiene sentido.

—Volvamos adentro —dice Ash en un intento de comedir su tono de voz, pero veo el agobio en sus ojos—. No puedo contar algo así rápido.

Me alejo de él.

—Oh, Dios mío. Sí que sabías lo de Conner. ¿Y no dijiste nada? —El pulso se me acelera—. Lo próximo será que me digas que has estado ayudándole.

Suelto un resoplido nervioso, porque es obvio que eso es imposible, pero Ash se me queda mirando con una expresión solemne.

—No ha sido...

Ash se pasa la mano por la cara.

—No lo estás negando. Ash, ¿por qué no lo estás negando?

Hay pánico en mi voz.

—Si te esperas un poco y vienes conmigo, te diré todo lo que quieras saber.

Su tono de voz se muestra arrepentido.

—Que te crees tú que voy a irme contigo a ninguna parte hasta que me contestes. ¿Estabas ayudando a Conner?

Suelta aire y veo dolor en sus ojos.

—Te repito que no es tan sencillo.

El corazón me late tan fuerte que me duele y, de repente, siento que no hay aire que respirar. Me agarro a una rama para mantenerme

de pie. Todo lo que pensaba de Ash, todo lo que sentía... Está basado en una mentira.

—El día que llegaste —dice Ash en voz baja—, Conner vino a verme. Me dijo que como nuestra familia no es aliada de los Leones, había escuchado que mi hermana estaba en la lista de los que había que eliminar. —Noto el miedo en su tono de voz, pero me resisto a que me afecte—. Layla es brillante, la persona más inteligente de este colegio. Siempre había sido un posible objetivo y, al principio, pensé que me estaba manipulando con la idea de una amenaza. Pero interpreté su rostro, November. Todas sus palabras iban en serio. Me dijo que estaba en una posición en la que podía ver si la quitaban de la lista de asesinados, pero que tendría un precio y que tendría que hacer algo por él. Y ese algo resultó ser... manipularte.

—¿Y entonces qué? ¿Te hacías mi amiguito, hacías que confiara en ti, solo para poder dejarme en bandeja para ellos? —La garganta se me cierra e intento tragar el dolor que no me deja respirar—. La noche que murió Stefano, el pasillo...

—Sí, te dije que fueras por ese pasillo, pero no sabía lo que te ibas a encontrar. Te lo juro —dice, y sus ojos me ruegan que le entienda—. El doctor Conner nunca me lo dijo.

Tengo ganas de vomitar.

—¿Formaste parte del plan que acabó con Stefano? ¿El chico por el que tu hermana sentía algo?

—¡No! Por supuesto que no sabía que iban a matar a Stefano. Y no sabía que el objetivo en realidad era Matteo. Nunca habría accedido a ayudar al doctor Conner si hubiera sabido algo de eso.

Me quedo mirando a Ash horrorizada, recordando todo lo que ha pasado en estas últimas dos semanas.

—Si ese guardia hubiera seguido su ruta normal en vez de intentar protegerme, ¿me habría pillado en el pasillo? ¿Me habría pillado con el cadáver de Stefano?

—Sí —responde Ash en un susurro.

Me pongo las manos sobre la cara. Ni siquiera sé cómo asimilar lo que me está diciendo.

—November... —dice y se acerca a mí.

—Ni te atrevas a acercarte —replico tan cabreada que prácticamente estoy temblando—. Cuando me mandaste por ese pasillo, no tenías ni idea de lo que me esperaba. ¡Podría haber habido alguien con un cuchillo para matarme! Lo sabes, ¿no?

—Sí —responde. Ni se molesta en negarlo.

Camino hacia delante y hacia atrás. Abro la boca una vez, pero la vuelvo a cerrar. Todo este tiempo, esa información que nos faltaba, las cosas que no cuadraban: todo era por Ash. Y, en el fondo, lo sabía. Sabía que no debí confiar en él desde el principio y, aun así, lo permití.

—Y viniste a mí y me ofreciste encontrar el asesino juntos cuando ya sabías quién era. ¿Por qué? ¿Porque estabas intentando sonsacarme información para llevársela a Conner y a los Leones? Me… Me has traicionado.

—No sabía que había sido Charles. El doctor Conner no me contó nada del plan más que tenía que convencerte de salir después del toque de queda y mandarte por ese pasillo —dice Ash, y su tono de voz cada vez muestra más dolor.

—Todas las preguntas que Conner me hizo sobre ti… Él sabía que estabas jugando conmigo. —Me tiembla la voz y frunzo los labios para tratar de recomponerme.

Miro de reojo a Ash. Parece que quiere acercarse a mí, lo cual solo me hace sentir peor todavía.

—Y en la reunión, cuando Charles me tiró el cuchillo. ¿Te interpusiste para que confiara en ti y poder preguntarme sobre mi padre?

Se me rompe la voz e intento desesperadamente apartar mis emociones.

—No, de ninguna manera —dice, y su tono de voz es tan auténtico que quiero creerle. Pero ¿cómo voy a hacerlo?—. Bloqueé el cuchillo porque quise. Y esa información era para mí. Estaba intentando averiguar por qué el doctor Conner tenía tanto interés en matarte. Que te pusiera una trampa con lo de Stefano es una cosa. Pero entre Charles y el numerito de Nyx con la espada… El doctor Conner tiene fijación contigo, o los Leones, o los dos.

—¿Y ahora qué? —pregunto con exasperación—. ¿Me tengo que creer que no estás compinchado con Conner? —Hay rabia en mi voz —. ¿Qué me dices de ese trato de meter a Layla en las mazmorras para que no le hicieran daño? ¿También es un trato que has hecho con Conner?

—No, es un trato que he hecho con Blackwood —responde Ash sin más—. Si te soy sincero, creo que tienes razón con que Blackwood intenta detener al doctor Conner. Pero piénsalo: no puede echarlo del colegio, no sin que los Leones se le tiren encima. Y si lo mata, desataría una guerra aún peor. Así que me comprometí a protegerte si

ella protegía a mi hermana.

—¿Y accedió?

—Al principio, no. Primero se echó a reír. Me dijo que tú no necesitabas protección, que eras más letal que yo. Así que, en vez de eso, le prometí que haría lo que fuera para detener a los Leones. Mientras el doctor Conner esté vivo, nunca dejarán de intentar hacerte daño.

Mi cabeza da vueltas.

—¿Blackwood dijo que yo soy más letal que tú? Eso no es posible. Y no te atrevas a decirme que lo has hecho para ayudarme.

Casi me atraganto con la palabra.

—Por eso no te lo dije —dice, y parece que necesita que lo entienda—. Tú ves las cosas como buenas o malas. Y ser un estrategia significa vivir en un mundo lleno de sombras de grises, donde todo es un intercambio.

Niego con la cabeza con la rabia acumulada en la garganta.

—Y claro que esto es para ayudarte —dice con voz insistente—. Ojalá no me importara. Ojalá pudiera llevarte ante los Leones y que se acabara todo. Pero no puedo hacerlo. No lo haré. Cuando te dije lo que sentía por ti, lo minimicé. No se me da bien preocuparme por los demás. A mí no me han alentado a que tenga mejores amigos como a ti, a ninguno de nosotros. A la mía la quemaron viva mientras dormía. Así que sí, se me da mal. Sí, complico las cosas. Pero también he hecho todo lo que estaba en mi mano para que tú y Layla estuvierais a salvo. Y no sé cómo darle sentido o cómo explicarlo, o cómo decirte que, a pesar de que te conozco desde hace poco tiempo, estoy completamente… —Se detiene.

Toma aire.

—Si pudiera volver atrás, lo haría. He complicado las cosas. Pero te juro que te lo compensaré, November. Dame una oportunidad.

Me quedo mirándolo durante un rato, intentando contener la inundación de emociones enmarañadas que amenazan con desatarse.

—Vale —digo con un tono de voz tan contenido como puedo—. Ya has dicho lo que tenías que decir. Me voy.

Sus ojos reflejan tal tristeza que no soy capaz de mirarle. Se agacha y saca una daga de la bota. Me la ofrece con la empuñadura hacia mí.

Niego con la cabeza en mis trece, pero él me agarra la palma y me coloca la daga encima. Retiro mi mano de la suya y me meto la daga en la bota, no porque quiera usarla, sino porque no soporto estar junto a él un segundo más para discutir.

—Por favor, deja… —dice, pero levanto la mano para que se calle.

—No —respondo y me agarro a una vid.

Empiezo a descender con las manos temblorosas. Me cuesta un gran esfuerzo no echarme a llorar.

Me muevo entre los árboles despacio y, cuanto más me alejo de él, más siento como si alguien me estrangulara el corazón. Tampoco puedo dejar de pensar cuánto sabía Layla de todo el tema.

Estoy casi en el suelo cuando una ramita se parte sobre mi cabeza. Miro hacia arriba y no veo a Ash, pero sé con certeza que él no partiría una ramita. Es tan silencioso como yo en los árboles.

Una rama cruje a mi derecha y me sobresalto temerosa. Con la poca luz que hay y el ancho dosel de ramas, todo queda a oscuras. Quiero gritar de la frustración. Lo único que quiero es alejarme para poder asimilar esta noche tan horrible. Pero si hay alguien más ahí arriba, Ash está solo para luchar contra ellos. Y por muy enfadada que esté, no puedo dejarle solo mientras huyo.

Golpeo con el puño una rama y cierro los ojos con fuerza. «Me cago en todo. Te odio, Ash». Cuando vuelvo a abrir los ojos, oteo los árboles en la dirección en la que ha llegado el crujido y busco alguna señal de movimiento.

No hay demasiada luna como para ver bien, pero tampoco hay viento que enmascare los sonidos. Tomo aire y me concentro en escuchar. Durante un par de segundos, no se oye nada más que el zumbido ocasional de los insectos del bosque. Luego, de repente, oigo un golpe cerca y el sonido de unas botas al chocar con la corteza de un árbol.

Me doy la vuelta hacia la derecha y ahí está: vislumbro una especie de sombra que se mueve por los árboles de arriba.

Estoy trepando en silencio siguiendo la rama, cuando oigo otro ruido seco, no como las botas de antes, sino el inequívoco sonido de un puño chocando con la carne. Le siguen otro golpe y un gruñido.

Me detengo en seco. En una rama más pequeña sobre mí, distingo a Ash peleando con una figura con capa. Mi estómago da un vuelco cuando me doy cuenta de que no tiene la daga consigo. Veo a Ash lanzar un puñetazo y que su contrincante se aparta y baja dos ramas. Ash lo persigue y de nuevo mi visión se ve bloqueada.

Me apresuro a pasar de rama en rama hasta que estoy en el centro del patio, luego cojo una vid y la trepo tan rápido que me queman las manos. Veo de reojo a Ash justo cuando está dando una patada. Quiero gritarle, quiero decirle que ya voy, pero romper su

concentración en los árboles es lo peor que podría hacer.

El contrincante de Ash recupera el equilibrio y se lanza contra Ash. Chocan y caen en la rama que tienen debajo.

Me apresuro entre las ramas más rápido de lo que debería y me detengo tres metros por encima de donde están peleando. Me agacho y por fin estoy lo suficientemente cerca como para ver la cara de la otra persona con claridad. «Felix». Se levanta, pero Ash no lo hace. «Levanta, Ash». Mi corazón palpita atronador.

Felix da un paso atrás y le da una patada a Ash tan fuerte que oigo el impacto de sus botas contra las costillas de Ash. Este se agarra rápidamente a una vid, pero no con la suficiente fuerza, y acaba impactando contra otra rama y cayéndose en la oscuridad.

—¡No! —grito.

Felix se da la vuelta rápidamente al escuchar mi voz hasta encontrar mis ojos. Pero no me importa que me haya visto. Desde que llegué a este colegio no han hecho más que perseguirme y darme caza y estoy harta.

Salto dos ramas por debajo de mí y aterrizo delante de Felix.

Este se limpia la sangre de la boca con el dorso de la manga y me examina de forma engreída.

—Bueno, me has ahorrado el esfuerzo de tener que sacarte de tu habitación.

Mueve su hombro derecho pero, para cuando lanza el golpe, ya lo he bloqueado. Sigue con un gancho izquierdo directo a mi cara, pero también consigo esquivarlo.

—Espero que pelees mejor conmigo que tu padre contra los míos —digo y saco la daga de Ash de mi bota dirigiéndola en horizontal hacia él.

Él se aparta de mi camino maldiciendo.

—Y espero que tú seas mejor que tu madre muerta —dice, y me dirige otro golpe.

Lo esquivo con la izquierda y le hago un corte en el hombro con el cuchillo.

Pero no parece enfadado o dolorido. De hecho, me dedica una sonrisa. Por un segundo se vuelve borroso. «Pero ¿qué coño?». Está mirando a mi pierna y le sigo la mirada hasta que me doy cuenta de que tengo una jeringuilla clavada en el muslo. «Mierda».

Las ramas bailan delante de mis ojos y suelto el cuchillo al mismo tiempo que me pega una fuerte patada en el estómago. Pero en vez de apartarme, recibo el impacto con un gruñido y consigo rodear su

pierna con mis brazos y agarrarme. El problema es que la coordinación me falla y me tambaleo, haciéndole perder el equilibrio y tirándonos a los dos de la rama.

—Tú te vienes conmigo —murmuro incoherentemente mientras me aferro a su pierna.

Se agarra a una vid para ralentizar la caída, pero caemos rápidamente, golpeándonos con las ramas en el camino al suelo. Trato desesperadamente de mantener los ojos abiertos, de seguir aferrada a su pierna, pero los párpados me pesan una barbaridad. Tiemblan una vez más y el mundo se queda a oscuras.

TREINTA Y NUEVE

Cuando recupero la conciencia, los colores bailan delante de mis ojos y el dolor se extiende desde los hombros, las costillas y la cabeza. El sonido va y viene. Abro los párpados un poco más y solo logro distinguir un trozo de tela bermellón... ¿Un sofá, quizás?

Intento incorporarme, pero ya estoy sentada. Me obligo a parpadear y tardo un momento en darle sentido a lo que veo ante mis ojos. Visualizo mis brazos, llenos de moratones y cortes. Tengo las muñecas atadas con bridas a los brazos de una silla de madera y, como no puedo mover los pies, supongo que también tengo los tobillos atados a las patas de la silla. Si me resisto o me muevo, la brida se me clava en la piel.

De repente, inhalo algo que huele fatal, parecido al amoniaco, y la niebla de mi cerebro comienza a desvanecerse. Hay un hombre de pie delante de mí que mueve un pequeño vial de cristal bajo mi nariz. La silla en la que estoy sentada está de espaldas a la pared y ahora distingo un armatoste de escritorio a mi derecha y una chimenea a la izquierda.

Toso y aparto la cabeza de ese olor, totalmente despierta.

El hombre le pone el tapón al vial y lo introduce en el bolsillo de su chaqueta. Enfoco la mirada en él y, de pronto, me doy cuenta de dónde estoy, de quién es. «Oh, no».

Conner me observa con curiosidad mientras lo que ha sucedido esta noche me viene a la cabeza: Aarya, Ash, Felix...

—Bueno, ya estás de vuelta —dice Conner con una tranquilidad pasmosa.

—¿Qué ha hecho? ¿Dónde está Ash? —El miedo en mi voz es evidente y estoy segura de que no pasa desapercibido.

Conner sonríe.

—Me sorprende que te preocupes por alguien que ha intentado matarte. —Chasquea la lengua como si fuera una verdadera pena—. Igualita que su padre —dice entre dientes, pero sé que quería que lo oyera.

Me quedo congelada ante la mención de mi padre.

Conner me ofrece una mirada cómplice.

—Y esa es otra. Eres demasiado obvia. En realidad, me resulta decepcionante. Cualquiera diría que la sangre estrategia que tienes se habría manifestado de alguna forma, pero qué le vamos a hacer. —Se coge las manos detrás de la espalda—. Sí, conozco a tu padre, November. Y cuando te vi, como la viva imagen de tu madre, me esperaba alguien más refinado y sereno. Un contrincante digno. Pero ¿tú? —Se echa a reír—. No digo que no te parezcas a ellos. Después de todo, sin duda has conseguido heredar sus peores cualidades.

Odio la forma en la que habla de mis padres. Está claro que intenta cabrearme.

—¿Te molesta que hable de tu padre? —dice Conner como respuesta a mis pensamientos y resopla todo el aire de su pecho—. Bueno, supongo que entonces no te lo vas a pasar muy bien conmigo.

Aprieto los puños, lo que causa que la brida se clave en mi piel de una forma muy incómoda.

—Bien, November —dice lentamente—. ¿Dónde está tu padre?

Lucho por quitarme las bridas, duela cuanto duela.

—No lo sé —respondo, porque es la verdad.

Miro hacia su escritorio, pero está demasiado lejos para alcanzar el cuchillo que Aarya dijo que estaba escondido debajo.

Conner suspira.

—Puede que no sepas dónde está ahora mismo, pero puedes decirme dónde vivís.

De repente, me cuesta respirar. Si le doy mi dirección de Pembrook, la gente que me importa estará en peligro: mi padre, Emily.

Conner sonríe.

—Veo que ya entiendes la pregunta. Basándome en la evaluación que te hice y en las habilidades de que dispones, diría que tu padre te ha estado escondiendo en algún pueblo aburrido del país y del que nunca sales. Seguramente tenga un trabajo rutinario que no levante sospechas. Cerca de un bosque, con mucha luz y árboles.

Me encojo, y recuerdo el amarillo y el verde que escogí en la prueba de colores el primer día. ¿Qué más le di a entender durante la

entrevista?

—Tampoco fue fácil encontrar a tu tía, y mira que era una ciudad pequeña —dice casualmente, como si solo estuviera comentando el tiempo—. Pero tu padre... Lleva dándonos esquinazo demasiado tiempo. Aunque claro, nuestra familia siempre ha destacado en engaños y camuflaje.

Se me encoge el corazón al nombrar a mi tía Jo y las lágrimas me arden en los ojos.

—¡Le voy a matar! —suelto abruptamente.

—Sí. Sí. Eso sería una idea excelente —dice Conner, y tiene la misma expresión divertida que puso cuando pensaba que me había pillado una mentira—. Ahora que te has desfogado, volvamos a la cuestión que nos interesa.

Nunca he querido hacerle daño a alguien con tantas ganas como ahora. Mi cuerpo está prácticamente temblando de la necesidad de atacarle. Pero Conner no es el único que puede interpretar a la gente. Cuanto más dolor cree infligirme, más contento se pone. Por lo tanto, perderme en la rabia no me va a llevar a ninguna parte. Si hay algo que he aprendido aquí, es que no puedes salir de un problema cuando las emociones te sobrepasan. Respiro para calmarme. «No sabe dónde está mi padre», me digo a mí misma. «No sabe nada de Pembrook».

—¿El silencio? ¿Esa es tu elección? —pregunta.

Estoy demasiado lejos de la chimenea para quemar las bridas. E incluso aunque pudiera llegar allí de alguna manera, acabaría con quemaduras graves antes de que se derritieran.

Conner se mesa la barba y camina frente a mí, aparentemente relajado.

—Cuando te ofrecí las dos sillas durante nuestra primera evaluación, sabía que no te gustaría estar de espaldas a la puerta: no te gusta sentirte vulnerable a lo desconocido. Prefieres los detalles, la información. Te haces con los alrededores y las salidas, como estás haciendo aquí ahora mismo —dice—. Pero tampoco quisiste la silla en la que yo estaba detrás: no te gusta que te manipulen ni te dominen de ninguna forma. Así que te hiciste tu propio asiento.

Trago saliva. Me acuerdo de lo que mi padre me dijo sobre pensar diferente. Sabía que acabaría enfrentándome a Estrategia en algún momento y la única ventaja real que podía darme era no pensar como ellos, no luchar como ellos.

«Quiero que pienses en soluciones creativas y poco comunes. Y quiero que veas el mundo con tu propia y única mirada. Si aprendes a

golpear de una manera concreta con el boxeo o a saltar de una forma determinada con el *wushu*, tu cerebro lo utilizará por defecto como respuesta. No quiero que recurras a las mismas respuestas que utilizarán los demás. Quiero que crees una propia. Si aprendes a luchar desde un ángulo inesperado, te convertirás en un arma que tu contrincante no podrá predecir».

—Volveré a darte dos opciones —ofrece Conner y me observa—. Solo que esta vez no tendrás el lujo de elegir tu propio asiento sin más.

—¿Sabe? Es curioso —digo haciendo tiempo—. Me dice que soy una rival débil y, aun así, ha fallado las tres veces que ha intentado matarme. Y sí, descubrí que era usted el que estaba detrás de esos ataques antes de que me atara a esta silla. Así que, si a mí se me da mal, usted es un paquete.

Los labios de Conner se curvan y me cruza la cara de un tortazo que me sacude la cabeza y hace que los oídos me piten, pero consigo no emitir ni un ruido ni mostrar que me ha hecho daño. La boca se me llena de sangre y se la escupo encima.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, November —dice Conner con una pizca de rabia—. De ti depende lo mucho que quieras sufrir.

Conner se dirige hacia la parte de atrás de su escritorio y presiona un tablero. Tal y como Aarya dijo, se abre una puerta detrás de él. Me sigue observando mientras Felix entra cojeando en la habitación cargando con Ash.

Mis manos se aferran con tanta fuerza a los brazos de la silla que las uñas se clavan en la madera.

Ash tiene las manos atadas por detrás de la espalda y los tobillos amarrados. Está sangrando y lleno de arañazos y moratones, pero respira. Felix lo suelta sobre el suelo de piedra a unos tres metros de mí.

Conner suelta una risilla y se me eriza el vello de la nuca.

—Parece que Ashai nos ha traicionado a los dos. Pero juzgando la preocupación en tu rostro, yo no perdono tan rápidamente las traiciones como tú.

Ash me advirtió que teníamos que irnos de los árboles. Me comentó que tenía un plan para arreglar las cosas. Pero no le escuché. Insistí en discutir con él allí mismo. Mi cabezonería le dio a Felix la oportunidad de tenderle una emboscada y ahora...

Lucho contra las bridas que tengo en los tobillos, pero no ceden.

—Bien, esta es una decisión sencilla —dice Conner.

La comisura de sus labios se curva por un lado; la leve expresión de desdén que Brendan mostró en la clase de engaño. Va hacia su escritorio y abre un cajón. Observo cómo quita un falso fondo y saca un pequeño frasco de color verde. «La advertencia de Aarya». Mi estómago se tensa con nerviosismo.

Conner vuelve al débil cuerpo de Ash y saca el vial de sales volátiles del bolsillo de su chaqueta. Le quita el tapón y agita las sales bajo la nariz de Ash. Los párpados de Ash se mueven ligeramente.

—Esta vez vas a tener que elegir un asiento, November, sin opción a hacerte uno propio —dice Conner—. La cuestión es: ¿vas a observar cómo Ashai se retuerce de dolor y muere en una lenta agonía? ¿O vas a decirme dónde está mi hermano?

Pronuncia esta última frase con lentitud para asegurarse de que le presto toda mi atención.

No puedo respirar y no le encuentro sentido a lo que me está diciendo.

—¿Hermano? —me atraganto con la palabra—. Pero... No es verdad. Yo no... Usted no... No.

Los ojos de Conner brillan de felicidad, como si este fuera el momento que había estado esperando.

—Mi padre no tiene hermanos —digo resistiéndome a la verdad.

Me niego a estar emparentada con este maniaco.

Durante un milisegundo, Conner imita mi confusión.

—Oh, por Dios, pero qué deprimente.

Agita de nuevo las sales volátiles bajo la nariz de Ash y este parpadea un poco más que la primera vez.

La rabia se refleja en el rostro de Conner cuando vuelve a mirarme.

—Bien que salió corriendo con esa bruja de los Osos después de que matara a nuestro tío... y delante de mí, encima. ¿Y a quién crees que echaron la culpa por no detenerla? Luego va y la elige a ella antes que a su propio hermano y me deja en medio de la espiral de destrucción y me arruina la reputación en mi propia familia. ¿Y encima tiene los cojones de fingir que no existo? —El tono de voz de Conner aumenta cada segundo. Hay algo peligroso en la forma en la que me mira, como si no me viera a mí, sino a otra persona.

Conner se pone en pie y le da una patada en el estómago a Ash. Hago una mueca de dolor y quiero gritar que pare, pero sé que solo empeoraría las cosas. Ash tose y Conner vuelve a pegarle una patada, más fuerte. Ash gruñe y abre los ojos.

Empiezo a hablar rápido en un intento de llamar la atención de

Conner.

—No, ni una palabra. No le mencionó ni una vez. O sea, tampoco es que le culpe. Yo tampoco le mencionaría.

Conner lanza el vial de sales y se estrellan contra la pared que tengo al lado. Acaba salpicándome un líquido acre que me escuece tanto en los cortes que tengo que se me llenan los ojos de lágrimas. Miro al suelo hacia el cristal del vial roto y Conner me sigue la mirada. Asiente en dirección a Felix.

Felix se acerca a mí, pero sigue sin mirarme a los ojos. Aun así, echa hacia atrás el brazo derecho y yo me encojo cuando recibo un puñetazo en el estómago. El impacto es tan fuerte que boqueo en busca de aire.

—¿November? —murmura Ash y abre los ojos.

—Bien —dice Conner más calmado, y se alisa el pelo, como si no acabara de tener un ataque de nervios—. Como iba diciendo. ¿El pueblo o Ash?

Ash pasa la mirada de mí al frasco de cristal que Conner tiene en la mano y su cara refleja que sabe lo que está pasando.

—No lo hagas, November —dice Ash, y noto en su tono de voz que está sufriendo—. Hagas lo que hagas, me haga lo que me haga, no le digas lo que quiere saber.

Conner asiente como si todo se estuviera desarrollando a su gusto.

—¿De verdad vas a dejar que alguien que te importa tanto se muera?

Respiro de manera irregular.

—Ash...

—No —dice rotundamente—. Yo tengo la culpa. La he cagado y está jugando con los dos. Mírale. Está disfrutando...

Conner vuelve a propinarle una patada y Ash se enrosca sobre sí mismo de dolor.

—Es una elección simple —dice Conner mientras le quita el tapón al veneno.

Abro la boca, pero no consigo decir nada. Nunca podría perdonarme si dejo que Ash muera. Pero si le cuento a Conner lo de Pembrook, ¿cómo sé que no encontrarán a mi padre o matará a la gente que quiero como venganza?

—No te oigo... —empieza a decir Conner, pero se detiene abruptamente, porque escucha unos arañazos procedentes de la puerta.

Felix me pone la mano en la boca y la nariz para que me sea

imposible gritar.

—Si dices una palabra, él muere —sisea Conner—. ¿Lo entiendes?

Asiento y Felix me retira la mano de la boca.

Suena otro arañazo en la puerta, como si un gato grande pidiera entrar.

—Hazte cargo —dice Conner, y Felix se acerca a la puerta.

Solo la abre un poco y echa un vistazo.

—Aquí no hay nadie —dice confundido y vuelve a cerrar la puerta.

Pero en cuanto se escucha cómo encaja al cerrar, suena otro arañazo.

Felix abre la puerta un poco más y una mano entra por la puerta, coge a Felix por el cuello y lo golpea contra el marco de la puerta. Los ojos de Conner se muestran sorprendidos cuando Felix cae al suelo.

Conner vuelve a tapar el veneno y se dirige rápidamente a su escritorio.

—Bueno, bueno, ¿estáis todos de parranda y no me habéis invitado? —pregunta Aarya con un acento vaquero terrible y se deja caer del marco superior de la puerta.

Se apoya contra la puerta abierta como si no tuviera más preocupaciones en su vida.

Conner pasa la mano bajo su escritorio.

—¿Está buscando esto? —pregunta Aarya y hace girar un cuchillo en su mano.

La mandíbula de Conner se tensa.

—No quieras meterte en esta lucha, Aarya —dice—. Hay gente en este colegio que no querrás perder.

Aarya asiente.

—Tiene razón. No quiero participar en esta lucha.

Echa el brazo hacia atrás pero, en vez de lanzarle el cuchillo a Conner, se vuelve y me lo tira a mí. Suelto un gemido cuando veo que aterriza en el brazo de la silla, lo suficientemente cerca como para pasar la brida de la muñeca izquierda junto a la hoja y que se rompa.

—Pero ella sí —dice Aarya.

Conner corre a toda velocidad hacia Ash. Cojo el cuchillo y rompo lo que me queda de las ataduras. Me pongo en pie sin mucho equilibrio, con el cuchillo en la mano, mientras que Conner sujeta la mandíbula de Ash y le obliga a abrir la boca, dejando la botella reposando contra sus labios.

—Piénsalo bien, November —dice Conner—. No podrás cambiar de opinión.

Me centro en Conner.

—¿De verdad merece la pena llevar a Ashai por delante en el proceso? —pregunta Conner, como si de repente fuera una persona razonable.

—November, lánzalo —dice Aarya.

«No luches a su manera, November, lucha a la tuya».

Dejo escapar el aire y suelto el cuchillo lentamente. Se cae al suelo de piedra y la empuñadura se queda sobre la punta de mi bota.

Aarya da un paso adelante.

—Detente, Aarya —digo con fuerza, y me obedece.

Conner me mira como si fuera una idiota integral.

—Quizá tengas razón. No tengo ni idea de cómo es posible que seamos familia.

Introduce el veneno en la boca de Ash y le tapa la boca y la nariz con la mano para obligarlo a que trague.

—¡No! —grito.

Ash tose y busca aire echado sobre el suelo. Conner se levanta justo cuando golpeo con la boca la parte ancha de la hoja del cuchillo, lo que hace que salga despedido en el aire y donde lo agarro por la empuñadura. Lo lanzo tan rápido que Conner ni siquiera tiene tiempo de dar un paso hacia mí. Es un tiro limpio y se clava profundamente bajo su hombro.

Sus ojos se abren y da un paso tambaleante. Corro hacia él y le pego en las rodillas para que caiga al suelo. Cae de espaldas sobre la dura piedra y suelta un gruñido. Aarya está junto a mí en un segundo. Se encarga de sujetar a Conner.

Cojo el frasco de veneno que hay en el suelo junto a Ash, que parece que está sufriendo lo indecible.

—Ahora es usted el que elige —le digo a Conner—. ¿Vida o muerte? —pregunto, y le introduzco lo que queda de veneno en la boca.

Le saco el cuchillo del pecho y suelta un grito.

—Suéltalo, Aarya —digo, y ella no parece convencida, pero lo hace.

La espalda de Conner se arquea y los ojos se le desencajan. Con manos temblorosas, busca sin perder un segundo dentro del bolsillo interior de su chaqueta y saca un vial.

Lucha por quitarle el tapón y llevárselo a los labios. Da un sorbo a medias. De inmediato, le arrebato el vial de la mano y lo observo con detenimiento para asegurarme de que es el antídoto y no otro veneno.

Poco a poco, el alivio se extiende por su rostro. Los ojos de Aarya se iluminan, como si fuera el mejor juego al que ha jugado en años.

Corro hacia Ash, me arrodillo junto a él y le levanto la cabeza con cuidado.

—Aguanta. Aguanta, Ash. No te atrevas a morirte.

Le vierto lo que queda de antídoto en la boca y se atraganta.

En el momento en que me aseguro de que se lo ha tragado, voy hasta sus manos y pies y le corto las ataduras. Aarya observa a Conner, que intenta desesperadamente detener la hemorragia de la herida del cuchillo.

—¿Una evaluación a estas horas de la noche, doctor Conner? —pregunta una voz familiar, y Aarya y yo alzamos la vista.

Blackwood se encuentra bajo el dintel de la puerta con dos guardias a sus espaldas y tomando nota de toda la escena. Pasa junto al cuerpo inconsciente de Felix, pero los guardias no la siguen.

No estoy segura de si me alivia verla o si me repatea que aparezca cuando ya se ha acabado todo. Ash dijo que no asumiría ninguna responsabilidad pasara lo que pasara.

—Yo me encargo, chicas —dice Blackwood.

Ash se obliga a incorporarse. Parte del dolor se ha desvanecido de sus ojos, pero parece totalmente agotado. Intento ayudarle a que se levante, pero niega con la cabeza y lo hace él solo.

—Cabezota —digo entre dientes.

Me quedo junto a él para asegurarme de que no se cae. Parece que recupera sus energías a cada segundo, pero sigue mareado.

—Yo voy a llevarme a este conmigo —dice Aarya, y coge a Felix por los tobillos.

—Eso depende —dice Blackwood—. ¿Te estaba ayudando a ti o a Conner?

—A ninguno, en realidad —replica Aarya y, por primera vez, parece vulnerable—. Se metió en una situación que no supo manejar y se quedó atrapado como un tonto…

Aarya se detiene y tose.

Blackwood se gira hacia mí.

Miro a Ash. Él también estuvo en el bando equivocado. Y eso no ha impedido que haya hecho lo que ha podido por salvarle la vida. Podría haber acabado en misma situación que Felix.

Establezco contacto visual con Aarya y asiento.

—Aarya dice la verdad. Simplemente se vio atrapado en medio del asunto. Conner tiene el mal hábito de chantajear a la gente.

Blackwood asiente a Aarya, que no pierde ni un segundo. Saca a Felix al pasillo y pasa junto a los guardias, silbando mientras camina.

—De una forma u otra encontraremos a tu padre —dice Conner con los dientes apretados—. Y, cuando lo hagamos, desearás que te hubiera matado en esta habitación.

—Qué últimas palabras más conmovedoras —dice Blackwood—. Pero creo que lo importante es que, si alguien lo encuentra, no vas a ser tú.

Blackwood mira a Conner como si fuera un parásito repugnante y estuviera decidiendo qué hacer con él.

Yo no quiero ni mirarlo. La tía Jo tenía razón sobre la familia de mi padre: «Dios nos libre».

—November, cuando dejes a Ashai en la enfermería —dice Blackwood por encima del hombro sin quitarle el ojo a Conner—, ven a mi despacho… Y cierra la puerta al salir.

CUARENTA

Ash está dormitando en la enfermería. Ha intentado mantenerse despierto para hablar conmigo, pero sea lo que sea que le haya dado la enfermera le ha dejado frito. Apenas ha murmurado un par de frases incoherentes antes de cerrar los ojos del todo.

Observo cómo su pecho sube y baja y exhalo audiblemente. Si Aarya no hubiera aparecido cuando lo hizo, no sé cuánto habría perdido esta noche. Seguramente mi vida, la suya y quizá la de mi padre.

—Deberíamos lavar esos cortes —me dice la enfermera, y me doy la vuelta.

Lleva su largo pelo negro recogido en una trenza que le llega a la cintura. Un único mechón gris junto a la sien la hace parecer una bruja. Y es pequeña, pero tiene la voz áspera e imponente.

—Lo sé. Y le prometo que volveré. Pero la directora Blackwood me ha dicho que vaya a verla antes —respondo y ella me mira con dureza.

—Pues ve entonces —dice, y me voy.

Me pongo en marcha por los pasillos en silencio y paso junto a tres guardias por el camino. Todos me observan, pero ninguno me mira como si no debiera estar ahí, lo que me hace pensar que ya saben lo que ha pasado con Conner.

Subo los tres pisos lentamente, con el cuerpo aún más amoratado y dolorido que hace media hora. Y, cuando llego al despacho de Blackwood, hay dos guardias apostados a cada lado de la puerta abovedada. Blackwood debe querer una privacidad absoluta y no la culpo teniendo en cuenta su papel en este asunto.

El olor a leña inunda el ambiente y me resulta familiar. Me siento en el sillón al igual que hice el primer día y me encuentro soltando lo

primero que me viene a la cabeza.

—¿Ha intentado enviarme un mensaje a través de algunos de los profesores?

Blackwood levanta una ceja y sopesa mi pregunta.

—Puede que haya sugerido un par de lecciones que te ayudarían a aclimatarte.

Me reiría de esa respuesta tan templada, pero estoy demasiado cansada y agotada como para soltar una carcajada.

—Y cuando Matteo me golpeó…

Blackwood me interrumpe.

—Mira, sé que tienes preguntas y, sinceramente, tienes derecho a formularlas. Sin embargo, hazme el favor de escucharme primero.

Se reclina en su silla.

Pensaba que esta noche conseguiría suavizar su tono hacia mí, pero sigue tan formal como siempre. Asiento en silencio para dar mi consentimiento.

Blackwood junta las manos sobre su regazo.

—Tu padre se puso en contacto conmigo cuando asesinaron a tu tía para buscarte de inmediato un lugar seguro.

Me da un vuelco el corazón. Cuando Conner me contó que mi tía estaba muerta, una parte de mí se preguntaba si habría pasado justo en ese momento o si habría sucedido antes. Y, si la habían matado antes de que me admitieran, eso explicaría que mi padre no me avisara de nada ni me dejara despedirme de Emily y de mis otros amigos. Debe haber estado en alerta máxima todo el tiempo y preguntándose con qué rapidez podría sacarnos de allí antes de que alguien apareciera en nuestra casa. Me estremezco ante la posibilidad de un estrategia en Pembrook y, aunque lo he considerado antes como algo terrible, ahora la idea ha empeorado a un miedo insistente.

—Como te dije cuando llegaste aquí, normalmente no solemos admitir alumnos de tu edad. Pero contigo no hay nada normal. Hemos hecho en el pasado algunas excepciones para los hijos de las familias líderes y, aunque no tengas ese estatus ahora mismo dentro de Estrategia, tú encajarías por ese motivo en no una, sino dos familias.

Trago saliva. Estaba tan convencida de que no debía estar aquí que no me paré a pensar qué jerarquía podía ocupar en el mundo Estrategia.

—¿Mi padre sabía que su hermano…?

Blackwood me mira y cierro la boca.

—Tu padre y yo hicimos un trato. Le dije que su hermano

trabajaba aquí y que sospechaba que estaba involucrado en la muerte de varios alumnos. A cambio de tu protección, accedió a que tú me ayudaras a deshacerme del doctor Conner. Bajo mis indicaciones, claro.

Niego con la cabeza, apenas capaz de procesar lo que acaba de decir.

—Eh, espere. Ese es el último motivo que me esperaría para haber entrado aquí. ¿Mi padre hizo un trato con usted para que me encargara de Conner? ¿Qué sentido tiene enviarme aquí para protegerme si iba a estar expuesta a otro tipo de peligro?

—No sé los motivos de tu padre —dice Blackwood—. Pero lo que sí sé es que estabas más que preparada para ello. No solo confirmaste mis suposiciones sobre el doctor Conner, además expusiste su culpabilidad más allá de cualquier duda razonable. Y, por supuesto, ya conoces nuestra política por un agravio cometido hacia otra persona.

Respondería a eso, pero no tengo palabras. «Ojo por ojo. Lo que significa que, como castigo, Conner está... Y yo he sido la que...». No puedo hacerme a la idea. Conner era una amenaza, lo sé. Pero yo solo tiré un cuchillo, el resto... Bueno, supongo que solo Blackwood y los guardias conocen los detalles.

Y ni siquiera sé por dónde empezar con cómo Blackwood y mi padre me ven: como una de ellos, una estrategia.

—A tu padre siempre se le dio excepcionalmente bien leer a la gente y, aunque tú no dominas esa habilidad, no solo veo lo que él ve en ti, sino que pienso que tienes talentos ocultos que todavía no has demostrado.

Me meto el pelo por detrás de las orejas, nerviosa.

—Entonces ¿por qué no me llevó con él? Podría haberme explicado las cosas y ayudarme a aprenderlas.

Blackwood suspira.

—Aunque estás bien entrenada para haberte criado fuera de nuestra sociedad y tienes una mente con tácticas únicas y propias, careces del conocimiento profundo de nuestra forma de vida. Este era el mejor lugar para que te hicieras a la idea. Así fue cómo tu padre, y tu madre, aprendieron a abrirse camino.

Quiero discutirle, pero sé que tiene razón. Mi padre no tenía tiempo para tomar una decisión e hizo lo único que creía que me mantendría a salvo y me prepararía.

Examino a Blackwood.

—Conoció a mi padre, ¿verdad?

Por un momento duda, luego suspira.

—Hace más de una década que no hablo con él, pero sí, conocí a tus padres muy bien en su momento.

Noto por su tono de voz que no solo los conocía, sino que eran amigos.

—¿Por qué Conner odia tanto a mis padres?

Ella asiente, como si esperara esa pregunta.

—Tu madre y tu padre eran especiales. Pensaron que podrían devolver el equilibrio y la igualdad a Estrategia y tenían toda la intención de entregar sus vidas a esa tarea como líderes de sus familias. Y, en el poco tiempo que estuvieron fuera de este colegio, hicieron algunos progresos. Consiguieron que sucediera lo imposible: sus familias se pusieron de acuerdo. Pero, como te puedes imaginar, había miembros en ambos bandos que no les hacía gracia esa unión y que creían que nunca se alcanzaría el equilibrio o que acabaría suponiendo una renuncia de poder. El doctor Conner y el hermano de Jag eran dos de esas personas.

—¿Ese fue el tío al que asesinó mi madre? —pregunto.

—Se la acusó de ello —me corrige Blackwood—. Nadie sabe con certeza qué pasó. Lo único que sabemos es que el doctor Conner estaba presente. Hubo muchas sospechas en su momento por cómo se desarrollaron los acontecimientos, sobre todo, porque el doctor Conner acabó sin un rasguño y sin confrontar a tu madre. Jag culpó al doctor Conner de no haberla detenido; lo llamó la mayor vergüenza de la familia. Como consecuencia, cuando tu padre desapareció, el doctor Conner no fue proclamado heredero al liderazgo, aunque era el siguiente en la genealogía. Se volvió huraño y se apartó de la sociedad estrategia. Cambió tanto que casi no lo reconocí cuando lo asignaron al departamento evaluativo del colegio.

Me quedo quieta un rato en un intento de darle sentido al entramado de la historia de mi familia, donde la gente no para de matarse la una a la otra.

—Gracias por la explicación —digo, y cambio de tema a lo que más quiero saber—. ¿Sabe dónde está mi padre ahora mismo?

Ella niega con la cabeza y su entrecejo se arruga ligeramente.

—No he tenido noticias de tu padre desde el día de tu admisión.

Frunzo el ceño.

—Vale, entonces ¿puedo ponerme en contacto con él y preguntárselo?

Mi miedo a que algún estrategia esté en Pembrook vuelve con

fuerza.

Blackwood niega con la cabeza.

Mi corazón empieza a desbocarse.

—Bueno, ¿dejó alguna información para mí? ¿Algún mensaje? ¿Algo que me indique cómo encontrarle? —pregunta precipitadamente.

—No, lo siento.

Me levanto, abrumada y sin saber muy bien qué hacer.

—Pero los Leones podrían estar dándole caza en este momento —digo categóricamente.

—Has cumplido nuestro acuerdo —dice Blackwood lentamente.

La miro de forma inquisitiva.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que puedes quedarte aquí y continuar con tu educación, que es lo que tu padre quería, o que puedes irte si consideras que es lo que debes hacer.

—¿Puedo irme? ¿Me deja ir? —digo más para mí misma que para Blackwood.

Blackwood duda.

—Técnicamente puedes irte. Sin embargo, tengo que advertirte de que hay muchas cosas que deberías aprender y tus habilidades dejan bastante que desear en varios campos. Pero lo más importante es que conoces muy poco del mundo Estrategia en general.

—Quizás, pero de ninguna manera me voy a quedar aquí mientras mi padre está por ahí solo. Sobre todo, sabiendo lo que sé ahora —digo—. Lo que ha pasado aquí con el doctor Conner parece que es un mero reflejo de lo que está pasando fuera.

—El colegio no se involucra en las políticas exteriores —contesta, aunque las dos sabemos que el problema entre ella y Conner era totalmente político—. Solo te diré que sería prudente que consiguieras más aliados aquí y aprendieras tanto como puedas antes de irte.

Miro con detenimiento a Blackwood. Tiene el pelo recogido más tirante que nunca, su mirada sigue siendo tan inescrutable como el primer día y ahora sé que esa blusa de volantes que se deja entrever bajo su chaqueta negra e impoluta es la metáfora perfecta de quién es. Intenta ayudarme, decirme lo que tengo que hacer, pero no lo dice directamente.

—Vale —respondo, aunque no estoy segura todavía de lo que quiere decirme.

CUARENTA Y UNO

Cuando consigo abrir los ojos, las cortinas están echadas y hay una vela encendida junto a mi cama. No me extraña que haya dormido durante todo el día. Aparto el edredón y examino las vendas de mis brazos y piernas. Tengo cortes y moratones por todo el cuerpo. Cuando salgo de la cama, me encojo del dolor.

Camino despacio hacia el salón común. Me duele hasta el pelo, pero el dolor es más soportable de lo que me había imaginado. Quizá me he caído de tantos árboles a lo largo de mi vida que mi cuerpo se ha acostumbrado.

La chimenea tiene un fuego enorme y brillante y la habitación es acogedora. Pero me quedo quieta en el sitio cuando veo a Ash y a Layla jugando a las cartas en la mesa que hay junto a la ventana.

«¡Layla!». Ella suelta las cartas y viene corriendo hacia mí.

Nos quedamos de pie, incómodas por un segundo, y parece que quiere darme un abrazo, pero no sabe cómo abordar un gesto como ese.

—¿Cuánto tiempo llevo frita? —pregunto, y mi voz tiene un poco de aspereza típica de por la mañana.

—Son más de las ocho de la tarde —responde, y empieza a levantar los brazos, pero luego decide que no y los vuelve a bajar.

Me reiría de lo rara que está siendo ahora mismo, pero me duelen las costillas.

—Layla, compórtate como una mujer y dame un abrazo, o se acabó nuestra amistad —digo finalmente y levanto una ceja.

Su sonrisa se ensancha y me envuelve con cuidado entre sus brazos, como si fuera el primer abrazo que ha dado nunca. Tiene la misma altura que Emily y simplemente pensar en ella y en Pembrook hace que me duela el corazón.

—Gracias por salvar a mi estúpido hermano —dice en mi hombro.

Asiento junto a su cabeza y nos quedamos así un par de segundos más.

Luego me suelta y tiene los ojos llorosos, pero intenta que no la vea.

—Siéntate mejor en el sofá —dice y camina a mi lado por si necesito ayuda.

Me agacho lentamente hacia los cojines. Ash se une y parece tan hecho polvo como yo. Cuando se sienta, nuestras miradas coinciden. Parece tan auténticamente feliz de verme que el estómago me da un pequeño vuelco.

—¿Cómo es posible que estés tan campante ya? —le pregunto mirando las vendas que lleva.

Sonríe.

—¿De verdad pensabas que un poco de veneno y unos arañazos me iban a detener?

Layla pone los ojos en blanco.

—Lo que quiere decir es que vino aquí para que pudiera hacerle de enfermera y esperar a que te despertaras.

Pero Ash no responde con una broma como haría normalmente. Simplemente me mira como si no creyera que soy real.

Layla posa su mirada en Ash y luego en mí. Se aclara la garganta.

—Pippa vino a dejarte la cena. Me pidió que la avisara cuando te levantaras —dice, y se pone de pie—. Así que voy a... Voy a hacer eso.

Es obvio que se va de la habitación para dejar que hablemos, pero ninguno de los dos le dice que no se vaya.

Layla cierra la puerta al salir y Ash y yo nos quedamos en el sofá. Él sigue mirándome, con esa mirada intensa que me quema por dentro.

Suspiro.

—Blackwood me dio a elegir —digo, sin estar segura de cómo abordar el tema—. Me dijo que podía quedarme aquí o que podía irme. Que he cumplido con el trato que hizo con mi padre, así que el próximo paso depende de mí.

Ash asiente como si se lo imaginara.

—Tiene sentido.

—¿Crees que tiene sentido? —pregunto arrugando la frente—. A mí no me lo parece, la verdad.

—Bueno —dice Ash—, Aarya prácticamente le ha contado a todo el colegio quiénes son tus padres. Y la heroica historia de cómo te

salvó, con énfasis en «heroica». Ahora le gruñe a Brendan cada vez que pasa por su lado en los pasillos.

—Ah —suelto, sin saber cómo tomarme eso—. ¿Y Felix?

—Pues eso es algo más confuso. Aarya no ha dado detalles respecto a de qué manera estaba involucrado, aunque creo que la gente ya lo sospecha. Pero todos saben lo despiadado que fue el doctor Conner. Puede que Felix te guarde rencor por lo que pasó con su padre, pero creo que el doctor Conner tenía algo más en su contra, igual que utilizó la seguridad de Layla para manipularme a mí.

—Ya me lo suponía —digo—. Por eso no lo delaté delante de Blackwood, aunque estoy segura de que ella lo sabe. Hablando de Blackwood, también me dijo que no me han entrenado tan bien como deberían y que debería contar con aliados. ¿Sabes a qué se refiere con eso?

Ash sonríe.

—Se refiere a que, por mucho que seas buena, o incluso excelente, no estás preparada para moverte sola por el mundo exterior de Estrategia. Vas a necesitar ayuda de otros Osos y seguramente de alguna familia más —dice, dando por sentado como quien no quiere la cosa de que sabe que he decidido irme, aunque no se lo había dicho todavía.

Dejo escapar el aire.

—Tengo que encontrar a mi padre —digo—. No me lo perdonaría nunca si no lo hago y le pasa algo.

Aunque me siento bien con mi decisión, también me da pena. Sé que hay muchas probabilidades de que no vuelva a ver a Ash y a Layla nunca más.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Lo sé —dice.

Se me forma un nudo en la garganta y trato de tragar saliva para deshacerlo.

—Ash...

—¿Y cuándo nos vamos? —pregunta de repente, y por un segundo creo que le he escuchado mal.

Me quedo mirándolo sorprendida.

—¿Qué? —Una sonrisilla maliciosa aparece en su rostro—. No pensarías que iba a perderme cómo derrotas a los Leones sin ayuda de nadie, ¿no? Además, como ha dicho la directora: necesitas aliados.

No sé si quiero darle un beso o llorar.

—No te puedo pedir que dejes este lugar, por el que tanto has

luchado para que te admitan y, sobre todo, que abandones a Layla.

—Bueno, entonces es una buena noticia que no me lo hayas pedido, sino que yo me haya ofrecido voluntario —dice con una sonrisa.

—Hablo en serio.

—Y yo —replica—. Layla y yo acordamos que íbamos a ser líderes de nuestras familias juntos, como un equipo. Ha memorizado casi todas las lecciones que hemos aprendido aquí. Ya me enseñará todo lo que me pierda. Y ahora que el doctor Conner no está, está más segura de lo que nunca ha estado en este colegio.

—Vale. Pero hay muchas posibilidades de que no salgamos vivos de esta —digo.

—Y hay un cien por cien de probabilidades de que tú no salgas viva si no voy contigo —contesta—. No sabes dónde están las casas seguras de Europa y no las encontrarás sola porque están ocultas. Además, no tienes ni idea de dónde buscar la información ni en quién confiar.

Así que a esto es a lo que se refería Blackwood cuando me dijo que no estaba preparada.

—¿Por qué, Ash? ¿Por qué lo haces?

—¿De verdad tienes que preguntar? —Sus ojos se dirigen a mis labios y mi estómago se estremece—. *Amantes sunt amentes*.

Antes de que pueda averiguar el significado, sonríe.

—Los amantes están locos.

Me pasa suavemente los dedos por el pelo y me atrae hacia él. Durante medio segundo, sus labios se quedan a un centímetro de los míos y siento su respiración cálida. El estómago me da un vuelco como si estuviera en caída libre.

—Te cargaste nuestro primer beso —susurro—. No jodas este también.

Sonríe.

—Prometo practicar sin parar hasta que se me dé mejor —dice, y presiona sus labios contra los míos.

AGRADECIMIENTOS

Me levanté una mañana después de haber tenido un sueño sobre esta historia y fue mi Pirata el que escuchó cómo soltaba las ideas y me animó a ponerlas por escrito para redactar este libro. De hecho, él siempre me escucha, siempre me anima y siempre es el primero que me lee. Llevamos juntos casi veinte años y todavía me sigo sorprendiendo cada día de los maravilloso que es. Un brindis por chorrocientos años más (porque tengo pensado acecharle después de muerta).

Por supuesto, también a mi madre, que es una parte fundamental de cada libro que escribo. Ella es quien me cuida cuando tengo una entrega, la que apoya todas mis ideas absurdas, ¡y la que me hace los aperitivos más ricos para cuando estoy escribiendo! Es una parte encantadora de mi vida y doy gracias por tenerla todos los días.

Luego está mi Ro, que es la mejor agente del mundo. Pero, lo más importante, es que es una querida amiga y un ser humano excepcional. Es una verdadera bendición conocerla.

Y a mi querida editora, Mel, que esparce polvitos mágicos en todos los libros que toca y los hace mucho mejores. Supongo que podría escribir historias sin ella, pero no me gustaría.

A mis queridos lectores cero, Kerry Kletter y Jeff Zentner, que no solo son brillantes, sino que son generosos. Más de una vez les he pedido que lean algo sin antelación y ellos acuden siempre. No podría estar más agradecida de tenerlos en mi vida.

Kali Wallace y Audrey Coulthurst son mis apuestas seguras si quiero debatir ideas, que se compadezcan de la aflicción de la escritura y, si todo falla, para que me hagan cócteles realmente deliciosos. Siempre Ravenclaw.

Y a Anya Remizova, que siempre está ahí para mí y me escucha

hablar sin parar sobre la escritura, incluso de las partes aburridas. Es una amiga de verdad y es un privilegio conocerla.

Todo el equipo de Random House es una maravilla. Me aportan mucha felicidad en la vida y hacen lo posible para que pueda hacer lo que más me gusta: contar historias.

A Clementine Gaisman, que me hace sonreír siempre que pasa junto a mi buzón.

Y a Jason Dravis, que coge mis libros y se los lleva a vivir nuevas aventuras.

Además de toda esta gente estupenda, también tengo la familia más maravillosa y comprensiva del mundo, cargada de amor verdadero y excéntrico, que me llena de inspiración y, en el caso de mi tío Rob, incluso algunas estrategias superútiles sobre escaquearse.

Y tengo lectores con un corazón que no les cabe en el pecho en el grupo de FAMB, que me alegran los días con su entusiasmo por los libros y por su bondad.

Un eterno agradecimiento a todos aquellos que han contribuido tanto. Mis libros no serían lo que son sin vosotros, ni yo tampoco.